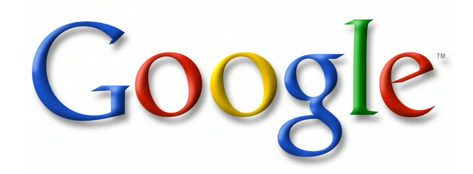



WIDENER
HN PM5D J


SIGILL: COLL: HARVARD: CANTAB: NOV: ANGL: 1650
CHRISTO ET ECCLESIÆ
N. Hurd Sc
BOSTON.

COLECCION GENERAL

de comedias escogidas.

TOMO I.

DE DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE DON FRANCISCO

DE ROJAS ZORRILLA.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1827.

DEL REY ABAJO NINGUNO,

Y LABRADOR MAS HONRADO

GARCIA DEL CASTAÑAR.

PERSONAS.

Don García, labrador.
Doña Blanca, labradora.
Teresa, labradora.
Belardo, viejo.
El Rey.
La Reina.
Don Mendo.
Bras.
El Conde de Orgaz, viejo.
Tello, criado.
Dos caballeros.
Músicos labradores.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Rey con banda roja leyendo un memorial, y don Mendo.

Rey.

Don Mendo, vuestra demanda
he visto.

Don Mendo.

Decid querella;
que me hagais, suplico en ella,
caballero de la banda.
Dos meses há que otra vez
esta merced hé pedido
diez años os he servido
en palacio, y otros diez
en la guerra; que mandais
que esto preceda primero
á quien fuere caballero
de la insígnia que ilustrais.
Hallo, señor, por mi cuenta,
que la puedo conseguir;
que si no, fuera pedir
una merced para afrenta.
Respondióme lo vería,
merezco vuestro favor,
y está en opinion, señor,
sin ella la sangre mia.

Rey.

Don Mendo, al Conde llamad.

Don Mendo.

Y á mi ruego ¿qué responde?

Rey.

Está bien : llamad al Conde.

Don Mendo.

El Conde viene.

Rey.

Apartad.

ESCENA II.

Dichos y el Conde con un papel.

Don Mendo.

Pedí con satisfaccion
la banda, y no la pidiera,
si primero no me hiciera
yo propio mi informacion.

Rey.

¿Qué hay de nuevo?

Conde.

En Algecira
temiendo están vuestra espada :
contra vos el de Granada
toda el Africa conspira.

Rey.

¿Hay dineros?

Conde.

Reducido
en este, veréis, señor,
el donativo mayor
con que el reyno os ha servido.

Rey.

¿La informacion cómo está,

que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efecto
de don Mendo? ¿Hizose ya?

Conde.

Si señor.

Rey.

¿Cómo ha salido?
La verdad, ¿qué resultó?

Conde.

Que es tan bueno como yo.

Rey.

La gente con que ha servido
mi reyno, ¿será bastante
para aquesta empresa?

Conde.

Freno
sereis, Alfonso el onceno,
con él del moro arrogante.

Rey.

Quiero ver, Conde de Orgaz,
á quien debo hacer merced
por sus servicios: leed.

Conde.

El reyno os corone en paz
adonde el genil felice
arenas de oro reparte.

Rey.

Guardeos Dios, cristiano Marte:
leed, Don Mendo.

Don Mendo.

Así dice:
Lo que ofrecen los vasallos
para la empresa á que aspira,
vuestra Alteza, de Algecira,
en gente, plata, y caballos.

Don Gil de Albornoz dará
diez mil hombres sustentados;
el de Orgaz dos mil soldados;
el de Astorga llevará
cuatro mil; y las ciudades
pagarán diez y seis mil:
con su gente hasta el Genil
irán las tres hermandades
de Castilla; el de Aguilar,
con mil caballos ligeros,
mil ducados en dineros;
García del Castañar
dará para la jornada
cien quintales de cecina,
dos mil fanegas de harina,
y cuatro mil de cebada,
catorce cubas de vino,
tres hatos de sus ganados,
cien infantes alistados,
cien quintales de tocino;
y doy esta poquedad,
porque el año ha sido corto:
mas ofrezcole, si importo,
tambien á su Magestad,
un rústico corazon
de un hombre de buena ley,
que aunque no conoce al Rey,
conoce su obligacion.

Rey

¡Grande lealtad, y riqueza!

Don Mendo.

Castañar, humilde nombre.

Rey.

¿Donde reside este hombre?

Conde.

Oiga quien es, vuestra Alteza.
Cinco leguas de Toledo,
corte vuestra, y patria mia,
hay una debesa, à donde
este labrador habita;
que llaman el Castañar,
que con los montes confina
que de está imperial de España
son posesiones antiguas.
En ella un convento yace,
al pie de una sierra fria,
del Caballero de Asís,
de Cristo efigie divina,
porque es tanta de Francisco
la humildad, que le entroniza,
que aun á los pies de una sierra
sus edificios fabrica.
Un valle el término incluye
de castaños, y apellidan
del Castañar, por el valle,
al convento, y á García;
adonde, como Abraham,
la caridad ejercita;
porque en las cosechas andan
el cielo, y él á porfia.
Junto del convento tiene
una casa compartida
en tres partes; una es
de su rústica familia,
copioso alvergue de fruto
de la vid, y de la oliva,
tesoro donde se encierra
el grano de las espigas;
que es la abundancia tan grande

del trigo que Dios le embia,
que los pósitos de España
son de sus troges hormigas.
Es la segunda un jardin,
cuyas flores repartidas,
fragantes estrellas són
de la tierra, y del Sol hijas,
tan varias, y tan lucientes,
que parece cuando brillan,
que bajó la cuarta esfera
sus estrellas á esta Quinta.
Es un cuarto la tercera,
en forma de galèria,
que de jaspes de san Pablo
sobre tres arcos estriva.
Ilústranle unos balcones
de verde, y oro, y encima
del tejado de pizarras,
globos de esmeraldas finas.
En él vive con su esposa
Blanca, la mas dulce vida,
que vió el amor, compitiendo
sus bienes con sus delicias;
de quien no copio, señor,
la beldad que el Sol envidia,
porque ahora no conviene
á la ocasion, ni á mis dias;
baste deciros, que siendo
sus ríquezas infinitas,
con su esposa comparadas,
es la menor de sus desdichas.
Es un hombre bien dispuesto,
que continuo se egercita
en la caza, y tan valiente,
que vence á un toro en la lidia.

Jamas os ha visto el rostro,
y huye de vos, porque afirma,
que es sol el Rey, y no tiene
para tantos rayos vista.
Garcia del Castañar
es este, y os certifica
mi fe, que si le llevais
á la guerra de Algecira,
que lleveis á vuestro lado
una prudencia que os rija,
una verdad sin embozo,
una agudeza advertida,
un rico sin ambicion,
un parecer sin porfia,
un valiente con discurso,
y un Labrador sin malicia.

Rey.

¡Notable hombre!

Conde.

Os prometo,
que en él las partes se incluyen,
que en Palacio constituyen
á un caballero perfecto.

Rey.

¿No me ha visto?

Conde.

Eternamente.

Rey.

Pues yo le tengo de ver,
de él esperiencia he de hacer.
Yó, y don Mendo solamente,
y otros dos hemos de ir;
pues es el camino breve.
La cetreria se lleve,
porque podamos fingir,

que vamos á caza; que hoy
de esta suerte le he de hablar,
y en llegando al Castañar,
ninguno dirá quien soy.
¿Qué os parece?

Conde.

La agudeza
á la ocasion corresponde.

Rey.

Prevenid caballos, Conde.

Conde.

Voy á serviros.

ESCENA III.

El Rey, la Reyna, y don Mendo.

Don Mendo.

Su Alteza.

Reyna.

¿Dónde, señor?

Rey.

A buscar
un tesoro sepultado,
que el Conde ha manifestado.

Reyna.

¿Lejos?

Rey.

En el Castañar.

Reyna.

¿Volvereis?

Rey.

Luego que ensaye
en el crisol su metal.

Reyna.

Es la ausencia grave mal.

Rey.

Antes que los montes raye
el Sol, volveré, señora,
á vivir la esfera mia.

Reyna.

Noche es la ausencia.

Rey.

Vos dia.

Reyna.

Vos mi Sol.

Rey.

Y vos mi Aurora.

ESCENA IV.

El Rey y don Mendo.

Don Mendo.

¿Qué decís á mi demanda?

Rey.

De vuestra nobleza estoy
satisfecho, y pondré hoy
en vuestro pecho esta banda:
que si la doy por honor
á un hombre indigno, don Mendo,
será en su pecho remiendo,
y mudará de color,
y al noble seré importuno,
si á su desigual permito;
porque si á todos admito,
no la estimará ninguno.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON GARCÍA.

Don Garcia.

Fabrica hermosa mia,

habitacion de un infeliz dichoso;
oculto desde el dia,
que el Castellano pueblo victorioso,
con lealtad oportuna,
al niño Alfonso coronó en la cuna.
En tí vivo contento,
sin desear la Corte, ó su grandeza,
al ministerio atento
del campo, donde encubro mi nobleza,
en quien fui peregrino,
y estraño huesped, y quedé vecino.
En tí, de bienes rico,
vivo contento con mi amada esposa,
cubriendo su pellico
nobleza, aunque ignorada, generosa;
que aunque su ser ignoro,
sé su virtud, y su belleza adoro.
En la casa vivia
de un Labrador de Orgaz prudente y cano:
víla, y dejóme un dia,
como suele quedar en el verano,
del rayo á la violencia,
ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
Mi mal consulté al Conde,
y asegurando, que en mi esposa bella
sangre ilustre se esconde,
caséme amante, y me ilustré con ella;
que acudí, como es justo,
primero á la opinion y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
aunque no sé quien es, y ella lo ignora:
secreto reservado
al Conde que la estima, y que la adora;
ni jamas ha sabido
que nació noble el que eligió marido.

Mi Blanca, esposa amada,
que divertida entre sencilla gente,
de su jardin traslada
puros jazmines á su blanca frente:
mas ya todo me avisa
que sale Blanca, pues que brota risa.

ESCENA VI.

Don Garcia, Doña Blanca de Labradora, con flores, Bras, Teresa, Belardo viejo, y músicos pastores.

Música.

Esta es Blanca como el sol,
que la nieve no:
esta es hermosa, y lozana,
como el Sol,
que parece á la mañana,
como el Sol;
que aquestos campos alegra
como el Sol,
con quien es la nieve negra,
y del almendro la flor:
esta es Blanca como el Sol
que la nieve no.

Garcia.

Esposa, Blanca querida,
injustos son tus rigores,
si por dar vida á las flores,
me quitas á mi la vida.

Blanca.

Mal daré vida á las flores,
cuando pisarlas suceda;
pues mi vida ausente queda
adonde animas, amores:
porque asi quiero, Garcia,

sábiendo cuanto me quieres,
que si tu vida perdieres,
puedas vivir con la mia.

García.

No habrá merced, que sea mucha,
Blanca, ní grande favor
si le mides con mi amor.

Blanca.

¿Tanto me quieres?

García.

Escucha:

No quiere el segador el aura fria,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerva en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estacion humbria,
ni el enfermo la alegre luz del dia,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corientes los amenos prados,
mas que te quiero, dulce esposa mia;
que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntaran, cuando asi te ofreces
en un sugeto á todos los prefiero:
y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
y no puedo querer mas que te quiero,
aun no té quiero, como tu mereces.

Blanca.

No quieren mas las flores al rocio,
que en los fragantes vasos el sol bebe,
las arboledas la desecha nieve,
que es cima de cristal, y despues rio:
el índice de piedra al Norte frio,
el caminante al iris cuando llueve,
la oscura noche la traicion aleve,
mas que te quiero, dulce esposo mio;
porque es mi amor tan grande, que á tu nombre,

como á cosa divina, construyera
aras donde adorarle; y no te asombre,
por que si el sér de Dios no conociera,
dejára de adorarte como hombre,
y por Dios te adorara, y te tuviera.

Bras.

Pues están Blanca, y Garcia,
como palomos de bien,
resquiebrémonos tambien;
porque desde ellotro dia
tu carilla me engarrucha.

Teresa.

Y á mí tu talle, mi Bras.

Bras.

¿Mas que te quiero yo mas?

Teresa.

¿Mas que no?

Bras.

Teresa, escucha.
Desde que te ví, Teresa,
en el arroyo á pracer,
ayudándote á torcer
los manteles de la mesa;
y torcidos, y lavados
nos dijo cierto estodiante,
así á un pobre pleiteante
suelen dejar los letrados:
eres de mí tan querida,
como lo es de un logrero
la vida de un caballero,
que dió un juro de por vida.

ESCENA VII.

Dichos y Tello.

Envidie, señor Garcia,
vuestra vida el mas dichoso:
solo en vos reina el reposo.

Doña Blanca.

¿Qué hay Tello?

Tello.

¡Ó señora mia!
¡Ó Blanca hermosa, de donde
proceden cuantos jazmines
dan fragancia á los jardines!
Vuestras manos besa el Conde.

Doña Blanca.

¿Cómo está el Conde?

Tello.

Señora,
á vuestro servicio está.

Don Garcia.

¿Pues Tello, qué hay por acá?

Tello.

Escuchad aparte agora:
hoy con toda diligencia
me mandó que este os dejase
y respuesta no esperase:
con esto dadme licencia.

Don Garcia.

¿No descansareis?

Tello.

Por vos
me quedára hasta otro dia;
mas no han de verme, Garcia,
los que vienen cerca; á Dios.

ESCENA VIII.

Dichos menos Tello.

Don Garcia.

El sobrescrito es á mí:
¿mas que me riñe, porque
corto el donativo fue,
que hicé al Rey? mas dice asì.
"El Rey, señor don Garcia,
que su ofrecimiento vió,
admirado preguntó,
quién era V. señoria.
Dígele, que un Labrador
desengañado, y discreto,
y á examinar vá en secreto
su prudencia, y su valor.
No se dé por entendido,
no diga quien es al Rey;
porque aunque estime su ley,
fue de su padre ofendido;
y sabe cuanto le enoja
quien su memoria despierta.
Quede á Dios; y el Rey, advierta,
que es el de la vanda roja.
El Conde de Orgaz su amigo"
¡Rey Alfonso, si supieras
quien soy, como previnieras
contra mi sangre el castigo
de un difunto padre!

Doña Blanca.

Esposo,
silencio, y poco reposo
indicios de triste son;
¿qué tienes?

Don Garcia.

Mandame, Blanca,

en este el Conde, que hospeda
á unos señores.

Doña Blanca.

Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

Bras.

De cuatro rayos con crines,
generacíon española,
de unos cometas con cola,
ó aves, y al fin rocines,
que andan bien, y vuelan mal;
cuatro bizarros señores,
que parecen cazadores,
se apeán en el portal.

Don García.

Nò te des por entendida
de que sabemos que vienen.

Teresa.

¡Qué lindos talles que tienen!

Bras.

Par diez que es gente llocida.

ESCENA IX.

Dichos, el Rey sin vanda, don Mendo con ella, y dos cazadores.

Rey.

Guardeos Dios, los labrádores.

Don García.

Ya veo al de la divisá. *ap.*
Caballeros de alta guisa,
Dios os de bienes, y honores:
¿qué mandais?

Don Mendo.

¿Quién es aquí

Garcia del Castañar?

Don Garcia.

Yo soy, á vuestro mandar.

Don Mendo.

Galan sois.

Don Garcia.

Dios me hizo así.

Bras.

Mayoral de sus porqueros
so, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros;
que lo haré de mala gana,
como verán por la obra.

Don Garcia.

Quita, bestia.

Bras.

El bestia sobra.

Rey.

¡Qué simplicidad tan sana!
guérdeos Dios.

Don Garcia.

Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,
me aficiona.

Bras.

Es como un oro;
á mi tambien me inficiona.

Don Mendo.

Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
á verla, y á descansar
un rato, mientras que pasa
el Sol de aqueste Orizonte.

Don Garcia.

Para Labrador de un monte,
grande juzgareis mi casa;
y aunque alvergue pequeño
para tal gente será,
sus defectos suplirá
la voluntad de su dueño.

Don Mendo.

¿Nos conoceis?

Don Garcia.

No en verdad;
que nunca de aqui salimos.

Don Mendo.

En la cámara servimos
los cuatro á su Magestad,
para serviros. ¿ García,
quién es esta Labradora?

Don Garcia.

Mi muger.

Don Mendo.

Goceis, señora,
tan honrada compañía
mil años; y el Cielo os dé
mas hijos, que vuestras manos
arrojan al campo granos.

Doña Blanca.

No serán pocos á fe.

Don Mendo.

¿ Cómo es vuestro nombre?

Doña Blanca.

Blanca.

Don Mendo.

Con vuestra beldad conviene.

Doña Blanca.

No puede serlo quien tiene

la cara á los ayres franca.

Rey.

Yo tambien, Blanca, deseo,
que vivais siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veais mas nietos, que veo
arboles en vuestra sierra;
siendo á vuestra sucesion,
breve para habitacion,
cuanto descubre esa sierra.

Bras.

No digan mas desatinos.
¡Qué poco en hablar reparan!
¿si todo el campo pobráran,
donde han de estar mis cochinos?

Don García.

Rústico entretenimiento
será para vos mi gente;
pues la ocasion lo consiente,
recibid, sin cumplimiento,
algun regalo en mi casa:
tu dispónlo Blanca, mia.

Don Mendo.

Llámala fuego, García, *ap.*
pues el corazon me abrasa.

Rey.

Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.

Don Garcia.

Con esta misma llaneza
sirviera a su Magestad;
que aunque no le he visto, intento
servirle con aficion.

Rey.

¿Para no verle hay razon?

Don García,

O señor, ese es gran cuento;
dejádle para otro dia.
Tú, Blanca, Bras, y Teresa,
id á prevenir la mesa
con alguna niñería.

FSCENA X.

Dichos, menos Doña Blanca, Bras y Teresa.

Rey.

Pues yo sé que el Rey Alfonso
tiene noticias de vos.

Don Mendo.

Testigos somos los dos.

Don García.

¿El Rey dé un villano intonso?

Rey.

Y tanto el servicio admira
que hicisteis á su corona,
ofreciendo ir en persona
á la guerra de Algecira,
que si la corte seguís,
os ha de dar á su lado
el lugar mas envidiado
de palacio.

Don García.

¿Qué decís?
Mas precio entre aquellos cerros
salir á la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una vanda de perdices;
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa,

con esperanzas felices
de verlas caer al suelo;
y cuando son á los ojos
pardas nubes con pies rojos
batir sus alas al buelo,
y derribar esparcidas
tres ó cuatro; y anhelando,
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz, que los provoca;
y traer las que palpitan
á mis manos, que las quitan
sin disgusto de su boca:
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa, como
suele de la guerra el Conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador,
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas, ó tres
pastilla de lumbre es,
y canela del brasil;
y entregarselo á Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Díos,
una yo, y otra mi esposa
nos comemos; que no hay cosa
como á dos perdices, dos:
y levantando una presa
darsela á Teresa, mas

porque tenga envidia Bras,
que por darsela á Teresa;
y arrojar á mis sabuesos
el esqueleto roido,
y oir por tono el crugido
de los dientes y los huesos;
y en el cristal transparente
brindar, y con mano franca,
hacer la razon mi Blanca,
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias á quien nos envia
el sustento cada dia,
varias cosas platicando;
que aquesto es el Castañar,
que en mas estimo, señor,
que cuenta hacienda, y honor
los reyes me pueden dar.

Rey.

¿Pues como al Rey ofreceis
ir en persona á la guerra,
si amais tanto vuestra tierra?

Don Garcia.

Perdonad, no lo entendeis.
El Rey es de un hombre honrado,
en necesidad sabida,
de la hacienda, y de la vida
acreedor privilegiado.
Agora con pecho ardiente
se parte á la Andalucía,
para estirpar la heregía,
sin dineros, y sin gente;
asi le envié á ofrecer
mi vida, sin ambicion,
por cumplir mi obligacion,

y por que me há menester;
que como hacienda debida
al Rey, le ofrecí de nuevo
esta vida, que le debo
sin esperar que la pida.

Rey.

¿Pues concluida la guerra,
no os quedareis en palacio?

Don García.

Vívese aquí mas despacio,
es mas segura esta tierra.

Rey.

Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

Don García.

¿Y es bien que le dé á un villano,
el lugar que otro merezca?

Rey.

Elegir el Rey amigo
es distributiva ley:
bien puede.

Don García.

Aunque pueda el Rey,
no lo acabará conmigo,
que es peligrosa amistad,
y sé que no me conviene;
que á quien ama, es el que tiene
mas poca seguridad:
que por acá siempre he oido,
que vive mas arriesgado
el hombre del Rey amado,
que quien es aborrecido;
porque el uno se confia,
y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,

que muchas veces decia,
dándome buenos consejos,
que tenia certidumbre
que era el Rey como la lumbre,
que calentaba de lejos,
y desde cerca quemaba.

Rey.

Tambien dicen mas de dos,
que suele hacer, como Dios,
del lodo que se pisaba,
un hombré ilustrado, á quien
le venere el mas bizarro.

Don García.

Muchos le han hecho de barro,
y le han desecho tambien.

Rey.

Seria el hombre imperfecto.

Don Garcìa.

Sea imperfecto, ó no sea:
el Rey, á quien no desea,
¿qué puede darle en efectó?

Rey.

Daráos premios.

Don García.

Y castigos.

Rey.

Daráos gobierno.

Don García.

Y cuidados.

Rey.

Daráos bienes.

Don García.

Envidiados.

Rey.

Daráos favor.

Don Garcia.

Y enemigos:
y no os teneis que cansar,
que yo sé no me conviene,
ni daré por cuanto tiene
un dedo del Castañar:
esto, sin que un punto ofenda
á sus reales resplandores.
Mas lo que importa, señores,
es prevenir la merienda.

ESCENA XI.

Dichos menos don Garcia.

Rey.

Poco el Conde lo encarece:
mas es de lo que pensaba.

Don Mendo.

La casa es bella.

Rey.

Estremada:
¿cuál lo mejor os parece?

Don Mendo.

Si ha de decir la fe mia
la verdad á vuestra Alteza,
me parece la belleza
de la muger de García.

Rey.

Es hermosa.

Don Mendo.

Es celestial,
es ángel de nieve pura.

Rey.

¿Ese es amor?

Don Mendo.

¿La hermosura
á quién le parece mal?

Rey.

Cubrios, Mendo, ¿qué haceis?
que quiero en la soledad
deponer la magestad.

Don Mendo.

Mucho, Alfonso, recogeis
vuestros rayos, satisfecho
que sois por fe venerado
tanto, que os habeis quitado
la roja banda del pecho
para encubriros, y dar
aliento nuevo á mis brios.

Rey.

No nos conozcan, cubrios;
que importa disimular.

Don Mendo.

Rico-hombre soy, y de hoy mas
grande es bien que por vos quede.

Rey.

Pues ya lo dije, no puede
volver mi palabra atras.

ESCENA XII.

Dichos y doña Blanca.

Doña Blanca.

Entrad, si quereis, señores,
merendar, que ya os espera,
como en verde primavera,
la mesa llena de flores.

Don Mendo.

¿Y que teneis que nos dar?

Doña Blanca.

¿Para que saberlo quieren?
comeran lo que les dieren,
pues que no lo han de pagar:
ó quedaránse en ayunas:
mas nunca faltan, señores,
en casa de labradores
queso, arrope, y aceytunas;
y blanco pan les concierto,
que amasamos yo, y Teresa;
que pan blanco, y limpia mesa
abren las ganas á un muerto.
Tambien hay de las tempranas
ubas de un majuelo mio,
y en blanca miel de rocío
berengenas toledanas;
perdices en escabeche;
y de un javalí, aunque fea,
una cabeza en jalea,
porque todo se aproveche:
cocído en vino un jamon,
y un chorizo, que provoque
á que con el vino aloque
hagan todos la razon:
dos ánades, y cecinas
cuantas los montes ofrecen,
cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas,
que cuando vienen á estar
cada una de por sí,
como seda carmesí,
se pueden al torno hilar;

Rey.

Vamos, Blanca.

Doña Blanca.
Hidalgos, ea¿.
merienden, y buena pro.

ESCENA XIII.

Dichos menos el Rey y los dos cazadores.

Don Mendo.
Labradora, ¿quién te vió
que amante no te desea?
Doña Blanca.
Venid, y callad señor.
Don Mendo.
Cuanto previenes, trocára
á un plato, que sazonára
en tu voluntad amor.
Doña Blanca.
Pues decidme, cortesano:
el que trae la vanda roja,
¿qué en mi casa se os antoja
para guisárle?
Don Mendo.
Tu mano.
Doña Blanca.
Una mano de almodrote
de baca os sabrá mas bien:
guarde Dios mi mano, amen,
no se os antoje gigote:
que harán, si la tienen gana,
y no hay quien los replique,
que se píque, y se repique
la mano de una villana,
para que un señor la coma.
Don Mendo.
La voluntad la sazone

para mis labios.

Doña Blanca.

Perdone,
bien se está san Pedro en Roma;
y si no lo habeis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que solo sirve ese plato
al gusto de mi marido;
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas, ni rodeos.

Don Mendo.

Yo con mi estado, y deseos
te lo pagaré tambien.

Doña Blanca.

En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no engañarán gitanos
á la muger de García;
que es muy ruda, y montaras.

Don Mendo.

Y bella como una flor.

Doña Blanca.

¿Qué de adonde soy, señor?
para serviros, de Orgaz.

Don Mendo.

Que eres del cielo sospecho;
y en el rigor, de la sierra.

Doña Blanca.

¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad y buen provecho.

Don Mendo.

¿No me entiendes, Blanca mia?

Doña Blanca.

Bien entiendo vuestra treba;

porque no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mia.

Don Mendo.

Pues por tus ojos amados,
que has de oirme, la de Orgaz.

Doña Blanca.

Tengamos la fiesta en paz:
entrad ya, que están sentados,
y tened mas cortesía.

Don Mendo.

Tu menos riguridad

Doña Blanca.

Si no quereis, aguardad.
¡Ah marido! Ola, García.

ESCENA XIV.

Dichos y don García.

Don García.

¿Qué quereis, ojos divinos?

Doña Blanca.

Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de calainos.

Don García.

¿Si el cuento fuera de amor *ap.*
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice?
mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
cuando no de mi linage,
se me ha pegado del trage
la malicia, y proceder.
Sin duda no quiere entrar,
por no estar con sus criados

en una mesa sentados;
quiéroselo replicar
de manera, que no entienda
que le conozca. Señor,
entrad, y haréisme favor,
y alcanzad de la merienda
un bocado, que os le dán
con voluntad, y sin paga;
y mejor provecho os haga
que no el bocado de Adan.

ESCENA XV.

Dichos y Bras que saca algo de comer y un jarro cubierto.

Bras.

Un caballero me envia
á decir como os espera.

Don Mendo.

¿Como Blanca eres tan fiera?

Doña Blanca.

Así me quiere García.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Mendo y doña Blanca poco despues.

Don García.

¿Es el cuento?

Doña Blanca.

Proceder
con él quiere pertinaz:
mas déjala á la de Orgaz,
que ella sabrá responder.

*

Bras.

Todos estan en la mesa,
quiero á solas, y sentado,
mamarme lo que he arrugado
sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mia.

Dentro.

Bebed vos.

Bras.

¿Yo? Que me place.

ESCENA XVII.

Dichos, el Rey, don Mendo, doña Blanca y los dos cazadores.

Rey.

Caballeros, ya declina
el sol al mar Occéano.

Don Garcia.

Comed mas, que aun es temprano;
ensanchad bien la petrina.

Rey.

Quieren estos caballeros
una ave en tierra rasa
volarla.

Don Garcia.

Pues á mi casa
os volved.

Rey.

Obedeceros
no es posible.

Don Garcia.

Cama blanda

ofrezco á todos, señores,
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

Rey.

Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos;
que desde mañana hacemos
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en palacio.
Blanca, á Dios: á Dios, García.

Don García.

El cielo os guarde.

Rey.

Otro dia
hablaremos mas despacio.

Don Mendo.

Labradora hermosa mia,
tén de mi dolor memoria.

Doña Blanca.

Caballero, aquesa historia
se ha de tratar con García.

Don García.

¿Qué decís?

Don Mendo.

Que dé á los dos
el cielo vida, y contento.

Doña Blanca.

Á Dios, señor, el del cuento.

Don Mendo. ap.

Muerto voy. Á Dios.

ESCENA XVIII.

Don García y doña Blanca.

Don García.

A Dios.
Y tú, bella, como el cielo,
ven al jardin, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente; que aguarda
el mal seguro favor;
la sequedad del señor,
ni la provision que tarda
ni la esperanza que yerra,
ni la ambicion arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra;
ni por los mares del norte,
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
ván esta tarde á la corte:
mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mia,
que es hoy el primero dia
que he tropezado en enojos.

Doña Blanca.

¿De qué son tus descontentos?

Don García.

Del cuento del cortesano.

Doña Blanca.

Vamos al jardin, hermano;
que esos son cuentos de cuentos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y el Conde.

Reyna.

Vuestra estraña relacion
me ha enternecido; y prometo,
que he de alcanzar con efecto
para los dos el perdon;
porque de Blanca, y García
me ha encarecido su Alteza,
en el uno la belleza,
y en el otro gallardía.
Y pues que las dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.

Conde

Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiracion:
salió al fin de la prision,
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca, que era
de dos años, á ocasion,
que era yo contra Aragon
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar;

y en un pequeño lugar,
con la jornada prolija,
adolesció de tal suerte,
que aunque le acudí en secreto,
en dos dias en efecto,
cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
con silencio, y apiadado
mandé, que á Orgáz un soldado
la inocente criatura
llevase; y un labrador
la crió, hasta que un dia
la casaron con García
mis consejos, y su amor:
que quiso, sin duda alguna,
el cielo, que ambos se viesen,
y de los padres tuviesen
junta la sangre, y fortuna.

Reyna.

Yo os prometo de alcanzar
el perdon.

ESCENA II.

Dichos y Bras.

Bras

Buscandole,
pardiobre que me colé,
como fraile, sin llamar;
topéle: su Sonsería
me dé las manos, y pies.

Conde.

Bien venido, Bras.

Reyna.

¿Quién es?

Conde.

Un criado de García.

Reyna.

Llegad.

Bras.

¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda;
pero si vos sois la Conda,
tendreis muy mala ventura.

Conde.

¿Y qué hay por allá, mancebo?

Bras.

Como al Castañar no van
estafetas de Milan,
no he sabido qué hay de nuevo:
y por acá, ¿qué hay de guerra?

Conde.

Juntando dineros voy.

Bras.

De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazon me ensancha
cuando duermo mas seguro,
que en Flandes detras de un muro,
en un carro de la Mancha.

Reyna.

Escribe bien, breve, y grave.

Conde.

Es sabio.

Reyna.

A mi parecer,
mas es que serlo, tener
en palacio quien le alabe.

ESCENA III.

Dichos y don Mendo. La Reyna se va poco despues.

Don Mendo.

Su Alteza espera.

Reyna.

Muy bien
la vanda está en vuestro pecho.

Don Mendo.

Por vos su Alteza me ha hecho
aquesta honra.

Conde.

Tambien
tuve parte en esta accion.

Don Mendo.

Vos me disteis esta vanda,
que mia fue la demanda,
y vuestra la informacion.
Ayer con su Alteza fuí,
y dióme esta insignia, Conde,
yendo al Castañar (adonde *ap.*
libre fuí, y otro volví).

ESCENA IV.

Dichos y Tello.

Tello.

El Rey llama.

Conde.

Espera, Bras.

Bras.

El billorete leed.

Conde.

Este hombre entretened

mientras vuelvo.

Bras.

Estoy de mas,
desempachadme temprano;
que el Palacio, y los olores
se hicieron para señores,
no para un tosco villano.

Conde.

Ya vuelvo.

ESCENA V.

Dichos menos el Conde y Tello.

Don Mendo.

Conocer quiero
este hombre.

Bras.

¿No hay habrar?
¿Cómo fue en el Castañar
ayer tarde, caballero?

Don Mendo.

Daré á tus aras mil veces
holocáustos, Dios de amor,
pues en este Labrador
remedio á mí mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
me tienes! ¡con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero,
que fuera Alfonso á tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corbo Africano acero!
¡Pluguiera á Dios, Labrador,
que al aspid fiero, y hermoso,

que sirves, y cauteloso
fue causa de mi dolor,
sirviera yo, y mis estados
te diera, la renta mia;
que por ver á Blanca un dia,
fuera á guardar sus ganados!

Bras.

¿Qué diabros tiene, señor,
que salta, brinca, y recula?
Sin duda la tarantúla
le ha picado, ó tiene amor.

Don Mendo.

Amor, pues norte me das, *ap.*
de este tengo de saber
si á Blanca la podré ver:
¿Cómo te llamas?

Bras.

Yo, Bras.

Don Mendo.

¿De dónde eres?

Bras

De la villa
de Ajofrin, si sirvo en algo.

Don Mendo.

¿Y eres muy gentil hidalgo?

Bras.

De los Brases de Castilla.

Don Mendo.

Ya lo sé.

Bras.

Decís verdad,
que so antiguo, aunque no rico;
pues vengo de un villancico
del dia de Navidad.

Don Mendo.

Buen talle tienes.

Bras.

Bizarro;
mire qué pie tan perfeto:
¿Monda nísperos el peto?
¿y estos ojuelos son barro?

Don Mendo.

¿Y eres muy discreto, Bras?

Bras.

En eso soy estremado,
porque cualquiera cuitado
presumo que sabe mas.

Don Mendo.

¿Quieres servirme en la corte,
y verás cuanto te precio?

Bras.

Caballero, aunque so necio,
razonamientos acorte;
y si algo quiere mandarme,
acabe ya de parillo.

Don Mendo.

Toma, Bras, este bolsillo.

Bras.

Mas par Dios, quiere burlarme:
á ver, acerque la mano.

Don Mendo.

Escudos son.

Bras.

Yo lo creo;
mas por no engañarme, veo
si está por de dentro vano.
Dinero es, y de ello infiero,
que algo pretende que hago;
porque el hablar bien se paga;

Don Mendo.

Solo que me digas quiero,
si ver podré á tu señora.

Bras.

¿ Para malo, ó para bueno ?

Don Mendo.

Para decirla que peno,
y que el corazon la adora.

Bras.

Lástima os tengo, así viva,
por lo que tengo en el pecho;
que aunque rudo, amor me ha hecho
el mio como una criba.
Yo os quiero dar una traza,
que de provecho será.
Aquestas noches se vá
mi amo Garcia á caza
de javalíes, vestida
le aguarda, sin prevencion,
y si entrais por un balcon,
la hallareis medio dormida;
porque hasta el Alba le espera;
y esto muchas veces pasa
á quien deja hermosa en casa,
y busca en otra una fiera.

Don Mendo.

¿ Me engañas ?

Bras.

Cosa es tan cierta,
que de noche en ocasiones
suelo entrar por los balcones,
por no llamar á la puerta,
ni que Teresa me abra;
y que por la honda, que deja
puesta Belardo en la reja,

trepando voy como cabra,
y la hallo sin embarazo
sola esperando á Garcia;
porque le aguarda hasta el dia
recostada sobre el brazo.

Don Mendo.

En tí el amor me promete
remedio.

Bras.

Pues esto haga.

Don Mendo.

Yo te ofrezco mayor paga.

Bras.

Esto no es ser alcahuete.

Don Mendo.

Blanca, esta noche he de entrar
á verte, á fe de español;
que para llegar al Sol,
las nubes se han de escalar.

ESCENA VI.

El Rey, el Conde y Bras.

Rey.

El hombre es tal, que os prometo,
que con vuestra aprobacion
he de llevarle á esta accion,
y ennoblecer.

Conde.

Es discreto,
y valiente; en él están
sin duda resplandecientes
las virtudes convenientes
para hacerle capitan;
que yo sé que suplirá

la falta de la esperiencia
su valor, y su prudencia.

Rey.

Mi gente lo acetará,
pues vuestro valor le abona;
y sabe de vuestra ley,
que sin méritos, al Rey
no le proponeis persona.
Traedle mañana, Conde.

ESCENA VII.

Dichos menos el Rey, y poco despues el Conde.

Conde.

Yo sé que aunque os acuiteis,
que en la ocasion publiqueis
la sangre, que en vos se esconde.

Bras.

Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.

Conde.

Que se recibió el dinero,
que al donativo ofreció,
le decid, Bras, á Garcia;
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto,
ó responderé otro dia.

Bras.

No llevo cosa que importe:
sobre tardanza prolija,
¿largo parto, y parir hija?
Propio despacho de corte.

ESCENA VIII.

DECORACION DE BOSQUE.

Don Garcia de cazador, con un puñal y un arcabuz.

Don Garcia.

Bosques mios frondosos,
de dia alegres, cuanto tenebrosos,
mientras baña Morfeo
la noche con las aguas del Leteo,
hasta que sale de Faeton la esposa
coronada de plumas, y de rosa,
en vosotros doctrina
halla sobre quien Marte predomina,
disponiendo sangriento
á mayores contiendas el aliento;
porque furor influye
la caza, que á la guerra sostituye.
Yo soy el vivo rayo
feroz de vuestras fieras, que me ensayo
para ser, con la sangre que me inspira,
rayo del Castañar en Algecira;
criado en vuestras grutas, y campañas,
Alcides español de estas montañas;
que contra sus tiranos,
clava es cualquiera dedo de mis manos,
siendo por mí esta vera
pródiga en carnes, abundante en cera;
vengador de sus robos,
parca comun de osos, y de lobos,
que por mí el cabritillo, y simple oveja
del montañes pirata no se queja,
y cuando embiste ayrado,
á deborar el tímido ganado,
si me arrojo al combate,

ocioso el can en la palestra late;
que durmiendo entre flores,
en mi valor fiados los pastores,
cuando abre el sol sus ojos,
desperezados ya, los miembros flojos,
cuando al ganado asisto,
cuando al corsario embisto,
pisan difunta la voráz caterva
mas lobos sus abarcas, que no yerva.
¿Qué colmenar copioso
no demuele defensas contra el oso,
fabricando sin muros
dulce, y blanco licor en nichos puros?
Que por eso han tenido,
gracias al plomo á tiempo compelido,
en sus cotos amenos,
un enemigo las abejas menos;
que cuando el sol acaba,
y en el postrero parasismo estaba,
á dos colmenas, que robado habia,
las caló dentro de una fuente fria,
ahogando en sus cristales
las abejas, que obraron sus panales,
para engullir segura
la miel, que misturó en el agua pura,
y dejó, bien que turbia su corriente,
el agua dulce de está clara fuente.
Y esta noche bajando
un javalí á aqueste arroyo blando,
y cristalino cebo,
con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
le miré cara á cara,
haciéndose lugar entre la jara,
despejando la senda sus cuchillos,
de marfil, ó de acero sus colmillos;

pero á una bala presta,
la luz condujo á penetrar la testa,
oyendo el valle á un tiempo repetidos
de la polvora el eco, y los bramidos.
Los dos serán trofeos
pendientes en mis puertas, aunque feos,
despues que Blanca con su breve planta
su cerviz pise, y por ventura tanta
dirán, aun en la muerte
tiene el cadaver de un dichoso suerte;
que en la ocasion mas dura,
á las fieras no falta la ventura.
Mas el ruido me avisa,
que un javalí desciende; con gran prisa
vuelve huyendo, habrá oido
algun ruido distante su sentido;
porque en distancia larga
oye calar al arcabuz la carga,
y esparcidas las puntas
que sobre el cerro acomulaba juntas,
si oye la bala, ó menear la cuerda,
es ala, cuando huye, cada cerda.

ESCENA IX.

Don Garcia, Don Mendo, y un criado con una escala.

Don Mendo.

Para esto, amor tirano,
del Cerco Toledano
al monte me tragiste,
para perderme en su maleza triste?
¿Mas qué esperar podia
ciego, que á un ciego le eligió por guia?
Una escala previne, con intento,

Blanca, de penetrar tu firmamento,
y lo mismo emprendiera
si fueras diosa en la Tonante Esfera,
no Montañesa ruda,
sin honor, sin esposo que te acuda;
que en este loco abismo
intentára lo mismo,
si fueras, Blanca bella,
como naciste humana, pura estrella:
bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
bajára en polvo, y ascendiera en humo.

Don García.

Llegó primero al animal valiente,
que á mi sentido, el ruido de esta gente.

Don Mendo.

En esta luna de Octubre
suelen salir cazadores
á esperar los javalies;
quiero llamar: ah del monte.

Criado.

Ola, hao.

Don García.

Pesia sus vidas,
¿qué buscan? ¿de qué dan voces?

Don Mendo.

¿El sitio del Castañar
está lejos?

Don García.

En dos trotes
se pueden poner en él.

Don Mendo.

Pasabamos á los montes,
y el camino hemos perdido.

Don García.

Aquese arroyuelo corre

al camino.

Don Mendo.

¿Qué hora es?

Don Garcia.

Poco menos de las doce.

Don Mendo.

¿De dónde sois?

Don Garcia.

Del infierno:
id en buen hora, señores,
no me espanteis mas la caza,
que me enojaré, pardiobre.

Don Mendo.

¿La luna hasta cuando dura?

Don Garcia.

Hasta que se acaba.

Don Mendo.

Oye
lo que es villano en el campo.

Don Garcia.

Lo que un señor en la corte.

Don Mendo

¿Y en efecto hay donde errar?

Don Garcia.

¿Y en efecto no se acogen?

Don Mendo.

Terrible sois.

Don Garcia.

Mal sabeis
lo que es estorbar á un hombre
en ocasion semejante.

Don Mendo.

¿Quién sois?

Don Garcia.

Rayo de estos montes,

Garcia del Castañar;
que nunca niego mi nombre.

Don Mendo.

Amor, pues estás piadoso
detenle, porque no estorve
mis deseos, y en su casa
mis esperanzas malogre.
Y para que á Blanca vea,
dame tus alas veloces
para que mas presto llegue.
Quedaos con Dios.

ESCENA X.

Don Garcia.

Buenas noches.
Bizarra ocasion perdí,
imposible es que la cobre;
quiero volverme á mi casa
por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oid
de grutas partos feroces,
salid, y bajad al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
á su casa se vá, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche,
y el Polifemo del dia,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho

se ocultan dos corazones;
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce,
el blando para mi casa,
el duro para estos montes.

ESCENA XI.

Decoracion de Sala en casa de don Garcia.

Doña Blanca, y Teresa con una bujia, que pone encima de un bufete.

Doña Blanca.

Corre veloz, noche fria,
porque venga con la Aurora
del campo, donde está ahora,
á descansar mi García:
su luz anticipe el dia,
el cielo se desabroche,
salga Faeton en su coche,
verá su luz deseada
la primer enamorada,
que ha aborrecido la noche.

Teresa.

Mejor, señora, acostada
esperarás á tu ausente;
porque asientan lindamente
sobre la holanda delgada
los brazos, que por el Credo,
que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
de lo ciudad de Toledo,
que le esperára roncando.

Doña Blanca.

Tengo mas obligaciones.

Teresa.

Y le echára á mogicones,
sino se entrára callando:
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pie,
yo á Belardo llamaré,
que tu desvelo entretenga:
mas él viene.

ESCENA XII.

Dichos y Belardo.

Belardo.

Pues el Sol
veó de noche brillar,
el sitio del Castañar
es Antípoda español.

Doña Blanca.

Belardo, sentaos.

Belardo.

Señora,
acostaos.

Doña Blanca.

En está calma,
dormir un cuerpo sin alma,
fuera no esperar la aurora.

Belardo.

¿Esperais?

Doña Blanca.

Al alma mia.

Belardo.

Por muy necia la condeno,
pues se vá al monte sereno,
y os deja hasta que es de dia.

Dentro Bras.

Si vengo de Toledo,
Teresa mia,
yo vengo de Toledo,
no de Francia.

Teresa.

Mas ya viene mi garzon.

Belardo.

A abrirle la puerta iré.

Teresa.

Con tu licencia, sabré
qué me trae, por el balcon.

Bras.

Que si buena es la albahaca,
mejor es la cruz de Calibaca.

Teresa.

¿Como vienes, Bras?

Bras.

Andando.

Teresa.

¿Qué me traes de la ciudad,
en muestras de voluntad?

Bras.

Yo te lo diré cantando:
Tráigote de Toledo,
porque te alegres,
un galan, mi Teresa,
como unas nueces.

Teresa.

Llévele el diablo mil veces:
ved qué saetal, ó corpiño. (2)

---

(1) *Abre Teresa el balcon.*
(2) *Cierra juntando el balcon.*

Doña Blanca.

¿Qué te trae?

Teresa.

Muy lindo aliño:
un galan como unas nueces.

Doña Blanca.

Será sabroso.

ESCENA XIII.

Dichos y Bras.

Bras.

¿Qué hay,
Blanca? Teresa, estoy muerto.
¿Qué, no me abrazas?

Teresa.

Por cierto,
por las cosas que me traes.

Bras.

Dimuños sois las mugeres:
¿á quien quieres mas?

Teresa.

Á Bras.

Bras.

Pues si lo que quieres mas
te traigo, ¿qué es lo qué quieres?

Doña Blanca.

Teresa tiene razon:
mas sentaos todos, y dí,
¿qué viste en Toledo?

Bras.

Vi
de casas un burujon,
y mucha gente holgazana,
y en calles buenas, y ruines,

la basura á celemines,
y el cielo por cerbatana;
y dicen que hay infinitos
desdenes en caras buenas;
en verano verengenas,
y en el otoño mosquitos.

Doña Blanca.

¿No hay mas nuevas en la corte?

Bras.

Sátiras pide el deseo
malicioso, ya lo veo:
mas mi pluma no es de corte;
con otras cosas, señora,
os divertid hasta el alba,
que al ausente, Dios le salva.

Doña Blanca.

Pues al que acertare ahora
este enigma, de los tres,
daré un vestido de paño;
y el de grana, que hice ogaño:
á Teresa digo, pues.
¿Cuál es el ave sin madre,
que al padre no puede ver,
ni al hijo, y le vino á hacer
despues de muerto su padre?

Bras.

¿Polainas y galleruza
ha de tener?

Doña Blanca.

Claro es:
digan en rueda los tres.

Teresa.

El cuclillo.

Bras.

La lechuza.

Belardo.

No hay ave á quien mejor cuadre,
que al Fenix, ni otra ser puede;
pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

Doña Blanca.

El Fenix es.

Belardo.

Yo gané.

Bras.

Yo perdí como otras veces.

Doña Blanca.

No te doy lo que mereces.

Bras.

Un gorrino le daré
á quien dijere el mas caro
vicio que hay en el mundo.

Doña Blanca.

En que es el juego me fundo.

Bras.

Mentís, Branca, y esto es craro.

Teresa.

El de las mugeres, digo,
que es mas costoso.

Bras.

Mentís.
¿Vos, Belardo, qué decís?

Belardo.

Que el hombre de caza amigo
tiene el de mas perdicion,
mas costoso, é infelice,
la moralidad lo dice
del suceso de Anteon.

Bras.

Mentís tambien, que á mi juicio
sin quedar de ello dudoso
es el vício mas costoso
el del borracho; que es vicio
con quien ninguno compite;
que si pobre viene á ser,
de lo que gastó en beber
nó puede tener desquite. (1)

Doña Blanca.

Oye, Bras; amigos, ea,
abrid, que es el alma mia.
Temprano viene García,
quiera Dios que por bien sea.

Dentro don García.

Buenas noches, gente fiel.

Bras.

Seais, señor, bien venido.

ESCENA XIV.

Don García, Bras, Teresa y Blanca que vá al encuentro de su esposo; y arrima don García el arcabuz al bufete.

García.

¿Como en Toledo te ha ido?

Bras.

Al Conde dí tu papel,
y dijo respondería.

Don García.

Está bien. Esposa amada,
¿no estais mejor acostada?
¿qué esperais?

(1) *Silva dentro don García.*

Que venga el dia:
esperar como solia
á su cazador la diosa
madre de amor cuidadosa,
cuando dejaba los lazos,
y hallaba en sus tiernos brazos
otra carcel mas hermosa,
vínculo de amor estrecho,
donde yacia su bien,
á quien parte dió tambien
del alma, como del lecho:
mas yo con mejor derecho,
cazador que al otro escedes,
haré de mis brazos redes,
y porque caigas, pondré
de una tórtola la fe,
cuyo llanto escusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
no rebelde javalí
te consagra, una ave sí,
que lloraba por su esposo;
concédete generoso
á vínculos permitidos,
y escucharán tus oidos,
en la palestra de pluma,
arrullos blandos en suma,
y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
quejosa de que te alejes
de noche, y mis brazos dejes
por esperar una fiera;
adórote de manera,
que aunque propongo á mis ojos
quejas, y tiernos despojos,

(1)

cuando vuelves de esta suerte,
por el contento de verte
te agradezco los enojos.

Don García.

Blanca hermosa, Blanca, rama
llena por mayo de flor,
que es con tu bello color
etiope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
del rojo planeta oscura,
y herido de su luz pura,
terso cristal pizarra.
que eres la accion mas bizarra
del poder de la hermosura:
cuando alguna conveniencia
me aparte, y quejosa quedes,
no mas dolor darme puedes,
que el que padezco en tu ausencia:
cuando vuelvo á tu presencia,
de dejarte arrepentido,
en vano el pecho ofendido
me recibiera terrible;
que en la gloria no es posible
atormentar al sentido.
Las almas en nuestros brazos
vivan heridas, y estrechas,
ya con repetidas flechas,
ya con recíprocos lazos:
no se tejan con abrazos
la vid y el olmo frondoso,
mas estrechos que tu esposo,
y tú, Blanca: llega, amor,
que no hay contento mayor
que rogar á un deseoso.
Y aunque no te traigo aquí,

del sol á la hurtada luz,
herido con mi arcabuz
el cerdoso javalí,
ni el oso ladron, que ví
hurtar del corto vergel
dos repúblicas de miel,
y despues á pocos pasos,
en el humor de sus vasos
bañar el hocico y piel;
te traigo en vez de trofeos
de javalies, y osos,
por lo bien trabado, hermosos,
y distintamente feos,
una alma, y muchos deseos
para alfombras de tus pies;
y me parace que es,
cuando tus méritos toco,
cuanto os he contado poco,
como es poco cuanto vés.

Bras.

Teresa allí, vive Dios.

Teresa.

¿Pues aquí quién vive, Bras?

Bras.

Aquí vive Barrabás,
hasta que chante á los dos
las bendiciones el cura;
porque un casado, aunque pena,
con lo que otro se condena
su salvacion asegura.

Teresa.

¿Con qué?

Bras

Con tener amor
á su muger, y aumentar.

Teresa.

Eso, Bras, es trabajar
en la viña del Señor.

Doña Blanca.

Desnudaos, que en tanto quiero
preveniros, prenda amada,
ropa por mi mano hilada,
que huele mas que el romero:
y os juro, que es mas util,
que ser la de Holanda suele;
porque cuando á limpia huele,
no ha menester al abril.
Venid los dos.

ESCENA XV.

Dichos menos doña Blanca.

Bras.

Siempre he oido,
que suele echarse de ver
el amor de la muger,
en la ropa del marido.

Teresa.

Tambien en la sierra es fama,
que, amor ni honra no tiene,
quien vá á la corte, y se viene
sin joyas para su dama.

ESCENA XVI.

Don Garcia.

Envidienme en mi estado
las ricas, y ambiciosas magestades,
mi bienaventurado
alvergue, de delicias coronado,

y rico de verdades.
envidien las deidades,
profanas, y ambiciosas,
mi venturoso empleo;
envidien codiciosas,
que cuando á Blanca veo,
su beldad pone límite al deseo.
¡ Valgame el cielo, qué miro !

ESCENA XVII.

Don García y don Mendo, el cual entra por el balcon abriendole de golpe, y al ver á don García se emboza.

Don Mendo.

¡ Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar!
Valor, corazon, ya es hecho:
quien de un villano confia,
no espere mejor suceso.

Don García.

Hidalgo, si serlo puede
quien de accion tan baja es dueño,
si alguna necesidad
á robarme os ha dispuesto,
decidme lo que quereis,
que por quien soy os prometo,
que de mi casa volvais
por mi mano satisfecho.

Don Mendo.

Dejadme volver, García.

Don García.

Eso no; porque primero
he de conocer quien sois;
y descubríos muy presto,
ó de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

Don Mendo.

Pues advertid no, me erreis;
que si con vos igual quedo,
lo que en razon me llevais,
en sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz
lo ha dicho á alguno en secreto,
informándole de mi:
la vanda que cruza el pecho,
de quien soy testigo sea. (1)

Don García.

¡El Rey es ¡valgame el cielo!
y que le conozco sabe:
honor, y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradicion implica
la lealtad con el remedio?

Don Mendo.

¡Qué propia accion de villano!
temor me tiene ó respeto;
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
por valiente! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais,
ni huir, ní negarlo puedo;
mas en ella entré esta noche...

Don García.

A hurtarme el honor que tengo;
muy bien pagais á mi fe
el hospedage por cierto
que os hicimos Blanca, y yo:
ved que contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,

---

(1) *Desembozase, y cáesele el arcabuz á don García.*

pues yo ofendido os venero,
y vos de mi fe servido,
me dais agravios por premios.

Don Mendo.

No hay que fiar de un villano
ofendido: pues que puedo,
me defenderé con este.

Don García.

¿Qué haceis? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid,
que os le estorvo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso:
que para mi basta solo
la vanda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla,
á cuya luz estoy ciego.

Don Mendo.

¿Al fin me habeis conocido?

Don García.

Miradlo por los efectos.

Don Mendo.

Pues quien nace como yo
no satisface, ¿qué haremos?

Don García.

Que os vais, y rogad á Dios,
que enfrene vuestros deseos;
y al Castañar no volvais
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.

Don Mendo.

Yo lo pagaré, García.

Don García.

No quiero favores vuestros.

Don Mendo.

No sepa el conde de Orgaz
esta accion.

Don Garcia.

Yo os lo prometo.

Don Mendo.

Quedad con Dios.

Don Garcia.

El os guarde:
y á mi de vuestros intentos,
y á Blanca.

Don Mendo.

Vuestra muger...

Don Garcia.

No, señor, no hableis en eso;
que vuestra será la culpa:
yo sé la muger que tengo.

Don Mendo.

¡Ay Blanca! sin vida estoy: *ap.*
¡Que dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú adorandote me has muerto.

Don Garcia.

¿A donde vais?

Don Mendo.

A la puerta.

Don Garcia.

¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habeis de salir.

Don Mendo.

¿Conoceisme?

Don Garcia.

Yo os prometo,
que á no conocer quien sois,
que bajáredes mas presto;

mas tomad este arcabuz
ahora; porque os advierto,
que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos,
si como yo, nó os conocen:
bajad aprisa; no quiero,
que sepa Blanca este caso.

Don Mendo.

Razon es obedeceros.

Don Garcia.

Aprisa, aprisa, señor,
remitid los cumplimientos;
y mirad que al descender
no caigas, porque no quiero,
que tropeceis en mi casa,
porque de ella os vais mas presto.

Don Mendo.

¡Muerto voy!

ESCENA XVIII.

Don Garcia.

Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.
¡Cansada estabas, fortuna,
de estarte fija un momento!
¡Qué vuelta diste tan fiera
en aqueste mar! ¡Qué presto
que se han trocado los aires!
¡En qué dia tan sereno,
contra mi seguridad
fulmina rayos el cielo!
Ciertas mis desdichas son,
pues no dudo lo que veo,
que á Blanca mi esposa busca.

el Rey Alfonso encubierto.
¡Que desdichado que soy,
pues altamente naciendo
en Castilla conde, fui
de aquestos montes plebeyo
labrador, y desde hoy
á estado mas vil desciendo!
¿Así paga el Rey Alfonso
los servicios que le he hecho?
Mas desdicha será mía,
no culpa suya, callemos;
y, afligido corazon,
prevengamos el remedio,
que para animosas almas
son las penas y los riesgos.
Mudemos tierra con Blanca,
sagrado sea otro reino
de mi inocencia, y mi honor;
pero dirán que es de miedo;
pues no he de decir la causa
y que me faltó el esfuerzo
para ir contra Algecira,
es verdad: mejor acuerdo
es decir al Rey quien soy;
mas no, García, no es bueno,
que te quitará la vida,
porque no estorve su intento;
pero si Blanca es la causa,
y resistirle no puedo
¿Qué he de hacer en este caso?
que las pasiones de un Rey
no se sujetan al freno
ni á la razon: muera Blanca, (1)

(1) *Saca el puñal.*

y deshonor, y elijamos,
corazon, del mal lo menos:
á muerte te ha condenado
mi honor, cuando no mis celos;
porque á costa de tu vida
de una infamia me preservo.
Perdóname, Blanca mia,
que aunque de culpa te absuelvo,
solo por razon de estado
á la muerte te condeno:
¿mas es bien, que conveniencias
de estado en un caballero
contra una inocente vida
puedan mas, que no el derecho?
Sí; cuando la providencia,
y cuando el discurso atento,
miran el daño futuro
por los presentes sucesos.
¿Mas yo he de ser, Blanca mia,
tan bárbaro y tan severo,
que he de sacar los claveles
con aqueste de tu pecho
de jazmines? No es posible,
Blanca hermosa, no lo creo,
ni podrá romper mi mano
de mis ojos el espejo.
Mas de su beldad ahora,
que me va el honor me acuerdo:
muera Blanca, y muera yo:
valor, corazon, y entremos
en una á quitar dos vidas,
en uno á pasar dos pechos,
en una á sacar dos almas,
en uno á cortar dos cuellos,
sino me falta el valor,

sino desmaya el aliento,
y sí no al alzar los brazos,
entre la voz, y el silencio,
la sangre falta á las venas,
y el corte le falta al hierro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

El Conde, de camino.

Conde.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
que á pie quiero gozar del dia bello,
pues tomó de este monte
el dia posesion de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
tú que le vives morirás dichoso,
pues en él, don García,
doctrina dás á la filosofia,
y la muger mas cuerda,
Blanca en virtud, en apellido Cerda;
pero sino me miente
la vista, sale apresuradamente,
con señas celestiales,
de entre aquellos jarales,
una muger desnuda;
bella será, si es infeliz, sin duda.

ESCENA II.

El Conde y doña Blanca, con parte de sus vestidos en el brazo.

Doña Blanca.

¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,

entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura;
y en tanto que me visto,
decid, pues no resisto,
lenguas del corazon sin alegria;
¡ay dulces prendas, cuando Dios queria!

Conde.

Aunque mal determino,
parece que se viste, y imagino
que está turbada, y sola;
de la sangre española
digna empresa es aquesta.

Doña Blanca.

Un hombre para mí la planta apresta.

Conde.

Parece hermosa dama.

Doña Blanca.

Quiero esconderme entre la verde rama.

Conde.

Muger, escucha, tente,
¿sales, como Diana, de la fuente
para matar severa
de amor al cazador, como á la fiera?

Doña Blanca.

¡Mas ay suerte dichosa!
este es el Conde.

Conde.

Hija, Blanca hermosa,
¿dónde vas de esta suerte?

Doña Blanca.

Huyendo de mi esposo, y de mi muerte.
Yá las dulces canciones,
que en tanto que dormia, en mis balcones
alternaban las aves,
no son ¡ó Conde! epitalamios graves;

serán ¡ó dueño mio!
de pájaro funesto agüero impio,
que él dia entero, y que las noches todas,
cante mi muerte, por cantar mis bodas.
Trocóse mi ventura;
oye la causa, y presto te asegura,
y vé á mi casa, adonde
muerto hallarás mi esposo, muerto, Conde.
Aquesta noche, cuando
le aguardaba mi amor en lecho blando
último del deseo,
término santo, y templo de Himeneo,
cuando yo le invocaba,
y la familia recogida estaba,
entrar le ví severo
blandiendo contra mí su blanco acero;
dejé entonces la cama,
como quien sale de improvisa llama,
y mis vestidos busco,
y al ponerme me ofusco
esta cota brillante;
mira qué suerte peto de diamante:
vístome el faldellin, y apenas puedo
hallar las cintas, ni salir del ruedo;
pero sin compostura
le aplico á mi cintura,
y mientras le acomodo,
lugar me dió la suspension á todo.
La causa le pregunto;
mas él casi difunto,
á cuanto vió, y á cuanto le decia,
con un suspiro ardiente respondia,
lanzando de su pecho, y de sus ojos
piedades confundidas con enojos,
tan juntos que dudaba,

si eran iras, ó amor lo que miraba;
pues de mi retirado,
le ví volver mas tierno, mas airado;
diciéndome entre fiero, y entre amante:
tú Blanca, has de morir, y yo al instante.
Mas el brazo levanta,
y abortando su voz en su garganta,
cuando mi fin recelo,
caer le ví en el suelo,
cual suele el risco cano
del aire á impulso descender al llano,
y yerto en él, y mudo,
de aquel monte membrudo,
suceder en sus labios, y en sus ojos
pálidas flores á claveles rojos,
y con mi boca, y mi turbada mano
busco el calor entre su yelo, en vano;
y estuve de esta suerte
neutral un rato entre la vida, y muerte,
hasta que ya latiendo,
oí mi corazon estar diciendo:
vete Blanca infelice;
que no son siempre iguales
los bienes, y los males,
y no hay accion alguna
mas vil, que sugetarse á la fortuna.
Yo le obedezco, y dejo
mi aposento, y mi esposo, y de él me alejo,
y en mis brazos, sin brios
mal acomodo los vestidos mios:
por donde voy no veia,
cada paso caia,
y era, Conde forzoso,
por volver á mirar mi amado esposo.

pues los hados fatales
me dieron el remedio entre los males;
pues mi fortuna quiso
hallase en tí favor, amparo, aviso,
pues que miran mis ojos
no salteadores de quien ser despojos,
pues eres, Conde ilustre,
gloria de Illan, y de Toledo lustre,
pues que plugo á mi suerte
la vida hallase quien tocó la muerte.

Conde

Digno es el caso de prudencia mucha;
este es mi parecer: ha Tello, escucha.

ESCENA III.

Dichos y Tello.

Conde.

Ya sabes, Blanca, como siempre es justo
acudas á mi gusto;
así, sin replicarme,
con Tello al punto, sin escusas darme,
en aqueste caballo, que lealmente
á mi persona sirve juntamente,
caminad á Toledo:
esto conviene Blanca, esto hacer puedo;
y tú á Palacio llega,
á la Reyna la entrega,
que yo voy á tu casa,
que por llegar el corazon se abrasa,
y he de estar de tu parte
para servirte, Blanca, y ampararte.

Tello.

Vamos, señora mia.

Doña Blanca.
Mas quisiera, señor ver á García.
Conde.
Que aquesto importa advierte.
Doña Blanca.
Principio es de acertar obedecerte.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE DON GARCÍA.

Don Garcia con un puñal desnudo en la mano.

Don Garcia.
¿Donde, voy, ciego homicida?
¿Donde me llevas, honor,
sin el alma de mi amor,
sin el cuerpo de mi vida?
A Dios, mitad dividida
del alma, sol que eclipsó
una sombra; pero no,
que muerta la esposa mia,
no tuviera luz el dia,
ni tuviera vida yo.
¡Blanca muerta! No lo creo,
el cielo vida la dé,
aunque esposo la quité,
lo que amante la deseo:
quiero verla; pero veo
solo el retrete, y abierta
de mi aposento la puerta,
limpio en mi mano el puñal,
y en fin yo vivo, señal
de que mi esposa no es muerta.
¡Blanca con vida, (ay de mi)
cuando yo sin honra estoy!

Como ciego amante soy;
esposo cobarde fuí.
Al Rey en mi casa vi,
buscando mi prenda hermosa,
y aunque noble, fue forzosa
obligacion de la ley;
ser piadoso con el Rey,
y tirano con mi esposa.
¿Cuantas veces fue el tirano
acero la egecucion?
¿y cuantas el corazon
dispensó el golpe á la mano?
Si es muerta, morir es llano;
si vive, muerto he de ser.
Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer?
¿mas qué me puedes decir,
pues solo para morir
me has dejado en que escoger?

ESCENA V.

Don Garcia y el Conde.

Conde.

Dígame Vueseñoría,
¿contra qué morisco alfange
sacó el puñal esta noche,
que está en su mano cobarde?
¿Contra una flaca muger,
por presumir ignorante,
que es villana? Bien se acuerda,
cuando propuso casarse,
que le dije era su igual,
y mentí; porque un infante
de los Cerdas fue su abuelo,
si conde su noble padre.

¿Y con una labradora
se afrentára, como sabe
que el Rey ha venido á ver
y por mi voto le hace
capitan de aquesta guerra,
y me envia de su parte
á que le lleve á Toledo?
¿Es bien que aquesto me p
con su muerte, siendo Bla
luz de mis ojos brillante?
Pues vive Dios, que le ha
de costar al loco, al fácil,
cuanta sangre hay en sus v
una gota de su sangre.

Don García.

¿Decidme, Blanca, quién

Conde.

Su muger, y aquesto baste.

Don García.

Reportaos: ¿quién os ha
que quise matarla?

Conde.

Un An
que hallé desnudo en el mo
Blanca, que entre sus jar
perlas daba á los arroyos,
tristes suspiros al aire.

Don García.

¿Dónde está Blanca?

Conde.

A pala
esfera de su real sangre,
la envié con un criado.

Don García.

Matádme, señor, matádm

¡Blanca en palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿como si sois tantos juntos,
no me acaban tantos males?
¿Mi esposa en palacio, conde?
¿Y el Rey, que los cielos guarden,
me envia contra Algecira
por capitan de sus haces,
siendo en su opinion villano?
quiera Dios, que en otra parte
no desdore con afrentas
estas honras que me hace.
Yo me holgára, á Dios pluguiera,
que esa muger que criasteis
en Orgáz para mi muerte,
no fuera de estirpes reales,
sino villana, y no hermosa:
y á Dios pluguiera, que antes
que mi pecho enterneciera,
aqueste puñal infame
su corazon con mi riesgo
le dividiera en dos partes;
que yo os escusára, Conde,
el vengarla, y el matarme,
muriéndome yo primero.
¡Qué muerte tan agradable
hubiera sido, y no agora
oir, para atormentarme,
que está sin defensa, adonde
todo el poder la combate!
Haced cuenta, que mi esposa
es una bizarra nave,
que por robarla, la busca
el pirata de los mares,
y en los enemigos puertos

se entró, cuando vigilante
en los propios la buscaba,
sin pertrechos que la guarden,
sin piloto que la rija,
y sin timon, y sin mástil.
No es mucho que tema, Conde,
que se sujete la nave,
por fuerza, ó por voluntad,
al capitan que la bate.
No quise por ser humilde
darla muerte, ni fue en valde;
creed, que aunque no lo digo,
fue causa mas importante.
No puedo decir por qué:
mas advertid, que mas sabe,
que el entendido en la agena,
en su casa el ignorante.

Conde.

¿Sabe quién soy?

Don Garcia.

Sois Toledo,
y sois Illan por linage.

Conde.

¿Débeme respeto?

Don Garcia.

Si;
que os he tenido por padre.

Conde.

¿Soy su amigo?

Don Garcia.

Claro está.

Conde.

¿Qué me debe?

Don Garcia.

Cosas grandes.

Conde.

¿Sabe mi verdad?

Don Garcia.

Es mucha.

Conde.

¿Y mi valor?

Don Garcia.

Es notable.

Conde.

¿Sabe que presido á un reyno?

Don Garcia.

Con aprobacion bastante.

Conde.

Pues confiese lo que siente,
y puede de mí fiarse
el valor de un caballero
tan afligido y tan grave:
dígame, Vueseñoría,
hijo, amigo, como padre,
como amigo, sus enojos,
cuénteme todos sus males,
refiérame sus desdichas:
¿teme que Blanca le agravie?
que es, aunque noble, muger.

Don Garcia.

Vive Dios, Conde, que os mate,
si pensais que el sol, ni el oro
en sus últimos quilates,
para exagerar su honor,
es comparacion bastante.

Conde.

Aunque habla como debe
mi duda no satisface
por su dolor regulada:
solos estamos, acabe;

por la cruz de aquesta espada
he de acudille, amparalle,
si fuera Blanca mi hija,
que en materia semejante,
por su honra depondré
el ámor, y las piedades.
¿Dígame si tiene zelos?

Don Garcia.

No tengo zelos de nadie.

Conde.

¿Pues qué tiene?

Don Garcia.

Tanto mal,
que no podeis remedialle.

Conde.

¿Pues que hemos de hacer los dos
en tan apretado lance?

Don Garcia.

¿No manda el Rey que á Toledo
me lleveis, Conde? llevadme:
mas decid, ¿sabe quien soy
su Magestad?

Conde.

No lo sabe.

Don Garcia.

Pues vamos, Conde, á Toledo.

Conde.

Vamos, García.

Don Garcia.

Id delante.

Conde.

Tu honor y vida amenáza, *ap.*
Blanca, silencio tan grande;
que es peligroso accidente
mal que á los lábios no sale.

Don Garcia.
¿No estás en palacio, Blanca?
¿No te fuiste, y me dejaste?
pues venganza será ahora
la que fue prevencion antes.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y doña Blanca.

Reyna.
A vuestro amparo me obligo,
y creedme que me pesa
de vuestros males, Condesa.

Doña Blanca.
¿Condesa? No habla conmigo.
Mire Vuestra Magestad,
que de quien soy no se acuerda.

Reyna.
Doña Blanca de la Cerda,
prima, mis brazos tomad.

Doña Blanca.
Aunque escuchándola estoy,
y sé no puede mentir,
vuelvo, señora, á decir,
que una labradora soy,
tan humilde, que en la villa
de Orgaz pobre me crié
sin padre.

Reyna.
Y padre, que fue
propuesto Rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
sois hija, vuestro marido

es, Blanca, tan bien nacido
como vos; y pues sois cuerda,
y en palacio habeis de estar,
en tanto que vuelve el Conde,
no digais quien sois, y adonde
ha de ser, voy á ordenar.

ESCENA VII.

Doña Blanca y luego don Mendo.

Doña Blanca.

¿Habrá alguna, cielo injusto,
á quien dé el hado cruel
los males tan de tropel,
y los bienes tan sin gusto
como á mi? ¿Ni podrá estar
viva con mal tan esento?
¡Qué no dá vida un contento
y dá la muerte un pesar!
¡Ay esposo, que de enojos
me debes! mas pesar tanto,
¿como lo dicen sin llanto
el corazon y los ojos? (1)

Don Mendo.

Labradora, que al abril
florido en la gala imita,
de los bellos ojos quita
ese nublado sutil,
sino es, que con perlas mil
bordas, llorando, la holanda:
¿quien eres? la Reina manda
que te guarde, y ya te espero.

---

(1) *Pone un lienzo en los ojos y sale don Mendo.*

Doña Blanca.

Vamos, señor caballero,
el que trae la roja vanda.

Don Mendo.

Bella labradora mia,
¿conócesme acaso?

Doña Blanca.

Si;
pero tal estoy que á mi
apenas me conocia.

Don Mendo.

Desde que te vi aquel dia,
cruel para mi, señora,
el corazon que te adora
ponerse á tus pies procura.

Doña Blanca.

Solo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.

Don Mendo.

Anoche en tu casa entré,
con alas de amor, por verte;
mudaste mi feliz suerte,
mas no se mudó mi fe;
tu esposo en ella encontré,
qué cortés me resistió.

Doña Blanca.

¿Cómo? ¿Qué dices?

Don Mendo.

Que no,
Blanca, la ventura halla
amante, que vá á buscalla,
sino acaso como yo.

Doña Blanca.

Ahora sé, caballero,
que vuestros locos antojos

son causa de mis enojos,
que sufrir y callar quiero.

ESCENA VIII.

Dichos y don García.

Don García.
Al conde de Orgaz espero:
¡mas qué miro!
Don Mendo.
Tu dolor
satisfaré con amor.
Doña Blanca.
Antes quitareis primero
la autoridad á un lucero,
que no la luz á mi honor.
Don García.
¡Ha valerosa muger!
¡O tirana magestad!
Don Mendo.
Ten Blanca menos crueldad.
Doña Blanca.
Tengo esposo.
Don Mendo.
Y yo poder;
y mejores han de ser
mis brazos, que honra te dan,
que no sus brazos.
Doña Blanca.
Si harán;
porque bien, ó mal nacido,
el mas indigno marido
escede al mejor galan.
Don García.
¿Mas como puede sufrir

un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
el Rey: saldréle á impedir.

Don Mendo.

¿Como te has de resistir?

Doña Blanca.

Con firme valor.

Don Mendo.

¿Quién dió
tanta dureza?

Doña Blanca.

Quien dió
fama á Roma en las edades.

Don Mendo.

¡O que villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?

Don Garcia.

Yo;
que esto solo se permite
á mi estado, y desconsuelo,
que contra rayos del cielo
ningun humano compite;
y sé, que aunque solicite
el remedio que procuro,
ni puedo, ni me aseguro:
que aquí, contra mi rigor,
ha puesto un muro el amor,
y aquí el respeto otro muro.

Doña Blanca.

¡Esposo mio, García!

Don Mendo.

Disimular es cordura. *ap.*

Don Garcia.

¡O malograda hermosura!
¡O poderosa porfia!

Doña Blanca.
Grande fue la dicha mia.
Don Garcia.
Mi desdicha fue mayor.
Doña Blanca.
Albricias pido á mi amor,
Don Garcia.
Venganza pido á los cielos;
pues en mis penas, y zelos
no halla remedio el honor:
mas este remedio tiene.
Vamos, Blanca, al Castañar.
Don Mendo.
En mi poder ha de estar
mientras otra cosa ordene;
que me han dicho que conviene
á la quietud de los dos
el guardarla.
Don Garcia.
Guardeos Dios,
por la merced que me haceis:
mas no es justo vos guardeis
lo que he de guardar de vos;
que no es razon natural,
ni se ha visto, ni se ha usado,
que guarde el lobo al ganado,
ni guarde el oso el panal.
Antes, señor, por mi mal,
será, si á Blanca no os quito,
siendo por vuestro apetito,
oso ciego, voraz lobo,
ó convidar con el robo,
ó rogar con el delito.
Doña Blanca.
Dadme licencia, señor.

Don Mendo.

Estás, Blanca; por mi cuenta;
y no has de irte.

Don Garcia.

Esta afrenta
no os la merece mi amor.

Don Mendo.

Esto ha de ser.

Don Garcia.

Es rigor,
que de injusticia procede.

Don Mendo.

Para que en palacio quede *ap.*
á la Reyna he de acudir.
De aquí no habeis de salir;
ved que lo manda quien puede.

ESCENA IX.

Dichos menos don Mendo.

Don Garcia.

Dénme los cielos paciencia,
pues ya me falta el valor;
porque acudiendo á mi honor,
me resisto á la obediencia.
¿Quién vió tan dura inclemencia?
Volved á ser homicida;
mas del cuerpo dividida
el alma, siempre inmortales
serán mis penas; que hay males,
que no acaban con la vida.

Doña Blanca.

Garcia, guárdete el cielo,
Fenix vive eternamente,
y muera yo, que inocente

doy la causa á tu desvelo,
que llevaré por consuelo,
pues de tu gusto procede,
mi muerte: tú vive, y quede
viva en tu pecho al partirme.

Don Garcia.

¿Qué en efecto no he de irme?
No, que lo manda quien puede.

Doña Blanca.

Vuelve, si tu enojo es,
porque rompiendo tus lazos,
la vida no dí á tus brazos:
yá te la ofrezco á tus pies;
yá sé quien eres, y pues
tu honra está asegurada
con mi muerte; en tu alentada
mano blasone tu acero;
que aseguró á un caballero,
y mató á una desdichada.
Que quiero que me des muerte,
como lo ruego á tu mano;
que si te temí tirano,
yá te solicito fuerte.
Anoche temí perderte,
y agora llego á sentir
tu pena. No has de vivir
sin honor; y pues yo muero
porque vivas, solo quiero
que me agradezcas morir.

Don Garcia.

Bien sé, que inocente estás,
y en vano mi honor previenes,
sin la culpa, que no tienes,
la disculpa, que me dás:
tu muerte sentiré mas,

yo sin honra, y tú sin culpa;
que mueras el amor culpa,
que vivas siente el honor,
y en vano me culpa amor,
cuando el honor me disculpa.
Aquí admiro la razon,
temo allí la Magestad,
matarte será crueldad,
vengarme será traicion;
que tales mis males son,
y mis desdichas son tales,
qne unas á otras iguales,
de tal suerte se suceden,
que solo impedir se pueden
las desdichas con los males.
Y sin que me falte alguno,
los hallo por varios modos
con el sentimiento á todos,
con el remedio á ninguno:
en lance tan importuno
consejo te he de pedir,
Blanca: mas si has de morir,
¿qué remedio me has de dar,
si lo que he de remediar,
es lo que llego á sentir?

Doña Blanca.

Si he de morir, mi García,
no me trates de esa suerte;
que la dilatada muerte
especie es de tiranía.

Don García.

¡Ay, querida esposa mia,
qué dos contrarios estremos!

Doña Blanca.

Vamos, esposo.

Don Garcia.

Esperemos
á quien nos pudo mandar
no volver al Castañar:
aparta, y disimulemos.

ESCENA X.

El Rey, la Reyna, el Conde, don Mendo, y los que pudieren.

Rey.

¿Blanca en palacio, y Garcia?
Tan contento de ello estoy,
que estimaré tengan hoy
de vuestra mano, y la mia
lo que merecen.

Don Mendo.

No es bueno,
quien por respetos, señor,
no satisface su honor,
para encargarle el ageno:
créame, pues se confia
de mí, vuestra Magestad.

Rey.

Esta es poca voluntad: *ap.*
mas allí Blanca, y Garcia
están. Llegad, porque quiero
mi amor conozcais los dos.

Don Garcia.

Caballero, guárdeos Dios;
dejadnos besar primero
de su Magestad los pies.

Don Mendo.

Aquel es el Rey, Garcia.

Don Garcia.

Honra desdichada mia, *ap.*
¿qué engaño es este que vés?
A los dos, su Magestad,
nos dad la mano, señor;
pues merece este favor,
que bien podeis.....

Rey.

Apartad;
quitad la mano; el color
habeis del rostro perdido.

Don Garcia.

No le trae el bien nacido *ap.*
cuando ha perdido el honor.
Escuchad aquí un secreto:
sois sol, y como me postro
á vuestros rayos, mi rostro
descubrió claro el efecto.

Rey.

¿Estais agraviado?

Don Garcia.

Y sé
mi ofensor, porque me asombre.

Rey.

¿Quién es?

Don Garcia.

Ignoro su nombre.

Rey.

Señaládmele.

Don Garcia.

Si haré.
Aquí fuera hablaros quiero
para un negócio importante,
que el Rey no ha de estar delante.

Don Mendo.
En la antecámara espero.

ESCENA XI.

Dichos menos don Mendo, y despues don Garcia.

Don Garcia.
Valor, corazon, valor.
Rey.
¿A dónde, Garcia, vais?
Don Garcia.
A cumplir lo que mandais,
pues no sois vos mi ofensor. *vase.*
Rey.
Triste de su agravio estoy
ver á quién señala quiero.
Don Garcia. *Dentro.*
Este es honor caballero.
Rey.
Ten villano.
Don Mendo. *Dentro.*
Muerto soy.

ESCENA XII.

Dichos y don Garcia, que vuelve embainando el puñal ensangrentado.

Don Garcia.
No soy quien piensas, Alfonso;
no soy villano, ni injurio
sin razon la inmunidad
de tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
generosa sangre encubro,
que no sé mas de los montes,

que el desengaño, y el uso.
Don Fernando el emplazado
fue tu padre, que difunto,
no menos que ardiente joven
asombrado dejó el mundo;
y á tí de un año, en sazon
que campaba el moro adusto,
y comenzaba á fundar
en Asia su Imperio el Turco.
Eran en Castilla entonces
poderosos, como muchos,
los Laras, y de los Cerdas
cierto el derecho, entre algunos,
á tu corona; si bien
Rey te juraron los tuyos:
lealtad, que en los castellanos
solamente caber pudo.
Murmuraban en la corte,
que el Conde Garci Bermudo,
que de la paz, y la guerra
era señor absoluto;
por tu poca edad, y hacer
reparo á tantos tumultos,
conspiraba á que eligiesen
de tu sangre Rey adulto,
y á don Sancho de la Cerda,
quieren decir que propuso;
si con mentira, ó verdad,
ni le defiendo, ni arguyo.
Mas los del gobierno, antes
que fuese en el fin Danubio,
el que era apenas arroyo,
ó fuese rayo futuro
lo que era apenas centella,
la vara, tronco robusto,

preso restaron al Conde
en el Alcazar de Burgos.
Don Sancho, con una hija
de dos años, huyó oculto;
que no fió su inocencia
del juicio de tus tribunos.
Con la presteza quedó
desvanecido el oscuro
nublado, que á tu corona
amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
vino á la ciudad, y trujo
consigo un hijo, que entraba
en los términos de un lustro.
Pidió de noche á las guardas
licencia de verle, y pudo
alcanzarla, sino el llanto,
el poder de mil escudos.
No vengo, le dijo, esposo,
cuando te espera un verdugo,
á alligirte, sino á dar
á tus desdichas refugio,
y libertad; y sacó
unas limas de entre el rubio
cabello, con que limar
de sus pies los hierros duros;
y ya libre, le entregó
las riquezas, que redujo
su poder, y con su manto
de suerte al Conde compuso,
que entre las guardas salió
desconocido, y seguro
con su hijo; y entre tanto
que fatigaban los brutos
andaluces, en su cama

substituia otro bulto.
Manifestóse el engaño
otro dia; y presa estuvo,
hasta que en hombros salió
de la prision al sepulcro:
En los montes de Toledo
pára el Conde, entre desnudos
peñascos, y de una cueba
vivia el centro profundo,
hurtado á la diligencia
de los que en distintos rumbos
le buscaron; que trocados
en abarcas los coturnos,
la seda en pieles, un dia,
que se vió en el cristal puro
de un arroyo, que de un risco
era precipicio inundo,
hombre mentido con pieles,
la barba, y cabello infurto;
y pendientes de los hombros,
en dos aristas, diez juncos;
viendo su retrato en él,
sucedido de hombre en bruto;
se buscaba en el cristal,
y no hallaba su trasunto:
de cuyas campañas, antes
que á las flores los coluros
del sol en el lienzo vario
diesen el postrer dibujo,
llevaba por alimento
fruta tosca en ramo inculto,
agua clara en fresca piel,
dulce leche en vasos rudos:
y á la escasa luz, que entraba
por la boca de aquel mustio

bostezó, que dió la tierra
despues del comun diluvio,
al hijo las buenas letras
le enseñó, y era sin uso,
ojos despiertos sin luz,
y una fiera con estudio.
Pasó joven de los libros
al valor, y al colmilludo
javalí opuesto, á su cueba
volvia en humor purpúreo.
Tenia el anciano padre
el rostro lleno de sulcos,
cuando le llamó la muerte,
débil, pero no caduco,
y al joven le dijo: Orgáz
yace cerca, importa mucho
vayas, y digas al Conde,
que á aqueste alvergue nocturno
con un religioso venga;
que un deudo, y amigo suyo
le llama para morir.
Habló al Conde, y él dispuso
su viage, sin pedir
cartas de creencia al Nuncio.
Llegan á la cueba, y hallan
débiles los flacos pulsos
del Conde, que al huésped dijo,
viendo le observaba mudo:
ves aquí, Conde de Orgaz,
un rayo disuelto en humo,
una estátua vuelta en polvos,
un abatido Nabuco:
este es mi hijo, y entonces
sobre mi cabeza puso
su débil mano; yo soy

el Conde Garci Barmudo,
en tí, y estas joyas, tenga
contra los hados recurso
este hijo, de quien padre
piadoso te sostituyo:
y en brazos del religioso,
pálido, y los ojos turbios,
del cuerpo y alma, la muerte,
desató el estrecho nudo.
Llevámosle al Castañar
de noche, porque sus lutos
nos prestase, y de los cielos
fuesen hachas los carbunclos,
adonde con mis riquezas
tierras compro, y casas fundo,
y con Blanca me casé,
como á amor y al Conde plugo.
Vivia, sin envídiar
entre el arádo, y el yugo,
las cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro;
hasta que anoche en mi casa
ví á aqueste huesped perjuro,
que en Blanca, atrevidamente,
los ojos lascivos puso.
Y pensando que eras tú,
por cierto engaño, que dudo,
le respeté, corrigiendo
con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
venzo al temor con quien lucho,
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazon atravieso.:
Mírale muerto, que juzgo

me tuvieras por infame,
si á quien de este agravio acuso,
le señalára á tus ojos
menos, señor, que difunto;
aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo;
que esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,
este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie,
del Rey abajo, ninguno.

Reyna.

¿Qué decis?

Rey.

Confuso estoy.

Doña Blanca.

¿Qué importa la vida pierda?
De don Sancho de la Cerda
la hija infelice soy;
si mi esposo ha de morir,
mueran juntas dos mitades.

Rey.

¿Qué es esto, Conde?

Conde.

Verdades,
que es forzoso descubrir.

Reyna.

Obligada á su perdon
estoy.

Rey.

Mis brazos tomad;
los vuestros, Blanca, me dad;
y de vos, Conde, la accion
presente he de confiar.

Don Garcia.

Pues toque el parche sonoro,
que rayo soy contra el moro,
que fulminó el Castañar.
Y verás en sus campañas
correr mares de carmin,
dando con aquesto fin,
y principio á mis hazañas.

García del Castañar.

Sentimos alguna repugnancia en poner esta comedia al frente de las de Rojas; porque su notorio mérito la ha hecho tan comun que apenas hay en Madrid una casa regular en donde no se encuentre: pero como era imposible dejar de incluirla en nuestra Coleccion, hemos creido que no valia la pena de reservarla para otro cuaderno, y que seria mejor colocarla en el lugar que le corresponde.

García del Castañar es una de aquellas composiciones que los preceptistas se verián muy embarazados para definir, gracias á la cabilosidad y exuberancia de sus reglas. Por la naturaleza del argumento, es una verdadera tragedia, si se puede dar este título á una fábula cuyo desenlace es feliz. Sino, será dificil clasificarla y hallar nombre que le cuadre. Comedia no es; porque no ridiculiza los vicios. Tragedia urbana, menos; porque los personages que en ella resaltan son de alto coturno. Drama, tampoco; porque no escita el sueño. Melodrama de grande espectáculo, mucho menos; porque no asusta á los niños. Será, pues, forzoso llamarla obra divina, como dijo un ingles del Paraiso perdido de Milton, á quien los críticos negaban el título de Poema Epico.

Para acabar de confundir á estos últimos, García del Castañar encierra situaciones, caractéres y pinturas humildes. El supuesto villano se deleita describiendo la caza. Blanca, pintando la provision de su despensa. Luego pasa la velada proponiendo enigmas; y los criados divierten con sus sencilleces. Por fin el espectador se ve transportado á Toledo, á la aldea de García, á los bosques, y otra vez á las mismas partes; y en esto se emplean dos dias, que no es

tan agradable; sus formas aparecerian menos sencillas y agrestes; hablarian de otro modo al corazon, y es imposible que le interesaran tanto. Cada uno tiene su opinion. Nosotros vemos con gusto al Rey en su palacio, leyendo el donativo del reino, y sabiendo por la primera vez que existe García. Nos interesa el altercado de éste con don Mendo, que empieza por espantarle la caza y marcha luego á quitarle el honor; y García, sin embargo, le enseña el camino, y abandona felizmente su pasatiempo, disgustado por semejante azar. No nos contenta menos ver á Blanca entre sus criados aguardando á su esposo, y engañando con inocentes juegos las tristes horas de la ausencia; pero sobre todo queremos verla perdida en lo mas agrio de las montañas, huyendo del puñal de su esposo, sola y medio desnuda en la lóbrega noche, y dejando sus largos cabellos prendidos en las ramas de los árboles. La infeliz halla por fin socorro; pero no bien le halla, cuando ya no siente su infortunio, y nada, nada le importa sino que vuelen á socorrer á García. Una escena de este genero hay en el Rey Lear de Shakespear, y aunque no en el interes, escede á la de Rojas en el colorido.

García del Castañar era una de las piezas favoritas de Maiquez. Sus tradiciones se conservan en el teatro. Si Rojas se la hubiera visto representar, hubiera estimado en mucho mas su obra. Derramemos algunas flores sobre la tierra que los cubre. Entrambos están ya reunidos en el seno de la inmortalidad.

mento y la materia de que puede disponer.

Volviendo á la comedia de Rojas, ciertamente no era fácil concebir un cuadro mas á propósito para conmover el corazon y dejar en él una impresion satisfactoria. El heredero de un nombre ilustre halla en la felicidad doméstica la indemnizacion de todo lo que ha perdido en esplendor y poder; y su misma oscuridad le preserva de las vicisitudes de la fortuna. En esta situacion tan próspera, el deseo de ser util á su Rey, le atrae un cúmulo de males, que no hay necesidad de repetir, y le coloca por último en una elevacion que nos ha hecho sentir que mereco. ¿Quién no le admira en verdad cuando hace bajar á don Mendo por el balcon? ¿Quién no le disculpa cuando quiere matar á su Blanca? ¿Quién no se pondria á su lado para defenderle cuando hiere á su enemigo, y pronuncia aquella fiera y sublime relacion en que hasta el mismo asonante es inspirado por el génio? Pero sobre todo, ¿á quién no se le herizan los cabellos, y baña un sudor frio desde la cabeza á los pies, cuando al decirle don Mendo que no es el Rey, le oye esclamar

¡Honra desdichada mia,
¡qué engaño es este que ves!

Los demas caractéres son igualmente acabados, y los versos y el estilo dignos en lo esencial de la obra.

No seria dificil hacer de García del Castañar una tragedia arreglada. La armazon se presta á ello, y las principales bellezas se conservarian sin alteracion, pero seria preciso renunciar á una multitud de pormenores, que dan á la fábula un carácter de verdad admirable; otros tendrian que pasar en relacion, y no producirian por consiguiente la mitad del efecto que producen. Toda la obra perdería el color de antigüedad que la hace

PERSONAS.

Don Juan de Alvarado.

Sancho, su criado.

Don Lope de Rojas.

Bernardo, criado suyo.

Doña Ines de Rojas.

Don Fernando, su padre.

Beatriz, su criada.

Doña Ana de Alvarado.

Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

DONDE HAY AGRAVIOS

NO HAY CELOS,

Y AMO CRIADO.

PERSONAS.

Don Juan de Alvarado.

Sancho, su criado.

Don Lope de Rojas.

Bernardo, criado suyo.

Doña Ines de Rojas.

Don Fernando, su padre.

Beatriz, su criada.

Doña Ana de Alvarado.

Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

EL TEATRO REPRESENTA LA CALLE DE ALCALÁ.

Sancho y don Juan de camino, con botas y espuelas.

Sancho.

O es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras:
en la corte, y á estas horas,
¿qué buscas recien llegado?
¿Dónde tu discurso vá?
¿Qué es lo que intentas hacer?

Don Juan

Calla, necio; esta ha de ser
la gran calle de Alcalá;
que turbada mariposa,
busco mi llama, ó mi estrella.

Sancho.

¿Qué quieres hacer en ella?

Don Juan.

Aquí ha de vivir mi esposa.

Sancho.

El juicio hemos de perder,
si hay alguno que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapon muger?
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado;
tan llanos han caminado

mi morlon, y tu frontina.
Volvernos por Dios podremos
á dormir á la posada,
que ya dejamos tomada.

Don Juan.

En tanto que no sabemos
cual de aquestas cosas es,
(sea amor, ó sea desvelo)
adonde se oculta el cielo
de mi hermosa doña Inés,
bien puedes tener por cierto,
que no habrá descanso igual.

Sancho.

Acuérdate, hombre mortal,
que hoy hemos pasado el Puerto,
y por el bendito Dios,
que te acuerdes de por sí,
que hay desde Burgos aquí
muy largas cuarenta y dos;
y no seas tan reacio,
sobre novio, que me pesa,
que tomes hoy tan de priesa,
lo que ha de ser tan despacio.

Don Juan.

¡Ay, Sancho, que su hermosura,
aun pintada me ha abrasado!

Sancho.

Hombre que se ha enamorado
no mas que por la pintura,
porque á castigar se empiece
su amorosa desvergüenza,
ser sacado á la vergüenza
del desengaño merece.
Díme, señor, por tu vida,
engáñete, ó no, el primor,

¿ha de pintarte el pintor,
si es tu muger presumida;
si es necia, ó recatada?
¿Advertiráte fiel,
muy solícito el pincel,
si es sucia, ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(por mas que avise elegante)
si tiene dientes delante,
si guarda corcoba atras?
¿Advertiráte el retrato,
con curiosa perfeccion,
lo que hay en su inclinacion,
lo que hallarás en su trato?
Porque esto solo ha de ser,
aunque mas quieras culpar,
lo que se ha de examinar
en una propia muger.
¿Pues si no has averiguado
(de tus celos enemigo)
nada de esto que te digo,
de qué te has enamorado?

Don Juan.

Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger,
no ha de ser mas que bonita;
y que ha de tener, sabrás,
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no más.

Don Juan.

Amigo Sancho; no sé,
dejando lo discurrido,

cómo le habré parecido
en el retrato que envié;
porque de mi original,
no ví mas cierto traslado.

Sancho.

Yo sí señor.

Don Juan.

¿Qué has pensado?

Sancho.

Que le has parecido mal.

Don Juan.

¿Pues no me dirás por qué?
¿La copia, dí, no es igual
con mi propio original?
¿Pues dí, por qué?

Sancho.

Yo lo sé.

Don Juan.

Acaba ya, mentecato;
dime la causa en rigor.

Sancho.

¿Quereíslo saber mejor?

Don Juan.

Si.

Sancho.

No está acá tu retrato.

Don Juan.

De tu necedad me rio;
¿mi retrato no te dí?
¿Y no heciste el pliego?

Sancho.

Sí.

Don Juan.

¿Pues cuál enviaste?

Sancho.

El mio.

Don Juan.

Vive Dios, borracho, loco,
qué á ser lo que dices cierto,
pienso que te hubiera muerto.

Sancho.

Señor, vete poco á poco.

Don Juan.

¿ Díme, cómo ha sido ?

Sancho.

Espera,
y yo te lo contaré.

Don Juan.

¿ Acaba, di como fué ?

Sancho.

Fue, señor, de esta manera.
Ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme,)
que en Flandes dió en retratarme
por fuerza cierto pintor ;
pues por estraña y agena
pintó mi cara endiablada,
que es mejor para pintada
la mala, que no la buena.
Y despues de aquesta hazaña,
que España observa triunfante,
que nos dió el señor infante
dos licencias para España.

Don Juan.

En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apénas conocimos
los mismos que antes tratamos.

Sancho.

No señor; en el correo.

Don Juan.

¿Qué dirá mi Inés, repara
con tu cara?

Sancho.

No te asombres;
dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.

Don Juan.

¿Y qué dirá de tu talle,
y de tu presencia, dí?

Sancho.

¿Si Dios me la ha dado así,
tengo de echarle en la calle?

Don Juan.

¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber que importe,
si habiendo entrado en la corte,
está cerca el desengaño?

Sancho.

Ea, pues, señor, acaba
de cumplir con tu pension.

Don Juan.

Estas presumo que son
las Monjas de Calatrava,
y no sé como sabremos
cuál de aquestas casas es
la casa de doña Inés.

Sancho.

Por su padre preguntemos;
tu prudencia comedida,
así lo intente saber,
que no es segura muger,
la muger que es conocida.

y es fuerza que te lo diga,
pues ahora al retrato llego:
ya sabes, si te acordaste,
que la noche que le enviaste
me hiciste cerrar el pliego,
y fue porque.....

Don Juan.

Sancho, acaba;
que todo es verdad te digo,
porque me llamó un amigo
al tiempo que le cerraba.

Sancho.

Pues dióme gana, señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato,
por ver cual era mejor,
y viendo en los dos pinceles
la propiedad, y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles;
pues envueltos.....

Don Juan.

Dilo.

Sancho.

Espera;
los troqué tan torpe, y ciego,
que el mio puse en tu pliego,
y el tuyo en mi faltriquera.

Don Juan.

Yo te escucho, y no lo creo.

Sancho.

¿Pues eso á mí qué me inquieta?

Don Juan.

¿Y lo echaste en la estafeta?

Don Juan.

Ea, pregúntalo, acaba.

Bernardo.

Aquí he de esperar.

Sancho.

Hidalgo,

¿dónde posa un caballero,

que se llama don Fernando

de Rojas? Si es vuesasted

curial en aqueste barrio.

Bernardo.

Vive en esta propia casa.

Sancho.

¿Dígame usted, en qué cuarto?

Bernardo.

En toda la casa vive.

Sancho.

Guárdele el cielo mil años,

cuatro, ó cinco mas, ó menos.

Señor, ya hemos encontrado

tu muger, mas siendo propia,

fuera no hallarla milagro.

Don Juan.

Ya la escuché.

Bernardo.

Víve Dios, *ap.*

que pienso que lo he errado

en haber dicho la casa;

que estando dentro mi amo,

para esperar, y salir,

no ha de ser poco embarazo.

Sancho.

Ea, manos á la boda.

Don Juan.

¿Ea, no llamas?

Sancho.

Ya llamo.

Bernardo.

Oye vuested, caballero.

Sancho.

¿Caballero? Mas abajo
tengo mi alcuña; ¿que quiere?

Bernardo.

Que hay enfermos en el barrio,
y es tarde, y mañana hay dia.

Sancho

Los dos que vé se han criado
en la Noruega; y así
por la noche negociamos.

Bernardo.

¿Tanta prisa traen los dos?

Sancho.

Nunca traemos espacio.

Bernardo.

¿Diga por qué?

Sancho.

Porque quieren
muy apriesa los soldados.

Bernardo.

No lo entiendo.

Sancho.

Dios me entiende.

Bernardo.

¿Has cenado?

Sancho.

Si he cenado;
mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
y tu alma son los borrachos.

Bernardo.

To, to, to, valiente me es.

Don Juan.
¿ Ahora la tiendes, Sancho?
Sancho.
Yo la doblaré despues.
Bernarda
¿ Oye?
Sancho.
Bien oygo.
Bernardo.
Aquí al lado
de los Padres Recoletos,
pues quiere reñir, le aguardo.
Sancho.
Pícaro, yo nunca riño,
siendo Sancho, y siendo el Bravo
al lado de Recoletos,
sino al lado de los diablos.
Bernardo.
Así los pienso sacar *ap.*
de la calle. Ya me canso
de sus cosas, y otra vez
digo que espero en el Prado.

ESCENA III.

Dichos menos Bernardo.

Sancho.
Mas se cansará vuested
si me espera. Por san Pablo,
que le he de matar.
Don Juan.
Aguarda,
escúchate Sancho.
Sancho.
Aguardo.

Don Juan.

Entremos á ver á Inés,
y al instante que salgamos
le irás á buscar.

Sancho.

Bien dices.
¿Ha de esta casa? En lo alto
han abierto un postiguillo.

Don Juan.

Si responden.

Sancho.

No está claro.

ESCENA IV.

Dichos y don Lope, que baja por un balcon al tablado.

Don Juan.

Un hombre, viven los cielos,
ó la vista me ha engañado,
desciende por un balcon.

Sancho.

La grande llaneza alabo.

Don Lope.

¿Quién es quien está en la calle?
¿No es Bernardo?

Don Juan.

No es Bernardo.
¿Dige quién es?

Don Lope.

No es posible.
Aquí hay gran riesgo si aguardo; *ap.*
y si me voy, doy indicios
de cobarde, ó de villano;
este es el medio mejor.
Si no dejan libre el paso,

así lo intento cobrar. *saca la espada.*

Don Juan.

Al valor, y tengo manos.

Don Lope

La oscuridad de la noche,
y lo importante del caso,
y ver que al ruido que hacemos
ha de salir don Fernando, *Riñen.*
me da ocasion de volver
al riesgo de honor los pasos;
ya yo he cobrado la calle,
y puesto que la he cobrado,
y que no soy conocido,
por dama y honor volvamos.

ESCENA V.

Dichos menos don Lope.

Don Juan.

Sino me dices quien eres,
no has de pasar.

Sancho.

! Oyga el diablo!
¿Mi amo riñe conmigo?

Don Juan.

¿Dígame, quién es?

Sancho

Soy Sancho.

Don Juan.

¿Qué dices?

Sancho.

Lo que te digo:
si no hablas recio te mato.

Don Juan.

¿Luego se fué?....

Sancho.

¿No lo vés?

Don Juan.

¿El que bajó?

Sancho.

¿No está claro,
que dará mejor carrera
quien supo dar tan buen salto?

Don Juan.

Sigámosle.

Sancho.

¿Tienes postas?

Don Juan.

¡Que se fuese!

Sancho.

¡Verbun caro
factum est, y qué de cosas
en un instante han pasado!

Don Juan.

¿No creas que esa cobarde
el que bajó.

Sancho.

¿Pues yo cuando
pienso que nadie es gallina?
Todos para mí son gallos.

Don Juan.

¿Si has visto lo que nos pasa,
que te parece que hagamos?

Sancho.

Lo que á tí te pareciere.

Don Juan.

Discurramos.

Sancho.

Eiscurramos,
que ya amanece, y tendremos

los entendimientos claros.

Don Juan.

¡Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi Rey
serví mas de catorce años,
cuando con su propia hija
me envia á rogar don Fernando;
ella en Madrid, y yo en Burgos,
ella hermosa, y yo rogado;
ella muy rica, y yo pobre;
y que me buscasen!

Sancho.

Malo.
Aristóteles contigo
discurrió como muchacho.

Don Juan.

¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
cuando un criado á estas puertas
(si debió de ser criado
del que estaba dentro) intenta
que de la calle salgamos,
y para sacarnos finge
que nos desafiaba!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Ser ya las dos de la noche,
estar los cuartos cerrados,
ser casa en que viven solos
doña Inés, y don Fernando;
desde el balcon principal
bajar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente,

y acuchillarnos á entrambos,
y por no ser conocido,
irse tan apriesa!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Casarme yo con Inés,
siendo los indicios claros!

Sancho.

Peor.

Don Juan.

¿Pues qué hemos de hacer?

Sancho.

Discurramos.

Don Juan.

Discurramos.
Ahora bien, yo tengo un medio
estremado.

Sancho.

Ya le aguardo.

Don Juan.

Y es averiguar yo mismo
mis zelos, y mis agravios.
Bien puede ser que este hombre
no entre por Inés, y en tanto
que averiguo con la vista
lo que tan ciego idolatro,
tú has de hacer por mí una cosa
que importa.

Sancho.

Vamos al caso.

Don Juan.

¿No es verdad, que por el mio
vino á Madrid tu retrato?

Sancho.

Es verdad.

Don Juan.

¿Y hay en la corte
quien te conozca?

Sancho.

No hallo,
con ser tordo de tu higuera,
quien pueda llamarme Sancho.

Don Juan.

Pues desde hoy te has de fingir
mi amo, y yo tu criado;
yo tu nombre he de llamarme
y tú el mio, con que allano
ser espía de mi honor
en este contrario campo.
Fingete don Juan ahora
con doña Inés; porque entrando
tú en mi nombre, y yo en el tuyo,
en su casa disfrazados,
ladron de casa procuro
averiguar este encanto.

Sancho.

¿Señor, y si me conocen,
y me dan quinientos palos,
sino es que me dan dos mil,
por novio de contrabando?

Don Juan.

Estando yo allí no hay riesgo.

Sancho.

¿Y dime, señor, si acaso
me cobrase doña Inés
aficion, y entrase el diablo,
y me tentase; que yo
soy mortal, y fuí soldado

en Flandes?

Don Juan.

¿Cómo es posible
con ese talle, menguado?

Sancho.

Porque siempre las mugeres
quieren lo peor.

Don Juan.

Pues Sancho,
esto ha de ser.

Sancho.

¿En efecto,
estás ya determinado?

Don Juan.

Sin remedio.

Sancho

¿No hay remedio?
Pues ahora bien, yo me armo
de punta en necio, que son
las armas de los casados.

Don Juan.

¿Si te vendrán mis vestidos?

Sancho.

Si, mi señor, ¿porque cuando
á un pobre no le ha venido
cualquier vestido pintado?

Don Juan.

Desde hoy Sancho he de llamarme.

Sancho.

Y yo don Juan de Alvarado.
¿Estás resuelto?

Don Juan.

Si estoy:
Sancho, vamos.

Sancho.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

¿ Sabrás fingir?

Sancho.

Como dama.

Don Juan.

¿ Si te turbas?

Sancho.

Soy bellaco.

Don Juan.

Así sabré quien me injuria.

Sancho.

Así estaré regalado.

Don Juan.

Hoy veré á mi Inés hermosa.

Sancho.

Yo pienso engordar á palos.

Don Juan.

Pero si Inés no es quien es así

Sancho.

Mas si caen en el engaño.

Don Juan

Tomaré venganza en todos.

Sancho.

Muera Sancho, y muera harto.

Don Juan.

Ea, don Juan, á vestiros.

Sancho.

Ea, Sancho, á desnudaros.

Don Juan.

Bien empiezas.

Sancho.

Si señor,

que soy, por ser tu criado,

tu criado pericon;
que me haces de todos palos.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Beatriz con manto, y doña Inés sin él.

Beatriz.
En fin, tú me has despedido.
Doña Inés.
Beatriz, no repliques mas.
Beatriz.
Injusto pago me dás
del tiempo que te he servido.
¿Con tanta ira y rigor
premias mi antigua lealtad?
Doña Inés.
Antes que mi voluntad
tiene su lugar mi honor.
Beatriz.
Solo te pido que acabes,
puesto que me has despedido,
de decir, ¿en qué he ofendido
tu decoro?
Doña Inés.
Tú lo sabes.
Beatriz.
Mi anima sea maldita,
y de Dios escomulgada,
por toda mi santiguada,
y por esta cruz bendita;
señora, que yo no sé
porque te hayas enojado.

Doña Inés.

Pues si no me he declarado,
escucha, y te lo diré.

Beatriz.

Dilo, pues que sin razon
me riñes á troche y moche.

Doña Inés.

¿Pues dime, Beatriz, anoche,
á que abriste mi balcon
á mas de las diez?

Beatriz.

Repara,
que en eso no hay que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

Doña Inés.

¿No hablaste al abrir?

Beatriz

No hablaba.
Ella ha de de cogerme aquí. *ap.*

Doña Inés.

Mientes, Beatriz, yo te oí.

Beatriz.

Es verdad, pero rezaba.

Doña Inés.

¿Pues dime, por qué razon,
cuando en la ventana estabas,
ya que rezabas, rezabas
tan recio?

Beatriz.

Es mas devocion.

Doña Inés.

¡O que bien sabes tener
la respuesta prevenida!
¿Y dí, á que estabas vestida

ántes del amanecer?
¿Y si acaso sueño fue,
y vestida te dormiste,
cómo no me respondiste
al tiempo que te llamé?
¿Cómo, habiendo alborotado
la casa, no respondias?
Dírasme que no me oias.

Beatriz.

Tengo el sueño muy pesado.
Yo he de escaparme por Dios. *ap.*

Doña Inés.

¿Dormias de esa manera,
cuando echaste un hombre fuera
por el balcon á las dos?

Beatriz.

¿Yo eché un hombre fuera?

Doña Inés.

Si:
tú, Beatriz, en conclusion,
fuiste quien abrió el balcon.

Beatriz.

¿Quién lo dice?

Doña Inés.

Yo lo vi.

Beatriz.

Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo...

Doña Inés.

No me le nombres.

Beatriz.

Don Lope...

Doña Inés.

Irritarme intentas.

Beatriz.

Anoche, á primera noche,
hallando la puerta abierta,
se acogió acá, porque dijo
que llovia en la escalera:
dijo, que hablarte queria,
y entrando con tanta priesa,
apenas empezó á darme
el hábito de tercera,
y apenas yo te tomaba,
para ser criada buena,
cuando el viejo de tu padre
por esa cuadra atraviesa.
Yo que lo sentí, ¿qué hago?
porque á tu primo no sienta,
al banasto de un balcon
le zampucé con presteza;
cerré el balcon por de dentro,
y al dejarle por defuera,
todos sus deseos puse
al sereno como velas;
pero como soy tan pía,
que soy parienta de Eneas,
y esto de hacer bien á todos,
lo tengo desde pequeña;
apenas sentí que estabas
sosegada, aunque despierta,
y apenas vi que tu padre
no escupió una vez siquiera,
ni dijo esta tos es mia,
con ser la tos su perpetua,
cuando abriendole el balcon,
le saqué, porque se fuera,
tan quedito, que pensó
que ibamos pisando yemas.

Pero como el buen don Lope
miró la casa tan quieta,
dió en decir, erre que erre,
cuando yo fuera, que fuera;
y yendose á tu aposento,
ó por amor, ó por tema,
oliendo hácia donde estabas,
porque es amante de muestra,
te alborotó, y diste en esto
voces tales, como buenas.
El á este tiempo asustado,
como silvado poeta,
recelando que tu padre,
ó le conozca, ó le vea,
ántes que haga de las suyas,
dispuso hacer de las nuestras;
volvióse al señor balcon,
y en efecto por la reja
saltó á la calle, en la cual
hubo no sé que pendencia.
Este, señora, es el caso,
para que mejor lo sepas,
contado al pie de la boca,
ya que no al pie de la letra;
y supuesto que tu padre
no lo sintió, no consientas
dar un castigo tan grande
á una culpa tan pequeña:
así tu novio don Juan,
que por instantes esperas,
no tu marido, señora,
sino tu amante parezca:
así tú le goces...

Doña Inés.

Calla,

sino quieres que sangrienta,
antes que á don Juan pronuncies,
te despedace la lengua.
¿Yo casarme con don Juan?
No lo permitan adversas,
con violencias mi fortuna,
ni con influjos mi estrella;
ántes el mar de mis ojos
rompa, cuando airado crezca,
el márgen de las mejillas,
que son sus blancas riberas;
y á tí, porque has irritado,
ó desconocida, ó necia,
con tu ruego mi piedad,
mi obligacion con tu queja,
pues con don Lope traidora,
pues con don Juan alhagüeña,
mas que me obligas, me irritas,
me enojas mas, que me empeñas,
porque á don Juan me nombraste.....

ESCENA VII.

Dichas y don Fernando.

Don Fernando.
¿Inés, que voces son estas?
¿Qué ha sido?

Doña Inés.
No sé, señor.

Don Fernando.
¿Beatriz, por qué estás cubierta?

Beatriz.
Señor, estoy despedida.

Don Fernando.
¿Por qué?

Beatriz.

Decirlo quisiera:
mas aunque lo intento hacer,
no me deja la vergüenza.

Don Fernando.

¿Qué es el caso?

Beatriz.

Mi señora,
que ha dado en aquesta tema.

Don Fernando.

¿Qué és?

Beatriz.

En que no ha de casarse
con don Juan, aunque tú quieras;
y porque la dije ahora,
solo que te obedeciera......

Don Fernando.

¿Qué hizo?

Beatriz.

Me despidió.

Don Fernando.

¿Esa fué la causa?

Beatriz.

Esta.

Don Fernando.

Quítate el manto, Beatriz.

Beatriz.

¡O, vivas mas que una suegra,
cuando es rica, y tiene yerno,
que desea que se muera!

ESCENA VIII.

Don Fernando y doña Inés.

Don Fernando.

Ahora me llego á hablarla. *ap.*
¿ Inés ?

Doña Inés

¿ Señor, qué me ordenas ?

Don Fernando.

¿ No dirás, qué novedad
ha irritado tu obediencia ?
¿ De qué tan triste estos dias,
ó de airada, ó de suspensa,
le trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua ?
¿ No es don Juan gran caballero ?
¿ Por qué neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fè esta diligencia ?
¿ No quieres á don Juan ?

Doña Inés.

No :
y ya que entre tantas penas
á lo secreto del alma
rompió el recato la nema,
no me he de casar con él ;
y porque la causa sepas,
repara en este retrato,
si es justa mi inobediencia. (1)

Don Fernando.

¿ Qué tiene?

Doña Inés.

Que no es posible,

(1) *Dale un retrato y miralo.*

aunque tu me lo encarezcas,
que sea hombre principal
un hombre de esta manera.
¿Esta es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena
quien tiene este talle? ¿Este arte,
es arte de hombre de prendas?

Don Fernando.

¿Pues dí, quién ha conocido
por el rostro la nobleza?
¿Dice el talle calidades?
Las obras son las que enseñan
la buena sangre; el valor
es la más hermosa muestra.

Doña Inés.

Si, pero la buena sangre,
aunque se oculte en las venas,
puede hacer que las facciones
participen su influencia:
bien así como el cristal,
que es la sangre de la tierra,
que cuanto mas puro y limpio
en sus entrañas se hospeda,
tanto mas la tierra misma,
que es mas noble la demuestra.

Don Fernando.

No sofística procures
convencer con esperiencias,
verdades, que en su valor
seguras esperimentan.
Tú has de casarte con él,
aunque......

Doña Inés.

Suspende la lengua,
porque mi alvedrío es mio,

y no es justicia que quieras
sujetarme por ser padre,
lo que aun Dios no me sujeta.

Don Fernando.

Advierte Inés, que don Juan,
aunque es pobre, ahora espera
heredar de un tio anciano
dos mil ducados de renta.

Doña Inés.

Antes si tiene don Juan
parte por donde le quiera,
es por ser pobre, que amor
no se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
uno en dos hombres, y fuera
uno rico, y otro pobre,
y fueran de iguales prendas,
porque me quisiera mas,
al que es mas pobre eligiera.

Don Fernando.

Mira, Inés, yo no te pido
que te cases.

Doña Inés.

¿Pues qué intentas?

Don Fernando

Que veas solo á don Juan;
porque puede ser que sea
mucho mejor la persona,
que la pintura.

Doña Inés.

No creas
que falten á la malicia
las antiguas esperiencias;
porque el mas recto pincél,
es el que mas lisongea,

que como ya el interés
lisonja, y pinturas premia,
se han hecho de un mismo modo
los pinceles y las lenguas;
pero por obedecerte,
y porque no te parezca,
que es mi desden por impulso,
ni mi enojo por estrella,
yo esforzaré mi deseo
á quererle cuanto pueda.
Venga don Juan á mis ojos,
que porque bien me parezca,
á mis motivos presumo
reconvenir con violencias;
y porque quiero tambien,
que aborreciéndole veas,
que por tu amor contra el mio,
hago la mayor fineza......
¿Pero quién se ha entrado aquí?

ESCENA IX.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.
Una muger es, que intenta
hablar con vos, don Fernando.
Don Fernando.
¿A solas?
Doña Ana.
Si.
Don Fernando.
Vete á fuera.
Doña Inés.
Ya te obedezco.

ESCENA X.

Dichos menos doña Inés.

Don Fernando.

¿Quién sois?

Doña Ana.

Una infelice, que espera
vuestro amparo.

Don Fernando.

Descubríos.

Doña Ana.

Aunque mi propia vergüenza
me aconseja que me oculte,
mi honor tambien me aconseja
que os hable; mas mi semblante
de lo que es dirá mi pena. *Descúbrese.*

Don Fernando.

¿Qué es vuestro mal?

Doña Ana.

Un agravio.

Don Fernando.

¿Quién le ha causado?

Doña Ana.

Mi estrella.

Don Fernando.

¿Y despues?

Doña Ana.

Un hombre aleve.

Don Fernando.

¿Y puesto que yo lo sepa,
lo puedo yo remediar?

Doña Ana.

A eso vengo.

Don Fernando.

¿Dí, qué intentas?

Doña Ana.

Oye mi mal.

Don Fernando.

Ya le espero.

Doña Ana.

Pues oyeme atento.

Don Fernando.

Empieza.

Doña Ana.

Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Burgos mi patria; Burgos, que ha intentado
con sus agujas, y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas.
Naci de sangre noble, y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa;
crióme con recato, y con cuidado
mi padre don Alonso de Alvarado.

Don Fernando.

Parad ahora, que el dolor mitigo:
el que nombrais fue mi mayor amigo,
y obligaciones grandes os confieso.

Doña Ana.

A ampararme de vos vengo por eso,
que en vos tiene fundada mi esperanza,
ó la satisfaccion, ó la venganza.
Viví tan sin amor, tan sin cariño,
que no temí las flechas del Dios niño:
pues me halló, cuando quiso darme enojos,
muy atento el sentido de los ojos:
mas no hay quien á sus iras se resista,
que no venga á quedar con menos vista:
en fin, rayó el amor con mas violencia,
obró mas donde halló mas resistencia.
Ví una tarde en el campo un forastero,
habló amante, creíle lisongero:

creíle, mas loaba mi hermosura,
que la lisonja tiene esa ventura.
Dejéle, despidióse, fuese luego,
inquietóseme todo mi sosiego,
y aunque estaban entonces divertidos,
llamé á junta potencias, y sentidos;
y porque amor ganase la victoria,
la voluntad dispuso á la memoria:
obró el discurso torpe, y poco atento,
la memoria engañó al entendimiento,
los ojos, si no ciegos, suspendidos,
se dejaron guiar de los oidos.
Díle entrada en mi casa con recato,
ardió el amor, que le atizaba el trato;
salimos á un jardin, él me rogaba,
yo lloré, sin saber por qué lloraba:
consolóme, admití grata el consuelo,
y el temor le guardé para el recelo;
con pasiones procuro convencerle:
dijo..... mas, tuve gana de creerle,
y como fuentes, árboles y flores,
apadrinan mejor al Dios de amores,
como la noche estaba tan oscura,
cuanto despues lo ha estado mi ventura,
dándome una palabra incierta y vana,
que el deseo creyó de buena gana;
sin rienda la pasion, que mi amor llama,
ya sin temor la nave de mi fama,
sin móvil este cielo de mis ojos,
ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
me aparté de una fuente pura y fria,
que por vecina murmurar podia.
Y al fin, señor, (¡ó si para tal mengua
la voz se deslizára de la lengua!)
y al fin, señor, (¡ó si por mas enojos,

se saliera mi ofensa por los ojos!)
mas si digo, que dijo que me amaba,
que amena soledad nos convidaba,
que porque mi desdicha me convenza,
le dió sombra la noche á mi vergüenza,
que las flores mediaban mi cuidado;
¿qué te cuento, si ya te lo he contado?
Fuese por una suerte desdichada,
en que fué mi fortuna interesada:
supo mi padre tan preciso agravio,
y el corazon se le negaba al labio:
enterneció los montes y los vientos,
murióse de llorar dos sentimientos;
y en fin, oculta de él con tantos daños,
viendo que se pasaban cuatro años,
en que por mitigar tantos enojos,
regaba mi esperanza con mis ojos,
viendo mi honor perdido,
y juzgando que aquel, que me ha ofendido,
en Madrid disimula su cuidado,
vine á Madrid, adonde no le he hallado;
porque de su traicion he prevenido,
que fingiéndome el nombre, me ha mentido:
pero aunque mi discurso intentó sábio
no verte, por callarte aqueste agravio,
hallo por mejor medio
buscar en tus consejos el remedio;
y así, si la amistad del padre mio,
si mi delirio, acaso, ó desvarío
te obligan como noble, y como anciano,
hoy me rindo al amparo de tu mano,
y en tu casa, por ver mi fama honrada,
ampara una muger tan desdichada;
no ande mi deshonor tan peregrino,
porque ganes......

Sale Beatriz.

Don Lope tu sobrino,
todo el color turbado,
de algun riesgo su aliento embarazado,
quiere hablarte.

Don Fernando.

Dí que entre. Vos, señora, *Vase Beatriz.*
con mi hija estareis oculta ahora,
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.

Doña Ana.

Así lo espero.

Don Fernando.

El mismo honor de vuestro padre es mio.

Doña Ana.

Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

Don Fernando.

En mi fé no pongais vano recelo,
entrad presto.

Doña Ana.

Ya voy.

ESCENA XI.

Don Fernando y don Lope, con un papel.

Don Lope.

Guárdeos el cielo.

Don Fernando.

¿Qué es esto, amigo don Lope?
¿Qué turbaciones han sido
las que atentamente cuerdo
en vuestro rostro averiguo?

Don Lope.

¿Mi sangre es vuestra?

Don Fernando.

Sí, Lope.

Don Lope.

¿No somos los dos amigos?

Don Fernando.

Y ese es para entre los dos
el parentesco mas fino.

Don Lope.

¿Me aconsejareis?

Don Fernando.

Los viejos
no tenemos otro oficio.

Don Lope.

¿Estamos solos?

Don Fernando.

Si estamos;
ea, declaraos, sobrino.

Don Lope.

Pues oid este papel.

Don Fernando.

Empezadle.

Don Lope.

Ya le digo.

Lee. *Amigo don Lope, el hermano del caballero que disteis muerte en esta ciudad, ha partido hoy á esa Villa: yo no sé lo que en ella intenta; solo sé, que á mí me toca dar este aviso, y á vos el cuidado de tan grande enemigo. = Guardeos el cielo.* = Burgos.

Don Lope.

¿Habeis oido el papel?

Don Fernando.

Si, don Lope, ya le oido.

Don Lope.

¿Es grande el empeño?

Don Fernando.

Si;
¿pero decidme, sobrino,
fué justa la muerte?

Don Lope.

No.

Don Fernando.

¿A quién matasteis? decidlo.

Don Lope.

Dí la muerte, sin querer,
al mayor amigo mio.

Don Fernando.

¿Cómo fué?

Don Lope.

Para el remedio
quiero decir el delito.
Por celebrar de Isabel
el fruto esperado opimo,
primero boton del árbol
del gran Monarca Filipo,
Burgos, esa gran ciudad,
cuyos altos edificios
á vencer al sol gigante
compiten consigo mismos,
dispuso toros, y fiestas
al popular regocijo,
en su plaza, que en España
es antiquísimo circo;
y un caballero, que en ella
era el mejor, ó el mas visto,
muy galan sin presuncion,
discreto sin artificio,
muy ayroso sin cuidado,
sin ser prolijo muy limpio;
y sobre todo, sin ser

lisongero el mas bien quisto,
me envió á llamar á esta corte,
porque con mi lado quiso
dar novedad á su patria,
y á su intencion un amigo.
Obedecíle, y apenas
el aparato festivo
del pimpollo Baltasar,
disfraz vistoso corrimos,
cuando despues que valiente,
llevándome por padrino,
á la cervis de seis fieras
fijó penachos de pino,
salímonos á pasear
por el márgen cristalino
de Arlanzon, á cuyo espejo
el sol se estudia Narciso;
y entre las muchas bellezas,
que al prado ajado, y marchito
le hermosearon mas fragante,
ó le hicieron mas florido,
ví una belleza embozada,
cuyos ojos fueron vistos,
para el yerro de mi amor
dos imanes atractivos;
y escusando el referirte,
por no usado, ó por prolijo,
las antiguas novedades,
que usa amor en los principios,
digo, que á su casa fuí,
despues de algunos avisos,
que me tuvieron de costa
esperanzas y suspiros.
Llegué, y ví en ella una dama,
tan bella (mas si es preciso,

que mi honor dudoso busque
las veredas y caminos,
no embaracemos mi labio,
y tu atencion al decirlos;
que si de amor los efectos
con los del honor unimos,
se equivocarán de suerte,
gloria y dolor respectivos,
que ni unos serán de pena,
ni otros servirán de alivio.)
Dentro en su casa una noche,
yo, y el dueño, que fué mio,
con ruegos muy de la pena;
con voces muy del oido,
nos deciamos amores,
no hablados, y ya entendidos;
cuando alborotó mi amor,
que en efecto amor es niño,
un golpe, que de una puerta
rompió visagras y quicios.
Mató mi dama una luz,
entró un hombre, yo atrevido
doy la defensa á la espada,
y la indignacion al filo.
A oscuras, pues, me buscaba,
y á oscuras le solicito,
cuando á mis pies desangrado,
por mi suerte ó su destino,
cae mortal, y tan mortal
le finjió la idea herido,
que aun no le costó la muerte
la propiedad de un suspiro.
Saca la luz asustada
mi dama, el suceso miro,
y hallo, que el que estaba muerto

(aquí la memoria aflijo)
era, (¡qué grave dolor!)
era aquel amigo mio
por quien fuí á Burgos, aquel
Fernando, que he referido,
que, como de mis deseos,
fué dueño de mi alvedrio.
Mas preguntarásme ahora,
¿cómo siendo tan amigos,
cómo paseando juntos,
ambos á dos no supimos,
ni él, que yo amaba á su hermana,
ni yo el amor que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
por enojos muy antiguos,
apartada de su padre
con recato, y con retiro
en casa de una parienta,
viéndose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste;
mi amor, ya le has entendido.
Fuíme, sin entender nadie
ser dueño de este delito,
porque tambien á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado este amor,
y llegando á lo preciso,
sabe, que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses, y mas,
que á Burgos de Flandes vino;
y aunque no sabe quien es
su ofensor, he presumido,

que á Madrid viene á buscarme
por sospecha, ó por indicio;
y aunque á mí no me conoce,
puesto que nunca me ha visto,
al consejo de esas canas,
prudente y osado aspiro:
que viene á Madrid, es cierto;
que ha de buscarme, imagino;
huir de él, es cobardía;
querer matarle, es delito;
no esperarle, es gran desdoro;
solicitarle, es delirio;
y así... A la puerta han llamado.

Don Fernando.

¿Quién es?

Sale Beatriz.

Albricias te pido:
el novio de tí esperado,
mas galan que diez Narcisos,
mas hueco que un guarda infante,
en este instante ha venido.

Don Fernando.

Pues á Inés llama, Beatriz,
y abre de paso el postigo
de esa antesala, y harás
que esté todo prevenido

Beatriz.

Voy al punto. *Vase.*

Don Lope.

¿Qué es aquesto?
¿Habeis casado, decidlo,
á doña Inés?

Don Fernando.

Si, don Lope.

Don Lope.

¿Cómo, siendo deudo mio,
no me avisasteis?

Don Fernando.

Porque
fue no avisaros preciso.

Don Lope.

¿Quién es?

Don Fernando.

Luego lo vereis.

Don Lope.

¡Qué desdicha! *ap.*

Don Fernando

¡Mortal vivo! *ap.*

Don Lope.

¡Yo sin Inés! *ap.*

Don Fernando.

¡Vive Dios, *ap.*
que don Juan es su enemigo.

Don Lope.

Pero yo lo evitaré. *ap.*

Don Fernando.

Mas remediarlo imagino. *ap.*

ESCENA XII.

Dichos, doña Inés y Beatriz por una puerta, y por otra Sancho, vestido de galan con joyas, don Juan y Bernardo.

Beatriz.

¿Ea, no llegais, señor?

Don Juan.

Ea, no llegueis tan tibio.

Doña Inés.

Veré la muerte. *ap.*

Sancho.

Allá voy.

Don Juan.

Muerto vengo. *ap.*

Don Lope.

Estoy perdido. *ap.*

Don Fernando.

El llega, *ap.*

Doña Inés.

Bien satisface *ap.*
su talle á lo imaginado.

Don Fernando.

Seais, don Juan, bien llegado
á esta casa.

Sancho.

Que me place.

Don Fernando.

Mucho de veros me alegro.

Sancho.

Desgraciado vengo á ser:
antes de ver mi muger
me han pegado con mi suegro.

Don Juan.

No dirás cosa que importe. *ap.*

Sancho.

Yo lo he de echar á perder. *ap.*
¿Decid, no podremos ver
un poco de la consorte.

Don Fernando.

Es obligacion forzosa.

Don Juan.

En lo que dices repara.

Doña Inés.

¡Qué talle! ¡qué mala cara!

Don Fernando.

Esta es, don Juan, vuestra esposa.

Sancho.

A vuestra luz peregrina
fallezca el alma envidiosa,
que antes os juzgaba hermosa,
y ahora os halla tan divina:
sois de notable hermosura,
y sois en fin (fuera miedos)
mas de aquestos cuatro dedos
mejor que vuestra pintura.
Dais quince á cuantas beldades
intentan...

Don Juan.

Necedad fue.

Sancho.

Señora, en estando en pie
diré dos mil necedades.

Don Fernando.

Sillas, ola..

Bernarda.

El ha empezado
con lindo estilo, en efeto. *Sientanse.*

Doña Inés.

Por solo oiros discreto,
procuro veros sentado.

Don Lope.

De rabia y de enojo muero.. *ap.*
¡Hay hombre mas desdichado¡

Don Fernando.

El tal don Juan de Alvarado *ap.*
parece gran majadero.

Doña Inés.

¿Decíd, cómo habeis venido?

Sancho.

Como quien os viene á ver,
bueno: ¿mas quiero saber,
qué tal os he parecido?

Doña Inés.

¡Qué esto pregunte don Juan! *ap.*
Vuestro mismo talle abona,
que no habrá en Madrid persona,
que os compita en ser galan;
porque vuestro talle, creo,
que es el mas raro que ví.

Sancho.

Todos lo dicen así,
y yo tambien me lo creo.

Don Lope.

¿Pues saber tambien espero,
pues lo mas preciso es,
qué os parece doña Inés?

Sancho.

¿Quién es este caballero?

Doña Inés

Es mi primo, á quien estimo,
y que es mi sangre atended.

Sancho.

Conozcame vuesarced
por su hermano, y menor primo.

Don Fernando.

Esto es lo mas importante,
y aun no lo habeis respondido:
¿Inés, qué os ha parecido?
decidmelo.

Sancho.

Lo bastante. *Riense.*
¿Rien? ¿Qué, fué necedad?

Doña Inés.

Yo he de perder el sentido.

Sancho.

Por mi vida, ¿qué, qué ha sido
disparate la verdad?

Don Lope.

Una ignorancia en rigor
de un novio, no hay que admirarse.

Sancho.

Primo, para mi el casarse
es la necedad mayor;
que es muerte el casarse infiero;
y así debeis de advertir,
que se và un novio á morir,
pues que le lloran primero.

Bernardo.

Por una sospecha incierta (1)
saber mi enojo intentó
si él; ó su amo llamó
esta noche á aquesta puerta,
porque le he desafiado,
y quiero que sepa, que
cuerpo á cuerpo le diré
lo que allá verá en el Prado.

Don Juan.

El criado es, vive Díos, *ap.*
que anoche en la calle estaba,
y el que á su amo esperaba
cuando llegamos los dos.

Bernardo.

Y para tan grande empeño,
que he de castigarle digo.

---

(1) *Llegase á don Juan.*

Don Juan.

Hidalgo, no habla conmigo.
Este sin duda es su dueño. *ap.*

Bernardo.

La voz, el aire, y el talle
todo junto me engañó.

Don Juan.

Y el que á deshora bajó *ap.*
desde el balcon á la calle.

Bernardo.

¿De qué sirve hacer estremos,
pues lo niega?

Don Juan.

¡Hay tal dolor! *ap.*
¡Hay mas infeliz amor!
Sospechas, averiguemos.

Don Fernando.

Decid.

Sancho.

Saber he querido,
supuesto que ya he llegado,
si es la novia de contado,
y el dote de prometido.

Don Fernando.

Vos habeis hecho un reparo,
que parece desvarío;
esto es presto.

Sancho.

Señor mio,
cuanto mas yérno mas claro.

Don Lope.

Como habeis sido soldado,
os preciais de desparcido.

Sancho.

No tengo mas que haber sido,

que ser don Juan de Alvarado.

Don Lope.

Don Juan de Alvarado dijo, *ap.*
ó el oido me engañó;
y pues de Burgos llegó,
que es el hermano colijo
de don Diego, aquesto es cierto,
á quien yo la muerte dí.
¿Vos no sois de Burgos?

Sancho.

Si.

Don Lope.

¿Teneis otro hermano?

Sancho.

Es muerto;
que le dieron muerte fiera,
no por valor, sí por suerte.

Don Lope.

¿Y sabeis quién le dió muerte?

Don Juan.

¿Si mi dueño lo supiera,
sangriento en airados lazos,
porque su ofensa vengára,
del pecho no le arrancára
el corazon á pedazos?
¿Y cuando á su muerte aspira,
tuviera en otra balanza
vida para su venganza,
ni objeto para su ira?
Porque si de ser cruel
se redujera templado,
yo que nací su criado
le diera muerte por él.

Don Lope.

¿Y á vos, quién os mete aquí

en hablar, ni responder?

Sancho.

Téngole dado poder
para enojarse por mí.

Don Lope.

¿De haberme así replicado,
decid, cuál la causa fué?

Don Juan.

Perdonad, que me llevé
del afecto de criado.

Don Fernando.

De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

Don Juan.

Soy criado.

Don Lope.

Y muy leal.

Sancho.

Sancho se ha criado en casa,
como á hermano le he tenido,
y que es bizarro advertid.

Doña Inés.

Señor don Juan....

Sancho.

¿Qué? Decid.

Doña Inés.

Buen criado habeis traido.

Sancho.

Supuesto que á escuchar llego
que le alabas sin compás,
no he de ponermele mas;
servíos con él desde luego.

Bernardo.

Ser quiero su amigo fiel.

Don Juan.

Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?

Bernardo.

Yo, Bernardo.

Don Juan.

¡Viven los cielos que es él! *ap.*

Don Fernando.

¿Ea, qué es lo que aguardamos?

Doña Inés.

¡Qué es, cielos, lo que me pasa! *ap.*

Don Fernando.

Venid, vereis vuestra casa.

Sancho.

Vamos, Inés.

Doña Inés.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

Pues esta fortuna sigo *ap.*
zelos, sufrir, y callar.

Don Lope.

¡Qué se viniese á casar *ap.*
con mi dama mi enemigo!

Don Fernando.

¡Hay duda y pena mayor! *ap.*
¡El hijo que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

Doña Inés.

¡Qué mi estrella en este empeño *ap.*
dueño me haya señalado,
tan malo, que aun el criado
es mucho mejor que el dueño!

Sancho.

¡Que tenga yo dama honrada, *ap.*

ave de gusto y primor,
y me parezca mejor
la baca de la criada!

Don Juan.

¡Que mi mal sin esperanza, *ap.*
halle para mas dolor,
recelos en el amor,
y dudas en la venganza!

Don Lope.

¡Que para tantos desvelos *ap.*
haya, en igual recompensa,
de callar aquí una ofensa,
y sufrir aquí unos celos!

Don Fernando.

¿Pues penas, como mas bien *ap.*
he de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
y el que la ofendió tambien.

Don Juan.

Pero ya preciso es *ap.*
dar mi silencio á mi labio.

Don Lope.

Pero cauteloso y sabio *ap.*
pienso pretender á Inés.

Don Fernando.

Pues, fuerza es que medio halle *ap.*
para poderlo atajar.

Doña Inés.

Pero no me he de casar *ap.*
con hombre de tan mal talle.

Sancho.

Pero vivir regalado *ap.*
me ha de sacar de este susto.

Don Fernando.

Mas, mal me ha de andar el gusto, *ap.*

ó he de apurar al criado.

Don Juan.

Pues ea, indicios, callar. *ap.*

Don Lope.

Ea, intentos, proseguir. *ap.*

Don Fernando.

Ea, cuidados, á morir. *ap.*

Doña Inés.

Afectos, á adivinar. *ap.*

Don Juan.

Y que halle, quieran los cielos, *ap.*
mi dilatada esperanza,
el camino á mi venganza,
y el desengaño á mis celos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Don Lope, y Bernardo criado.

Don Lope.
¿En fin, no quieres dejarme?
Bernardo.
Cortradecirte me pesa;
pero en los juegos de amor,
para que mejor lo sepas,
aciertan mas los que miran,
que aquellos propios que juegan.
Don Lope.
Yo he de entrar á hablar á Inés.
Bernardo.
Mira lo que haces.
Don Lope.
No quieras
apagar con tus consejos
de mis pasiones el etna;
permite que al labio salga
esta calentura lenta,
que es sanidad en el labio,
lo que en el pecho es dolencia.
Bernardo.
¿Si ha de casarse mañana
doña Inés, no consideras,
que con decirle tu amor,
siendo Inés cuerda y honesta,
si no aprovechas la voz,

que echas á perder la queja?
Acostúmbrate á sufrir;
un mal á otro mal suceda,
amortigüe á ese dolor
tu recato y tu prudencia:
pon de tu parte el silencio;
que callando, aunque mas sientas,
en breve tiempo estarás
bien hallado con tus penas.

Don Lope.

Ya solo en mi voz mi mal,
si hay alivio, alivio espera:
con fuego de amor ayer,
con ser fuego sin materia,
ardí buscando la llama,
y teniéndola encubierta;
pues si porque sufra mas,
ó para que mas padezca,
celos hoy han avivado
de mi incendio esta violencia;
y si con solo mi amor
ardí con llama violenta,
hoy, que á este amor se le añaden
de mis celos las sospechas;
¿cómo quieres que mas sufra,
cuando es fuerza que mas sienta?

Bernardo.

¿Y dime, señor, es justo
que tercera vez ofendas
á don Juan, cuando le debes
satisfacer dos ofensas?
A su hermano diste muerte,
y á su hermana noble y bella
burlaste fingiendo el nombre:
aunque en hombre de tus prendas

viene á ser mayor traicion
saber fingir las finezas;
y hoy tercera vez procura
con ruegos tu inadvertencia,
que elija ser prenda tuya
la que serlo suya espera.

Don Lope.

Yo no le ofendí, sabiendo
quien era el que ofendo; y deja
los consejos, pues que has visto
tan incapaz mi prudencia.

Bernardo.

Ea, pues, obra, señor,
si sacar el premio esperas
de tus deseos, conforme
al influjo de tu estrella.

Don Lope.

Hasta la propia antesala
hemos entrado, y quisiera
hablar á Beatriz.

Bernardo

Agora
por otra sala atraviesa.
Ah Beatriz.

Don Lope.

Ah Beatricilla.

ESCENA II.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¿Quién llama? ¿Quién me cecea?

Don Lope,

Yo soy.

Beatriz.

¿Es don Lope?

Don Lope.

Si.

Beatriz.

Abrázame antes que venga
mi señora.

Don Lope.

¿Qué hay de nuevo?

Beatriz.

Téngote famosas nuevas.

Don Lope.

Dilas.

Beatriz.

Entra mas adentro,
que no quiero que nos vean
hablar los demas criados
que esa antesala pasean.
Mi señora.....

Don Lope.

Dilo presto.

Beatriz.

Aborrece con tal fuerza
á este don Juan, que esta tarde
la he tenido casi muerta.
Tanto llantó dió al dolor
en dos cristalinas hebras,
que recoger perlas quise,
por darte un tesoro en ellas.
Pero imán rojo su labio,
las atrajo de manera,
que pespuntó sus corales
con guarnicion de sus perlas.

Don Lope.

¿Dónde está?

Beatriz.

Ya se ha vestido.

Don Lope.

¿Don Juan qué hace?

Beatriz.

La gran bestia
duerme.

Don Lope.

¿Tan tarde?

Beatriz.

Tan tarde;
y es su dormir de manera
que ya debe de pensar,
que se ha casado con ella.

Don Lope.

¿Inés, dí, se ha desvelado?

Beatriz.

Como si tuviera deudas.

Don Lope.

¿Podré hablarla?

Beatriz.

Si podrás;
pero de tal modo sea,
que no sepa..... Pero ya
sale á esta sala, y es fuerza
que me vaya: yo te dejo,
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga:
dila que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche, y se enternezca;

y si pudieres echàr,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma...... (1)

Beatriz.

No hay que tratar....

Don Lope.

Este bolsillo.

Beatriz.

Eso fuera
por pagarme la amistad,
querer que yo..... pero venga.

Don Lope.

Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega,
y creeme que le tomo
por nó parecer grosera. *Vase.*

Don Lope.

Véte tú.

Bernardo.

¿Dónde?

Don Lope.

A la calle.

Bernardo.

¿Te he de aguardar?

Don Lope.

Véte apriesa.

Bernardo.

Mira que......

---

(1) *Dále un bolsillo.*

Don Lope.
No me repliques.
Bernardo.
Tu precepto es mi obediencia. *Vase.*

ESCENA III.

Don Lope y doña Inés. Apártase don Lope.

Doña Inés.
Como jamás he cursado
de los males en la escuela,
nunca supe que cabian
en un dolor tantas penas.
Tres afectos, tres cuidados,
tres tormentos, tres violencias
del castillo de mi amor
sitiaron la fortaleza:
dos sugetos aborrezco,
y uno adoro con tal fuerza,
que aunque quisiera querer
lo que aborrezco, y quisiera
aborrecer lo que adoro,
tal mi idea está suspensa,
que no sé si el odio estime,
ó si el amor aborrezca.
Don Juan (hable mi dolor)
para ser dueño le espera
de mi alvedrío; don Lope
mi fama, y mi honor molesta;
ambos de mi amor son iras,
ambos de mi enojo señas;
y al que en el alma se ha entrado,
no sé por cual de sus puertas,
procuro echarle del alma,
y no es posible que pueda.

Yo quiero bien, mas no quiero,
(¡O cielos, y quién pudiera
hacer, que aquesta verdad
se quedára en ser sospecha!)
á un hombre tan desigual,
y de tan humildes prendas,
que es bajeza de mi sangre;
mas no pienso que es bajeza,
que aunque es verdad que el amor
de igualdades se contenta,
bien puedo yo querer bien
á otro que mi igual no sea;
que no es fino amor, amor
que se funda en conveniencias.
Sírvanos de ejemplo el sol,
á quien Clicie galantea,
pues le espera á que despunte;
y con ser Clicie flor reyna,
por requebrar á la rosa,
la olvida el sol, y la deja,
y con ser la rosa fertil,
parto inútil de la tierra,
que entre raices y espinas
tuvo su naturaleza,
mejor que á la reina Clicie,
la regala, y la requiebra.
¿Pues si el planeta mayor
es quien nos da su influencia,
por qué no ha de hacer el hombre
lo que influye su planeta?
Olmo, monarca del prado,
á quien las flores cortejan,
se deja amorosamente
solicitar de la yedra;
ella humilde se conoce,

primero los pies le besa,
y como se muestra amante,
á enlazar sus brazos trepa,
hasta que iguales los dos,
son dos almas y una mesma,
pues ella al olmo asegura,
y él á la yedra sustenta;
¿pues si con ser estas almas
vegetativas, enseñan
á amar, por qué no han de amár
á su imitacion las nuestras?
Yo aborrezco; mas mi voz
salga en quejas á la lengua,
que no es bien, donde hay amor,
que mis iras se diviertan.
Yo aborrezco, ya lo digo,
pero no habrá quien lo entienda,
que la voz de mis suspiros
enciende; pero no enseña.
A don Lope es á quien digo,
que aborrezco con tal fuerza,
que pienso. . ¿Quién está aquí?

Don Lope.

Un desdichado, que llega
á coger en desengaños,
lo que ha sembrado en finezas:
una mariposa soy,
tan desalumbrada y ciega,
que solicito la llama
para fallecer en ella;
y un infeliz, á quien hacen
infeliz sus resistencias,
pues si de tu voz no he muerto
no moriré de mi pena;
pero aunque ingrata á mi amor,

desconocida á mi queja,
desprecias las ansias mias,
mas de vana, que de atenta,
te he de avisar, que aunque ahora
me rindes, y me sujetas...

Doña Inés.

No prosigas en matarme.

Don Lope.

No es valor, sino destreza:
mis afectos...

Doña Inés.

No los hables.

Don Lope.

Mis iras...

Doña Inés.

No las adviertas.

Don Lope.

Si te las he de advertir,
que es gran crueldad que pretendas
que mi mal no tenga alivio
en referirlo siquiera.
Yo no te puedo olvidar,
doña Inés, yo me hago fuerza
á olvidarte, y es querer
del sol vencer la carrera;
yo á tus favores aspiro,
y sacrificar quisiera,
al templo de tu rigor,
toda una alma por ofrenda.
¿A un hombre ignorante admites
indigno de tus finezas,
y á quien supo conocerte,
pues te adora, le desdeñas?

Doña Inés.

Vete, don Lope, no intentes,

que irritada, ó que grosera...

Don Lope.

Ya estoy hecho á tus rigores,
ya no hay mas con que me ofendas,
que criado en el veneno
del desden, él me alimenta;
mas ya que el último plazo
á mis desdichas se acerca,
oye mi mal, que si le oyes
como él es, ha de ser fuerza,
que á premiarle, y admitirle,
sino te obliga, te muevas,
y que le has de premiarse.

Doña Inés.

Suspended iras y quejas,
y esa amorosa locura
hácia el pecho retroceda.
Miente vuestro labio infame;
y el sol, que luces dispensa,
á decirlo con los rayos
de su luz tambien mintiera.
¿Yo, si os escucho, premiaros?
mas fácil es que se crea,
que el dios que el mar bruto rige
del abrego á la violencia,
roto el alacran de espuma
perdió las azules riendas,
que imagines que en mi puede
haber sombra, ó apariencia
de aficion, sin que mi enojo
no la apure, ó la resuelva.
Con una dama, que en Burgos
confiadamente necia
os quiso, podeis gastar
esa fingida terneza:

y vuestra amante pasion
se corrija mas discreta,
y en la carcel del silencio,
sea su alcaide la modestia;
y sino, viven mis iras:......
(mas no viven, que están muertas,
puesto que no me he vengado
con solo el incendio de ellas,)
que os haga, si, vive Dios,
mas átomos, que hay estrellas,
hijas del sol, y en el mar
disimuladas arenas;
porque así...

ESCENA IV.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¡Buena la hicimos!
Tu padre salió á esa pieza,
don Juan se ha vestido ya,
Sancho ese cuarto atraviesa,
y como voces has dado,
te buscan.

Doña Inés.

Pues Beatriz, lleva
á don Lope á esa antesala.

Beatriz.

Verálo Sancho.

Doña Inés.

Pues sea
por esta pieza.

Beatriz.

Don Juan
te anda buscando por ella.

Doña Inés.

Pues véanle, que no importa,
si es mi primo.

Beatriz.

Aunque lo sea,
que siendo tan de mañana,
no es hora de primos esta.

Doña Inés.

¿Ea, Beatriz, no lo escondes?

Beatriz.

Mira que has de dar sospecha
de lo que no ha sido culpa;
presto, señora, que llegan.

Doña Inés.

Pues escóndele en mi cuarto.

Don Lope.

Porque tu opinion no pierdas,
me escondo.

Beatriz.

No estés aquí;
mas adentro hay donde puedas
estar mas seguro: tú (1)
riñeme, para que entiendan
que era conmigo el enojo.

Doña Inés.

Si por mi padre no fuera,
te diera el justo castigo,
que pide tu inadvertencia.
Don Juan ha de ser mi esposo,
y quien atrevida intenta
decir, que es un ignorante,
desairado, y necio, crea,

---

(1) *Escóndese en otra cuadra.*

ESCENA V.

Dichas, Sancho, don Juan y don Fernando.

que me ofende; y dado caso
que estos defectos padezca,
si á mi me parece bien,
poco importa que los tenga.

Sancho.

Dice muy bien doña Inés;
bruta, insulsa, majadera,
¿tan mal os he parecido?
¿Decid, vergante, estas piernas
pueden ser mas bien sacadas?
¿No soy ancho de hombros? Puerca,
¿mi cara haránla mejor
aunque la hiciesen de cera?
Holgára haberme casado
para daros una vuelta
de podenco.

Beatriz.

Siendo suya
ser de podenco era fuerza.

Don Fernando.

¿Inés, y por eso dabas
esas voces?

Sancho.

Sí, estas eran.

Beatriz.

Ya salimos de este empeño, *ap.*
aunque tan caro me cuesta.

Don Fernando.

Por solo hablar á doña Ana *ap.*
ir á este cuarto quisiera,
adonde está recogida;
pero hay riesgo en que la vea,
y la conozca don Juan.

Voyme con vuestra licencia,
que tengo que hacer.

Sancho.

A Dios.

Don Fernando.

Don Juan tiene dos ofensas, *ap.*
la una de sangre, y la otra
de honor; pues siendo tan ciertas,
no será justo, que yo
le dé á Inés, mientras no venga
su deshonor, y deshace
el duelo de dos afrentas.
A buscar voy á don Lope,
por que en estas diferencias
he de juntar á los dos;
que aunque es verdad que se arriesga
una vida, no es razon
que mi honor por eso pierda;
pues veamos (¡ó cuidados!)
si en tan rigorosa empresa,
ó la espada los ajusta,
ó el consejo los concierta.

ESCENA VI.

Dichos menos don Fernando.

Doña Inés.

¡Qué repetido en desvelos *ap.*
crezca inmortal este ardor!

Don Juan.

¡Qué embarace yo mi amor *ap.*
por un indicio de celos!

Doña Inés.

¡Que esté mi dolor tan loco! *ap.*

Don Juan.
¡Que esté tan cuerda mi pena! *ap.*
Sancho.
¡Que hubiese anoche tal cena, *ap.*
y cenase yo tampoco!
Doña Inés.
Pues cese aquesta locura. *ap.*
Don Juan.
Pues este recelo pase. *ap.*
Sancho.
¡Que mi amo me mandase *ap.*
qué cenase con cordura!
Doña Inés.
Mas no cesen mis pasiones. *ap.*
Don Juan.
Mas vuelva esta llama á arder. *ap.*
Sancho
Mas por Dios que he de saber *ap.*
si hay en Madrid bodegones.
Beatriz.
¿Cómo he de sacar ahora *ap.*
á este galan escondido?
Sancho.
Mas vuélvome á ser marido. *ap.*
¿Queréisme mucho, señora?
Doña Inés.
¿Que esto mi desdicha espera? *ap.*
Don Juan.
Cuidados no receleis. *ap.*
Sancho.
¿No direis si me quereis?
Acabad.
Doña Inés.
De esta manera.
Antes que os viese, señor,

mi desprecio, y mi osadía,
lo que era desden sabía,
y ahora lo que es amor:
mas vivo con un dolor,
que aunque sé que me adorais,
me pesa cuando premiais
este amor que ardiente veis,
pues no le remediareis
con ser vos quien le causais.
Amando suspiro, y lloro
con lágrimas de deseo, (1)
cuando viéndoos á vos, veo
el dulce dueño que adoro;
y á no ser por mi decoro,
arrojada, vive Dios,
porque se viera en los dos,
mostrára mortal mi herida,
pues por vos gozo mi vida,
siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
es mi amor, por ser tan raro,
que cuando mas lo declaro
es cuando menos lo digo.
Si le hablo no le mitigo;
y si procuro fingirle,
es castigarme en sufrirle:
y así tengo al conservarle,
mucho fuego en ocultarle,
y poco alivio en decirle.

Sancho.

Con grande resolucion *ap.*
su amor me ha dado á entender.
¡Cosa que aquesta muger

(1) *Mirando á don Juan.*

me haya cobrado aficion!
Pues no perder ocasion
es justo; que si su estrella
su inclinacion atropella,
dos cosas habré logrado,
la una, hacer como criado,
la otra, alzarme con ella.
Tanto á quereros me obligo
desde el instante que os ví.....
Sancho, responded por mí,
que no sé lo que me digo.

Don Juan.

Yo, señor....

Sancho.

¿No sois testigo
de lo mucho que la quiero?
Pues responded, majadero.

Don Juan.

¿Pues yo sé vuestro cuidado?

Sancho.

Haced lo que os he mandado,
pues me costais mi dinero.

Don Juan.

Estas finezas serán
sin alma.

Sancho.

Sean.

Don Juan.

¿Qué intenta?

Sancho.

Haced este rato cuenta,
que soy Sancho, y vos don Juan.
Así este rato hablarán, *ap.*
que yo lo he dispuesto así.

Don Juan.

Como lo consienta aquí
doña Inés, servirte intento.

Doña Inés.

Si es por mí, yo lo consiento.

Don Juan.

Pues ya empiezo.

Sancho.

Vaya.

Doña Inés.

Di.

Don Juan.

Yo, con tan finos desvelos
os quiero, y con tanto ardor,
que para decir mi amor,
os digo, que tengo celos:
primero fueron recelos;
pero hoy tan confusó estoy,
que cuando á deciros voy
quién soy, tal me llego á ver,
que por ser el que he de ser,
no soy con vós el que soy.
Con discurso desigual
habeis llegado á argüir,
que en no poderle decir
se hace mayor vuestro mal;
pero está mi pena tal,
como es celoso mi amor,
que al declarar el rigor
de mis pasiones veloces,
cuanto mas le digo á voces,
se hace mi incendio mayor.

Doña Inés.

¿Luego si yo le he callado,
mayor mal vengo á sentir?

Don Juan.

No, que el mio ha de morir;
mas cuanto mas declarado,
mas fuego en decirle he hallado.

Doña Inés

Yo en no decirle un rigor.

Don Juan.

Yo con hacerle mayor,
ya á decirlo me sentencio.

Doña Inés.

Pues mi mal en mi silencio
tiene todo su dolor.

Don Juan.

Luego el alivio has hallado
en callarle, y reprimirle;
y yo el dolor en decirle,
cuando no ha de ser premiado.

Doña Inés.

¿Cnando un amor no ha penado
mas cuando se ha de ocultar?

Don Juan.

¿Y en llegarle á declarar,
qué gloria habrá sin premiarle?

Doña Inés.

¿No es mucho peor callarle
sin poderle remediar?

Don Juan.

¿No es mal fuerte, y desigual,
mal que puede reprimirse?

Doña Inés.

Ni mal que puede decirse,
tampoco es muy grande mal.

Don Juan

¿Pero de estos males, cuál
es fuerza que mas apure?

Doña Inés.

Aquel que la voz procure;
que es mayor mi mal contemplo.

Don Juan.

Asegúrelo este egemplo.

Doña Inés.

Este egemplo lo asegure.

Don Juan.

El que oculta un accidente,
ó ya de honor, ó de afrenta,
le llora cuando le cuenta,
y calla cuando le siente;
y es, que entonces mas ardiente
se remueve aquel ardor;
si calla, cesa el dolor:
luego has esperimentado,
que se hace menor callado,
y hablado se hace mayor.

Doña Inés.

Dices bien, pero imagina
para hacer concepto igual,
que cuando se cura un mal,
duele mas la medicina.
Esperiencia peregrina
en este egemplo hallarás,
pues cuando sintiendo estás
con voces tu mal veloz,
es que le cura la voz,
y por eso duele mas.

Don Juan.

Tambien lo contrario infiere,
que cuando los males duran,
por mitigarlos, procuran
que calle el que los refiere.

Doña Inés.

No quien tu discurso oyere
mis obediencias desdore,
que tambien (porque no ignore
tu discurso mi opinion)
á quien duele el corazon,
le piden que hable, y que llore.

Don Juan.

Pues, doña Inés, si es así,
callar quiero mi pasion.

Doña Inés.

No, mejor es tu opinion:
yo he de hablar mi mal aquí.

Don Juan.

¿Pues merezco tu amor?

Doña Inés.

Sí.

Don Juan.

¡Qué gloria!

Doña Inés.

Hoy te premiarán
mis finezas.

Don Juan.

¿Y serán
constantes?

Doña Inés

Amor es Dios.

Sancho.

Mucho se huelgan los dos; *ap.*
yo me vuelvo á ser don Juan.

Doña Inés.

La calentura de amor *ap.*
se salió á mi labio ya.

Don Juan.

¡Del mar del amor, qué presto *ap.*

cesó la tranquilidad!

Sancho.

O mal me anda el discursillo, *ap.*
ó soy diez tontos, y aun mas,
ó Inés me ha dicho su amor
en cabeza de don Juan;
si ella piensa que es criado,
y yo el dueño, claro está,
que por mí lo ha dicho: ello es,
que este huevo quiere sal.
¿Ois? idos allá fuera.

Don Juan.

¿Sancho á solas qué querrá?

Beatriz.

Ya te obedezco, señor:
no será posible echar
á don Lope ahora. *vase.*

Don Juan.

¿Sancho
con doña Inés, qué querrá?

Sancho.

¿No os vais?

Don Juan.

Ya me voy, señor.
Desde aqui quiero escuchar *ap.*
lo que dice.

ESCENA VII.

Doña Inés y Sancho.

Sancho.

Ahora bien, *ap.*
yo me quiero desasnar,
que no han de ser vizcainas
las novias. Si Dios me dá

una muger, que me diga
su amor tan de par en par,
perderlo por mi señor
es muy grande necedad.
Dulce dueño de mis ojos,
¿ podrá un marido gozar
un poquillo de la fruta,
que cria el árbol nupcial?

Doña Inés.

¡ Esto le faltaba ahora *ap.*
á mi dolor que llorar!
¡ Qué no le haga mil pedazos!

Sancho.

Ella se quiere llegar, *ap.*
y de puro vergonzosa
la vuelve el respeto atrás.

Don Juan.

Vive el cielo, que si llega...

Sancho.

Si os dejais comunicar,
vereis mas suave un alma,
que la holanda y el cambray:
sabed, que un marido en cierne
bien puede ser manual.

Doña Inés.

¡ Qué sufra esto y no le mate! *ap.*

Don Juan.

¡ Qué no le salga á matar!
¡ Hay tal bestia!

Doña Inés.

Vive el cielo...

Sancho.

Que hace de querer llegar,
y el honorcillo la tiene
si caerá ó no caerá;

mas yo he de ser el que embista,
péscola la mano, y zás. (1)

Doña Inés.

¿Cómo, villano atrevido,
te arrojas á profanar
en el templo de mi fama
el honor, que es su deidad?
¿Cómo...?

Sancho.

Detened, señora.

Doña Inés.

¿O mi enojo, ó mi crueldad
no te hacen dos mil pedazos?

Sancho.

¿Dos mil pedazos no mas?

Doña Inés.

A no ser porqué mis ojos
se sabrán de sí vengar,
no en lluvias de aljofar puro,
sino en fuentes de coral...
¿Pero iras, de qué servis? *ap.*
Cese vuestra actividad,
que no es bastante una queja
para aplacar todo un mal;
y si don Juan ha de ser
dueño de mi voluntad,
iras, temed, y morid,
penas, sufrid, y callad.

Sancho.

Yo puedo hacer de mi mano
un sayo, y aun un gavan.

---

(1) *Vuelve la cara, cógela la mano y bésala.*

ESCENA VIII.

Sancho y don Juan.

Don Juan.

Pícaro, viven los cielos
que ahora me has de pagar ... *dale.*
lo que has hecho.

Sancho.

¿Yo qué hice?

Don Juan.

Besar su mano.

Sancho.

No tal.
la mano me besó á mí.

Don Juan.

De este modo pagarás *dale.*
tu deslealtad.

Sancho.

¿Pues señor,
en qué he sido desleal?
¿He de perder, si me quiere,
por tí mi comodidad?

Don Juan.

Vive Dios... *dale.*

Sancho.

Tente, señor,
no te precipites mas.

ESCENA IX.

Dichos y doña Inés. Pegale Sancho á don Juan.

Doña Inés.

¿Qué es esto?

Sancho.

Aqueste tacaño,
descarado ganapan,
no ha de estár una hora en casa:
aun he de pegarle mas. *dale*

Doña Inés.

Advertid que es buen criado.

Sancho.

Doña Inés, entraos á hilar,
que es oficio de mugeres,
y dejadme castigar
mis criados. Toma, puerco. *dale.*

Doña Inés.

Señor, mirad.....

Sancho.

Bueno vá:
ea, pícaro, espulsion,
idos de mí casa ¿hay tal?

Doña Inés.

Señor don Juan, si mi ruego
halla en vuestro amor lugar.....

Sancho.

¿Qué es lo qué mandais, señora?

Doña Inés.

¿Qué? que no le despidais.

Sancho.

Agradecedlo á mi esposa,
que á no mandarmelo ya
os habia de poner
como á un san Sebastian.
Grosero, velitre, ruin,
hombrecillo, tal por cual,
noramala para vos,
¿mi esposa os parece mal?
Pues vergante, yo os prometo,

que os la he de hacer descalzar.
¡O si pudiera un criado, *ap.*
para poder descansar,
sacudir de cuando en cuando
á su dueño el balandran.

ESCENA X.

Don Juan y doña Inés.

Doña Inés.
¡Qué esto escuche! *ap.*
Don Juan.
¡Qué esto sufra! *ap.*
Doña Inés.
¡Si esto que dice es verdad! *ap.*
¡Si me aborrece!
Don Juan.
¿Qué espero? *ap.*
Yo me quiero declarar.
Doña Inés.
Pues torne otra vez mi pena *ap.*
su llama á disimular.
Don Juan.
Pero averiguar mi indicio *ap.*
es medio mas eficaz.
Doña Inés.
Y ahora dar lugar es fuerza *ap.*
para que pueda sacar
Beatriz á don Lope, pues
oculto en mí cuarto está.
Don Juan.
Esto ha de ser. *ap.*
Doña Inés.
Esto sea. *ap.*

¿Ois, Sancho?

Don Juan.

¿Qué mandais?

Doña Inés.

Advertid... ¡Estoy confusa! *ap.*

Don Juan.

¿Qué decís? ¡Estoy mortal! *ap.*

Doña Inés.

Que cuando dije... ¡Ay que temo *ap.*
que rebiente este volcan
de mi fuego, si mi voz
hace á la llama lugar!

Don Juan.

Ea, declaraos, señora.

Doña Inés.

A poderme declarar,
yo dijera...

Don Juan.

¿Qué decís?

Doña Inés.

Que aunque oisteis...

Don Juan.

Acabad.
¡Qué estando yo tan cobarde, *ap,*
esfuerce á quien no lo está!

Doña Inés.

Que aunque os dije que os adoro,
era porque erais don Juan.

Don Juan.

Pues mi pena, y mi deseo
es porque á don Juan querais.

Doña Inés.

¿Lo deseais?

Don Juan.

Fuera mi gloria.

Doña Inés.

No me tiene voluntad. *ap.*
¿Eso es cierto?

Don Juan.

Y es tan cierto,
que todo mi honor está
en que á don Juan estimeis.

Doña Inés.

¿Luego no os asegurais
que le adoro?

Don Juan.

Estoy dudoso.

Doña Inés.

Pues no lo esteis, y pensad.....

Don Juan.

¿Qué?

Doña Inés.

Que á don Juan solo quiero.

Don Juan.

Plegue á Dios que sea verdad.

ESCENA XI.

Cuarto de doña Ana.

Doña Ana.

Despues que ayer don Fernando
me dió este cuarto, y despues
que estuve con doña Inés
mi pena, y mi mal templando;
y despues que por mí ayer
lloró en líquidos cristales,
porque obligan mas los males
cuando son de una muger;
estoy con grande cuidado

de ver que tan tarde es,
y ni llama doña Inés,
ni su padre me ha avisado;
y en esta cuadra he sentido
de Inés, á lo que yo infiero,
airadas voces primero,
y despues confuso ruido.
¡Que este continuo anhelar
mi amor, y mi honor moleste!
El cuarto de Inés es este;
entrarla quiero á buscar,
para avisarla tambien
que irme de su casa trato,
pues cuanto mas me recato,
mas lejos estoy del bien;
porque si vengo á buscar
á un hombre que me ha agraviado,
¿cómo en un cuarto cerrado
mi cuidado le ha de hallar?
y mas cuando ha presumido
discursivo mi temor,
que quien me fingió el amor
el nombre me habrá fingido;
y pues no he creido el nombre,
sepa Inés este deseo....
Mas por las espaldas veo
dentro de su cuarto un hombre;
yo me quiero volver pues:
mas pienso que me ha sentido.

ESCENA XII.

Doña Ana y don Lope.

Don Lope.

Hácia aquí he escuchado el ruido:

vive Dios que es doña Inés.

Doña Ana.

¡No me vió el rostro, que fuera
muy posible que importára!

Don Lope.

¿Inés?

Doña Ana.

Yo cierro.

Don Lope.

Repara;
no cierres, aguarda, espera;
ya vengo determinado;
no pienses que has de cerrar.
Vive Dios que has de escuchar,
puesto que yo te he escuchado:
mi pena en este rigor
ya no puede estar mas muerta,
que no es la primera puerta
que le has cerrado á mi amor;
mas por si llegan á ser
zelos los que me pediste,
de la dama que dijiste
te quiero satisfacer.
Si tu padre te ha casado,
mi amor quiere mi desvío,
pues nunca al desvelo mio
costó su amor un cuidado.
En Burgos la hablé, y la ví,
y aun la llegué á merecer;
¿mas cómo puedo querer
á quien el nombre fingí?
Basten estos desengaños
si zelos tu enojo han sido,
que á nadie se le han pedido
zelos de amor de seis años.

Tu discurso apresurado
á tu pasion atropella,
pues solo me acuerdo de ella,
porque me la has acordado.
La satisfaccion te doy,
paga el premio de mi fé,
pues ni la he visto, ni sé
en qué parte está.

Doña Ana.

Aquí estoy;
viven los cielos, ingrato,
traidor, y mal caballero......

Don Lope.

¿Qué es, ojos, lo que he mirado? *ap.*
¿Aquí doña Ana? ¿Qué es esto?

Doña Ana.

Que has de pagarme en venganzas
lo que he escuchado en desprecios;
y supuesto que te he hallado
cuando te buscaba menos,
de mi rigor serás ruina,
y de mi agravio escarmiento.

Don Lope.

No des voces; oye, aguarda.

Doña Ana.

No me atajes.

Don Lope.

Yo prometo.....

Doña Ana.

¿Cercado de mi razon
pide partidos tu miedo?

Don Lope.

Oye; detente, señora.

Doña Ana.

Don Fernando, aquí está el dueño

de mi ofensa, y el que dió
muerte á mi hermano don Diego.

Don Lope.

Mira que me iré.

Doña Ana.

¡Ah traidor!
¡No hay quien oiga mis empeños!
¡No hay quien socorra el honor
de una muger!

ESCENA XIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es aquesto?

Doña Ana.

¡Válgame el cielo! ¡qué miro! *ap.*
¡Viva estatua soy de yelo!

Don Juan.

O es que mis ojos no han visto, *ap.*
ni mis oidos oyeron.....

Don Lope.

O es que aquí mi sinrazon *ap.*
dejó mi acero suspenso.....

Doña Ana.

O es que porque sienta mas, *ap.*
finge apariencias el miedo.....

Don Juan.

O esta es mi hermana doña Ana, *ap.*
de tantos agravios dueño.

Don Lope.

O soy cobarde enemigo, *ap.*
pues no me irrito, ni muevo.

Doña Ana.

O este es mi hermano don Juan. *ap.*

Don Juan.

¿Pues qué aguardo? *ap.*

Don Lope.

¿Pues qué espero?
Salir es duelo forzoso. *ap.*

Don Juan.

Matarle es preciso empeño. *ap.*

Don Lope.

Mas quiero ver lo que intenta. *ap.*

Don Juan.

Pero no sé, vive el cielo, *ap.*
cuál de aquestas dos ofensas
deba castigar primero:
aquí á mi hermana he encontrado,
y á don Lope tambien veo;
esta ofensa es de mi honor,
y esta parece de celos.
Una siento como ardor,
y otra guardo como incendio;
si doy á mi hermana muerte
esta venganza divierto,
y si esta vengar procuro,
la mas importante dejo.
¿Pues cómo lo hará mí fama
para recobrar de nuevo
de mi sospecha y honor,
las dos venganzas á un tiempo?

Don Lope.

Hombre, que le has suspendido
á mi valor los aciertos,
ó acomete con la lengua,
ó háblame con el acero.

Don Juan.

Pero si esta ofensa es cierta, *ap.*
y dudoso estotro afecto,

sea para mí venganza
mi honor, antes que mis celos.
Muere, ingrata, porque así...... (1)

Doña Ana.

Señor, yo aquí.....

Don Lope.

Deteneos,
que aunque ella pidió favores
contra mí, ya estoy en tiempo,
que para librar su vida
vengo á ser quien la defiendo.

Don Juan.

Luego contra vos pidió
favor cuando salí.

Don Lope.

Es cierto.

Don Juan.

¿Luego la debeis ofensa?

Don Lope.

¿Pues á vos que os toca de eso,
siendo de don Juan criado?

Don Juan.

Que soy criado os confieso;
y siéndolo fiel, me tocan
las ofensas de mi dueño.

Don Lope.

Pues esta dama.......

Don Juan.

Decid.

Doña Ana.

Atajar el riesgo quiero, *ap.*
pues piensa que no es mi hermano,
y satisfacerle á un tiempo.

---

(1) *Saca una daga.*

En este cuarto que veis
de Inés, este caballero
(no sé yo con qué intencion)
estaba oculto, y secreto.
Yo le ví salir, dí voces,
quiso atajarme, y en esto
saliste....

Don Juan.

Cierra los labios,
tu voz pon en tu silencio,
ó en el fondo de mi pena.
¡Qué de sospechas renuevo! *ap.*
pues cuando en tantos agravios
me voy á hallar satisfecho,
si hallo una sombra á mi honor,
hallo una luz á mis celos.
Ahora bien, cierro esta puerta,
Sancho no está en casa y puedo,
puesto que tengo ocasion,
satisfacerme yo mesmo.
Señor don Lope, sacad
la espada.

Don Lope.

Ya lo deseo, (1)
que los dos somos iguales
en llegando á los aceros;
¿pero no hay campaña?

Don Juan.

No,
que es tan ardiente mi fuego,
que si aquí con vuestra sangre
no intento apagarle presto,
cuando le quiera templar,

(1) *Sacan las espadas.*

llegará tarde el remedio.

Don Lope.

Pues riñamos.

Don Juan.

Sois bizarro. *Riñen.*

Don Lope.

No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre bajo.
¿Llamaron? (1)

Don Juan.

Sí.

Don Lope.

¿Pues qué haremos?

Don Juan.

Reñir.

Don Lope.

¿No será mejor
ocultar el caso, y luego
ir á reñir á campaña?

Don Juan.

Yo nunca he mirado en riesgos
cuando riño.

Don Fernando.

Abrid aquí.

Doña Ana.

De esta ocasion me aprovecho,
abro la puerta.

Don Juan.

No abras,

---

(1) *Llaman recio á la puerta.*

ESCENA XIV.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.

Detened, parad. ¿Qué es esto?

Don Juan.

Querer matar á don Lope.

Don Lope.

Matar á un criado necio.

Don Juan.

Volver por vos, y por mí.

Don Fernando.

¡Qué es esto que miro, cielos! *ap.*
¡Don Lope oculto en mi casa!
¡Sancho aquí tan descompuesto!

Don Juan.

¡Que don Lope haya salido! *ap.*

Doña Ana.

¡Que esté mi mal sin remedio! *ap.*

Don Fernando.

¡Doña Ana ya descubierta! *ap.*
Contadme, Lope este empeño.

Don Juan.

Yo os lo contaré mejor;
pero decidme primero,
¿no ocultais en vuestra casa
á doña Ana?

Don Fernando.

No lo niego.
A su padre don Alonso,
y aun á su hermano don Diego,
debí mil obligaciones,
que hoy publico, y hoy confieso,
y con guardar á doña Ana

pagárselas todas pienso,
pues le ha de importar su honor.

Don Juan.

¿Decid, y este caballero,
segun vos decís, no es?......

Don Lope.

Soy su amigo, y soy su deudo.

Don Juan.

Y decidme, don Fernando,
siendo criado, ¿no debo
mirar en ausencia suya
por el honor de mi dueño?

Don Fernando.

Mirar debeis por su honor,
no lo dudo, ni lo niego.

Don Juan.

Pues en el cuarto de Inés,
don Lope estaba encubierto,
doña Ana de él se quejaba,
ayrado salí á este tiempo;
ó esta ofensa es de doña Ana,
ó de doña Inés el duelo.
La una ofensa es de un agravio,
la otra de honor, y de celos;
y aunque yo vengo á ignorar
cuál es de estos dos sugetos
por quien se ofende la fama
de mi dueño, cuando es cierto
que es por una de las dos,
matarle por una quiero.

Don Fernando.

Tened la espada por Dios,
que este es el mayor empeño,
que han visto las experiencias
de mis años.

Don Juan.

¿Cómo puedo
esperaros?

Don Lope.

Acabad.

Don Juan.

¡Qué gran pena! *ap.*

Doña Ana.

¡Qué gran riesgo! *ap.*

Don Fernando.

Mas le quiero asegurar *ap.*
por doña Ana. Ya os advierto,
que de esta dama el honor,
es mas limpio que el sol mesmo;
y del duelo de mi hija
no debo satisfaceros;
porque ese duelo me toca
como á su padre; y supuesto
que tengo seguridad
de don Lope, no pretendo
satisfaceros á vos,
pues que yo estoy satisfecho.

Don Juan.

A este cuarto no hay por donde
pudiese entrar, pues yo mesmo
he estado en esta antesala
todo el dia.

Don Lope.

Vive el cielo,
que es querer con vuestro honor
apurar mi sufrimiento.
Apartad. *Embiste.*

Don Fernando.

Tened, don Lope;

porque es atrevido esceso,
que á un criado se permita
las licencias de su dueño.

Don Juan.

Dejadme matarle.

Don Fernando.

Tente;
que me corro, vive el cielo,
que tocándome á mi tanto
el honor del dueño vuestro,
de mi honor y de mi espada
desconfieis osado y necio.

Don Juan.

Ya aquí no ha de ser posible *ap.*
satisfacerme; y supuesto
que es dificil, á estas cosas
quiero arriesgar un remedio.
Supuesto que os toca á vos,
yo admito vuestro consejo;
pero á los dos, dos palabras
pedíros á un tiempo quiero.

Don Fernando.

Yo juro hacer lo posible.

Don Lope.

Y yo lo mismo os prometo.

Don Juan.

Que entregareis á doña Ana
á su hermano, es lo que os ruego;
y que vos acabareis
con don Juan aqueste duelo:
con lo cual, vengo á salir
de dos tan graves empeños,
pues á él toca conseguirlos,
y á mi toca el emprenderlos.

Don Fernando.

Yo ofrezco lo que pedis...

Don Lope.

Yo lo que ordenais ofrezco;
pero es vergüenza, por Dios,
que siendo quien sois, os demos
palabra, que será nueva.

Don Juan.

Vive Dios, que soy tan bueno
como don Juan; y que haré
que así lo confiese él mesmo;
y yo sé que don Juan es
tan puntual caballero,
que lo que mi lengua diga,
sabrá sustentar su acero.

Don Lope.

Pues yo os prometo buscarle.

Don Juan.

El os buscará primero.

Don Fernando.

Yo á doña Ana guardaré.

Don Juan.

Hareis como noble en eso.

Don Lope.

Pues buscadme.

Don Juan.

Ya es preciso.

Don Lope.

Porque veais....

Don Juan.

Eso quiero.

Don Lope.

Que mi espada....

Don Juan.

En la campaña

obran mas, los que hablan menos.

Don Fernando.

Mi hijo es don Juan, y á don Lope *ap,*
sangre y amistad confieso.

Doña Ana.

Si digo aqui que es mi hermano, *ap.*
correrá mi vida riesgo.

Doña Inés.

Este es el primer criado, *ap.*
que por su amo tiene celos.

Don Juan.

De doña Ana he de saber *ap.*
mi agravio y matarla luego.

Don Fernando.

Juntar á los dos procuro. *ap.*

Don Juan.

¿Ah don Lope, estais resuelto
á reñir con don Juan?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

¿Vos guardareis con secreto
á doña Ana?

Don Fernando.

Eso aseguro.

Don Juan.

Pues buscar á don Juan quiero.

Don Lope.

Yo le aguardo.

Don Juan.

Sois valiente.

Don Lope.

Sois leal.

Don Juan.

De eso me precio.

Déme mi agravio fortuna. *ap.*

Don Lope.

Déme mi valor esfuerzo. *ap.*

Don Fernando.

Consejo me den mis canas. *ap.*

Doña Inés.

Déme mi pasion remedio. *ap.*

Doña Ana.

Déme cordura mi ofensa. *ap.*

Don Juan.

Denme venganza los cielos. *ap.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Doña Ana con manto, y doña Inés deteniendola.

Doña Ana.
Dejame ir, Inés, y advierte...
Doña Inés.
Digo, qué no has de pasar.
Doña Inés.
¿Qué intentas?
Doña Inés.
Quiero evitar
con mi advertencia tu muerte.
Doña Ana.
Dejame yer el rigor
de una crueldad prevenida:
mira que ha de ser mi vida
medicina de mi honor.
Doña Inés.
Esta, doña Ana, ha de ser.
Doña Ana.
Reducirte en atajarme,
mira que será matarme
por quererme defender:
temo el acero inhumano
de don Juan, que está ofendido.
Doña Inés.
Sancho, y mi padre han salido
juntos á buscar tu hermano,
y asi puedes divertir

tu mal.

Doña Ana.

Déjame, señora.

Doña Inés.

Mandóme mi padre ahora
que no te deje salir.

Doña Ana.

Si aquí me encuentra, imagina,
que don Juan me ha de matar.

Doña Inés.

En un riésgo suele estar
dispuesta la medicina.
Dí tu nuevo mal, que es mengua
morir confusa en callarle,
que para poder contarle,
es capaz toda tu lengua.

Doña Ana.

El mal que infiriendo estás
de mi fortuna enemiga,
cuando le hablo se mitiga,
y luego se enciende mas:
mayor mi desasosiego,
declarandole se fragua,
que á gran fuego echar poca agua,
es hacer mayor el fuego. *Llora.*

Doña Inés.

Manifiestame este ardor,
que callas tú, y yo recelo,
que yo te daré el consuelo
conforme al mal.

Doña Ana.

Tengo amor.

Doña Inés.

Yo tambien ese mal siento
con mas preciso dolor;

que no hay quien no tenga amor
en teniendo entendimiento.

Doña Ana.

Yo por mi honor con crueldad
á mi obligacion decente,
si no modesta, prudente
castigo mi voluntad.

Doña Inés.

Que es igual mi amor te digo
al que declarando estás;
pues que por mi honor no mas
le reprimo, y le castigo.

Doña Ana.

El mio ha de fallecer;
pues mi voz mi honor disfama.

Doña Inés.

Yo le doy sombra á mi llama
y nadie la ha visto arder.

Doña Ana.

Mayores son mis desvelos.

Doña Inés.

Mi pena ha sido mayor.

Doña Ana.

Mas pena es mi amor, que amor.

Doña Inés.

¿Qué es la pena?

Doña Ana.

Tengo celos.

Doña Inés.

Cuando ví que discurrias,
y que al tiempo que contabas
tu mal, tambien le llorabas,
conocí que le tenias:
mas ni me admiro, ni espanto,
que celos hayas tenido.

Doña Ana.

¿De qué lo has colegido?

Doña Inés.

De tu voz, y de tu llanto;
porque en la amorosa calma
de sospechas y recelos,
son el amor y los celos
las calenturas del alma,
que salen por dar despojos,
reducidos en agravios,
las de celos á los labios,
y las de amor á los ojos;
pues como en esta fortuna
dispuestas siempre y abiertas
el alma tiene dos puertas,
y amor no cabe por una;
para no suspender tanto
los dos su afecto veloz
los celos buscan la voz,
y el amor elige el llanto.

Doña Ana.

Pues otro mal hay aquí,
que aflige mas mis desvelos,
que de quien tengo estos celos,
es........

Doña Inés.

De quién, dílo.

Doña Ana.

De tí.

Doña Inés.

¿Pues dí de qué has colegido
esos celos, y por qué?

Doña Ana.

Porque á don Lope encontré
dentro en tu cuarto escondido;

Doña Inés.

¿Y yo estaba dentro?

Doña Ana.

No;
mas mi amante, ó mi enemigo,
pensó que hablaba contigo,
y su amor me declaró;
pues de aquel mismo desden
mayor mi sospecha se hace,
porque aquel que satisface,
ó es querido, ó quiere bien.

Doña Inés.

Un desengaño mayor
es preciso que se arguya
en esta sospecha tuya.

Doña Ana.

¿Qué es?

Doña Inés

Que ya tengo amor.

Doña Ana.

¿Y así, mi pena y mi afan,
cómo apagará esta llama?

Doña Inés.

No hay dama que quiera á dama,
que ha querido á su galan;
y así, por seguro ten,
que en mí no hay afecto tal,
pues yo te quisiera mal,
si yo le quisiera bien.

Doña Ana.

Celos he tenido aquí;
pero mal de ellos infieres,
pues no digo que le quieres,
sino que él te quiere á tí.

Doña Inés.

Pues si él traidor, ó infiel,
tu honor y amor ha ofendido,
esos celos que has tenido,
no son de mí sino de él.

Doña Ana.

Remedia mi pena fiera.

Doña Inés.

Yo lo mas que puedo hacer,
es llegarle á aborrecer,
no hacerle que no me quiera;
y mejor te estaba á tí
si me despreciára cruel,
que yo le quisiera á él,
que no que él me quiera á mí.

Doña Ana.

Dices bien; déjame, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor,
irme de tu casa, Inés.

Doña Inés.

Vive Dios, que no te has de ir;
y ahora tu mal infiera
que si á don Lope quisiera,
yo te dejára salir.

Doña Ana.

Tanto un riesgo se previene,
que decírtelo no puedo.

Doña Inés:

Tu fama cure á tu miedo.

Doña Ana.

Don Juan no es don Juan.

Doña Inés.

El viene.

Doña Ana.

Pues tú no me has de esconder,
si librar quieres mi vida,
adónde estuve escondida.

Doña Inés.

Eso, doña Ana, ha de ser;
por esa falsa escalera
se vá á un cuarto principal;
espérame en él.

Doña Ana.

Mortal
mi alivio tu alivio espera. *vase.*

Doña Inés.

Para verle en ocasion,
que no me vé, prevenida
quiero escucharle escondida. *Escóndese.*

ESCENA II.

Sancho.

Despues de Dios, bodegon:
luego dirán, que es deshonra
comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
por mas me vengo á tener;
porque yo mas quiero ser
pícaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno,
que ser señor, y aun reynar;
que allá suele en el manjar
disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
que como Lope advirtió,

á ningun hombre se vió
darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser mas profundo,
y yo me entro á discurrir,
porque esto me ha de pudrir,
que se usé honra en el mundo.
¿Porqué uno llegue á plantar
(dejemos á un lado miedos)
en mi cara cinco dedos,
le tengo yo de matar?
Pues respóndanme, ¿por qué?
si hay barbero que me pone,
cuando afeitarme dispone,
como á un san Bartolomé,
y llega con su navaja,
que sabe Dios donde ha andado;
y en fin, despues de afeitado,
me toma el rostro, y me encaja
cuatro ó cinco bofetones.
¿Porqué en otras ocasiones
hay duelo, é indignacion,
no es mejor un bofeton,
que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan,
que sea el mentir afrenta,
que no importa que yo mienta,
y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afan?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, aun los palos vaya,
que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
con el puntillo de honor,
¿dime, tonto, no es peor
ser muerto, que abofeteado?

Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben,
bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos.

ESCENA III.

Sancho y Beatriz.

Beatriz.

Seais don Juan bien venido.

Sancho.

Beatriz, va de pundonor.

Beatriz.

Don Lope con mi señor,
á buscaros han salido,
y Sancho vuestro criado.

Sancho.

¿Qué me querian?

Beatriz.

No sé.

Sancho.

No me encontraron, porque
hoy he sido convidado.

Beatriz.

Vuestro suegro, y dueño mio,
aquesta llave que veis,
me dió para que os bajeis
al cuarto que está vacio.
Que será alegre os alabo;
quiere que abajo habiteis;
pero buen cuarto teneis.

Sancho.

Para mí basta un ochavo.

Beatriz.

Ya voy á bajar la cama.

Sancho.

¿Y en fin, por qué la bajais?

Beatriz.

Porque no es bien que vivais
en el cuarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
y que no estando casado,
será en la corte notado,
que durmais arriba.

Sancho.

Bien;
dadme la llave.

Beatriz.

Tomad.

Sancho.

¡Lo que á servirme se humilla! *ap.*
Quereis creerme, Beatricilla,
que te tengo voluntad;
si, juro á Dios......

Beatriz.

¡Qué me dices!
¿Amor me tienes á mí?

Sancho.

Beatriz, desde que nací
fuí inclinado á Beatrices.

Beatriz.

¿Qué á mí con afecto tal,
quererme tu engaño intente?

Sancho.

En siendo el amor corriente,
busco la dama usual.

Beatriz

Que no he de quererte, digo;
ni en mi ha de caer tal mancha,

Sancho.

Porque la ruego se ensancha; *ap.*
¡que bien decia un amigo!
que el que quisiere vencer
cualquier gorrona, al llegar,
no la procure rogar,
si la puede acometer.
¿En fin, no te persuades
á pagar mi amor honesto?

ESCENA IV.

Dichos y doña Inés.

Beatriz.

No.

Sancho.

Pues embisto.

Doña Inés.

¿Qué es esto?

Sancho.

¿Esto? Nada; mocedades.

Doña Inés.

¿Pues cómo habeis profanado
mi opinion, y fama toda?

Sancho.

Como se alarga la boda,
anda el hombre endemoniado.

Doña Inés.

¿Vuestra voluntad ingrata,
como mi honra atropella?

Sancho.

Yo no lo hacia por ella,
sino por tenerla grata.

Doña Inés.

Advertid......

ESCENA V.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.
Señor don Juan.
Sancho.
Don Fernando, bien venido.
Don Fernando.
A buscaros he salido.
Sancho.
¿Qué hay de nuevo?
Don Fernando.
Hoy cesarán *ap.*
mis dudas.
Sancho.
Acabad, pues.
¡Qué querrá este viejo hablar! *ap.*
Don Fernando.
Solos hemos de quedar:
vete, Beatriz, vete, Inés.
Sancho.
Pues no se me ha de escapar *ap.*
la Beatricilla tirana.
Doña Inés.
Bajo á buscar á doña Ana; *ap.*
yo la voy á consolar.

ESCENA VI.

Don Fernando y Sancho.

Don Fernando.
¿Cómo no le digo, pues, *ap.*
de mi agravio estos estremos?
Sancho.
¿Señor suegro, qué tenemos?

Don Fernando.

Un empeño grande.

Sancho.

¿Y es?

Don Fernando.

Que al campo vais os exhorta
mi celo, que os desengaña.

Sancho.

¿Pues qué importa ir á campaña?

Don Fernando.

Es á reñir.

Sancho.

¿Eso importa?
Mas si obedeceros trato,
¿por qué irritarme quereis?

Don Fernando.

Porque un agravio teneis.

Sancho.

Vos sois grande mentecato.

Don Fernando.

¿Pues decid, de qué inferís
ser yo necio, y poco sabio?

Sancho.

¿Si yo no sabia mi agravio,
para qué me lo decís?

Don Fernando.

O atrevido ó inhumano,
que le déis la muerte espero,
porque está aquí el caballero,
que dió muerte á vuestro hermano;
y fuese valor, ó suerte,
cuando matarle intentó,
en vuestra casa le dió
á oscuras sangrienta muerte.

Sancho.

¿A oscuras fué?

Don Fernando.

A oscuras fué.

Sancho.

Pues no quiero acometerle,
que si aquel mató sin verle,
¿qué hará de mí si me vé?

Don Fernando.

No vengaros será ultrage,
y aun cobardía será.

Sancho.

¿No miráis que sabe ya
cómo matar mi linage?

Don Fernando.

Que ese es temor imagino.

Sancho.

Pues tomar venganza espero:
¿quién es ese caballero?

Don Fernando.

Es don Lope mi sobrino.

Sancho.

Oh, pues si don Lope es,
templóse mi enojo ardiente,
basta ser vuestro pariente
para echarme yo á sus pies.

Don Fernando.

Que tomeis venganza elijo,
ó indignado, ó valeroso;
que siendo de Inés esposo,
mas sois vos, pues sois mi hijo.

Sancho.

Pues á morir se prevenga,
que ya amatarle me arrojo.

Don Fernando.

No tan presto.

Sancho.

Oh, si me enojo,
no hay demonio que me tenga.

Don Fernando.

Con otra ofensa profana
vuestra nobleza.

Sancho.

Pues bien.

Don Fernando.

Hay otro agravio tambien.

Sancho.

¿Y es?

Don Fernando.

Que ofendió á vuestra hermana.

Sancho.

¿Cierto?

Don Fernando.

Podéislo creer.

Sancho.

Pues ya perdonarle intento.

Don Fernando.

¿Por qué?

Sancho.

Porque es juramento
de no reñir por muger.

Don Fernando.

¿Esa es la llama inhumana
con que vuestro enojo ardió?

Sancho.

¿Señor, he de andarme yo
hecho un rufian de mi hermana,
si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde?

Don Fernando.

Vive Dios, que sois cobarde.

Sancho.

Esto no toca á los suegros.

Don Fernando.

Si toca.

Sancho.

¡Hay tal matarme!
Suegro cisma, y suegro eterno,
si porque he de ser tu yerno
procuras despavilarme,
haces mal, que es sin razon,
porque un duelo satisfaga,
que este yernecidio se haga
antes de la posesion.

Don Fernando.

Sancho palabra le ha dado
de reñir por vos aquí.

Sancho.

Pues que la cumpla por mí,
si la ha dado mi criado.

Don Fernando.

¿Asi un honor se desdora?
¿No reñís por vuestra hermana?

Sancho.

Señor, reñir quiere gana,
y yo no la tengo ahora.

Don Fernando.

Vive Dios.

Sancho.

¡Hay tal porfia!

Don Fernando.

¿Que así un temor os reporta?

Sancho.

¿Hombre, ó suegro, que os importa

que yo me salga á matar?

Don Fernando.

Que cuando esposo os elijo
de Inés, viendo esa templanza,
ó habeis de tomar venganza,
ó no habeis de ser mi hijo;
y sin que se satisfaga
el duelo, no hay que pensar,
que no os tengo de casar.

Sancho.

Oye, de ese mal me haga.

Don Fernando.

¡Vive Dios!

Sancho.

¡Hay tal infierno
de hombre!

Don Fernando.

Cobarde, villano.

Sancho.

No se tome tanta mano
usted, que aun no soy su yerno.

Don Fernando.

La muerte daros sabré,
porque aunque me estoy templando...

ESCENA VII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es aquesto, don Fernando?

Don Fernando.

Escuchad, y os lo diré;
porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido,

que satisfaga esta ofensa.
Pero hace tanto desprecio,
con saber ya su enemigo,
que al verle remiso digo
que es cobarde, ó que es muy necio.
Y puesto que tan templado
deja vivo un deshonor,
pues no sabe ser señor,
ser señor, y ser criado,
cuerdo podeis enseñarle
á cumplir con su opinion.
Esta fue mi obligacion,
don Lope espera en la calle,
hacedle tener valor,
criado á un tiempo, y amigo,
que aunque es grande su enemigo,
es el agravio mayor.
Irritadle vos aquí,
pues templado se reporta;
que aunque á mí su honor me importa,
á él le importa mas que á mí.

Don Juan.

¿Pues decirme, como sabio,
que otro agravio hay que vengar?

Don Fernando.

Don Juan le podrá contar,
que don Juan sabe el agravio.

ESCENA VIII.

Don Juan y Sancho.

Don Juan

Sancho amigo, ¿qué es aquesto?

Sancho.

¿Fuese?

Don Juan.

Ya se fué.

Sancho.

Pues hablo,
dejemos aparte ahora
ficciones y disparates,
de mi amor y obligacion
las bien seguras lealtades;
no es tiempo de burlas este.
¿ Dime, no desafiaste
por mí esta tarde á don Lope?

Don Juan.

Sin llegar á declararme
le desafié.

Sancho.

¿ Por qué?

Don Juan.

Mis sospechas se declaren;
porque de Inés en el cuarto
le hallé atrevido y amante.

Sancho.

¿ No reñiste con él?

Don Juan.

No,
hasta hacer seguro exâmen
de su intento, y de una ofensa,
que es fuerza que honor te calle.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,
que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor

ya que tu honor se profane.
Don Lope ofende tu fama,
tu acero intentó matarle;
que aunque tus zelos ignoras,
ignoras lo que mas sabes.
Aprovecha la ocasion,
sino quieres que se pase,
su acero espera tu acero,
matarle intenta arrogante?
sino te hallare sangriento,
determinado te halle;
Procura...

Don Juan.

Calle tu voz;
mis oidos no embaraces,
porque segun me aconsejas,
parece que estoy cobarde.
¿ Dí, qué ofensa puede ser
que á la de zelos se iguale?

Sancho.

La del honor.

Don Juan.

Dices bien;
que en dos estremos tan grandes,
respeto el un mal del otro,
son cuando mas tibias arden,
las ofensas fuego activo,
los zelos ceniza facil.
Mas dime Sancho.

Sancho.

Señor.

Don Juan.

¿ Dime, aquesta ofensa nace
de mis zelos?

Sancho.

No, señor;
de otro agravio.

Don Juan.

No profanes
el sagrado de mi oido,
ó harás que intente matarte.

Sancho.

En mi vida, como tuya,
te he de permitir que mandes;
y no te quiero decir,
ó tu desdoro, ó tu ultrage,
porque no podrás oirle,
ni yo he de poder contarle.

Don Juan.

Bien haces, que si un agravio
es del honor, al contarle,
se hace el valor sentimiento;
pero cuando no se sabe
el nervio dél, el dolor
valor atrevido se hace;
y si sabido, ha de ser
mi valor dolor, mas vale
que el dolor se haga valor,
porque me irrite, y le mate.
¿Y dí, don Fernando ahora
qué intenta?

Sancho.

Desagraviarte;
con ser su sangre don Lope,
procura vengar tu sangre.

Don Juan.

¿Y esta ofensa que tu callas,
y que adivinan mis males,
sábenla ya todos?

Sancho.

Si.

Don Juan.

¡O, aqueste incendio me abrase!

Sancho.

Y don Lope, tu enemigo,
me está esperando á que baxe,
pensando que soy don Juan.

Don Juan.

¿Cómo haré para matarle,
donde sepan mi venganza,
los que mis desdichas saben?

Sancho.

Sacale á campaña.

Don Juan.

No;
porque aunque se satisfacen
en el campo las venganzas,
en casos de honor tan graves,
aunque venza á mi enemigo,
no quiero yo aventurarme,
á que no se cuente bien
que allí no lo mira nadie;
y con mirarlo y saberlo,
hay en Madrid lenguas tales,
que cuentan los vencimientos
á la luz de los desaires.

Sancho.

Pues, señor, ya no se usa
sacar la espada en la calle;
que en las calles de la corte
todas las guerras son paces.

Don Juan.

Si yo tuviera una casa
donde poder encerrarme

con él.

Sancho.

Espera, señor.

Don Juan.

¿Por qué?

Sancho.

Porque en este instante
se te cayó la pendencia
en la miel; aquesta llave
es de un cuarto de esta casa,
que aunque es bajo, es cuarto grande;
ahora me la dió Beatriz,
y dijo, que me bajase
á habitar en él; tú puedes,
pues él te espera, encerrarte
con él, que si le das muerte,
Inés, y su viejo padre,
han de saber tu venganza
y tú has de quedar triunfante.

Don Juan.

Dices bien; pues baja, Sancho,
y llámale.

Sancho.

Es disparate
en cosas que importan tanto:
ya bien puedes declararte;
baja, y dí, que eres don Juan.

Don Juan.

En vano me persuades,
que si por solo unos zelos
encubrí mi nombre amante,
¿cuanto mas justo será,
que por mi honor me disfrace?
Y así, en tanto que vengado
todo este volcán se apague,

sabe tú sufrir mi nombre,
pues yo sé pasar mi ultrage.

Sancho.

¿Dí, qué quieres hacer?

Don Juan.

Esto;
dame ahora aquesa llave.

Sancho.

Toma; ¿qué intentas? Acaba.

Don Juan.

Ahora es fuerza que bajes
á desafiarle, que yo
oculto quiero aguardarle
dentro del cuarto escondido,
y una industria ha de vengarme,
que has de ver.

Sancho.

¿Dime, Señor,
en fin, he de desafiarle?

Don Juan.

Si.

Sancho.

¿Y si le diese una priesa
de reñir, y al mismo instante
desatacase la espada,
cómo quieres que le ataje?

Don Juan.

Hazle señas desde lejos,
que él te seguirá al instante.

Sancho.

¿Y dí, si es corto de vista
y no viese las señales,
qué quieres que haga, señor?

Don Juan.

Ya eso es pasar á cobarde.

Sancho.

No lo es sino ser advertido.
¿En fin, quieres esperarle?

Don Juan.

Dentro del quarto estaré.

Sancho.

Mira que al entrar no aguardes
que él embista; embiste tú,
que temo que se adelante.

Don Juan.

Parte al punto.

Sancho.

A obedecerte
voy como leal.

Don Juan.

Veráme,
si el cielo quiere, vengado;
que aunque no quiero escucharte
este agravio, mis discursos
son profetas de mis males.

Sancho.

Pues señor, voy por don Lope.

Don Juan.

Pues ya yo voy á esperarle.

Sancho.

Soy tuyo.

Don Juan.

Hoy he de premiar
tu lealtad.

Sancho.

No me la pagues;
mucho mas que yo en servirte
vienes á hacer en mandarme.

Don Juan.

Sancho, á Dios.

Sancho.

Señor, á Dios:
El por quien es, hoy me saque
de ser criado, y señor;
no sea el demonio que paguen
los Sanchos aquesta vez
lo que hicieron los don Juanes.

ESCENA IX.

Beatriz.

Vino la señora noche,
muy preciadita de madre
de las sombras, mas cerrada
que colegio de estudiantes;
y á este cuarto principal,
he bajado en este instante
de don Juan, y su criado
las camas. Aquí no hay nadie
que me escuche, aunque doña Ana
y mi señora, no saben
en ese jardin ocultas
los intentos de su padre;
mas ha de un hora que están
hablando; plegue á Dios que hablen
mas que soldados que vienen
de los estados de Flandes.
Yo solamente no tengo
á quien le cuente mis males;
pues vaya de soliloquio
que en cuantas comedias se hacen
no he visto que las criadas

lleguen á soliloquearse. (1)
Este criado, este hombron,
de linda presencia, y talle,
me aficiona por lo tosco,
y pica por lo arrogante.
He dado en pensar, que es
desgarrado, y algo jaque,
y los bravos solamente
son los que me satisfacen.
Lleve el diablo á las mugeres,
que quieren lindos vergantes;
¿para que es bueno un tacaño,
que se está mirando el talle
desde el alba hasta la noche,
que presume que te hace
el amor de merced solo
en permitir que le hables?
¿No es mejor un bravo, que entra
muy zayno, y dice: ¿qué hace? =
¿Qué quiere que haga á las diez
de la noche yo? esperarle. =
¿No he dicho, que no me espere? =
¿Pues qué he de hacer? = Acostarse.
Y luego al punto me pega,
juntico de los gaznates,
seis manotadas ¿qué no?
¿El habia de tocarme
en el pelo de la ropa? =
¿Oye? = Bien oygo. = Que calle
le digo. = No he de callar;
en mi casa estoy, infame: =
Mire no demos al diablo
de comer. = Con lo que él trae,

(1) *Pone la luz sobre un bufete.*

ni de cenar le daremos.
Y en fin, con lindo donaire,
en bofetadas, y coces,
me dá seis pares de pares.
Esta es vida, y este es hombre;
pasemos mas adelante.
Llama un melifluo á la puerta;
¿Quién llama? ¿quién es? = Yo; abre.
Entra, y lo primero es,
irse al espejo á mirarse.
Llégase luego la dama
y si ella quiere abrazarle,
dice: mira esta valona,
no sea que me la ajes.
¡Qué haya quien quiera á estos mandrias!
¡Qué haya muger que los hable,
pudiendo cualquiera dama
tener, si quiere buscarle,
no lindo que la requiebre,
sino hombre que la maltrate;
que si he de hablar la verdad,
las bofetadas me saben
(si son á tiempo) mejor
que gallinas, y faisanes.
Pues volviendo á este criado (1)
digo... Mas la puerta abren
por defuera, ó yo me engaño;
y porque ahora no hallen
á doña Ana, y mi señora,
presumo que es importante
echar este cerrojillo,
y avisarlas que se guarden. (2)

---

(1) *Meten una llave por la puerta de adentro.*
(2) *Echa el cerrojillo que ha de haber.*

Cé, señora. cé, doña Ana.

ESCENA X.

Beatriz, doña Ana y doña Inés.

Doña Inés.

¿Qué hay Beatriz?

Beatriz.

¿No ois la llave
con que abren la puerta?

Doña Inés.

Si.

Beatriz.

Pues subid, antes que llamen,
por esta escalera falsa.

Doña Inés.

A mi me ímporta quedarme
en aquesta cuadra oculta.

Beatriz.

En la escalerilla es facil.

Doña Ana.

¿No ves que pudiera acaso
bajar por ella tu padre?

Doña Inés.

Pues volvamos al jardin.

Beatriz.

¿Abriré la puerta?

Doña Inés.

Abre,
que desde aquí escucharemos,
para saber cuanto pase. (1)

---

(1) *Vanse las dos por donde se vinieron, y Beatriz tira el cerrojo y vase tras ellas.*

Beatriz.

Tiro el cerrojo, y escurro
la bola hácia aquesta parte.

ESCENA XI.

Don Juan.

No acertaba por Dios á abrir la puerta;
ahora importa que se quede abierta;
poner la llave intento por de dentro.
Ya mi venganza halló felice centro.
En esta alcoba elijo recatado
prevenirle mi industria á mi cuidado;
ya llegan, y yo quiero
prevenir á mi honor mi ardiente acero:
hoy cobrará dichosa mi esperanza,
ó la satisfaciom, ó la venganza. *Escóndese.*

ESCENA XII.

Sancho y don Lope.

Don Lope.

Ea, señor don Juan, solos estamos;
ya es tiempo que cumplamos,
pues son precisas las obligaciones,
de una ofensa las dos satisfacciones;
y hallar quisiera para no ofenderos,
medio para poder satisfaceros;
pero pues ya supisteis vuestro agravio,
pase al acero la pasion del labio,
que á una ófensa juzgada,
satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros,
y por otra tambien cuido templaros;
que hoy temo vive Dios, (decirlo quiero)

vuestra razon, aun mas que vuestro acero.

Sancho.

Por san Cosme bendito, que he entendído *ap.*
que abrió mi amo la puerta, y que se ha ido.

Don Lope.

Ea, irrite el acero vuestro brio.

Sancho.

Esto no quiere priesa, señor mio.
El se fué, que dejó la puerta abierta. *ap.*

Don Lope.

Acabad, y cerremos esa puerta.

Sancho.

Esperad.

Don Lope.

Ya la cierro. *Ciérrala.*

Sancho.

Entre puertas yo llevo pan de perro. *ap.*

Don Lope.

Avivad de este fuego las cenizas.

Sancho.

Mas estocadas hay que longanizas,
tiempo hay harto, señor, por Jesucristo.
Junto á esta puerta á mi señor he visto. *ap.*
¿ Ea, señor, qué esperas?
porque este hombre ha de darme para peras.

Don Juan.

Empieza, riñe para asegurarlo.

Sancho.

¿Y si acaba conmigo al empezarlo?

Don Lope.

¿ No vibrais el acero penetrante?

Sancho.

Estoy haciendo cólera bastante.
Sal, que ya empiezo.

Don Lope.

¿Qué es aquesto?

Sancho.

Nada;

dejadme enderezar aquesta espada.

Don Lope.

Que suspendais vuestro valor me pesa.

Sancho.

Tuercese facilmente; es genovesa.

Don Lope.

Acabad.

Sancho.

Vive Dios, que un real no vale.

¿A que espera mi amo que no sale? *ap.*

Don Lope.

Que no le importa, á vuestro brio infiero,

que el valor obra mas, que no el acero.

Don Juan.

¡O cielos, quién pudiera *ap.*

reñir aquí con él, sin que me viera! (1)

Sancho.

Ea, pues.

Don Lope.

Sois valiente y arrojado.

Sancho.

Helo sido, mas ya se me ha olvidado.

Ea, señor, arrojate valiente.

Don Lope.

Bien reñís, vive Dios.

Sancho.

Bonitamente.

Don Lope.

¿Pues como á mis impulsos no os provoco?

---

(1) *Riñe Sancho con don Lope, y retirase.*

Sancho.

Mal me trata. *ap.* Esperad, tened un poco.
¿Mi amo, en que imagina? *ap.*
Vive Cristo, que pienso que es gallina.

Don Lope.

¿Decid, pues, qué os ataja, ú os divierte?

Sancho.

¿Vos no le disteis á mi hermano muerte
á oscuras?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

Buen medio ha elegido *ap.*
para reñir, y no ser conocido.

Sancho.

Pues mi cordura á mi valor ataja,
que yo no he de mataros con ventaja:
á oscuras fué el matarle por vengaros,
y á oscuras, vive Dios, he de mataros. (1)
Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
toma en él la venganza, ó el castigo.

Don Juan.

Mataréle, pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

Sancho

Pues yo, donde él estaba estoy seguro.

Don Lope.

La luz muestra sus rayos en lo oscuro;
mas valiente por Dios os he advertido.
¡Viven los cielos, que me habeis herido!

Dentro don Fernando

Ola, Beatriz.

---

(1) *Mata la luz, sale don Juan, riñe á oscuras con don Lope, y este sale herido.*

Don Juan.

Que bajan luz recelo. *ap.*

Don Lope.

Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.

Don Juan.

Sancho, sal otra vez.

Sancho.

¿Qué dices?

Don Juan.

Presto. *Escóndese.*

ESCENA XIII.

Don Lope, Sancho y don Fernando.

Don Fernando.

Detened, esperad, don Juan; ¿qué es esto?

Sancho.

Esto, matar aquel que me ha ofendido.

Don Lope.

Y yo vengar mi sangre.

Don Fernando.

¿Estais herido?

Don Lope.

Si estoy.

Don Fernando.

¿Es cuchillada, ó estocada?

Sancho.

En mi vida he tirado cuchillada,
que es de bobos, y yo riño prudente.

Don Fernando.

No os tuve, vive Dios, por tan valiente.
¿Dónde es?

Don Lope.

En este brazo es la herida.

Sancho.

Esa es mi herida; no la erré en mi vida.

Don Fernando.

¿Y ahora vuestra ofensa impía,
que es lo que pretende hacer?

Don Lope.

Yo quiero satisfacer
con vuestra sangre la mia.

Don Fernando.

Uno, airado, otro ofendido;
volved nobles á arrojaros,
que mucho mas que á aplacaros,
á irritaros he venido.
Que si al bajar arrojado,
hallo solos á los dos,
de ninguno, vive Dios,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente,
neutral mi pasion obligo;
uno es mi sangre, y amigo,
y otro mi amigo, y pariente.
Y puesto que no se vé
(segun de los dos recelo)
satisfecho vuestro duelo,
reñid, que yo os miraré.

Don Lope.

Pues es tan cuerdo, admitir
es fuerza vuestro consejo.

Sancho

En efecto aqueste viejo
me ha hecho por fuerza reñir.

Don Lope.

Ya la ira me obliga aquí
á irritaros inhumano,
yo dí muerte á vuestro hermano,

y á vuestra hermana ofendí;
y así, atrevido y osado
todo mi amor os provoca.

ESCENA XIV.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Esa venganza le toca
solo á don Juan de Alvarado;
y así el acero indignad.

Don Lope.

¿Pues quién es don Juan aquí?

Don Juan.

Yo soy don Juan.

Sancho.

Es así.

Don Lope.

¿Y este es Sancho?

Sancho.

Así es verdad.

Don Juan.

Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agravio adivinado,
pero averiguado no.
Y así, para castigarle,
me hizo esfuerzos el sentirle;
que una cosa es presumirle,
y otra cosa es escucharle.
Que soy don Juan, bien se vé,
y tambien á oscuras fuí
el que primero os herí
y el que ahora os mataré.
A mi sospecha ofendida,

tiró el indicio otra flecha,
y así vengué la sospecha
con la sangre de esa herida...
Mas ya que escuchó mi suerte
mi agravio de vuestro labio,
para sanear el agravio,
he de comprar vuestra muerte;
y así las satisfacciones
prometidas se verán:
mirad si sabe don Juan
cumplir sus obligaciones.

Don Fernando.

¿Decid, por qué cauteloso
tan oculto habeis estado?

Don Lope.

¿Por qué habeis disimulado
el nombre?

Don Juan.

Estuve celoso.

Don Fernando.

¿Pues de quién los celos son?
Decid el indicio aquí.

Don Lope.

¿De quién?

Don Juan.

De vos, pues os ví
bajar por ese balcon.

Don Lope.

¿Vos lo visteis?

Don Juan.

Y despues,
ó amante ó determinado,
os hallé oculto, y cerrado
dentro del cuarto de Inés.

Don Lope.

¿Pues por qué se declaró,
guardando ardor tan violento,
aquí vuestro sentimiento?

Don Fernando.

¿No teneis ya celos?

Don Juan.

No.

Don Lope.

Pues publiquen vuestros labios
estos dudosos recelos:
¿por qué no teneis ya celos?
Decid.

Don Juan.

Porque tengo agravios.
Amor tuve con desvelos
iguales á mi dolor,
y así como en el amor
hallan propiedad los celos,
á un tiempo advertí, y dudé
cautelosamente sabio;
pero en sabiendo mi agravio,
de mis celos me olvidé.
Que si en dudas, y recelos
de aquel repetido ardor,
hay celos donde hay amor,
donde hay agravios, no hay celos.

Don Lope.

Aunque ya como enemigo
vibrais la espada en la mano,
advertid, que vuestro hermano
era mi mayor amigo;
y que á obscuras, torpe, y ciego,
á don Diego muerte di:
pero como no le ví,

no supe que era don Diego.

Don Fernando.

Y en mi crédito se allana
esta verdad, que es abono.

Don Juan.

Pues esta ofensa os perdono,
y paso á la de mi hermana.
Hoy mi venganza me llama
mucho mas que mi rigor;
mi hermana está sin honor,
y mi honor está sin fama:
y á satisfacer primero
el duelo esta ofensa aspira;
que esta pasion pide ira,
y esta ofensa pide acero.

Don Lope.

Cuando yo ofendí á doña Ana,
de un error nacieron dos,
que tampoco, vive Dios,
supe que era vuestra hermana;
que antes perdiera la vida
avergonzado, y corrido.

Don Juan.

¿Y por no haberlo sabido,
deja de estar ofendida?

Don Lope.

Ahora bien, ahora os muestro
lealtad con que os mitigo;
pues don Diego fué mi amigo,
yo lo quiero ser mas vuestro.
¿Si por templar los recelos
de vuestros discursos sabios,
os quitase los agravios,
quedariais vos con celos?
¿Decid, no los templareis,

si hallais nuevas recompensas?

Don Juan.

Acabadas las ofensas,
tengo amor, y los tendré.

Don Lope.

¿Y si con nuevos desvelos,
que han de pronunciar los labios,
satisfago los agravios,
y satisfago los celos,
no corregirá advertida
hoy vuestra sospecha fiera,
duelo, y amor?

Don Juan.

Eso fuera
darme honor, y darme vida;
y mitigareis así
todas mis sospechas.

Don Lope.

Pues
sabed, que yo quise á Inés,
y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasion,
viéndome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto, y el balcon.
Y puesto que honores gano,
á satisfacer se allana,
con la mano de doña Ana,
la sangre de vuestro hermano.
Y si al sí de nuestros labios
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Inés,
ni habrá celos, ni habrá agravios.

Don Juan.

Nuevo honor en eso gano:

¿Pues dón de las dos están?

ESCENA XV.

Dichos, doña Inés y doña Ana.

Doña Inés.
Esta es mi mano, don Juan.
Doña Ana.
Esta, don Lope, es mi mano.
Don Juan.
Así mi honor se remedia.
Don Lope.
Ya no es mi amor tan ingrato.
Sancho.
Pues vuélvame mi retrato,
y tenga fin la comedia;
y acabarla presto es
porque un vitor alcancemos,
que Beatriz y yo podemos
irnos á casar despues.

cf. Merchant of Venice

Donde hay agravios no hay zelos.

Esta comedia es una de las mejores de don Francisco de Rojas, no solo por el interés que inspira su argumento, sino por la regularidad del plan y la conducta de la fábula. Desde la primera escena, en que se espone con sencillez y brevedad el argumento y empieza la accion, camina esta á su fin progresivamente, sin episódios ni interrupcion alguna. Don Juan viene á casarse á Madrid enamorado de doña Inés por su retrato: apenas se apea va á su casa á visitarla á media noche, al mismo tiempo que vé descolgarse un hombre desde su balcon á la calle: celoso entonces de su amada, y deseando averiguar las sospechas que ha concebido resuelve valerse de la equivocacion que cometió Sancho remitiendo desde Burgos á doña Inés el retrato suyo en lugar del de su amo. Don Juan se encarga, pues, de representar el papel de Sancho y le obliga á fingirse y presentarse en su lugar. De este modo forma el poeta la intriga de su comedia, cuyo título justifica despues, cuando sabiendo don Juan que es don Lope quien engañó á su hermana doña Ana y mató á su hermano don Diego, olvida los celos y trata solo de vengar sus agravios. Ya se conoce, por esta breve esposicion que el asunto es por sí mismo interesante: falta que el poeta le desempeñe con acierto. Como suponemos siempre que nuestros lectores se enteran primero de la Comedia y forman su juicio antes de leer el nuestro, no trataremos ahora de aplicar determinadamente los principios del arte, ni molestaremos su atencion probando con razones de mil especies que ha sido muy justo el placer que han esperimentado en su lectura.

Las situaciones en que pone el poeta á sus personages, acreditan su talento. La llegada de doña

Ana á casa de don Fernando solicitando su amparo y su favor contra el hombre que la ha burlado; la declaracion de don Lope á su tio, y sus solicitudes é inteligencia con Beatriz para conseguir el cariño de doña Inés, aumentan el interés y los obstáculos, y sin ofuscar la accion, producen escenas variadas é interesantes. No luce poco el ingenio de Rojas en esta parte. El encuentro de doña Ana con don Lope, y el de don Juan con entrambos en las tres últimas escenas del acto segundo, nada dejan que desear al espectador, y preparan perfectamente el desenlace. Hay otras muchas dignas de atencion. Véanse casi todas las del acto tercero.

Los caractéres son variados y están bien desenvueltos. El de doña Ana nos parece un poco débil, y el de don Juan le hubiera pintado con mas fuerza don Pedro Calderon. Los mas originales y mejor desempeñados, son los de Sancho y Beatriz En ellos manifiesta Rojas su ingenio y agudeza: están llenos de gracias y sales cómicas. No podemos negarnos al gusto de repetir algunos pasages que nos agradan sobremanera.

Acto I. Escena I.

Don Juan.

Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger
no ha de ser mas que bonita;
y que ha de tener sabrás
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no mas.

Acto II. Escena II.

Beatriz.

Yo te dejo
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga;
díla que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche y se enternezca:
y si pudieres echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma.........

Beatriz.

No hay que tratar......

Don Lope.

Este bolsillo.......
Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega;
y creeme que le tomo
por no parecer grosera.

La escena segunda y tercera del acto tercero, están rebosando gracia. Léanse con atencion la novena y duodécima en que Sancho riñe con don Lope.

La versificacion es fácil, llena y armoniosa. Hay pensamientos fuertes bien espresados.

Escena VII. Acto III.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,

que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor,
ya qne tu honor se profane. &c.

Los versos largos tienen la languidez que casi todos los de los poetas antiguos en este género. Sin embargo, hay algunos que llaman la atencion por su belleza.

Nací de noble sangre y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa,

díce doña Ana en la escena décima del acto primero. Este pensamiento se halla en muchos de nuestros poetas.

¡Ay infelice de la que nace hermosa!

repite uno de nuestros mejores líricos modernos.

Don Francisco de Rojas merece, pues, la atencion de los inteligentes y el buen concepto que le han grangeado sus comedias.

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO.

PERSONAS.

Don Pedro.
Don Lucas.
Don Luis.
Don Antonio, viejo.
Doña Isabel de Peralta.
Doña Alfonsa.
Cabellera, gracioso.
Carranza, criado.
Andrea, criada.

La escena empieza en Madrid, sigue en las ventas de Torrejoncillo, Illescas, y campo de Cavañas, en cuya posada concluye.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.

¿Llegó el coche? ¡Es evidente!

Andrea.

Y la litera tambien.

Isabel.

¡Qué perezoso es el bien,
y el mal, ó qué diligente!
¡Que mi padre inadvertido,
darme tal marido intente!

Andrea.

Marido tan de repente,
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo; ¿no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por tí envió.
Cierta esta boda será,
segun anda el novio listo;
que parece que te ha visto,
en la priesa que se da.

Isabel.

A obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.

Andrea.

Puede ser, que este lo sea,

pero no hay marido bueno.
Ver, como se hacen temer
á los enojos menores,
y aquel hacerse señores
de su perpetua muger;
aquella templanza rara
y aquella vida tan fria,
donde no hay un *alma mia*
por un ojo de la cara;
aquella vida tambien
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin zelos,
los zelos tan sin desden,
la seguridad prolija
y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes
quien llama á su muger hija.
¡Ah, bien haya un amador
de estos que se usan ahora,
que está diciendo que adora
aunque nunca tenga amor!
Bien haya un galan en fin,
que cultó á todo vocablo,
aunque una muger sea diablo,
dice que es un serafin.
Luego que es mejor se infiera,
(haya embuste ó ademan)
aunque mas finja, un galan,
que un marido, aunque mas quiera.

Isabel.

Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás,
y de mi atencion verás
que el marido y la muger,
que se han de tener no ignoro,

en tálamo repetido,
respeto ella á su marido,
y él á su muger decoro.
Y este callado querer
mayor voluntad se nombre;
que no ha de tratar un hombre
como á dama á su muger.
Y asi mi opinion verás
y mi argumento evidente:
menos habla quien mas siente,
mas quiere quien calla mas.
No esa llama solicito,
toda lenguas al arder;
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito.
Y asi tu opinion sentencio
á mi enojo ó mi rigor,
que antes es seña de amor
la cautela del silencio.
Dígalo el discurso sábio
si mas tu opinion me apura,
que no es grande calentura
la que se permite al lábio.
La oculta es la que es mayor,
su dolor el mas molesto,
y aquel amor que es honesto
es el que es perfecto amor.
No aquel amor siempre ingrato,
todo sombras, todo antojos;
que este nació de los ojos,
y aquel se engendra del trato.
Luego mas se ha de estimar
porque mi fé se asegure,
amor que es fuerza que dure,
que amor que se ha de acabar.

Andrea.

¿Y dí, un marido es mejor
que en casa la vida pasa?

Isabel.

¿Pues qué importa que esté en casa
como yo le tenga amor?

Andrea.

Y el que es por fuerza ¿no es fiera
pension?

Isabel.

Tampoco me enfada.

Andrea.

Naciste para casada,
como yo para soltera.

Isabel.

Pues déjame.

Andrea.

Ya te dejo.
Pero este chisgaravis,
este tu fino don Luis,
galan de tapa y espejo;
ese que habla á borbotones
de su prosa satisfecho,
que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones:
¿qué es lo que de tí ha intentado?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;
si pára el coche él se pára;
si voy á andar, yo no sé

como allí se me aparece;
si voy en silla, parece
mi gentil-hombre de á pie.
Y en efecto el tal señor
que mi libertad apura,
visto es muy mala figura,
pero escuchado es peor.

Andrea.

¿Habla culto?

Isabel.

Nunca entabla
lenguage disparatado:
antes por hablar cortado,
corta todo lo que habla.

Andrea.

Vocablos de estrado son
con los que á obligarme empieza;
dice *crédito*, *fineza*,
recato, *halago*, *atencion*;
y de esto hace mezcla tal,
que aun con amor no pudiera
dijerirlo, aunque tuviera
méjor calor natural.

Andrea.

¡Ay, señora mia! malo.
No le vuelvas á escuchar;
que ese hombre te ha de matar
con los requiebros de palo.

Isabel.

Yo admitiré tu consejo,
Andrea, de aquí adelante.

Andrea.

Señora el que es fino amante
habla castellano viejo.
El atento y el pulido,

que este pretende, creería
ser escuchado no mas,
mas no quiere ser querido.

Isabel.

Andrea, amiga, sabrás,
que tengo amor ¡ Ay de mí !
á un hombre que una vez ví.

Andrea.

Dime ¿y no le has visto mas?

Isabel.

No, y á llorar me provoco
de un dolor enternecida.

Andrea.

¿Y qué le debes?

Isabel.

La vida.

Andrea.

¿No sabes quien es?

Isabel.

Tampoco.

Andrea.

Para que ese enigma crea,
¿cómo, te pregunto yo,
de la muerte te libró?

Isabel.

Oye y lo sabras, Andrea.

Andrea.

Para remediarlo falta
saber tu mal.

Isabel.

Oye.

Andrea.

Dí.

Cabellera dentro.

¡Ah de casa, ¿Posa aquí?

doña Isabel de Peralta?

Andrea.

Por ti preguntan. ¿Quién es?

Isabel.

¿Si vienen por mí?

Andrea.

Eso infiero.

¿Quién es?

ESCENA II.

Dichos y Cabellera.

Cabellera.

Entrome primero,
que yo lo diré despues.

Isabel.

¿Qué quereis?

Cabellera.

Si hablaros puedo,
y no os habeis indignado,
¿podré daros un recado
de don Pedro de Toledo?

Isabel.

Hablad; no esteis temeroso.

Cabellera.

¡Buen talle! *ap.*

Isabel.

Hablad.

Cabellera.

Yo me animo.

Isabel.

¿Quién es don Pedro?

Cabellera.

Es un primo
del que ha de ser vuestro esposo,

que viene por vos.

Isabel.

Sepamos,
que es lo que envia á decir.

Cabellera, dándola una carta.

Que es hora ya de partir,
si estais prevenida.

Isabel.

Vamos.
Si esto que miro no es sueño,
no sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
ese primo de mi dueño?

Andrea.

¡O marido apretador!

Isabel.

¿Yo he de irme con tanta priesa?

Cabellera.

Señora, es órden espresa
de don Lucas mi señor:
y para él delito fuera,
no llegarle á obedecer.
Manda, que aun no os venga á ver
cuando entreis en la litéra.

Isabel.

¿Quién ese don Lucas es?

Cabellera.

Quien ser tu esposo previene.

Isabel.

Escelente nombre tiene
para galan de entremés.
¿Vos le servis?

Cabellera.

No quisiera;
mas sírvole.

Andrea.

¡Buen humor!

Cabellera.

Nunca le tengo peor.

Isabel.

¿Cómo os llamais?

Cabellera.

Cabellera.

Isabel.

¡Qué mal nombre!

Cabellera.

Pues yo sé,
que á todo calvo aficiona.

Isabel.

No me dirás, ¿qué persona
es don Lucas?

Cabellera.

Si diré.

Isabel.

¿Hay mucho que decir?

Cabellera.

Mucho,
y mas espacio quisiera.

Andrea.

Tiempo hay harto, Cabellera.

Cabellera.

Pues atended.

Isabel.

Ya os escucho.

Cabellera.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno,
no es por su casa, que es
por un Cigarral que ha hecho,

es un caballero flaco,
desvaído, macilento,
muy cortísimo de talle,
y larguísimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luegos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus juanetes y pedros:
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado,
y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
como dice aquel proverbio,
no solo espanta sus males,
pero espanta los agenos.
Si acaso duerme la siesta,
da un ronquido tan horrendo,
que duerme en su Cigarral,
y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante,
y bebe como un Tudesco,
pregunta como un señor,
y habla como un heredero.
A cada palabra que habla,
aplica dos ó tres cuentos;
verdad es que son muy largos,
mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga,
que ha estado; ninguno ha hecho
cosa que le cuente á él,
que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
á Sevilla, dice luego:
yo las corrí hasta el Perú,

con estar el mar en medio.
Si hablan de espadas, él solo
es quien mas entiende de esto,
y á toda espada sin marca
la aplica luego el maestro.
Tiene escritas cién comedias,
y cerradas con su sello,
para si tuviere hija,
dárselas en dote luego.
Pero ya que no es galan;
mal poeta, peor ingenio,
mal músico; mentiroso,
preguntador sobre nécio,
tiene una gracia no mas,
que con esta le podremos
perdonar esotras faltas;
que es tan mísero y estrecho,
que no dará, lo que ya
me entenderán los atentos;
que come tan poco el tal
don Lucas, que yo sospecho,
que ni aun esto podrá dar,
porque no tiene escrementos.
Estas, Damas, son sus partes,
contadas de verbo ad verbum:
esta es la carta que os traigo,
y este el informe que he hecho.
Quererle, es tan cargo de alma,
como lo será de cuerpo.
Partiros, no hareis muy bien;
casaros, no os lo aconsejo;
meteros Monja, es cordura:
apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro:
discreta sois, no lo niego;

y asi estimaos como hermosa;
y pues sois discreta, os ruego,
que antes que os vais á casar,
mireis lo que haceis primero.

Isabel.

¡Buen Informe!

Andrea.

Razonable.

Isabel.

Pero dime, ¿cómo siendo
su criado, hablas tan mal
de las partes de tu dueño?

Andrea.

¿Como quien come su pan?....

Cabellera.

¿Yo le como? ni aun le almuerzo.
Sirvo por mi devocion;
que hice un voto muy estrecho,
de servir á un miserable,
y estoyle ahora cumpliendo.

Isabel.

¿Pues os pasais sin comer?

Cabellera.

Sino fuera por don Pedro,
su primo, fuera criado
de vigilia.

Isabel.

¿Y (dinos esto)
don Pedro quien es?

Cabellera.

¿Quién es?
Es el mejor caballero,
mas bizarro y mas galan,
que alabar puede el exceso;
y á no ser pobre, pudiera

competir con los primeros.
Juega la espada y la daga
poco menos que Pacheco
Narvaez, que tiene ajustada
la punta con el objeto.
Si torea, es Cantillana,
es un Lope, si hace versos,
es agradable, cortés,
es entendido, es atento,
es galan sin presuncion,
valiente sin querer serlo,
queriendo serlo, bien quisto,
liberal, tan sin estruendo,
que dá, y no dice que ha dado,
que hay muy pocos que hagan esto.

Andrea.

¿Es posible que tu padre,
eligiese aquel sugeto,
pudiéndote dar estotro?

Cabellera.

No me espanto, que en efecto,
éste no tiene un ochavo,
y estotro tiene dinero.

Andrea.

¿Pues que importa que lo tenga,
si lo guarda?

Isabel.

Yo no quiero
sin el gusto la riqueza.
Decidme: y ese don Pedro,
tiene amor?

Cabellera.

Yo no lo sé;
mas trátanle casamiento
con la hermana de don Lucas,

doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas; y os prometo
que se espanta de una araña,
aunque esté cerca del techo
Vió un raton el otro dia
entrarse en un agujero,
y la dió de corazon
un mal con tan grave aprieto,
que entre siete no pudimos
abrirla siquiera un dedo;
pero son ellos fingidos,
como yo criado vuestro.
El viene ya á recibiros

Isabel.

No vendrá, que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre....

ESCENA III.

Dichos y don Antonio.

Antonio.

doña Isabel ¿qué es aquesto?

Isabel.

Es que yo no he de casarme;
mándenlo. ó no tus preceptos,
con don Lucas.

Antonio.

¿Porqué, hija?

Isabel.

Por que es miserable.

Antonio.

Eso
no te puede á ti estar mal,
siendo su muger, supuesto

que vendrás á ser mas rica,
cuanto el fuere mas estrecho.

Isabel.

Es porfiado.

Antonio.

No porfiar
con él, y te importa menos.

Isabel.

Es necio.

Antonio.

El te querrá bien,
y el amor hace discretos.

Isabel.

Es feo.

Antonio.

Isabel, los hombres,
no importa que sean muy feos.

Andrea.

Señor, es puerco.

Antonio.

Limpiarle.
Sea lo que fuere, en efecto,
yo os he de casar con él.
¿Será mejor un mozuelo
que gaste el dote en tres dias
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
¡Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y haceis pucheros!
¿Qué carta es esa?

Isabel.

Una carta
de mi esposo.

Antonio.

¿Y yo, no tengo
carta alguna?

Cabellera.

No señor.
Voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve órden para hacerlo.
Guárdeos el cielo. *Vase.*

ESCENA IV.

Doña Isabel, don Antonio y Andrea.

Antonio.

El os guarde.

Isabel.

Quitadme la vida, cielos. *ap.*

Antonio.

Veamos qué dice la carta.

Isabel.

Dice así.

Antonio.

Ya estoy atento.

Isabel.

Lee. *Hermana, yo tengo seis mil cuarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo, si no tengo hijos. Hanme dicho que vos y yo podemos tener los que quisiéremos: venios esta noche á tratar del uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo vá por vos: poneos una mascarilla para que no os vea, y no le hableis, que mientras yo viviere no habeis de ser vista ni oida. En las ventas de Torrejoncillo os espero: venios luego, que no están los tiempos para esperar en venta. Dios os guarde y os dé mas hijos que á mi.*

Andrea.

¡Hay tal bestia!

Isabel.

Dime ahora
bien de aqueste majadero.

Antonio.

Si haré, que no es disparate
el que viene dicho a tiempo.
Don Lucas es hoy marido,
y para empezar á serlo
ha dicho su necedad
como tal; porque en efecto,
no es marido, quien no dice
un disparate primero. (1)
La mascarilla está aquí.

Andrea.

Y está en el zaguan don Pedro.

Antonio.

Pues póntela, antes que suba.

Isabel

Si esto ha de ser obedezco. (2)

Andrea.

Llamaron.

Isabel.

Llegó mi muerte.

Antonio.

Abre la puerta.

Andrea.

Esto es hecho.

---

(1) *Dale una mascarilla.*
(2) *Pónese la mascarilla.*

ESCENA V.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Andrea.
Sea usted muy bien venido.
Antonio.
Don Pedro, guárdeos el cielo.
Pedro.
Seais, señor don Antonio,
bien hallado
Antonio.
¿Venís bueno?
Pedro.
Salud traigo. ¿Y vos?
Antonio.
Sentaos.
Pedro.
Perdonadme, que no puedo;
que me ha ordenado don Lucas
que llegue y no tome asiento,
que os pida su esposa á vos,
y que se la lleve luego.
Isabel.
¡Cielos, qué es esto que miro!
¿Este no es el caballero,
á quien le debí la vida?
¿Andrea?
Andrea.
¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
Isabel.
Este es el que te contaba
que tengo amor.
Andrea.
No te entiendo.

¿Este es quien te dió la vida,
como me dijiste?

Isabel.

El mesmo.

Andrea.

¿Y éste, á quien quieres?

Isabel.

Tambien.

Andrea.

Si éste es primo de tu dueño,
¿qué has de hacer?

Isabel.

Morir, Andrea.

Pedro.

Aunque no merezca veros,
si las conjeturas ven,
divina Alfonsa, ya os veo:
mas sois vos, que vuestra fama.
Mal haya el que lisonjero,
yendo á pintaros perfecta,
aun no os retrató en bosquejo.
Hermóso enigma de nieve,
que el rostro habeis encubierto,
para que no os adivinen,
ni los ojos, ni el ingenio:
Gerogliffico difícil,
pues cuando voy á entenderos,
cuanto solicito en voces,
tanto acobardo en silencios.
Permitid vuestra hermosura;
mas no hagais tal, que mas quiero
ver esa pintura en sombras,
que haber de envidiarla en lejos.
Claro cielo, sol y rayo,
que está esta nube tejiendo,

venid á Toledo á ser
el mas adorado objeto,
que supo lograr cupido,
en los brazos de himeneo.
La voz de don Lucas habla
en mi voz; yo soy quien ciego
á ser intérprete vine
de aquel amor estrangero.
Y pues sois rayo, alumbrad
entre sombras y reflejos;
pues sois cielo y sol, usad
de vuestros claros efectos;
geroglífico, esplicaos;
enigma, dad á entenderos;
pues descubriéndoos sereis,
con una causa y á un tiempo
el geroglífico, el rayo,
el sol, la enigma y el cielo.

Andrea.

Discreto parece el primo.

Isabel.

Advertid, señor don Pedro,
que se ha ido vuestra voz
hácia vuestro sentimiento.
Doña Isabel es mi nombre,
no doña Alfonsa, y no quiero,
que á ella la representeis,
y ensayeis en mí el requiebro.
Y aunque el favor me digais
por el que ha de ser mi dueño,
no os estimo la alabanza
que me haceis. Vedme primero,
y creeré vuestras lisonjas,
creyendo que las merezco.
Pero sin verme, alabarme,

es darme á entender con eso,
ó que yo soy presumida
tanto, que pueda creerlo;
ó que don Lucas y vos
teneis un entendimiento.

Pedro.

Pues el sol, aunque se encubra
entre nubes, no por eso
deja de mostrar sus rayos
tan claros, si no serenos.
El íris, ceja del sol,
mas hermoso está y mas bello,
cuando entre negros celages
es círculo de los cielos.
Mas sobresale una estrella
con la sombra; los luceros,
porque esté oscura la noche,
no por eso alumbran menos.
Perfume el clavel del prado
en verse carcel cubierto,
por las quiebras del capillo
dá á leer sus hojas luego.
¿Pues qué importa, que esa nube
agora no deje veros,
si habeis de ser como el íris,
clavel, estrella y lucero?

Antonio

Doña Isabel, ¿qué esperamos?
A la litera.

Pedro.

Teneos:
que vos no habeis de salir
de Madrid.

Antonio.

¿Por qué, don Pedro

Pedro.

Porque no quiere mi primo.

Antonio.

Pues decidme, ¿cómo puedo
dejar de ir á acompañar
á mi hija? Demas de eso,
que si yo no se la doy,
y lo que ordena obedezco,
¿cómo me podrá dar cuenta,
de lo que yo no le entrego?

Pedro.

Todo eso está prevenido.
Ved ese papel que os dejo,
con que no necesitais,
de partiros.

Antonio.

Yá lo leo.
¿Qué es esto? ¡Papel sellado! (1)

Andrea.

¿Qué será?

Cabellera.

Yo no lo entiendo.

Antonio.

Lee. *Recibi de don Antonio de Salazar una muger, para que lo sea mia, con sus tachas buenas ó malas, alta de cuerpo, pelimorena y doncella de facciones; y la entregaré tal y tan entera, siempre que me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo á de setiembre de 638 años.*

Don Lucas del Cigarral, Toledo.

Isabel.

¿Para mi carta de pago?

---

(1) *Abre un pliego.*

Antonio.

¿Don Pedro, este caballero
piensa, que le doy muger,
ó piensa, que se la vendo?

Cabellera.

Pues yo sé, que va vendida
doña Isabel.

Andrea.

Yo lo creo.

Antonio.

Yo quiero ver á don Lucas
en las ventas. Vamos luego;
ven, Isabel.

Isabel.

A morir,
¡Valedme, piadosos cielos! *ap.*

Pedro.

Aunque esté vuestra pintura
en borron, tiene unos lejos
dentro, que el alma retrata,
que casi son unos mesmos.

Isabel.

¡Quien pudiera descubrirse! *ap.*

Pedro.

¡Quién viera su rostro! *ap.*

Isabel.

¡Cielos, *ap.*
qué nave halló la tormenta
en las bonanzas del puerto!

Antonio.

Ea, Isabel, á la litera.

Andrea.

Vé delante.

Cabellera.

Allá te espero.

Antonio.

Yo le abriré, vamos.

Isabel.

Ya voy.

Antonio.

¿Qué esperais?

Pedro.

Ya os obedezco,

Isabel.

¿Si fuese yo la que quiere?

Pedro.

¿Si este es mi perdido dueño?

Antonio.

Mas si don Lucas es rico,
¿qué importa que sea necio?

ESCENA VI.

SALA EN LA VENTA DE TORREJONCILLO.

Don Luis y Carranza.

Carranza.

¿No me dirás, don Luis, á donde vamos?
Ya en la ventas estamos
del muy noble señor Torrejoncillo,
ú del otro segundo Peralbillo;
pues aquí la hermandad mesonizante
asaetea á todo caminante.
Don Luis, habla: conmigo te aconseja.
¿No me dirás que tienes?

Luis, paseándose.

Una queja.

Carranza.

¿A qué efecto has salido de la córte?
En estas ventas, dí, ¿qué habrá que importe

para tu sentimiento?
Dí, ¿qué tienes, señor?

Luis.

Desvalimiento,

Carranza.

Deja hablar afeitado;
y dime, ¿á qué propósito has llegado
á estas ventas? Refiéreme en efeto,
¿qué vienes á buscar?

Luis.

Busco mi objeto.

Carranza.

¿Qué objeto? Habladme claro, señor mio.

Luis.

Solicito á mi llama mi alvedrío.

Carranza.

¿No acabaremos, y dirás qué tienes?

Luis.

¿Quieres que te procure á mis desdenes?

Carranza.

A oirlos, en tu pro yo me sentencio.

Luis.

Y en fin, ¿han de salir de mi silencio?

Carranza.

Dilos, señor.

Luis.

Pues á mi voz te pido,
que hagas un agasajo con tu oido.
Carranza amigo, yo me hallé inclinado;
costóme una deidad casi un cuidado;
mentalmente la dije mi deseo:
aspiraba á los lazos de himeneo;
y ella viendo mi amor enternecido,
se dejó tratar mal del Dios Cupido.
Su padre, que colige mi deseo,

en Toledo la llama á nuevo empleo,
y hoy sale de la corte
para lograr indigno otro consorte.
Por aquí ha de venir, y aquí la espero;
convalecer á mi esperanza quiero,
dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver que hacen sus ojos con mis voces.
Isabel es el dueño,
vida del alma, y alma de este empeño,
la que con tanto olvido
á un amante feriό por un marido.
Suspiraré, Carranza, vive el cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo;
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera, de haberle declarado;
culparé aquel desden, que el pecho indicia,
aunque destemple airada la caricia.
Mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza;
mis ansías irritado, airado, fiero,
trasladaré á las iras del acero;
que es descrédito, hallarme yo corrido,
quedándose mi amor tan desvalido.
Esta es la causa, porque desta suerte
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte, que corrido, amante y necio
vengo á entrar por las puertas del desprecio;
con vuelo que la luz penetrar osa,
galanteo mi muerte, mariposa;
porque en este desden, que amante estraño,
me suelte mi albedrío el desengaño,
y en este sentimiento
mi eleccion deje libre mi tormento,
y para que Isabel desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

Carranza.

Oí tu relacion y maravilla.
¿Que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes?

Luis.

Gente cursa el camino. ¿Si ha llegado?

Carranza.

¿Qué es cursa? ¿Este camino está purgado?

Dentro uno.

¡Ah de la venta!

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

Ah seor Véntero
¿hay qué comer?

Dentro dos.

No faltará carnero.

Dentro uno.

¿Es casado vusted?

Dentro dos.

Mas ha de treinta.

Dentro uno.

Segun eso carnero hay en la venta.

Dentro tres.

Huesped, así su nombre se celebre,
vendame un gato, que parezca liebre.

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

¿Qué hay?

Dentro dos.

Mentecato,
compra al huesped, que es libre, y tira á gato

Carranza.

Una dama y un hombre miro.

Luis.

Quedo.

Espérate, que vienen de Toledo.

Carranza

Nada, pues, te alborote.

Dentro uno.

¿Donde ván Dulcinea y don Quijote?

Dentro dos.

¿Donde han de ir? Al Toboso por la cuenta.

Lucas dentro.

Voy al infierno.

Dentro uno.

Eso es á la venta.

Luis dentro

¡Raro sujeto es este que ha llegado!

Carranza.

Aqueste es un don Lucas, un menguado
de Toledo.

Dentro uno.

Ah seor huesped, si le agrada,
echeme ese fiambre en ensalada.

Dentro dos.

Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
en la calle del lobo hay aposento.

Dentro tres.

Pues á fe que es muger de gran trabajo.

Lucas dentro.

. . . .

que han de entrar en la venta, por la posta.

Dentro todos.

Gua, gua.

Dentro uno.

Que la ha tendido don Langosta.*

Lucas, dentro.

Mentís, canalla

Carranza.

Ahora ha echado el resto

Lucas dentro.

Apeaos, doña Alfonsa: acabad presto,
porque quiero reñir,

Alfonsa, dentro.

Detente, espera;
que me dará un desmayo que me muera.

Dentro uno.

Doña Melindre, dejelé.

Lucas dentro.

¿Qué espero?
matarélos á fe de caballero.

Alfonsa, dentro.

Detente hermano.

Lucas dentro.

Vínome la gana.

ESCENA VII.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa.

Lucas.

Téngame cuenta usted con esta hermana. (1)

Luis.

¿No ve vusted, que es vaya?

Carranza.

Uced se tenga.

Lucas.

Conmigo no ha de haber vaya, ni venga.

(1) *A don Luis.*

Gentecilla.

Dentro todos.

¡Gua, gua.

Luis

Tened templanza.

Dentro uno.

Envaine vuesarced, señor Carranza.

Lucas

¿A mí Carranza, villanchon malvado?

Carranza. (1)

Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado:
que yo tambien me atufo y me abochorno:

Lucas.

Mientes tú y cinco leguas en contorno.

Carranza. (2)

Saquéla.

Luis.

Téngase, que ya me enfada.

Lucas.

Déjeme darle solo esta estocada.

Luis.

Tened.

Lucas.

Yo he de tirarle este altibajo.

Luis.

No me desperdicieis este agasajo.

Lucas.

No os entiendo.

Alfonsa.

Señor, mira.

Luis.

Repara,

(1) *Empuña la espada Carranza.*
(2) *Sacando la espada.*

que es mi sirviente.

Lucas.

Fuera.

Pedro dentro.

Pára.

Dentro todos.

Para.

Luis.

Una litéra entró y podeis templaros.

Lucas.

Aunque entre un coche, tengo de mataros.

ESCENA VIII.

Dichos, don Pedro, don Antonio, Cabellera, Andrea, y doña Isabel con mascarilla.

Pedro.

¿Qué es esto?

Alfonsa.

Tente, hermano;

Detente.

Lucas.

No me vayan à la mano.

Antonio.

¿Con quien riñe?

Luis.

Con este mi criado.

Antonio.

¿Con un pobre criado asi indignado?

Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.

Lucas.

Yo pensé que reñia con Carranza.

Luis.

Envainad, pues os logro tan templado.

Lucas.

Primero ha de envainar vuestro criado.

Carranza. (1)

La espada desempuño
y obedezco.

Lucas.

Yo envaino la de Ortuño.

Isabel.

¡Andrea, qué mal hombre!

Andrea.

¡Qué hoscó y negro!

Lucas.

Por mi cuenta, señor, vos sois mi suegro.

Antonio.

Vuestro padre seré.

Pedro.

Muero abrasado. *ap.*

Alfonsa.

Don Pedro ¿qué será que no me ha hablado?
Mas tambien puede ser que no me vea.

Isabel.

Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.

Luis.

Esta es doña Isabel.

Carranza.

Callar intenta.

Andrea.

Don Luisillo tambien está en la venta.

Luis.

No puedo resistirme. *ap.*

Isabel

¡Que hasta aqui haya venido á perseguirme!

---

(1) *Envainando.*

Lucas.

¿Y hala visto mi primo?

Antonio.

Ni la ha hablado.

Lucas.

¿Vino siempre cubierta?

Antonio.

Asi ha llegado.

Lucas.

¿Y en fin me quiere bien?

Antonio.

Por vos se muere.

Lucas.

¿Y la puedo decir lo que quisiere?

Antonio.

Sí podeis.

Lucas.

¿Puedo?

Pedro.

¿Si obligarla intenta? *ap.*

Lucas.

Pues así os guarde Dios, que tengais cuenta.
Un amor, que apenas osa
hablaros, dice fiel,
que una de dos, Isabel,
ó sois fea, ó sois hermosa.
Si sois hermosa, se acierta
en cubrir cara tan rara;
que no ha de andar vuestra cara
con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda;
puesto que estando tapada,
nadie sabrá, si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,

con vos, si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, tambien
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así por Dios,
aunque os parezca importuno;
que no se ha de holgar ninguno
ni conmigo ni con vos.

Isabel.

¿Qué hombre es este, Andrea?

Andrea.

Él peor,
que he visto, señora mia.

Antonio.

¡Qué necedad!

Luis.

Grosería. *ap.*

Lucas.

¿No me hablais?

Isabel.

Digo, señor,
que debo agradecimiento
á ansias y pasiones tales;
pues en vos admiro iguales
el talle y entendimiento.
La fama que vos teneis,
por ser quien sois, os aclama:
pero no dijo la fama
tanto, como mereceis.
Y así la muerte resisto
tarde; pues quiero decir,
que en viéndoos, pensé morir,
y ya muero, habiéndoos visto.

Lucas.

¡Lindo ingenio!

Antonio.

Así lo crea
vuestra pasion prevenida.

Lucas.

¿Qué decís ?

Pedro.

Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

Alfonsa.

Haz, que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

Lucas.

Dejádmela brujulear,
que pinta bien.

Alfonsa.

¿A qué esperas?

Lucas.

Isabel, hacedme gusto
de descubriros, y sea
la máscara el primer velo
que corrais á la modestia;
que están aquí debatiendo
si sois fea, ó no sois fea:
y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazon
porque no tengais vergüenza.

Isabel.

Los que son en vos preceptos,
han de ser en mi obediencia.
Yo me descubro. (1)

Lucas.

Llenóme.

---

(1) *Quitase la mascarilla.*

Don Antonio, á fe, de veras,
que haceis escelentes caras.

Antonio.

Era su madre muy bella.

Pedro.

Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares un dia
libré de la muerte fiera.

Lucas.

¿Qué os parece la fachada,
primo mio? Hablad.

Pedro.

Que es buena.

Isabel.

Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

Pedro.

¿Y á tí que te ha parecido,
doña Alfonsa?

Alfonsa.

Que es muy fea.

Pedro.

Eres muger, y no quieres,
que alaben otra belleza.

Lucas.

Pensando estoy, qué deciros,
despues que os ví descubierta.
¡Qué no sé lo que me diga!
¿Pedro?

Pedro.

Señor.

Lucas.

Oye, llega,
y dí por la boca verbos,

ó lo que á tí te parezca.
Háblala del mismo modo,
como si yo mismo fuera;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dejarla muy tierna:
que cubierto yo me atrevo,
á hablar como una manteca;
pero en mi vida he sábido
hablar tierno á descubiertas.

Pedro.

¿Yo he de llegar?

Lucas.

Sí, primillo:
con mi propio poder llegas.

Pedro.

¿Con que alma la he de decir
los requiebros y ternezas,
si es fuerza que haya de hablar
con la tuya?

Lucas.

Con la vuestra.
Señora, allá vá Periço:
no hay sino teneos en buenas,
y advertid, que los requiebros
que os digere, los requiebra
con mi poder: respondedle,
como si á mí propio fuera.
Empezad.

Pedro.

Ya te obedezco. *ap.*

Isabel.

Déme mi dolor paciencia. *ap.*

Andrea.

Lindo empleo hizo Isabel. *ap.*

Pedro.

Amor, alas tienes, vuela. *ap.*
Surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa,
salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron al sol las nieblas,
rompió el capillo la flor,
encontró el olmo la hiedra,
tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera;
que esto, y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
¡Bien haya ese velo ó nube,
que piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perpleja!
Yo he visto nacer el dia
con clara luz y serena,
para castigar el prado,
ó ya en sombras, ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta.
Pero engañarme con sombras
y herir con luz, es destreza,
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois mas que aquello mas,
que cupo en toda mi idea,
y aun mas que aquello que miro,

si hay mas en vos, que mas sea.
Que tan iguales se añudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donaire tan uno
se ha unido con la modestia,
que si rendirme no mas
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer,
que del ingenio me venza.
Sí; del donaire el recato
es quien igual me sujeta;
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza,
que no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

Lucas.

Aprieta la mano, Pedro,
que eso es poco.

Pedro.

Hermosa hiena,
que halagasteis con voz blanda,
para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia,
quien me ha pagado una vida
con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví;
se rindieron mis potencias
de suerte.....

Isabel.

Mirad, señor,
que es grosería muy necia,
que me vendais un desprecio
á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente

por la vista : amor se engendra
del trato, y no he de creer,
que amor que entra con violencia,
deje de ser como el rayo,
luz luego y despues pavesa.

Pedro.

No engendra al amor el trato,
Isabel; que si eso fuera,
fuera querida tambien,
siendo discreta, una fea.

Isabel.

El trato engendra al amor;
y para que la esperiencia
lo enseñe, si no hay agrado,
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura:
para el agrado es de esencia,
que haya trato: luego el trato
es el que el amor engendra.

Pedro.

Con trato amor, yo confieso,
que es perfecto; mas se entienda,
que amor puede haber sin trato.

Isabel.

Pero en fin, amor se acendra
en el trato.

Pedro.

Decis bien.

Isabel.

Pues si es asi, luego es fuerza,
que os quede mas que quererme,
si mas que tratarme os queda.

Lucas.

No me agradan estos tratos.

Pedro.

Concedo esa consecuencia:
mas ya os trata amor si os oye,
ya os quiere amor....

Lucas.

Mucho aprieta.

Isabel.

¿Y me quereis?

Pedro.

Os adoro.
Solo falta que yo vea
vuestro amor.

Isabel.

Diråle el tiempo.

Pedro.

No le deis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

Isabel.

Pues como á mi esposo, es fuerza
quereros.

Pedro.

Seré dichoso.

Isabel.

Esta mano, que lo es vuestra,
lo dirá.

Lucas.

No es sino mia. (1)
Y es muy grande desvergüenza,
que os tomeis la mano vos,
sin dármela á mi la Iglesia.
Primillo, fondo en cuñádo,
idos un poco á la lengua.

---

(1) *Tómala la mano don Lucas.*

Pedro.

Si yo hablaba aqui por vos.

Lucas.

Sois un hablador, y ella
es tambien otra habladora.

Isabel.

Si vos me disteis licencia...

Lucas.

Si, pero sois licenciosa.

Pedro.

Cómo tú dijiste, que era
poco lo que la decia...

Lucas.

Poco era. ¿Quien os lo niega?
Mas ni tanto ni tampoco.

Alfonsa.

¡Que ella le hablase tan tierna, *ap.*
y que él la adore tan fino!

Lucas.

Doña Alfonsa.

Alfonsa.

¿Qué me ordenas?

Lucas.

Llevaos con vos esta mano. (1)

Alfonsa.

Sí haré, y pido que me tengas
por tu amiga y servidora;
y tu enemiga. *ap.*

Lucas.

En Illescas
me he de casar esta noche.

Alfonsa.

Hasta ir á Toledo, espera;

(1) *Dala la mano de doña Isabel.*

para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mia juntas.

Isabel.

Antes quiera amor que muera. *ap.*

Lucas.

Señora mia, no estoy
para esperaros seis leguas.

Luis.

Muerto estoy. A acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda.
Yo soy don Luis de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

Lucas.

No os conozco en mi conciencia.

Luis.

Y amigo de vuestro padre.

Lucas.

Sed su amigo norabuena;
pero no habeis de ir conmigo.

Cabellera.

Llega el coche.

Andrea.

La litera.

Luis.

Yo he de ir con vos.

Lucas.

Voto á Dios
que me quede en esta venta.

Luis.

Ya me quedo.

Lucas.

¡Gran favor!

Isabel,

Muerta voy. *ap.*

Cabellera.

¡Hermosa bestia! *ap.*

Alfonsa.

Muriendo de zelos parto. *ap.*

Pedro.

!Que esto mi dolor consienta! *ap.*

Antonio.

¡Qué esto mi prudencia sufra! *ap.*

Isabel.

¡Qué esto influyese mi estrella! *ap.*

Lucas.

Alfonsa, ¿guardas la mano?

Alfonsa.

Si señor.

Lucas.

Pues tened cuenta.
Entre bobos anda el juego.
Pedro, entrad.

Pedro.

Cielos, paciencia. *ap.*

Lucas.

Guardeos Dios, señor don Luis.

Luis.

Allá he de ir, aunque no quiera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PATIO DEL MESON DE ILLESCAS.

Don Pedro con sombrero, capa y espada; y Cabellera medio desnudo por el patio del Meson.

Cabellera.

¿A dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

Pedro.

Calla, Cabellera.

Cabellera.

A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
donde ahora me llevas.

Pedro.

Habla quedo.

Cabellera.

Si hemos de ir fuera, aqui miro cerrada
la puerta principal de la posada.

Pedro.

No ha sido ese mi intento.

Cabellera.

¿Pues á dónde hemos de ir?

Pedro.

A este aposento.

Cabellera.

Don Lucas aqui duerme recojido,
que se oye en todo Illescas el ronquido.
Doña Alfonsa, su hermana,

— duerme en otra alcobilla á él cercana.

Pedro.

¿Y el padre de Isabel?

Cabellera.

Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

Pedro.

¿Está cerrado?

Cabellera.

Cerrado está. Dí lo que quieres, ea.

Pedro.

¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

Cabellera.

En esta sala están.

Pedro.

Vén poco á poco,
que la tengo de hablar.

Cabellera.

Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado.
¿Qué es esto? ¡Tú, señor, enamorado
de una muger, que serlo presto espera
de don Lucas!

Pedro.

Si, amigo Cabellera.

Cabellera.

Tén, señor, mas templanza.
¡Tú faltar de tu primo á la confianza!
¿Cómo? ¡Tú enamorado de repente!

Pedro.

Mas anciano es el mal de mi accidente.
Siglos ha que padezco un mal eterno.

Cabellera.

Yo tuve tu accidente por moderno.
Pero si tiene tanta edad, mas sábio

quiero saber tu pena por tu labio.
Dime tu amor, que ya quiero escucharle.

Pedro.

¿Qué intentas con oirle?

Cabellera.

Disculparle.

Pedro

¿Me ayudarás despues?

Cabellera.

Soy tu criado.

Pedro.

¿Oyenos alguien?

Cabellera.

Todo está cerrado.

Pedro.

¿Tendrás secreto?

Cabellera.

Ser leal intento.

Pedro.

Pues escucha mi amor.

Cabellera.

Ya estoy atento.

Pedro.

Era del claro Julio ardiente dia,
Manzanares al soto presidia,
y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba al prado,
cuando, al morir la luz del Sol ardiente,
solicito bañarme en su corriente.
En un caballo sendas examino,
y á la Casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
elijo fertil sitio de esmeralda;
del caballo me apeo,
creo la amenidad, el cristal creo;

y apenas con pereza diligente
la templanza averiguo á la corriente,
cuando alegres tambien como veloces,
á un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,
y solo la logré con el oido.
Piso por las orillas, y tan quedo,
que pensé, que pisaba con el miedo.
Mas la voz me encamina, y mas me llama;
voy apartando la una y otra rama,
y en el tibio cristal de la ribera
á una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
fuera el rostro y en roscas el cabello,
deshonesto el cristal que la gozaba,
de vanidad al soto la enseñaba.
Mas si de amante el soto la queria,
por gozársela él toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
verla por los cristales transparentes,
y al dedicar mis ojos á mi pena,
estaba al movimiento de la arena,
ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
? Quién con esta deidad no ha de estar ciego?
Turbio el cristal estaba,
y cuanto mas la arena le enturbiaba,
mejor la ví, que al no ver la corriente,
sola era su deidad lo transparente,
no el rio, que al gozar tanta hermosura,
él es quien se bañaba en su blancura.
Cubria, para ser segundo velo,
túnica de Cambray todo su cielo,
y solo un pie movia el cristal blando;
sin duda imaginó que iba pisando.
Pero cuando, sin verse, se mostraba,

un plumage del agua levantaba,
del curso propio con que se movia:
viale entre el cristal y no le via,
que distinguir no supo mi alvedrio,
ni cuando era su pie ni cuando el rio.
Procuraban ladrones mis enojos
robar sus perfecciones con los ojos,
cuando en pie se levanta, toda hielo,
cubre el cristal lo que descubre el velo;
recátome en las ramas dilatadas,
prevenidas la esperan sus criadas;
dícenla todas que á la orilla pase,
y nada se dejó que yo robase:
y en fin, al recojerla,
tiritando salió perla con perla;
y yo dije abrasado:
¡ó que bien me parece el fuego helado!
Sale á la orilla donde veria creo;
ponénseme delante y no la veo:
enjúgala el halago prevenido
la nieve que ella habia derretido;
cuando un toro con ira y osadia
(que era dia de fiestas este dia)
desciende de Madrid al rio, y luego,
mas irritado, si, que no mas ciego,
quiere cruel, impío
de corage beberse todo el rio.
Bebe la blanca nieve,
bebe mas y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
parte á vengar su injuria por el soto:
las cortinas de ramas desabrocha,
sacude con la coz á la garrocha,
y á mi hermosa deidad vencer procura;
que se quiso estrenar en la hermosura.

*

Huyen, pues, sus criadas con recelo,
y ella se honesta con segundo velo;
que aunque el temor la halló desprevenida,
quiso mas el recato que la vida.
Yo que miro irritarse el toro airado,
de amor y de piedad á un tiempo armado,
indigno la pasion, librarla espero,
y dándole advertencias al acero,
(osadía y pasion á un tiempo junta)
el corazon le paso con la punta,
con tan felice suerte,
que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce, que á mi amor debe la vida;
honestamente la hallo agradecida;
menos, viendola mas, mi amor mitiga:
entra dentro del coche y yo la sigo:
cierra luego la noche,
entre otros con lo obscuro pierdo el coche.
Búscala y no la encuentra mi cuidado:
voyme á Toledo, donde enamorado
le dije mis finezas con enojos
á aquel retrato que copie en los ojos.
Quéjome solo al viento,
procúrame mi primo un casamiento;
la ejecucion de sus preceptos huyo;
voy á Madrid á efectuar el suyo;
vuelvo con Isabel... ¡Nunca volviera!
Cubre el rostro Isabel... ¡Nunca le viera!
pues dice mi esperanza, hoy mas perdida,
que es Isabel á la que dí la vida
por valor; y por suerte,
que es Isabel la que me da la muerte.
Y en fin, amante sí y no satisfecho,
de la sombra esta noche me aprovecho;
á vengar con mis voces este agravio,

Salga ésta calentura por el labio;
sepa Isabel de mi cruel tormento.
Asusten mis suspiros todo el viento;
sean ahora, que Isabel me deja,
intérpretes mis voces de mi queja;
suceda todo un mal á todo un daño;
válgame un riesgo todo un desengaño.
Ahora la he de hablar: verla porfio:
déjame, que use bien de mi alvedrio;
deja que á hablarla llegue,
para que esta tormenta se sosiegue;
déjame que la obligue,
para que este cuidado se mitigue,
y porque al referir pena tan fiera,
mi gloria dure y mi tormento muera.

Cabellera.

Tu relacion he escuchado,
y por Dios que me lastimo,
que se enamore quien tiene
tan lindos cinco sentidos.
¡Tú, señor, enamorado!

Pedro.

Es el sujeto divino.

Cabellera.

Y tú muy lindo sujeto.
Pero puesto que has venido
á hablar con doña Isabel,
llega falso y habla fino.
Pero no andarás muy falso
con don Lucas, que es tu primo;
pues tú la amabas primero,
y él hasta ayer no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
un hombre á todo albedrio,
no hay hermano para hermano,

ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parentesco de negros?
Todos están recojidos
los huéspedes del meson,
¿Llamaré?

Pedro.

Llama quedito.

Caballera.

No sea que el huésped nos sienta,
que es el huésped mas cocido,
que hay en Illescas; y siente
dentro en su casa un mosquito.

Pedro.

Oyes, ¿viste á noche entrar
á un don Luis, que se hizo amigo
de don Lucas?

Caballera.

Embozado
tras la litéra se vino,
y anoche tomó posada
en el meson.

Pedro.

¿Y has sabido,
á qué viene?

Caballera.

Galantea
á Isabel, que asi lo dijo
su criado á otro criado,
y aqueste criado mismo
á otro criado despues,
como criado fidedigno,
se lo contó, y el á mí.
Yo ahora á tí te lo aviso;

que no sirve, quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

Pedro.

Pues con amor y con celos
á un tiempo me determino
á hablar á Isabel.

Cabellera.

Pues menos
al amor, amo y amigo.
¿Llegó?

Pedro.

No llegues: espera;
que están abriendo el postigo
por de dentro.

Cabellera.

Dices bien.

Pedro.

¿Qué será?

Cabellera.

No lo he entendido.

ESCENA II.

Dichos, doña Isabel y Andrea que salen de un aposento.

Isabel.

No me detengas, Andrea.

Andrea.

¿Dónde vas?

Isabel.

A dar suspiros
á los cielos de mis quejas.

Andrea.

Témplate.

Isabel.

No espero alivio.

Andrea.

¿Qué intentas?

Isabel.

Buscar mi padre.

Andrea.

Está ahora recogido.

Isabel.

Ven á despertarle, Andrea;
que no ha de ser dueño mio
don Lucas.

Andrea.

Resuelta estás.

Pedro.

Arrímate.

Caballero.

Ya me arrimo.

Andrea.

¿Y si no quiere tu padre?

Isabel

No es dueñó de mi albedrío.

Andrea.

¿Pues quién ha de ser tu esposo?

Isabel.

Don Pedro ha de serlo mio,
ó ninguno lo ha de ser;
sino es que desconocido,
á Alfonsa quiere.

Pedro.

Pedidme
albricias, alma y sentidos.

Andrea.

Vuélvete á dormir.

Isabel.

No puedo.

Cabellera.

Cenó poco; no me admiro.

Isabel.

¿En qué aposento hallaré
á mi padre?

Andrea.

No le he visto
recoger: yo no lo sé.
En habiendo amanecido,
podrás hablarle.

Isabel.

No alargues
plazos á un dolor prolijo.
Don Pedro ha de ser. (1)

Pedro.

Don Pedro
infelice, dueño mio,
ha de ser, quien os adore
tan amante y tan rendido,
que han de ser alma y potencias
lo menos que os sacrifico.

Isabel.

¿Quién es?

Pedro.

Quien no os ha ganado,
cuando ya os hubo perdido:
el que os ha grangeado á penas,
el que os mereció á suspiros,
el que os solicita á riesgos,
el que os procura á cariños.

---

(1) *Se encuentra con don Pedro.*

Isabel.

Hablad quedo, y ved que estamos....

Pedro.

Templar la voz no resisto,
que esta es la voz de mi amor,
y está mi amor encendido.

Isabel.

Señor don Pedro, si oisteis
la verdad del dolor mio,
si aun no os ha costado un ruego
la compasion de un cariño,
no os llameis tan infelíz,
como decís, pues no he dicho
acaso, que tengo amor,
y ya vos lo habreis sabido.
Dejad para el desdeñado
la queja: llámese el digno
felíz, é infeliz se llame
el que nunca ha merecido.
Yo sí que soy desdichada;
pues os quiero y lo repito,
y estando vivo el amor,
tengo á los zelos mas vivos.
Ya habreis templado con verme
el mal, de no haberme visto;
este sí es mal, pues que tiene,
viéndoos mas, menos alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra;
con que viene á ser preciso,
que no lo pueda yó ser,
ni pueda llamaros mio.
Ella es quien dice, que os quiero;
con que yo naturalizo
á mis bastardos temores,
que son de mis zelos hijos.

Mirad, pues, cual de los dos
el mas infeliz ha sido;
pues vos lograis un amor,
y yo unos zelos concibo.

Pedro.

Yo, Isabel, no tengo zelos;
yo, decís vos, que me libro
de una verdad, que la cubro
con la sombra de un indicio.
¿No es la flor clície don Luis,
que constante á los peligros
está acechando los rayos
de vuestro Oriente vecino?
¿No viene á amaros, señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
que os quiere?

Isabel.

¿Y quién es el sol?
No con falsos silogismos
me arguyais, cuando estais vos
respondiéndoos á vos mismo.
Si es la clície flor don Luis,
¿cuándo el sol la clície quiso?
¿Cuando, para desdeñarla,
no es cada rayo un aviso?
Si soy sol, cómo decís,
¿cuándo mis rayos no han sido,
para desdeñarle, ardientes,
y para abrasarse tibios?
¿Qué os daña á vos, que él me quiera,
pues veis que yo no le estimo?
Mucho mas florece el premio
de la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
y él está desvanecido,

de ver, que le hayan premiado
en competencias del lirio.
Olmo que abrazó á la hiedra,
está mas agradecido
de ver, que siendo él distante,
se olvidase del vecino.
¿Así qué importa, que amante,
constante, atento y activo
me quiera don Luis á mí,
si con ver un amor mismo
en los dos, con ser á un tiempo
tan constantes como finos,
sois el preferido vos,
y es él el aborrecido?

Pedro.

Luego aunque me quiera á mí
doña Alfonsa, no hay indicio
para zelos.

Isabel.

Si le hay;
porque vos no me habeis dicho
que no la quereis; y yo,
que aborrezco á don Luis, digo.

Pedro.

Pues yo solo os quiero á vos.

Isabel.

Que no me halagueis os pido
con el amor, si despues
me matais con el olvido;
que mucho peor será,
si no le teneis, fingirlo,
que si le teneis, callarle;
pues por mas decente elijo,
que me oculteis vuestra llama
y os halle despues mas fino,

que no hallarme aborrecida,
pensando, que me han querido?

Pedro.

Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
hareis claras esperiencias
del fondo del ardor mio.

Isabel.

Pues elíjase un remedio
para evitar los designios
de mi padre.

Andrea.

Cé, señores.

Pedro

¿Qué es lo que dices?

Andrea.

Que miro,
abrir aquel aposento.

Pedro.

¿Cuyo es?

Andrea.

El de don Luisillo.

Pedro.

¿Dónde irá?

Andrea.

Habrá madrugado,
para tomar el camino
antes que amanezca.

Cabellera:

Es cierto.

Isabel.

Pues señor, yo me retiro,
no me vea.

Pedro.

Bien eliges.

Isabel.

Quédate á Dios, dueño mio.

Pedro.

En fin, ¿me querrás?

Isabel.

Soy tuya.

Pedro.

¿Y don Luis?

Isabel.

Es mi enemigo.

¿Y Alfonsa?

Pedro.

Mátela amor.

Cabellera.

Acabad, cuerpo de Cristo,
que está don Luis en el patio.

Isabel.

Pues yo me voy. Ven conmigo. *á Andrea.*

Cabellera.

Señor, entra tú tambien;
porque don Luis ha salido,
y puede verte al pasar
á tu aposento, y colijo
que no puede juzgar bien
de verte á esta hora vestido.

Isabel.

Mirad, don Pedro....

Pedro.

¿Qué importa,
que esté un instante contigo,
en tanto que este don Luis
sale fuera?

Andrea.

Bien ha dicho.
Luz tienes, y eres honrada,

que él te quiere bien, he oido,
y los que son mas amantes,
son los menos atrevidos.

Isabel.

Pues cierra.

Andrea.

La puerta cierro.

Pedro.

Tú quédate aquí escondido,
pues no importa que te vea.

Cabellera.

Obedecerte es preciso.

Andrea.

Lo dicho dicho, y lacayo. (1)

Cabellera.

Fregona, lo dicho dicho.

ESCENA III.

Don Luis, Cabellera y Carranza.

Carranza.

¿A media noche, señor,
dónde vas?

Luis.

Nada te espante.
Voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.

Carranza.

No alcanzo tu pensamiento.

Luis.

Huella quedo.

---

(1) *Entranse los tres en el cuarto de doña Isabel.*

Carranza.

¿No dirás,
á dónde á estas horas vas?

Luis.

Solicito su aposento.

Carranza.

Ten cordura, ten templanza.
¡Qué esto un hombre cuerdo intente!
¿Y si don Lucas te siente?

Luis.

No me aconsejes, Carranza.

Carranza.

Durmiendo á todos ahora
con un mismo sueño igualo:
no seas Arias Gonzalo,
si está hecho el meson Zamora.
De verla no es ocasion,
y esta en que la vas á hablar,
solo es hora de buscar
á la moza del meson.

Luis.

A dedicar almas mil,
vengo á la luz por quien veo;
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.

Carranza.

Si ello ha de ser, vamos pues:
mitiga tu sentimiento.

Luis.

¿Sabes cuál es su aposento,
Carranza amigo?

Carranza.

Este es:
Anoche se recogió
en este aposento.

Luis.

Y dí,
¿estás cierto en eso?

Carranza.

Sí. (1)

Luis.

Pues llama. ¿Responden?

Carranza.

No.

Luis.

Otra vez puedes volver
á llamar, por si despierta.

Carranza.

Llamo.

Alfonsa dentro.

¿Quién anda en la puerta?

Luis.

¿Esta no es voz de muger?
¿Quién será?

Carranza.

Isabel seria.

Luis.

¿Si es Andrea?

Carranza.

No señor,
que yo conozco mejor
su voz que la propia mia.

Luis.

Dudoso en la voz estoy.

Carranza.

No es Andrea, Señor.

---

(1) *Llama Carranza á otro aposento que está enfrente del de Isabel.*

Luis.

Pues
si no es Andrea, ella es.

ESCENA IV.

Dichos y Doña Alfonsa medio desnuda.

Alfonsa.

¿Quién llamaba aqui?

Luis.

Yo soy.

Alfonsa.

¿Quien sois?

Carranza.

Abrieron la puerta.

Luis.

Dueño hermoso de mi vida,
quien os procuró dormida
y os ha logrado despierta.
Soy quien con fuego veloz....

Alfonsa.

Que es don Pedro he imaginado. *ap.*
Como habla disimulado,
no le conozco en la voz.

Luis.

Trocar procura en caricias
halagos de un ciego Dios.
Soy el que viene tras vos.

Alfonsa.

Don Pedro es: amor, albricias. *ap.*

Luis.

Soy quien os quiere tan fiel....

Alfonsa.

Pues ¿cómo, si es eso asi,
no me hablasteis cuando os vi?

Luis.

Tiene razon Isabel. *ap.*
No hagais desatenta enojos
las que obré finezas sábio;
pues lo que dictaba el lábio,
representaban los ojos.

Alfonsa.

Perdonad, que rezelé,
(que es desconfiado quien ama)
que mirabais á otra dama.

Luis.

Es verdad que la miré,
pero puesto su arrebol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.

Alfonsa

Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca;
mas como yo os lo parezca,
no quiero ser mas hermosa.
Creer quiero lo que decís
y valerme del consuelo.

Cabellera.

Doña Alfonsa, vive el cielo, *ap.*
es la que habla con don Luis.
¡Buena es la conversacion!
Que es este don Luis ignora.
¿Cosa que la diese ahora
algun mal de corazon?

Luis.

Sola una ocasion deseo
en que yo pueda mostrar....

Alfonsa.

Don Lucas ha de estorvar

nuestro amor.

Luis.

Asi lo creo.
Pero podeis estar cierta,
que no ha de lograr su intento;
pues cuando este casamiento...

Lucas dentro.

¡Ola! ¿quien anda en la puerta?

Luis.

¿Quién es?

Alfonsa.

¡Don Lucas! ¿Qué haré?

Cabellera.

Sentido los ha por Dios.

Luis.

¿Don Lucas está con vos?

Alfonsa.

Pues donde quereis que esté.

Luis.

Daré quejas á los cielos.
¿Asi premiasteis mi amor?
¿Cómo....?

Alfonsa.

¿Qué es esto, señor?
¿De don Lucas teneis zelos?

Luis.

Yo he de ver....

Alfonsa.

Tened templanza.

Carranza.

No es tiempo de hacer estremos.
Vente..

Alfonsa.

A Dios: luego hablaremos.

ESCENA V.

Dichos, menos doña Alfonsa,

Luis.

¿Qué es esto, amigo Carranza?

Carranza.

En la ceniza hemos dado
con el amor.

Luis.

Ven tras mí.

Carranza.

¿Sale ya don Lucas?

Luis

Sí.

Carranza.

Por Dios que se ha levantado.

Luis.

Perdí famosa ocasion.

ESCENA VI.

Cabellera.

Pulgas lleva el don Luisillo;
pero no me maravillo,
que hay muchas en el meson.
A dormir de buena gana
me fuera. Señor, no hay gente; (1)
sal presto; pero detente.

---

(1) *Llama á la puerta por donde entró don Pedro.*

ESCENA VII.

Cabellera y don Lucas, que sale medio vestido ridiculamente, con espada y una luz, del aposento de doña Alfonsa.

Lucas

El diablo está en Cantillana.
¿Quién está aqui? (1)

Cabellera

Ya me vió.
A mi fortuna maldigo.

Lucas

Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?

Cabellera.

Yo. (2)

Lucas.

¿Qué es yo? Con eso no salva
una cuchillada fiera;
¿Diga, quién es?

Cabellera.

Cabellera,
al servicio de tu calva.

Lucas.

¿Qué haces aqui?

Cabellera

¿Qué diré?
Digo.... Estaba... Porque.... Yo...

Lucas.

¿Llamaste á mi puerta?

---

(1) *Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.*
(2) *Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.*

Cabellera.
No.
Lucas.
¿Pues quien llamó?
Cabellera.
No lo sé.
Lucas.
¿Viste abrir la puerta?
Cabellera.
Si.
Lucas.
¿Y quién era, conociste?
Cabellera.
No, señor.
Lucas.
¿Y á qué saliste?
Cabellera.
Señor, á tu voz salí.
Lucas.
¿Era hombre el que llamába?
Cabellera.
Si, señor.
Lucas.
¿Vistele?
Cabellera.
No.
Lucas.
¿A donde entró?
Cabellera.
Que se yo.
Lucas.
Esto está peor que estaba.
Discurro. ¿No puede ser,
que quien fue con mal intento,
por llamar á mi aposento,

llamase al de mi muger?
¿Y qué el que á llamar se atreve,
luego que abriesen la puerta,
dijese, en viéndola abierta,
acójome aca, que llueve?
Pues si puede ser, yo intento
con gallardas osadias
entrar á hacer de las mias,
y visitar su aposento;
y darle presumo un zas
pe buen modo si le encuentro. (1)

Cabellera

Por Cristo que va allá dentro,
¡Ah señor! ¿á donde vas?

Lucas.

A visitar mi muger.

Cabellera.

¿Cómo lo podré impedir? *ap.*
Mira, que nos hemos de ir,
y que quiere amanecer.

Lucas.

¿Qué importa eso? *Va á la puerta.*

Cabellera.

Allá se arroja. *ap.*
Asi le he de divertir.
Señor, quieresme decir,
¿de qué maestro es mi hoja?
que no hay desde aquí á Sevilla,
quien la sepa conocer. *Saca la espada.*

Lucas.

¿Ahora?

Cabellera.

Ahora la has de ver.

---

(1) *Va á la puerta por donde entró don Pedro.*

Lucas.

De Francisco Ruiz Portilla.

Cabellera.

¡Que ahora no salga el asnazo *ap.*
de don Pedro! Es un espejo
la espada; diz, que es del viejo.

Lucas.

Del mozo es este recazo. (1)
Quédate aquí.

Cabellera.

No remedia *ap.*
nada, y su intento no he visto.
¡Ah! sí: de las que has escrito,
¿quieres leerme una comedia?

Lucas.

¿A media noche?

Cabellera.

Es verano.

Lucas.

¿Pues adonde la oirás?

Cabellera.

En aquel pozo, y serás
poeta Samaritano.
La que se ha de hacer cien dias,
segun dices.

Lucas.

Hela aquí. (2)
Oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodias.

Cabellera.

Será famoso.

---

(1) *Dale la espada, y va á la puerta.*
(2) *Saca una comedia.*

Lucas.

Si á fé...:
Pero ver primero intento,
quien llamaba á mi aposento. (1)

Cabellera

Señor, yo fuí quien llamé.

Lucas.

Si eras tú, yo me concluyo.
¿Y á qué llamaste, si eras?

Cabellera.

Llamaba, á que me leyeras
algun trabajillo tuyo,
si no dormias acaso
Don Pedro asi me ha de oir: *ap.*
ahora es tiempo de salir. (2)

Lucas.

¿Quién ha de salir?

Cabellera.

El paso.
Di los versos.

Lucas.

Son valientes.

Cabellera.

Lope es contigo novel.

Lucas

Sale Herodes, y con él
cuatrocientos inocentes. (3)

Pedro.

Ahora á salir me obligo,
aunque allí está.

---

(1) *Hace que vá al aposento.*
(2) *Dice recio este verso.*
(3) *Asómase Andrea y don Pedro á la puerta.*

Andrea.

¿ Sales ?

Pedro.

Si.

Cabellera.

Vaya, señor.

Lucas.

Dice así....

¿ Quién anda en aquel postigo ? (1)

Pedro.

El me vió : cierra la puerta ;
cierra. (2)

Andrea.

Nací desdichada.

Lucas.

¿ Conmigo la hacen cerrada ?
Pues yo la he de hacer abierta.

Cabellera.

Vive Dios que no salió. *ap.*

Lucas.

Cabellera.

Cabellera.

El ha de hal'arle. *ap.*
¿ Quieres entrar á matarle ?
Responde.

Lucas.

No, sino no.
Llama á la puerta. *llama Cabellera.*

Andrea dentro.

¿ Quién llama ?

Lucas.

¿ Esta es la criada ?

---

(1) *Vélos don Lucas.*
(2) *Cierran y tórnanse á entrar.*

Cabellera.

Sí.

Lucas.

Ola, criada, abre aquí
al marido de tu ama.

Andrea.

Entrad. *abre.*

Lucas.

Entra tú primero.
Morirá, á fé de cristiano. *saca la espada.*

Cabellera.

Pon la daga en la otra mano,
y dáme ese candelero;
que yo he de morir contigo. (1)

Lucas.

Esa luz puedes llevar.

Cabellera.

Asi lo he de remediar. *ap.*
¿No me sigues?

Lucas.

Ya te sigo.

Cabellera.

Voy enojado.

Lucas.

Voy ciego.

Cabellera.

Adelante, industria mia. *ap.*

Lucas.

¡Adulterio el primer dia!
Entre bobos anda el juego.

---

(1) *Da don Lucas la luz á Cabellera.*

ESCENA VIII.

APOSENTO DE DOÑA ISABEL.

Don Pedro y doña Isabel turbados.

Isabel.
¿ Entró don Lucas ?
Pedro.
Entró,
desnudo el airado acero.
Isabel.
Detras de aquesta cortina
te esconde.
Pedro.
No me resuelvo.
Diré, que tu esposo soy.
Isabel.
Echasme á perder con eso.
Escóndete, dueño mio.
Pedro.
Advierte.....
Isabel.
Escóndete presto,
que llegan.
Pedro.
No me porfies.
Isabel.
Mira, señor....
Pedro.
Estoy ciego.
Isabel.
Haz esto por mí. ¿ Qué dudas ?

Pedro.

Isabel, ya te obedezco. (1)

ESCENA IX.

Doña Isabel, don Lucas y Cabellera con el candelero.

Lucas.

Alumbra, moro.

Cabellera.

Ya alumbro.

Lucas.

¿Quién está en este aposento?

Isabel.

¿Qué es esto, señor don Lucas?
¿Cómo vos tan descompuesto
alterais de mi quietud
el recatado silencio?

Lucas.

¿Qué haceis, Isabel, vestida
á estas horas?

Isabel.

En el lecho
desvelada, y no desnuda
estaba esperando el tiempo
de partir. ¿Y vos airado
y ciego, cómo resuelto
os entrais de esta manera?

Lucas.

¿Y qué hombre estaba aquí dentro?

Isabel.

¿Estais en vos?

Lucas.

Si señora.

---

(1) *Escóndese detras de una cortina.*

Ya estoy en vuestro aposento,
y le he de ver de pe á pa.
Alumbra, hermano: miremos
detras de aquesta cortina.

Cabellera.

Has dicho muy bien: yo llego..... (1)
¡Jesus!

Lucas.

¿Qué ha sido?

Cabellera.

Caer,
y matar la luz á un tiempo.

Lucas.

Trae otra.

Cabellera.

Tengo quebrado
un pie. Sal, señor.

ESCENA X.

Dichos y don Pedro que sale detras de la cortina con la mano delante.

Pedro.

Yo pruebo
á salir, puesto que ahora
no hay luces.

Lucas.

¡Ah, señor, Nieto!
pues es huesped, traiga luces.
Ponerme á la puerta quiero;
no sea que estando á oscuras,

(1) *Cae en el suelo Cabellera, fingiendo que tropezó y mata la luz.*

se salga el que está acá dentro. (1)

Isabel.

¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer? *ap.*

Lucas.

¿Quién anda aquí?

Pedro.

Vive el cielo, *ap.*

que he topado con don Lucas.

Lucas.

Topé un hombre.

Cabellera.

Peor es esto; *ap.*

porque al salir, es sin duda,

que ha topado con don Pedro.

Quiero decir, que soy yo,

y llegarme. (2)

Lucas.

Diga luego,

quién es.

Cabellera.

Yo, que voy por luces.

Lucas.

Mentís, que es de mejor pelo,

á quien yo tengo

Cabellera.

Señor,

yo soy.

Lucas.

Ahora lo veremos.

Luces. *En voz alta.*

---

(1) *Váse á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza con él, y ásele don Lucas.*

(2) *Llégase cara con cara con su amo.*

Dentro el Mesonero.

¿Andan los demonios
en el meson?

Lucas. (1)

Estaos quedo.

ESCENA XI.

Dichos, don Luis y doña Alfonsa con luces.

Alfonsa.

Luz hay aquí.

Luis.

Y aquí hay luz.

Isabel

¡Qué miro! ¡Válgame el cielo! *ap.*

Lucas.

. . . .

¿Pues qué haceis aquí, don Pedro?

Pedro.

Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo;
mirar, que tú eres mi sangre.

Lucas.

Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué haceis aquí?

Luis.

Ea, responded, don Pedro.

Lucas.

¿Quien os mete en eso á vos?
¿Sois mi sombra, caballero?

Luis.

Soy vuestra luz, pues la traigo.

(1) *Hace fuerza don Pedro para soltarse.*

Lucas.

Pues llevaos la luz, os ruego,
que yo no la he menester.
¿A dónde vais?

Luis.

A Toledo.

Lucas.

Pues yo me vuelvo á Madrid
solamente por no veros.

Luis.

Sois ingrato, vive Dios.
Yo me voy. *vase.*

ESCENA XII.

Dichos, menos don Luis.

Lucas.

No soy mas de esto.
Válgate el diablo el don Luis.

Alfonsa.

Don Lucas, decid, ¿qué es esto?

Lucas.

Don Pedro está aquí encerrado.

Alfonsa.

¿Vos le encontrasteis?

Lucas.

Yo mesmo.

Alfonsa.

¿Pues á qué entró?

Lucas.

Que sé yo.

Alfonsa.

¿Quiere á Isabel?

Lucas.

Lo sospecho,

pues yo le he hallado escondido
ahora.

Alfonsa.

¡Válgame el cielo! (1)

Cabellera.

Dióle el mal.

Lucas.

Tenla esa mano,
y tírala bien del dedo
del corazon. ¿No hay quien traiga
manteca?

Isabel.

Sí, yo la tengo.

Lucas.

Pues id. por ella.

Isabel.

Yo voy.
Llamaré de allí á don Pedro. *Vase.*

ESCENA XIII.

Dichos, menos doña Isabel.

Cabellera.

¡Qué gran mal! pobre señora.

Lucas.

¿Veis, primo, lo que habeis hecho?
Tenedla esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.

---

(1) *Finge que la dá el mal de corazon, y cae sobre un taburete.*

ESCENA XIV.

Don Pedro, doña Alfonsa y Cabellera.

Cabellera.

Ponga su uña, que es lo mesmo.

Pedro.

¿Fuese?

Cabellera.

Si.

Pedro.

¿Qué hemos de hacer?

Cabellera

Luego trataremos de eso.
Requiebra á la desmayada,
(si entra don Lucas mas tierno);
porque crea que la quieres,
que esto importa.

Pedro.

Y eso intento.

Cabellera.

El viene ya.

Pedro.

Doña Alfonsa,
mi luz, mi divino cielo,
no le disfraceis turbado,
si he de gozarle sereno.
A vos os quiero, señora,

ESCENA XV.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

¡Qué es lo que escucho! *ap.*

Pedro.

Creed esto,

que solo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.
El alma sois por quien vivo,
vos sois la luz por quien veo.

Isabel.

Pues traidor, falso, atrevido....
Viven mis ardientes zelos,
dioses que hoy en mi corage
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas
cuanto cobro en escarmientos.
Don Luis ha de ser mi esposo;
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de tí solo,
vengarme en mi misma apruebo.
Quedate....

Pedro. (1)

Espera, señora,
y advierte que estos requiebros
los pronuncio con el lábio
y los finjo con el pecho.
Díjelos porque don Lucas
entendiese que la quiero:
no porque á tí no te adoro.
Escúchame.

Isabel.

No te creo;
que no estando aquí él, no vienen
esas disculpas á tiempo.

Cabellera.

Si aqueste desmayo fuera
fingido, estábamos buenos. *ap.*

---

(1) *Deja á la desmayada.*

Pedro.

Señora, solo eres tú
el alma por quien aliento,
la muerte por quien yo vivo
y la vida por quien muero.
Escucha.

Isabel.

No tengo oidos.

Pedro.

Repara bien.

Isabel.

Ya te dejo.

Pedro.

Que solo te adoro á tí,
que á doña Alfonsa aborrezco.

Alfonsa. (1)

Pues, vive el cielo, cruel,
falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir de las dos
á cual adoras, supuesto
que á ella le mientes finezas,
y á mí me finges requiebros.

Cabellera.

El desmayo era fingido; *ap.*
todo el infierno anda suelto.

Alfonsa.

Di á quien quieres.

Isabel.

Eso aguardo.

Pedro.

Mirad...,

Alfonsa.

¿En qué estás suspenso?

---

(1) *Levántase del desmayo.*

Isabèl.

¿Me quieres?

Pedro.

¿Qué la diré? *ap.*

Alfonsa.

¿Me aborreces?

Pedro.

¡Qué haré, cielos! *ap.*

Isabel.

¡Qué te elevas!

Alfonsa.

¡Qué te turbas!

Isabel.

¿Quién merece tu desprecio?

Alfonsa.

¿Quién es dueño de tu amor?

Pedro.

Si digo.... *ap.*

Caballera.

Buena la has hecho.

Pedro.

Quien quiero, á la una agravio, *ap.*
si á la otra favoresco.

Alfonsa.

¿Estas eran las finezas
con que anoche en mi aposento
dijiste que me adorabas?

Pedro.

¡Yo en tu aposento! ¿qué es esto?

Isabel.

A Alfonsa quieres, traidor.

Alfonsa.

Doña Isabèl es tu dueño.

Isabel.

Hoy has de probar mis iras.

Alfonsa.

Hoy has de ver tu escarmiento.

Pedro.

Doña Alfonsa ...

Alfonsa.

No te escucho.

Pedro.

Doña Isabel ...

Isabel.

Soy de fuego.

Pedro.

Mirad!...

ESCENA XVI.

Dichos y don Lucas.

Lucas.

Yà está aqui la uña.

Caballero.

La bestia ha llegado á tiempo. *ap.*

Lucas.

¿Estás sosegada?

Alfonsa.

No.

Lucas.

¿Pues qué sientes?

Alfonsa.

Un desprecio.

Lucas.

¿Qué es esto, Isabel?

Isabel.

No sé.

Lucas.

Tú, dí tu mal.

Alfonsa.

Soy de hielo

Lucas.

Tú, dime tu pena.

Isabel.

Es grande.

Lucas.

¿No hay remedio?

Isabel

Es sin remedio.

Lucas.

Don Pedro, dime que sientes.

Pedro.

No tiene voz mi tormento.

Lucas.

¿No lo he de saber?

Alfonsa.

Sabrásلo.

Lucas.

¿No me lo dirás?

Isabel.

No puedo.

Lucas.

Isabel, á la litéra;
Alfonsa, el coche está puesto;
Pedro, el rucio está ensillado.
En Cabañas nos veremos.

Alfonsa.

Quejas, que muero de amor. *ap.*

Isabel.

Iras, que rabio de zelos. *ap.*

Lucas.

Honra, que andais titubeando. *ap.*

Pedro.

Dudas, que andais discurriendo. *ap.*

Lucas.

Pero yo lo sebré todo;
que entre bobos anda el juego.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Antonio y don Lucas.

Lucas dentro.

Ten ese macho, mulero;
que es un poquillo mohino. (1)

Antonio.

¿Dónde fuera del camino
me sacais?

Lucas.

Hablaros quiero.

Antonio.

¿Pues á qué nos apartamos
del camino? ¿Qué quereis?

Lucas.

Suegro, ahora lo vereis.

Antonio.

Ya estamos solos.

Lucas.

Si estamos.
¿Viene el coche?

Antonio.

Se quedó
mas de una legua de aquí.

Lucas.

¿Quereis escucharme?

(1) *Salen los dos.*

Antonio.

Si.

Lucas.

¿Habeis de enojaros?

Antonio.

No.

Lucas.

¿Ois bien?

Antonio.

¿No lo sabeis?

Lucas.

Quiero hablar quedo.

Antonio

Hablad quedo.

Lucas.

Ultimadamente ¿puedo
hablar á vulto?

Antonio.

Podeis.
¿Teneis que hablar mucho?

Lucas.

Mucho.
¿Replicareis cuando yo
estuviere hablando?

Antonio.

No.

Lucas.

Pues escuchad.

Antonio.

Ya os escucho.

Lucas.

Yo soy, señor don Antonio
de Contreras, un hidalgo
bien entendido, asi, asi,
y bien quisto, tanto cuanto.

Soy ligero, luchador,
tiro una barra de á cuatro,
y aunque pese cuatro y libras,
á mas de cuarenta pasos.
Soy diestro como el mas diestro,
espléndidamente largo,
por el principio atrevido,
y valiente por el cabo.
De la escopeta en las suertes
salen mis tiros en blanco,
y puedo tirar con todos
cuantos hay, del Rey abajo.
Canto, bailo y represento,
y si me pongo á caballo,
caigo bien sobre la silla,
y de ella mejor, si caigo.
Si en Zocodover torco,
me llaman el secretario
de los toros, porque apenas
llegan, cuando los despacho.
Conosco bien de pinturas,
hago comedias á pasto,
y como todos tambien,
llamo á los versos trabajos.
No soy nada caballero
de ciudad; soy cortesano,
y nací bien entendido,
aunque nací mayorazgo.
Pues mi talle no es muy lerdo;
soy delgado sin ser flaco,
soy muy ancho de cintura,
y de hombros tambien soy ancho.
Los pies asi me los quiero;
piernas asi me las traigo,
con su punta de lo airoso,

y su encaje de estevado.
Yo me alabo: perdonad;
que esto importa para el caso:
y no he de hallar quien me alave
en un campo despoblado.
En fin discreto, valiente,
galan, airoso, bizarro;
diestro, músico, poeta,
ginete, toreador, franco,
y sobre todo teniendo
de renta seis mil ducados,
(que no es muy mala pimienta
para estos veinte guisados)
salgo á que Isabel merezca
estas gracias en sus brazos,
que nunca pensé, por Dios,
venderme yo tan barato;
y hallo, que con vuestra hija
me distes por liebre gato.

Antonio.

Advertid, que sois un necio.

Lucas.

¿No me oireis?

Antonio.

No he de escucharos:
mataros era mas justo.

Lucas.

Señor mio, no lo hagamos
pendencia. Escuchad ahora,
y vamos al cuento.

Antonio.

Vamos.

Lucas.

Lo primero, envié á decir,
que saliese con cuidado

de Madrid, y se pusiese
una máscara al recato;
y ella se puso por una,
media mascarilla; tanto,
que se le vió media cara
desde la nariz abajo.
Lo segundo, os supliqué,
que no vinierais, enviando,
de que á Isabel admitia,
un recibo ante escribano;
y os venisteis, no sabiendo,
que yo he de vestirme llano;
pues la tela de muger
no ha menester suegro al canto.
Lo tercero, luego al punto
que me vió, se fue de labios,
y me dijo mil requiebros
por mil rodeos estraños,
y una muger, cuando es propia,
ha de andar camino llano;
que no ha de ser hablador
el amor, que ha de ser casto.
Mas: arguyó con mi primo,
daca el trato, toma el trato:
con que se le echa de ver,
que es tratante, á treinta pasos.
Luego le dijo, y le daba,
sin haberla nunca hablado,
los requiebros en mi nombre,
y en causa propia la mano.
Mas: un don Luis se ha venido,
amante zorrero al lado,
por vuestra señora hija,
muy modesto, aunque muy falso;
y en Illescas esta noche

hallé á mi primo enterrado
en la sala de Isabel,
y hoy, que á examinarle aguardo,
preguntó, qué fue la causa,
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo;
y vos nombrabais sagrado:
y díjome, que allí oculto
estuvo, por ver si acaso
don Luis hablarla intentára,
para que su acero airado
feriára á venganzas nobles
aquellos zelos villanos.

Antonio.

¿Y habló con don Luis?

Lucas.

No habló.

Pero es caso temerario,
que haya de andar un marido,
si la ha hablado, ó no la hablado.
¿Por una muger, y propia,
he de andar yo vacilando,
pudiendo por mi persona
tener mugeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí.
Muger que se haya criado
en Toledo, es lo que quiero,
y aunque naciese en mi barrio.
Muger criada en Madrid,
para mi propia, descarto;
que son de reves las unas,
y las otras son de tajo.
Y en efecto, don Antonio,
solo vengo á suplicaros,
que os volvais con vuestra hija.

á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella,
aunque me hicieran pedazos.
Solos estamos los dos;
nadie nos oye en el campo.
Volveos á Misa Isabel
á Madrid, sin enojaros;
que esto es entre padres y hijos,
que es algo mas que entre hermanos.
Que en llegando las sospechas
á andar tan cerca del casco,
y en siendo los suegros turbios,
han de ser los yernos claros.

Antonio.

Por cierto, señor don Lucas,
que un poco antes de escucharos,
os tuve por majadero;
pero no os tuve por tanto.
¿Sabeis, con quién hablais?

Lucas.

Si.

Dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

Antonio.

Con ella habeis de casaros,
ó os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra, cuantos
digan, que á casarse vino?

Lucas.

¿Y qué dirán los criados,
que han sabido, que don Luis
la anda siguiendo los pasos?

Antonio.

Don Luis camina á Toledo,

Lucas.

¿ Pues cómo va tan despacio,
yendo Isabel en litera,
y él en mula?

Antonio.

¿ No está claro,
que es por llevar compañía,
y no ir solo?

Lucas.

Ese es el caso;
que por no ir solo á Toledo,
quiere ir acompañado.

Antonio.

¿ No decís, que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

Lucas

Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor, si hablaba
con él.

Antonio.

Pues desengañaos,
y logre esa diligencia
quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿ por qué quereis indignado,
pagarla en viles castigos
cuanto debeis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado;
y yo quedo con la queja,
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente;
que vive Dios, que me espanto,

que no tengais entre esotras
la falta de ser confiado.

Lucas.

¿Y cómo? Sí tengo tal;
que no soy tan mentecato,
que no sepa, que merezco
mas que él esto y otro tanto.
Pero díceme mi primo,
que es un poco mas cursado,
que las mugeres escojen
lo peor.

Antonio.

Pues consolaos;
que no teneis mal partido,
si es verdadero el adagio.

Lucas.

Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir, que estoy llano
á casar con vuestra hija.
Ya yo estoy desengañado.
Pero si acaso don Luis,
amante dos veces saino,
vuelve á hacerse encontradizo
con nosotros, no me caso.

Antonio.

Pues yo admito ese partido.

Lucas.

Yo vuestro precepto abrazo.

Antonio.

Pues esperemos el coche
en ese camino.

Lucas.

Vamos.
¡Ah! sí: don Antonio, aviso,
que si hubiere algun engaño

en el amor de don Luis,
que si él entra por un lado
à medias como sucede,
con otros mas estirados,
me habeis de volver al punto
cuanto yo hubiere gastado
en mulas, coche, litera,
gasto de camino y carros:
que no es justicia, ni es bien,
cuando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto, y yo del gasto.

Antonio.

Dios os haga mas discreto.

Lucas.

No haga mas, que ya ha hecho harto. *vanse.*

Dentro ruido de carruages.

Dentro uno.

Arre, rucia de un puto, arre, beata.

Dentro dos.

Dale, dale, Perico, á la reata.

Dentro uno.

¡Oyga, la parda comó se atropella!

Dentro dos.

Arre, mula de aquel hijo de aquella.

Cabellera dentro.

Va una carrera, cocherillo ingrato.

Dentro uno.

¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

Cabellera.

¿A dónde va el patan en el matado?

Caminante dentro.

. . . .

Cabellera.

. . . .

. . . .

Caminante dentro.

. . . .

Dentro dos.

. . . .

Otro Caminante dentro.

Por aquí hay un monton.

Cabellera.

¿Pues qué hay?

Todos.

Basura.

Cantan dentro.

Mozuelas de la corte,
todo es caminar,
unas van á Huete,
y otras á Alcalá.

Cabellera.

Pára, cochero: el coche se ha volcado.

Dentro uno.

El cibicon del coche se ha quebrado.

Dentro dos.

¿Pues qué importa?

Andrea.

¡Qué lindo desahogo!

Alfonsa.

Sáquenme á mí primero, que me ahogo.

Cabellera.

Páren esa litera.

Cochero.

Pára, pára.

Andrea.

Quebróse la redoma de la cara.

ESCENA II.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.

Volcóse el coche,

Andrea.

En hora mala sea.

Isabel.

Don Pedro saca á doña Alfonsa, Andrea.
¿Qué espero? Ya su amor se ha declarado.

Andrea.

¿Si la dará otro mál como el pasado?

Isabel.

¡Cómo mis iras se hallan mas templadas!

Andrea.

Previniéndola está dos almohadas,
en tanto que aderezan una rueda,

Isabel.

¿Queda mas que saber?

Andrea.

Aun mas te queda.

Isabel.

Ya doña Alfonsa en ellas se ha sentado.

Andrea.

Don Pedro en la litera te ha buscado,
y como no te halla, yo rezelo
que te viene á buscar.

Isabel.

Pues vive el cielo,
que yo no le he de hablar.

ESCENA III.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Pedro.

Oye, detente:
no quieras....

Isabel.

Déjame.

Pedro.

Tan impaciente.
malograr mi verdad.

Isabel.

No hay quien la crea.

Pedro.

Ruégala que me escuche, amiga Andrea.
Abona tú mi fé.

Isabel

Nada te abona.

Cabellera.

Enternécete, dura Faraona.

Pedro.

Iras y pasos deten.

Isabel.

Cruel, diestro engañador,
que amagas con el amor,
para herir con el desdén,
¿quién es tan ingrato, quién?
¿quién fué tan desconocido,
que por haber conseguido
una tan fácil victoria,
resucite una memoria
con la muerte de un olvido?
Y pues tus engaños veo,
delincuente el mas atróz,

¿para qué hiciste á tu voz
cómplice de tu deseo?
Si sabes que no te creo,
si conoces mi razon,
¿porqué quiso tu pasion
(viendo que es mayor agravio)
hacer delincuente al lábio
de lo que erró el corazon?
Y ya que tan falso eras,
y ya que no me querias,
dí ¿para qué me fingias?
¿Pídote yo que me quieras?
Tu amor fingieras, y fueras
poco fino; solo un daño
sintiera mi desengaño;
mas tal mis ansias me ven,
que mucho mas que el desden,
vengo á sentir el engaño.
No me hables, y mis enojos
menos ayrados verás;
que se irritan mucho mas
mis oidos que mis ojos.
Quiero vencer los despojos
de mi amor, si te oigo, á veces;
y tanto al verte mereces,
que aunque has fingido primero,
solo miro que te quiero,
y no oigo que me aborreces.
Mas vete que he de argüir
cuando me quiera templar,
que á mí no me puede amar
quien á otra sabe fingir.
Ya yo te he llegado á oir
que á tu prima has de querer,
y aquel que llegare á ser

en mi amor el preferido;
aun no ha de decir fingido
que procura otra muger.
A Alfonsa dices que quieres,
á mí dices que me adoras,
por una fingiendo lloras,
y por otra amando mueres.
¿Pues cómo si nó prefieres,
tu voluntad declarada,
creerá mi pasion errada,
cuando es la tuya fingida,
que soy yo la preferida,
y es Alfonsa la olvidada?
Pues témplese este accidente;
que no es justicia que acuda
á una tan dificil duda
un amor tan evidente;
porque es mas fácil que intente,
menos ayrado y mas sábio,
siendo tan grande el agravio
á vista de mis enojos,
dar lágrimas á mis ojos
que evidencias á tu lábio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,
y sea yo la olvidada;
porque ya estoy bien hallada
con tu olvido y con mi estrella.
Yo soy la infelice, y ella
quien te merece mejor;
y pues tuve yo el error
de haberte querido, es bien
que pague con el desdén
lo que erró con el amor.
Y vete ahora de aquí,
porque no es justicia, no,

que tenga la culpa yo
y te dé la queja á tí.

Pedro.

Hermosa luz por quien ví,
alma por quien animé,
deidad á quien adoré,
no hagas con ciega venganza,
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fé.
Deja esa pasion, que dura
en tus sentidos inquieta;
y no seas tan discreta
que no creas tu hermosura.
Tú misma á tí te asegura;
imagínate deidad,
y así creerás mi verdad:
usa bien de tus rezelos,
y cria para estos zelos
por hijo á la vanidad.
A Doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa:
mas qué importa ser hermosa,
si no presumes lo que eres.
Sé como esotras mugeres;
tén contigo mas pasion;
haz de tí satisfacion;
sé divina mas humana;
que á tí para ser mas vana,
te sobra más perfeccion.

Isabel.

Esa prudente advertencia
con que tu pasion me ayuda,
es buena para la duda,
mas no para la evidencia.
Ella dijo en mi presencia —

que tú en su cuarto has estado
anoche: que la has hablado;
¿pues cómo, si esto es verdad,
con toda mi vanidad
sosegaré mi cuidado?
¿Y cuando eso fuera, dí,
dí, cuando con ella estabas,
no te oí decir que amabas
á doña Alfonsa?

Pedro.

Es así.

Isabel.

¿Tú no lo confiesas?

Pedro.

Sí;
mas finjido mi amor fue.

Isabel.

Y cuando te pregunté,
á cual de las dos querias,
¿por qué no me respondias?

Pedro.

Oye por qué.

Isabel.

Dí por qué.

Pedro.

Porque es grosería errada,
nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada.
Bástela, verse obligada,
sin que oyese aquel desden;
bástela, quererte bien,
sin que al ver desprecio tal,
la venga á pagar tan mal,
porque me quiso tan bien.

Isabel.

Pues galan no quiero ahora,
que por no dejar corrida
á aquella, de quien se olvida,
no hace un gusto á la que adora.
Vete.

Pedro.

Escúchame, señora.
Que agradezca, no te espante
ver, que me ame tan constante;
pero á ti te he preferido.

Isabel.

Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

Pedro.

Oye, señora, y verás...

Isabel.

No he de oirte.

Pedro.

Aguarda, espera.

Cabellera.

Don Luis abrió la litéra,
y mira si en ella estás.

Pedro

¿Y ahora tambien dirás,
que no te tiene aficion?

Isabel.

Daré la satisfaccion.

Pedro.

Tampoco te he de creer.

Isabel

¿Quieres echarme á perder
con los zelos mi razon?
Pues no ha de valerte, no.
Despreciarle pienso aqui.

Pedro.

¿Y yo he de escucharlo?

Isabel.

Sí.

Don Luis. *En voz alta.*

Luis dentro

¿Quién me llama?

Isabel.

Yo.

Andrea.

El viene acá: ya te oyó.

Isabel.

Escóndete entre esos ramos.

Cabellera.

La satisfaccion oigamos.

Isabel.

Yo he de quedar con recelos,
y tú has de quedar sin zelos.

Cabellera.

Ven, señor, que llega.

Pedro.

Vamos. (1)

ESCENA III.

Doña Isabel, Andrea y don Luis; don Pedro y Cabellera escondidos.

Luis.

Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,
como otras veces solía,
á consagrar vida y alma.
A ser escarmiento vengo,

(1) *Escóndese.*

de mi amor, á ser venganza
de tu desden, á ser dada
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruel, al paso que blanda,
que me matas con los zelos,
y con el desden me halagas;
yo soy el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso,
y aquel soy á quien agravias,
el que como el girasol
aspiró á tus luces tardas;
el que anoche en tu aposento
logró, (nunca los lográra)
de tu labio mas favores,
que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
á tan finjidas palabras
encubridora la noche
secretamente mediaba,
cuando un sí llegó á mi oido,
llegó un premio á mi esperanza:
recójome á mi aposento;
y cuando pensé que estaba
don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,
oigo en otro cuarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo ¡ay Dios! que con don Pedro
tu fé y mi lealtad agravias.
¿Para esto me diste un sí?
¿Para esto, dime, premiabas

un amor que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
No quiero ya tus favores:
logre don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra.
Bastan tres años de enigmas;
tres años de dudas bastan;
desengáñenme los ojos,
con ser ellos quien me engañan.
Ya el sí que me diste anoche,
no le estimaré.

Isabel.

Repara,
que yo no te he hablado anoche.
¿Donde, ó cómo?

Luis.

Ya no falta,
sino que tambien me niegues,
que me diste la palabra,
de ser mi esposa. Si piensas
que la he de admitir, te engañas.

Isabel.

¿Yo te hablé anoche?

Luis.

¿Eso niegas?

Isabel.

Mira...

Luis.

¿Mis celos, qué aguardan?
Solo vengo á despedirme
de mi amor. ¡Qué tan falsa!
Tus voces ya no las creo;
tu amor ya me desengaña.
A Madrid vuelvo corrido:

vuelvase el alma á la patria
del desengaño: halle el puerto,
quien navegó en la borrasca.
Razon tengo, ya lo sabes:
zelos tengo, tú los causas;
y si dudosos obligan,
averiguados agravian.

Isabel.

Espera....

Luis.

Vóime.

Pedro.

¡Ah cruel!

Isabel.

Mira.....

Luis.

Déjame, traidora.

ESCENA IV.

Doña Isabel, Andrea, don Pedro y Cabellera.

Pedro.

Pídeme zelos ahora
de doña Alfonsa, Isabel.
Habla ¿Qué te has suspendido?
No finjas leves enojos.
Dí, qué no han visto mis ojos;
dí, que está incapaz mi oido:
resuelto á escucharte estoy.
¿Qué puedes ya responder?
¿Con qué has de satisfacer
mis zelos?

Isabel.

Con ser quien soy.

Pedro.

¿Pues cómo puedes negar,
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luis en tu aposento?
Respóndeme.

Isabel.

Con callar.

Pedro.

Isabel ingrata, dí,
(fuego en todas las mugeres)
¿cómo niegas, que le quieres?

Isabel.

Con decir, que te amo á tí.

Pedro.

¿No entró?

Isabel.

A callar me sentencio
un bronce obstinado labras.

Pedro.

No crees tú mis palabras,
¿y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intentas;
mar, que embozó las tormentas
con la quietud de la calma;
ingrata la mas divina,
divina mas rigorosa,
purpúrea á la vista rosa,
y al tacto crúel espina;
ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.
A dejarte, me sentencia
una verdad tan desnuda;

que al caminar por la duda,
encontré con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
ya no quiere arrepentido
sufrir á tu voz mi oido:
ya te dejo, ya me voy.

Isabel.

Pues, falso, aleve, infiel,
ingrato, cómo enemigo,
si estuve anoche contigo,
¿cómo pude estar con él?
¿Cuándo habia de hablarle, espero
saber, cuando yo quisiera?
Respóndeme.

Pedro.

¿No pudiera,
haberte hablado primero?

Isabel.

No pudiera: y ese es
el indicio mas impropio.
¿No sabes tú, que tú propio
le viste salir despues
de su aposento?

Pedro.

Es así.

Isabel.

¿Luego el castigo mereces?

Pedro.

¿No pudo salir dos veces?

Isabel.

Sí pudo salir. Mas, dí,
¿cuando estabas escondido,
que yo te amaba, no oiste?

Pedro.

Sí; pero tambien pudiste

haberme ya conocido.

Isabel.

Ya que en esos zelos das,
díme, don Pedro, por Dios,
¿ puedo yo querer á dos ?

Pedro.

A don Luis quieres no mas.

Isabel.

Y si eso pudiera ser
(que no lo he de consentir)
¿ por qué habia de fingir
contigo ?

Pedro.

Por ser muger.

Isabel.

Tú eres la luz de mi vida;
solo á tí te adoro yo.

Pedro.

¿ No lo haces de amante ?

Isabel.

No.

Pedro.

¿ Pues de qué ?

Isabel.

De agradecida.
Deja esa duda, señor,
no te cueste un sentimiento;
que no hay agradecimiento
adonde no hay fino amor.

Pedro.

Las finezas son agravios.

Isabel.

Mi bien, templa esos ejos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.

Pedro.

No he de creerte, cruel.

Isabel.

Advierte.....

Pedro.

No estoy en mí.

ESCENA V.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa, cada uno por su lado.

Alfonsa.

Don Pedro, ¿qué haceis aquí?

Lucas.

¿Qué es eso, doña Isabel?

Cabellera.

Cayeron en ratonera.

Lucas.

¿Qué era el caso?

Isabel.

Señor, fue.....

Pedro.

Fué, señor.... ¿Qué le diré? *ap.*

Isabel.

Era estar quejosa.

Pedro.

Era,

reñirme ahora tambien,
porque entré con el intento,
que te dige, en su aposento
esta noche.

Lucas.

Hizo muy bien.

Isabel.

Esforcemos la salida. *ap.*

¿Y á vuestro amor corresponde,
que entre otro, que vos, adonde
yo estuviere recogida?

Cabellera.

Ya de este rayo escapamos. *ap.*

Isabel.

¿Vos dudais, siendo quien soy?
Nadie entra, donde yo estoy.

Lucas.

Porque no entre nadie, andamos.

Alfonsa.

¡Que así este engaño creyó! *ap.*
Don Lucas, advierte ahora,
que no entró...

Lucas.

Callad, señora:
yo sé si entró, ó si no entró.

Alfonsa.

Que creais, me maravillo,
este enojo que fingió.
El la quiere.

Lucas.

Ya se yo
que la quiere don Luisillo:
mas yo lo sabré atajar.

Alfonsa.

No es sino......

Lucas.

Callad, señora,
que os habeis hecho habladora.

Alfonsa.

Mirad......

Lucas.

No quiero mirar.

Alfonsa.

Advierte, señor, que es él.

Lucas.

Calla, hermana, no me enfades:
háganse estas amistades:
dadle un abrazo, Isabel.

Isabel.

No me lo habeis de mandar,
que ha dudado en mi opinion.

Lucas.

Digo que teneis razon,
pero le habeis de abrazar.

Isabel.

Por vos hago este reparo.

Lucas.

Sois muy honesta, Isabel.

Isabel.

¿Querrá él?

Lucas.

Sí querrá él:
¿no está claro?

Pedro.

No está claro.

Lucas.

¿Cómo no? Viven los cielos...

Pedro.

Si aun no tengo satisfecha
una evidente sospecha.....

Lucas.

¿Qué sospecha?

Pedro.

De unos zelos.

Alfonsa.

¿No lo has entendido?

Lucas.

No.

¿Pues hay otra causa?

Isabel.

Sí:

que está doña Alfonsa aquí.

Lucas.

¿Y estoy en las Indias yo?
Habeis de darla un abrazo
por mí; acabémos por Dios.

Isabel.

Voy á dársele por vos.

Cabellera.

¡Que te clavas bestionazo! *ap.*

Alfonsa.

¿Siendo ciertos mis recelos,
cómo mis iras reprimo?

Pedro.

Agradécelo á mi primo. (1)

Isabel.

Agradécelo á mis zelos.

Lucas.

Eso me parece bien.

Alfonsa.

Mira, hermano...

Lucas.

Ya es enfado.

¿Está el coche adrezado?

Andres.

Si, señor.

Lucas.

Isabel, ven.

(1) *Abrazanse.*

Alfonsa.

Diréle que me engañó,
luego que salga de aqui.

Lucas.

¿ Eres su amiga ?

Isabel.

Yo sí.

Lucas.

¿ Y tú eres su amigo ?

Pedro.

Aun no.

Andrea.

Hazlos amigos. ¿ Que esperas ?

Lucas.

Vuelvan acá. ¿ Donde van ?

Caballera.

Déjalos, que ellos se harán
mas amigos que tú quieras.

ESCENA VI.

SALA EN LA POSADA DE CABAÑAS.

Don Luis y Carranza.

Carranza.

Este es Cabañas, señor.

Luis.

¡ Desaliñado lugar !

Carranza.

La primer pulga se dice,
que fue de aqui natural.
Aquí han de parar el coche
y la litéra.

Luis.

Es verdad;

y aqui he de hablar á don Lucas.

Carranza.

Yo pienso que llegan ya.
¿Pero qué intentas decirle,
si le hablas?

Luis.

Tú lo sabrás.

Carranza.

¿Tienes zelos de Isabel?

Luis.

He llegado á imaginar,
que si anoche (como viste)
habló conmigo, será
poner manchas en el sol,
buscarla en su honestidad.
Demas, que aquel aposento
en que la hallamos, está
poco distante del otro:
y se pudo acaso entrar
en el, oyendo la voz
de don Lucas.

Carranza.

Es verdad,
que él la sintió cuando tú
la hablabas.

Luis.

Ténte, que ya
llegan todos á la puente.

Carranza.

¿Qué intentas?

Luis.

Tú has de llamar
á don Lucas y decirle,
que un caballero, que está
por huésped de este aposento,

dice, que le quiere hablar.

Carranza.

Voy á hacer lo que me ordenas.

Luis.

Con Silencio.

Carranza.

Asi será. *Vase.*

Luis.

Sepa don Lucas de mi
mi amor: sepa la verdad
de mi dolor; que no es bien,
donde tantas dudas hay,
ocultar el accidente,
pudiendo sanar el mal.

ESCENA VII.

Don Luis y don Lucas.

Lucas.

¿Está un caballero aqui,
que me quiere hablar?

Luis.

Sí está.

Lucas.

¿Vos sois?

Luis.

Si, señor don Lucas.

Lucas.

¿Todavia caminais?
¿Vais en mula, ó en camello?
porque desde ayer acá,
cuando os presumo delante,
os vengo á encontrar atras.
¿Qué me queris, caballero,
que un punto no me dejais?

Luis.

Quiero hablaros.

Lucas.

Yo no quiero,
que me hableis.

Luis.

Esperad,
que os importa á vos.

Lucas.

¿ A mí
me importa ? Pues perdonad;
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar

Luis.

¿ Y si toca á vuestro honor ?

Lucas.

A mi honor no toca tal;
que yo sé mas de mi honra
que vos, ni que cuantos hay.

Luis.

¿ Dos palabras no me oireis ?

Lucas.

¿ Dos palabras ?

Luis

Dos no mas.

Lucas.

Como no me digais tres,
lo admito.

Luis

Pues dos serán.

Lucas.

Decidlas.

Luis.

Doña Isabel
me quiere á mi solo.

Lucas.

Zas.

Mas habeis dicho de mil
en dos palabras no mas.
Pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media,
y hablad mas; ¿pero qué mas?

Luis.

Señor, yo miré á Isabel.

Lucas.

Bien pudierais escusar
haberla mirado.

Luis.

El sol,
cuando con luz celestial
sale al oriente divino
dorando la tierra y mar,
alumbra la mas distante
flor, que en capillo sagáz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azár.

Lucas.

No os andeis conmigo en flores,
señor don Luis, acabad.

Luis.

Digo que adoré sus rayos
con amor tan pertináz....

Lucas.

¡Pertináz! ¿don Luis, quereis
que me vaya ahora á echar
en el pozo de Cabañas,
que en esa plazuela está?

Luis.

Quísome Isabel; que yo
lo conocí en un mirar
tan al descuido, que era
cuidado de mi verdad;
que quien los ojos no entiende...;

Lucas.

Oculista, ó Barrabás,
que de Isabel en los ojos
hallasteis la enfermedad,
decidme, ¿cómo os premió?
que aquesto es lo principal,
y no me hableis tan pulido.

Luis.

Premióme con no me hablar.
Pero en Illescas anoche
con ardiente actividad

. . . .

salió á hablarme hasta el zaguan,
y en él me esplicó la enigma
de toda su voluntad.
Dice que ha de ser mi esposa,
y que violentada vá
á daros la mano á vos.
Pues si eso fuese verdad,
¿porqué dos almas quereis
de un mismo cuerpo apartar?
Yo os tengo por entendido,
y os quiero pedir....

Lucas.

Callad,
que para esta y para estotra
que me la habeis de pagar.

Dentro Doña Alfonsa.

¿Está mi hermano aquí dentro?

Lucas.
A esta alcoba os retirad,
que quiero hablar á mi hermana.
Luis.
¿Decidme, en qué estado está
mi libertad y mi vida?
Lucas.
Idos, que harto tiempo hay
para hablar de vuestra vida
y de vuestra libertad.

ESCENA VIII.

Don Lucas, Doña Alfonsa y Don Luis escondido.

Alfonsa.
¿Hermano?
Lucas.
¿Qué hay, doña Alfonsa?
Alfonsa.
Yo vengo á hablaros.
Lucas.
¡Hay tal!
¡Qué de ellos hablarme quieren!
Mas si yo los dejo hablar,
hacen muy bien en hablarme,
y hago en oirlos muy mal.
Alfonsa.
¿Estamos solos?
Lucas.
Sí, hermana.
Alfonsa.
Di, señor ¿te enojarás
de mis voces?
Lucas.
Qué sé yo.

Alfonsa.

Sabes, señor....

Lucas.

No sé tal.

Alfonsa.

Que, soy muger....

Lucas.

No lo sé.

Alfonsa.

Yo, señor....

Lucas.

Acaba ya.
Este don Luis y esta hermana
pienso que me han de acabar.

Alfonsa.

Tengo amor....

Lucas.

Tén norabuena.

Alfonsa.

A don Pedro.

Lucas.

Bien está.

Alfonsa.

Pero él no me quiere á mí;
porque amante desleal,
á doña Isabel procura
contra mi fé y tu amistad.

Lucas.

Digo que no he de creerlo.

Alfonsa.

Ya sabes que me dá un mal
de corazon....

Lucas.

Sí señora.

Alfonsa.

Y tambien te acordarás
que en Illescas me dió anoche
un mal de estos.

Lucas.

¿Pues qué hay?

Alfonsa.

Sabrás que el mal fue fingido.

Lucas.

¿Y ahora quien te creerá,
si te dá el mal verdadero?

Alfonsa.

Importó disimular;
porque don Pedro, traidor,
juzgando que era verdad,
dijo á Isabel mil ternezas:
yo entonces quise estorvar
su amor con mi indignacion;
y tan adelante está
su amor que aun en tu presencia
la requebró.

Lucas.

Bueno está.

Alfonsa.

Anoche estuve con ella
en su aposento; y pues ya
llegan mis zelos á ser
declarados, tú podrás
tomar venganza en los dos.
Solicita, pues, vengar
esta traicion, que te ha hecho,
contra la fidelidad,
don Pedro.

Lucas.

¡Buena la hice!

¿Mas quién puede examinar
si quiere á don Luis, ó á Pedro?
Pero á entrambos los querrá;
porque la tal Isabel,
tiene gran falicidad.
Mas de lo que estoy corrido,
mas que de todo mi mal,
es, que riñendo por zelos,
los hiciese yo abrazar.
Pero á cual de los dos quiere,
ahora he de averiguar;
y si es don Pedro su amante,
por vida de esta, y no mas,
que he de tomar tal venganza,
y he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida,
aunque vivan mas que Adan:
que darles muerte á los dos,
es venganza venial.

Alfonsa.

¿Pues qué intentas?

Lucas en voz alta.

Don Antonio.

Alfonsa.

Sentado está en el zaguan.

Lucas en voz alta.

Don Pedro.

Alfonsa.

Ya entra don Pedro.

Lucas en voz alta.

Doña Isabel.

Alfonsa.

Allí está.

ESCENA IX.

Dichos, don Antonio, doña Isabel, don Pedro, Andrea y Cabellera.

Antonio.
¿Qué me mandais?
Isabel.
¿Qué me quieres?
Pedro.
¿Qué me ordenas?
Lucas.
Esperad.
Cabellera, entra acá dentro.
Cabellera.
Como ordenas, entro ya.
Lucas.
Cierra la puerta.
Cabellera.
Ya cierro.
Lucas.
Dame la llave.
Cabellera.
Tomad.
Lucas.
Don Luis, salid.
Luis. (1)
Ya yo salgo.
Isabel.
Di, ¿qué intentas?
Antonio.
¿Qué será?
Pedro.
¿A qué me llamas?

(1) *Saliendo de la alcoba.*

Luis.

¿Qué es esto?

Alfonsa.

¿Qué pretendes?

Lucas.

Escuchad.
El señor don Luis, que veis,
me ha contado, que es galan,
de doña Isabel; y dice,
que con ella ha de casar;
porque ella le dió palabra
en Illescas, y.....

Cabellera.

No hay tal;
que yo en Illescas anoche
le ví, á una puerta llamar,
y con doña Alfonsa habló
por Isabel. ¿No es verdad,
que tú la sentiste anoche?
¿Tú no saliste, á buscar
un hombre con luz y espada?
Pues él fue.

Luis.

¿Quién negará,
que tú saliste, y que yo
me escondí? Pero jurar,
que yo hablé con Isabel,
no con Alfonsa.....

Alfonsa.

Aguardad:
yo fuí la que allí os hablé;
pero yo os llegaba á hablar,
pensando, que era don Pedro.

Pedro.

Amor, albricias me dad. *ap.*

*

Isabel.
¿Lo entendiste?
Pedro.
Sí, Isabel.
Lucas.
Esto está, como ha de estar:
ya está este galan á un lado:
con esto me dejará.
Pues vamos al caso ahora,
porque hay mas que averiguar.
Doña Alfonsa me ha contado,
que traidor y desleal
quereis á Isabel.
Pedro.
Señor...
Lucas.
Decidme, en esto lo que hay.
Vos me digisteis anoche,
que entrasteis solo á cuidar
por mi honor en su aposento;
conque colegido está,
que de la parte de afuera
lo pudiérades mirar.
Mas: os ha escuchado Alfonsa
ternísimo requebrar,
y satisfacerla amante.
Antonio.
Don Lucas, no lo creais.
Lucas.
Yo creeré lo que quisiere;
dejadme ahora, y callad.
Mas: os hablasteis muy tiernos
en Torrejoncillo. Mas:
cuando el coche se quebró
(esto no podeis negar),

tuvisteis un quebradero
de cabeza.

Caballera.

¡Hay tal posar! *ap.*

Lucas.

Mas: al llegar á Cabañas
(esto fue sin mas, ni mas)
la sacasteis en los brazos
de la litera al zaguan.
Mas: desde ayer á estas horas
os miran de par á par,
cantando á un coro los dós
el tono del ay, ay, ay.
Mas: aquí os hicisteis señas,
mas: no lo podeis negar;
pues muchos mases son estos,
digan luego el otro mas.

Isabel.

Padre y señor.. ...

Antonio.

¿Qué respondes?

Isabel.

Don Pedro....

Antonio.

Remisa estás.

Isabel.

Es el que me dió la vida
en el rio.

Pedro.

Y el que ya
no puede ahora negarte
una antigua voluntad.
Antes que tú la quisieras
la adoré: no es desleal
quien no puede reprimir

un amor tan eficaz.

Lucas.

Calla, primillo, que vive....
Pero no quiero jurar;
que he de vengarme de ti.

Pedro.

Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.

Lucas.

Eso no:
yo no os tengo de matar;
eso es lo que vos quereis.

Pedro.

¿Pues qué intentas?

Andrea.

¿Qué querrá?
Entre bobos anda el juego.

Antonio.

¿Qué haces?

Lucas.

Ahora lo verás.
Vos sois, don Pedro, muy pobre;
y á no ser porque en mí hallais
el arrimo de pariente,
pereciérais.

Pedro.

Es verdad.

Lucas.

Doña Isabel es muy pobre;
por ser hermosa no mas,
yo me casaba con ella;
pero no tiene un real
de dote.

Antonio.

Por eso es

virtuosa y principal.

Lucas.

Pues dadla la mano al punto;
que en esto me he de vengar:
ella muy pobre, vos pobre
no tendreis hora de paz.
El amor se acaba luego,
nunca la necesidad;
hoy con el pan de la boda
no buscareis otro pan.
De mí os vengais esta noche,
y mañana, á mas tardar,
cuando almorceis un requiebro,
y en la mesa, en vez de pan,
pongais una fé al comer,
y una constancia al cenar;
y pongais en vez de gala
un buen amor de Milan,
una tela de *mi vida*,
aforrada en *me querrás*:
echareis de ver los dos,
cual se ha vengado de cual.

Pedro.

Señor....

Lucas.

Ello has de casarte.

Cabellera.

Cruel castigo le das.

Lucas.

Entre bobos anda el juego.
Presto me lo pagarán,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.

Pedro.

Hacerme de rogar quiero: *ap.*

Señor:...

Cabellera.

La mano la dá;
no se arrepienta.

Pedro.

Esta es
mi mano. *Danse las manos.*

Isabel.

El alma será,
quien solo ajuste este lazo.

Lucas.

Don Luis, si os quereis casar,
mi hermana está aqui de nones,
y hareis los dos lindo par.

Luis.

En Toledo nos veremos.

Lucas.

Iréme de él, si allá vais.

Cabellera.

Y don Francisco de Rojas
á tan gran comunidad
pide el perdon, con que siempre
le favoreceis y honrais.

"Entre bobos anda el juego.

Es muy nueva é ingeniosa la idea de establecer una accion dramática de modo que se desenvuelva progresivamente, y concluya en el discurso de un viage de pocas leguas. Parece que don Francisco de Rojas, al concebir el plan de esta comedia, se propuso directamente justificar con un ejemplo práctico el abandodo de la unidad de lugar, que habian violado todos sus predecesores, procurando convertir este defecto en una belleza. No trataremos de persuadir esta congetura, ni de probar por consiguiente su designio; pero aseguraremos por lo menos que hizo mas verosimil aquella falta, fundando en ella la accion de esta comedia, y aumentando la ilusion con el interés del asunto y la novedad de las situaciones. El espectador toma parte desde las primeras escenas en los amores de doña Isabel y don Pedro, se mezcla por decirlo asi con los interlocutores, se pone con ellos en camino, llega á la venta de Torrejoncillo con don Luis, vé en Illescas todas las situaciones cómicas del segundo acto, cuyas escenas estan llenas de gracia y movimiento; se apea con los caminantes en el campo de Cabañas, y presencia en la posada de este pueblo el desenlace de la fábula, casi sin advertir que le ha conducido mentalmente el poeta en poco mas de dos horas á una distancia de nueve leguas, del sitio que ocupa en el teatro. No solo produce este efecto en la representacion, sino tambien en la simple lectura, en donde no se hallan los auxilios de la ilusion teatral; y si Rojas hubiera dispuesto su fábula de forma que se hallasen colocadas las mutaciones de escena al principio de cada acto, su triunfo seria completo en esta

parte, y nada hubiera dejado que hacer á los refundidores que pueden emplearse con gusto en este trabajo.

Ademas del mérito de la originalidad que hemos indicado, tiene el de los caractéres, que son variados y estan bien sostenidos. El personage de don Lucas tiene gracia y novedad. Cabellera pinta su figura y carácter en lá escena segunda.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno*
no es por su casa, que es
por un cigarral que ha hecho;
es un caballero flaco,
demasiado macilento,
muy cortísimo de talle
y larguísimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luengos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus juanetos y pedros;
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco &c.

El de don Luis, en que pinta Rojas un amante importuno y afectado, está bien descrito en la escena primera por Andrea y doña Isabel.

Andrea.

Pero ese chisgaravís,
ese tu fino don Luis,
galan de tapa de espejo;
ese que habla á borbotones,
de su prosa satisfecho;

que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones,
¿qué es lo que de tí ha intentado?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la Iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;
si pára el coche, él se pára;
si voy á andar, yo no sé
como allí se me aparece;
si voy en silla parece
mi gentil hombre de á pie.
Y en efecto, el tal señor,
que mi libertad apura,
visto es muy mala figura,
pero escuchado es peor. &c.

El estilo es generalmente gracioso, aunque algunas veces degenera en bufon y chocarrero. La versificacion es buena, pero conceptuosa en demasía cuando el poeta trata de espresar la pasion del amor. Véanse los diálogos entre don Pedro y doña Isabel.

Del mismo gusto son los versos largos en donde refiere don Pedro á Cabellera la historia de sus amores y pinta á doña Isabel cuando la vió bañándose en el rio. Casi la misma descripcion se halla en don Juan de Jauregui al principio de la silva titulada *Acaecimiento amoroso*: pero de otro mérito en el estilo y la versificacion. No podemos negarnos al gusto de copiarla, aunque parezca ageno de nuestro propósito, para amenizar á lo menos el fin de nuestro examen.

En la espesura de un alegre soto,
que el Betis baña, y de su fertil curso
cobran verdor los sauces acopados;
donde el ocioso juvenil concurso,
la soledad siguiendo y lo remoto,
logra de amor los hurtos recatados,
aqui prestar alivio á mis cuidados
pensé yo triste un dia,
porque la Ninfa mia
vi que emboscada, y de recelo agena,
ya el cinto desceñido,
sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
manifestando al cielo
de su desnuda forma la belleza;
luego á las puras ondas con presteza
la vi correr dó el cuerpo delicado
sintió del agua de repente el yelo,
y suspendió su brio;
viéndose en la carrera salteado
con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
cubriendo de los húmedos cristales
toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
sola mostraba de su rostro bello,
tal con ligeros saltos paseaba
la orilla, y en sus frescos arenales
sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo en tan alegre vista embebecido,
y en los tejidos ramos escondido,
al cielo con el alma agradecia
mi desigual ventura,
y el recatado labio no movia. &c.

DON DIEGO DE NOCHE.

PERSONAS.

El Principe de Aragon.
El Conde de Urgel.
Leonora su hermana.
Don Fernando.
Don Carlos su hijo.
Lucinda su hermana.
Don Bernardo.
Don Diego de Mendoza.
Lope, su criado.

Febo. . . .	criados.
Ramiro. . .	
Celio. . . .	
Liseo. . . .	
Lucrecio . .	

Flora, criada.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

El Conde y don Bernardo.

Bernardo.
Cuando hay segura amistad
justamente se confia.
Conde
Con este engaño querria
conquistar la voluntad.
Bernardo.
Si sabes la que te tiene
el Príncipe de Aragon,
vanos los engaños son.
Conde.
Aumentarla me conviene;
y si ambicion te parece
querer agora aumentalla,
por lo menos conservalla,
justa disculpa merece.
No dá al capitan la gloria,
don Bernardo, el conquistar,
sino es saber conservar
la gloria de la victoria.
Quiéreme el Príncipe bien;
pero con esta ocasion
conservaré la opinion,
y la esperanza tambien.
De la industria no te espantes,

que el amor donde hay poder,
como el mal, suele tener
sus crecientes y menguantes.
El quiere perdidamente
á Lucinda de Aragon;
no es casamiento; aunque son
deudos; porque no es decente
que dentro del reino case;
que en lo demas le igualára:
ella, que en su honor repara,
de que se hiele, ó se abrase,
tiene muy poco cuidado,
y así el Príncipe zeloso,
ronda esta calle animoso,
de que ha de hallar confiado
la causa porque la deja.

Bernardo.

¿Y hay causa?

Conde.

De ageno amor
ninguna, solo su honor
este desden le aconseja.
Con esto, tengo pensado
fingir que hay causa, por quien
le deja; y hacer tambien
que fueses tú disfrazado
quien le salga á acuchillar,
con dos criados leales,
pues que tú los tendrás tales,
que esto les puedas fiar.
Yo, que escondido estaré,
saldré á ponerme á su lado,
huireis todos con cuidado,
de que el Príncipe me dé,
por autor de aquella hazaña,

y por cuya valentía
en la confianza mia,
pues en esto á nadie engaña,
ponga su amor, y secreto,
y llegue yo á tal lugar,
que venga Aragon á estar
á mis intentos sujeto;
que el que tuviere con él,
ese tendrás tú conmigo.

Bernardo.

Tú sabes que soy tu amigo,
y que te he sido fiel.
De tu intento, Conde, estoy
advertido: dos criados
tengo leales y honrados;
de quien deudo, y dueño soy,
á quien daré de esto parte.

Conde.

Pues parte y diles mi intento,
y como es mi pensamiento,
Bernardo, alcanzar por arte
lo que niega la fortuna.

Bernardo.

¿A qué hora viene aquí?

Conde.

El suele decirme á mí
que entre las doce y la una.

Bernardo.

Yo voy.

Conde.

El cielo te guie.

Bernardo.

Tu dicha el cielo previene.

Conde.

¡Dichoso el hombre que tiene

un hombre de quien, se fie.

ESCENA II.

El Conde, el Principe y Celio.

Principe.

Vete, Celio, que se enoja,
Lucinda, de que á su puerta
venga con gente.

Celio.

Ella acierta,
porque lo que mas despoja
á una dama de su fama
es publicar sus amores
el galan.

Principe.

Pocos favores
publicaré de mi dama.

Celio.

No estaré lejos de aqui,
por si llama Vuestra Alteza.

ESCENA III.

Dichos, menos Celio.

Principe.

Desdén con tanta belleza,
¿qué quieres hacer de mí?
¡Ay ventanas! cuando os veis
del sol, puertas de zafiros,
si de mil dulces suspiros
las rejas enterneceis,
¿por qué no decís que veis
mis ojos hechos aurora?
pues ella por verle llora

y ellos al contrario, al cielo
hasta que rompiendo el velo,
los pies de la noche dora.
Huya de mi sol Lucinda
esta noche artificial,
que la noche natural
no quiero que se le rinda;
que su luz hermosa y linda
no saldrá, si coronado
de luz, sale el sol prestado
al cielo desde sus ojos,
donde yace por despojos
la noche de mi cuidado.
¿De qué me sirve el poder,
si no puedo lo que quiero,
y en lo que quiero, no espero
que pueda mas de querer?
Mas si querer es hacer
lo mas que puede el valor,
yo quiero que tu rigor
pueda en mí lo que quisiere;
pues harto puede, quien quiere
sufrir cuanto puede amor.

Conde.

Notables quejas, suaves *ap.*
suspiros; lástima es ver
que tenga amor tal poder
hasta en los hombres mas graves.
Lucinda sale, yo quiero
esconderme hasta que venga
don Bernardo, porque tenga
principio el favor que espero:
que al ingenio muchas veces
se ha rendido la fortuna.

Principe.

Los marcos dan luz alguna;
¡ay dulce sol, si amaneces!

ESCENA IV.

El Principe y Lucinda.

Lucinda.

¿Es vuestra Alteza?

Principe.

Yo soy,
y no me llames así,
que ya no hay Alteza en mí,
despues que á tus pies estoy.

Lucinda.

¿Quién viene con vos?

Principe.

Señora,
el elemento del fuego,
un niño, un gigante, un ciego,
un Argos que vela agora;
una salamandra ardiente,
un áspid entre las flores,
que es sobre varias colores,
Camaleon transparente.
Un Fenix que muere y nace
de sí mismo; una Sirena,
que canta y mata; una pena,
que atormenta y satisface;
un animoso temor;
pero puesto que os asombre
si quereis saber su nombre,
sabed que se llama amor.

Lucinda.

Bien pareceis, gran señor,

pues aunque os tengo avisado,
venís tan acompañado.

Príncipe.

Pues con todo cuanto os digo,
vengo tan solo, que sigo
la sombra de mi cuidado;
que de mi amor los efectos
son interior compañía,
aunque á tenerla de dia
los Reyes estan sujetos.

Lucinda.

¿Pues es de dia?

Príncipe.

En secretos
rayos del sol para mí,
que en vuestros ojos le ví.

Lucinda.

¿En fin, estais solo?

Príncipe.

Amor
está conmigo.

Lucinda.

Mi honor
me obliga que os hable asi.

ESCENA V.

Dichos, don Diego, y Lope de camino.

Diego.

Las postas fue muy bien hecho
que á la puerta se quedasen.

Lope.

Sí, pero no que llegasen
á las horas que sospecho.

Diego.
¿En qué lo ves?

Lope.
En no ver
tienda abierta en Zaragoza,
meson de huésped, ni moza.

Diego.
No sé qué habemos de hacer
que no me está bien llegar
con alboroto.

Lope.
No siento
lo que es el alojamiento;
pero quisiera alojar
la panza si hubiera donde.

Diego.
Eso es imposible ya.

Lope.
La noche ¿qué no podrá?
Todo lo encierra y lo esconde.

Diego.
Llaman ausencia del dia
á la noche.

Lope.
Bien dijeron,
pues sus sombras se atrevieron
á la falta que él hacia.

Diego.
El silencio y soledad
de la noche son efectos.

Lope.
Pasteleros recoletos
son los de aquesta ciudad;
sustento tan socorrido
no se habia de esconder.

hasta el alba.

Diego.

Si comer
quieres de lo que he traido,
Lope, aquí en la faltriquera,
eso puedo darte.

Lope.

¿Y es?

Diego.

Confites

Lope.

No me los dés:
pesar de un pie de ternera
con un ajo castellano.
¿Yo confites? ¿soy ardilla?

Diego

Mira que son de Castilla.

Lope.

¡O confitero inhumano!
Cómalos un gran señor
despues de treinta capones,
por quitar imperfecciones
al gusto con limpio olor.

Diego.

Lo dulce es muy alabado.

Lope.

Pues que lo coma el Sofí;
un capitan conocí
que no recibió soldado
que supiese que en su vida
comió confites.

Diego.

¿Porqué?

Lope.

Porque se sabe que fué

siempre superflua comida,
femenil y delicada,
y un soldado ha de comer
sierpes, y á falta morder
la manzana de la espada.

Diego.

Hártos veo, y hárto honrados,
que porque espadas no tienen
no las comen.

Lope.

Esos vienen
con servicios desdichados;
pero cuando el tiempo es tal,
aunque en dichosos imperios
que coman de monasterios,
ténlo por mala señal.
Algunos hombres dejaron
en testamentos que hicieron,
raciones con que vivieron
á perros con quien cazaron.
Soldado has sido no mas;
durmámos, si hay donde.

Diego.

Aquí
hay un portal.

Lope.

Yo por tí
me pesa, que en fin estás
á buena cama enseñado;
yo, medio galgo y medio hombre,
tengo diez de gentil hombre,
y en pie me duermo arrimado.

ESCENA VI.

Dichos (1) *Don Bernardo, Ramiro y Febo.*

Bernardo.

Cuando os hiciere señal,
los dos acometereis;
y mirar que le apreteis,
pero con destreza tal,
que jamás le toque espada.

Ramiro.

Deja el cuidado á los dos.

Lope.

Moscones andan por Dios.

Diego.

Duerme y no pienses en nada.

Lope.

Matéle.

Diego.

No hagas ruido.

Lope.

Os con el diablo.

Diego.

Callar.

Lope.

Moscones, ir á picar
un hombre que haya comido.

Febo.

¿Qué aguardas?

Bernardo.

A que se vea
el Conde, que ha de llegar
á defenderle.

(1) *Arrimados don Diego y Lope.*

Lope.

Picar
con el diablo. ¿Soy jalea?
¿soy pastel? ¿soy manjar blanco?
¿soy pierna de pobre?

Diego.

Advierte,
que anda gente.

Lope.

De esa suerte
la de me fecit arranco.

Lucinda.

Gente suena, y no es razon
que sepan con quién hablais.

Príncipe.

¿Zelos del temor me dais?

Lucinda.

No hay burlas con la opinion.

ESCENA VII.

Dichos, menos Lucina.

Febo.

Gente he sentido: sin duda
es el Conde.

Bernardo.

Meter mano. (1)

Príncipe.

No me recelaba en vano:
si aquí el valor no me ayuda,
traidores me han de acabar,
que son traidores los zelos.

(1) *Pónense máscaras.*

Bernardo.

Matadle, llegad

Diego.

¡Ay cielos!

Príncipe.

Nadie se dejó matar.

Diego.

Y mas teniendo á su lado
un hombre de bien.

Lope.

Y aun dos.

Rebo.

De veras riñen, por Dios.

Bernardo.

El Conde nos ha engañado. (1)

ESCENA VIII.

El Príncipe, don Diego, Lope y el Conde.

Conde.

¿Qué es esto? ¡Sin que yo venido hubiere,
al Príncipe acomete don Bernardo!

Príncipe.

Dejadlos, caballero, que me importa
no ser en esta calle conocido.

Conde.

Gente sin duda, el Príncipe ha traido.

Diego.

Haré lo que mandais, pues ya sospecho,
que de alguna persona el honor causa
que no acabeis la comenzada empresa.

Conde.

Erré el suceso; ¡Oh industria, cuantas veces

---

(1) *Huyen los tres del Principe y de don Diego.*

resultas en mas daño de tu dueño!
Volverme quiero, que será mi muerte
si me reconociesen en la calle.

ESCENA IX.

Dichos, menos el Conde.

Príncipe.

A lo que muestra el hábito y el talle,
pareceis forastero, caballero.

Diego.

En este punto llego á Zaragoza,
y fue dicha llegar en este punto,
porque sin duda os matan, si no llego.

Príncipe.

Téngolo por sin duda, que soy hombre
que sin resolucion tan atrevida
no vinieran con máscaras de zelos:
yo sirvo en esta calle á cierta dama,
que su desden encubre con su fama;
no corresponde á mis obligaciones
que dice que no quiere en opiniones
su honor; y para mi miente, pues veo
que el dueño, como veis, de su deseo,
viene á matarme, siendo yo ¿qué dudo
de hablar con vos, á quien la vida debo?
siendo el Príncipe yo.

Diego.

Dábame el alma
mil señas del valor de Vuestra Alteza,
que las tinieblas de la oscura noche
querian encubrir á mi ignorancia.
Dadme esos pies mil veces.

Príncipe.

Con los brazos.

honrar es justo los valientes vuestros.
Ya que sabeis quien soy, y que os prometo
no ser ingrato á beneficio tanto,
decidme vos quien sois.

Diego.

Si Vuestra Alteza
la palabra me dá de no decirlo,
hasta que estén mis cosas en estado
que pueden dar la cara descubierta,
sabrá quien soy y mis desdichas.

Principe.

Digo
que con la obligacion de vuestro amigo,
si la de ser quien soy no basta, juro
de tener en secreto vuestro nombre.

Diego.

Pues en tan justa confianza, oidme.

Principe.

Imitaré la noche en el silencio.

Lope.

Y yo entre tanto en este humbral tendido
quiero probar que un hombre que ha corrido
la posta, y llega el parche desollado,
puede dormirse sin haber cenado.

Diego.

Heróico Príncipe, en quien
el alto cielo atesora
las grandezas y virtudes
que un real sugeto adornan,
vos, que habeis de dar mas nombre
y escelencia mas famosa
á la casa de Aragon
que sus insignes victorias,
sabed que para serviros
soy don Diego de Mendoza.

Hecho de familia ilustre,
de la banda verde y roja.
De la montaña á Castilla
vine con edad tan poca,
que fuí menino del Rey
que hoy con su llave me honra.
Fue mi egercicio la caza
gran tiempo, y en las frondosas
selvas, mi vida mas libre
que el viento rey de las ondas.
Allí las aves andaban
de mis tiros temerosas,
y las fieras de mis armas
trepando las altas rocas.
En la orilla del Pisuerga
pasaba las tristes horas
de los juveniles dias,
que la mejor sangre gozan.
Otras veces á la espada
negra, acompañada ó sola,
enseñaba el fuerte brazo,
que tanto al que es noble importa.
Vineme á hacer tan robusto,
que no volviera pelota
que yo sacára, Roldan;
asi volaba furiosa.
Pues en las cañas, la mia
de manera el aire azota,
que la tuvieran por ave
las celestes claraboyas.
En la arrugada cerviz
de los toros de Zamora,
vió Valladolid mil veces
cuchilladas tan airosas,
que las arenas sangrientas

alcanzaron con la boca
como otras veces la yerva
del Duero en la verde alfombra.
No sabia en este tiempo
si amor era pena ó gloria,
si era alegria ó tristeza,
si era descanso ó congoja,
si era voluntad ó fuerza,
si era antidoto ó ponzoña,
si era enemigo ó amigo,
si era fábula ó historia.
Pero por tomar venganza,
si de los libres la toma,
previno el arco, imitando
la que á ninguno perdona.
Nació un Príncipe en Castilla,
en cuyas fiestas dichosas,
una sortija mantuvo
el claro Marques de Astorga.
Salí galan de encarnado,
con mil armiños por orla,
todo el campo del vestido
narcisos de plata bordan.
Blanco un hermoso caballo,
que de la clin á la cola,
pienso que estuvo del arte
naturaleza envidiosa.
Llamábase pensamiento,
nombre que su intento abona,
porque en la color y el vuelo,
pensó que era garza hermosa.
Dábanle mayor belleza,
aunque era estremo de todas,
guarniciones encarnadas,
llenas de perlas y aljofar.

Llevé en un dorado carro,
con una palma y corona,
á la libertad triunfando
del amor, las flechas rotas.
Atados iban los zelos
con la ausencia peligrosa,
el desprecio y el desden
con grillos y con esposas.
Gánele al mantenedor,
por mejor lanza una joya;
dila á una dama del Rey,
de la casa de Cardona;
agradecióme otro dia
el servicio, y de una y otra
palabra, fue amor trazando
su venganza rigorosa.
Tracé escribirla un papel,
no porque el amor le nota,
mas por parecer discreto,
que hay arrogancias en prosa.
Respondióme y fue creciendo
la amistad, hasta que toda
el alma, hasta allí cobarde,
en el mar de amor se engolfa.
Apenas vine á quererla,
cuando de ella se enamora
Nuño de Zúñiga, un hombre
de grande y gentil persona;
Trece del orden ilustre
de la insigne espada roja,
hombre estudioso en la guerra,
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
Los zelos que llevé á todos,
el amor desaprisionan
tanto, que estuve á sus pies,

así se truecan las cosas.
Cayósele del marfil
de la mano, á esta señora,
en un jardin cierto dia
un guante, cogiendo rosas.
Corrimos juntos, yo, y Nuño
á alzarle; su furia loca
fue tal, que me derribó
sobre una fuente, que agora
no mormurára de mí,
como á ver el campo corra,
á donde sus vidrios puros
trocó por sangrientas olas.
El Rey volvió la cabeza,
la risa le fué forzosa,
los deudos se alborotaron,
solo amor no se alborota.
Fuíme, y escribile á Nuño,
que le espero á las diez horas
en el Prado de la Santa,
que á serlo á tantas provoca.
Vino Nuño, y vino solo,
y apenas miró mi sombra,
cuando sacando la espada
la capa en el brazo dobla.
Contarte aquesta pendencia
era aguardar que la Europa
se hallase donde te cubres
de la noche perezosa.
Basta saber que á los brazos
llegamos, porque socorra
mi honor, derribando á Nuño,
[illegible]
Maté á Nuño con la daga
por donde faltó una cota.

que traia, y con mis celos
murió tambien mi deshonra.
Por tomar mi capa entonces,
tomé la suya; responda
por mi turbacion el caso,
donde mas ánimo sobra.
Fuíme á la cena del Rey,
por disimular, mas víola
con la cruz dos ó tres veces:
yo, por ver qué mira y nota,
bajo los ojos y veo
la capa de Nuño, y gotas
de sangre por muchas partes;
y allí la cruz, de la forma
que en las esquinas la ponen
para trágica memoria,
en letras que de ella informan,
«aquí mataron un hombre»;
que era probanza notoria.
Viendo la inquietud del Rey,
con turbacion vergonzosa,
cubrí la cruz á las achas,
que ya alumbraban todas;
y antes que el Rey se acostase,
camino de Zaragoza
tomé la posta, que salva
mejor que el ruego, la posta.
Llegué donde tengo dicho,
que á un mismo tiempo conozcas,
mi historia de mis palabras,
y mi valor de mis obras.

Príncipe.

Don Diego, no pudiera [illegible],
sino pensára ser agradecido
el gusto que me has dado de conocerte

y el ver que á nuestro reino hayas venido;
mi obligacion de esta verdad te advierte
y el ser quien soy, y así te ruego, y pido,
vengas conmigo, que es gastar razones
principios de negar obligaciones.
Dos hijos tendrá el Rey, y yo un hermano.

Diego.

Señor, perdonareis mi atrevimiento,
que aquí no he de ser visto de hombre humano,
porque me importa cierto pensamiento.

Príncipe.

¿Qué dices?

Diego.

Que me deis, señor, la mano,
porque en amaneciendo, daré al viento
velas en postas, por el mar airado
de mi temor, que corre mas sagrado;
que aunque es verdad de vos seguro fuera,
no quiero que los deudos, grandes todos,
de Nuño, busquen la ocasion primera
para matarme con injustos modos.
Es la venganza bárbara tan fiera,
que los ejemplos griegos, persas, godos,
romanos, y españoles, con mil voces
muestran al que agravió casos atroces.
Yo me quiero partir á Barcelona,
y de allí á Italia, con licencia vuestra.

Príncipe.

¿Pues para estar secreto, no me abona,
sino el poder, la diligencia nuestra?
Para sólo esconderse tu persona
de la venganza en invenciones diestra
¿no tendrá Zaragoza mil sagrados?
¿no hay guardas, no hay defensas, no hay soldados?

*

Diego.

No niego que pudieras defenderme;
pero para mejor asegurarme,
me importa de las lenguas esconderme,
que pueden con las plumas declararme:
si me has de hacer merced, si quieres verme,
déjame á mí de mi temor guardarme;
que en Zaragoza viviré escondido
sin ser de ningun hombre conocido.

Principe.

¿Pues cómo te veré, si ya obligado,
tu amigo soy?

Diego.

En este mismo puesto,
todas las noches.

Principe.

Quedo confiado,
que tu palabra cumplirás en esto.

Diego.

Seguro puedes ir.

Principe.

Llama al criado.

Diego.

¿Lope? ¿Ah Lope?

Lope.

¿Qué necio tan molesto
despierta á los cristianos á esta hora?

Diego.

Mira que sale ya la blanca aurora.

Lope.

¡Oh pesia á los poetas, que inventaron
aurora ó calabaza! ¿No pudieran
pasarse sin su aljofar?

Diego.

Mira, loco

que está su Alteza aquí.

Lope.

Perdona al sueño,
que suele ser de los sentidos dueño.

Principe.

Venga conmigo Lope, porque quiero
que no le falte en Aragon dinero.

Diego.

Los dos hasta la puerta de palacio
iremos siempre que á esta calle vengas;
pero pasar de allí, no lo permitas.

Principe.

No sé que pensamientos solicitas.

Lope.

Déjame á mí tomar, si tú no quieres.

Diego.

Deja, Lope, el tomar á las mugeres.

Lope.

Bien dices, tomaré por tu consejo,
pues la necesidad está escusada,
con ser muger buscona y pedigüeña,
que espuso en escribir, y en pedir dueña.

ESCENA X.

SALA EN CASA DEL CONDE.

Doña Leonora y don Bernardo.

Leonora.

Esta noche no ha venido
el Conde mi hermano.

Bernardo.

Ha dado
en zeloso y desvelado
de cierto desden perdido.

Leonora.

No me puedo persuadir
que mi hermano quiera bien.

Bernardo.

Yo lo pensaba tambien;
mas no puedo atribuir
su inquietud, sino es á amor.

Leonora.

El del Príncipe será.

Bernardo.

Ese bien pagado está
de su privanza y favor.

Leonora.

¿Y vos, soisle muy fiel?

Bernardo.

No sé. Leonora, por Dios,
querria privar con vos,
ya que no privo con él.

Leonora.

Yo estimo, como es razon,
los amigos de mi hermano.

Bernardo.

No lo dire yo, que en vano
tuve un tiempo esa opinion.

Leonora.

El viene.

ESCENA XI.

Dichos, y el Conde.

Conde.

Agora diré
que amanece, pues aquí
hallo á Leonora.

Bernardo.

¿Y de mí,
que es lo que diré?

Conde.

No sé,
mientras que no os hablo aparte;
pues ya debeis de saber,
que para echarme á perder,
vos solo fuérades parte.

Bernardo.

¿Si ví por la esquina gente,
que habia de imaginar?

Conde.

¿Si yo no os llegaba á hablar,
no fue cosa impertinente
arrojaros de aquel modo?

Bernardo.

Ya es hecho; ¿qué se perdió?
demas, que imagino yo
que fue prevenido todo,
y que el Príncipe tenia
criados, y tan honrados,
que han herido á mis criados;
pues uno entre ellos venia,
que desde que yo nací
no he visto mejor espada.

Conde.

En la ocasion mas honrada
crédito y honor perdí.
Volvamos á hablar, Bernardo,
á Leonora, que no es bien
que nos entienda, pues quien
anoche fue tan gallardo
supo gozar la ocasion.
¿Pues, Leonora, qué has pensado

de verme tan desvelado?

Leonora.

Que agenos cuidados son;
y si vá á decir verdad,
menos dentro te querria,
que el descanso no se fia
tal vez de la magestad.

Conde.

Yo sirvo, y debo servir
con lealtad.

ESCENA XII.

Dichos y Liseo.

Liseo.

Aquí ha llegado
un hombre harto bien tratado,
y que acaba de venir
de Castilla.

Conde.

¿Qué me quiere?

Liseo.

Darte una carta.

Conde.

Entre pues.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Diego y Lope.

Diego.

Dadme, señor, vuestros pies.

Lope.

Aquí será bien que espere.

Diego.

Del Almirante, señor,
es esta carta.

Conde.

Mostrad.

Diego.

Yo he venido á esta ciudad
en fé de vuestro favor:
déme vuestra señoría
los pies.

Conde.

No esteis de ese modo.

Lope.

¡O qué bien que se hace todo *ap.*
lo que la fortuna guia!

Conde.

Lee. *A Don Juan de Guzman, mi camarero, por no casarse desigualmente, le fué forzoso dejar á Castilla. Pidióme esta carta con deseos de servir á vueseñoria, á quien suplico honre en su casa con el oficio que fuere servido, pagándole á él esta voluntad, y á mi la confianza con que se lo suplico.*

¿Sois vos don Juan de Guzman?

Diego.

Si señor.

Conde.

Aquí tendreis
mi casa, que mereceis
mayores cosas, don Juan,
por vuestra misma persona,
sin otro ageno favor.

Diego

No en balde, invicto Señor,
por luz de aquesta corona
allá os publica la fama.
Ni quiero yo mas honor
que servir tan gran Señor.

Conde.

Ola, al mayordomo llama,
y haz que le den aposento
conforme á su calidad.

Diego.

Señor, á tanta humildad,
vos le dais merecimiento.

Conde.

Hermana, yo voy á ver
si el Príncipe se levanta.

Diego.

No podré yo merced tanta
en mi vida agradecer,
ni á mi fortuna, ni á vos.

ESCENA XIV.

Dichos menos el Conde y don Bernardo.

Lope.

¿Hizo la carta fingida
efectó?

Diego.

De nuestra vida
está el remedio en los dos.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Escuchad.
¿En la corte habeis vivido?

Diego.

Allí, señora he servido
la flor de mi verde edad,
aunque sirviendo se goza

lo poco que ya sabeis.

Leonora.

¿Quién duda que conoceis
á don Diego de Mendoza,
un caballero sobrino
del duque del Infantado?

Diego.

Confieso que me he turbado. *ap.*

Leonora.

¿Qué estais pensando?

Diego.

Imagino
la causa porque quereis
saber de ese caballero.

Leonora.

Hay aqui cierto escudero,
que vos no le conoceis,
que en Castilla le servia:
este en cualquiera ocasion
habla con tanta pasion
de su talle y valentía,
que al principio me cansaba,
y despues me aficionó.

Diego.

¿Y está aquí?

Leonora.

Ya se partió
á una aldea donde estaba
por dueño de una heredad
que mi hermano tiene allí.

Diego.

¿Oyes esto?

Lope.

Señor, sí.

Leonora.

Quiero saber si es verdad
lo que cuenta de don Diego
este escudero.

Diego.

Señora,
á quien preguntais agora
está de su amor tan ciego,
que os dirá cosas estrañas;
pero para que creais
que á todos cuantos hablaís
os alaban sus hazañas,
llamad ese criado mio,
hombre del vulgo, y vereis
las cosas que del sabeis.

Leonora.

Aunque de vos las confio,
holgaré de hablar con él
para tener mas testigos.

Diego.

¿Nuño?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Mi señora
te quiere hablar.

Lope.

Ya subimos
desde el caballo al estrado.

Leonora.

¿Nuño?

Lope.

¿Señora? ¿Qué Obispo *ap.*
me confirmó? ¿No era yo
Lope no há un hora?

Leonora.

He querido
preguntarte, si es verdad
por mil cosas que me han dicho,
si don Diego de Mendoza....

Lope.

¿Qué es esto?

Leonora.

Advierte: ¿el sobrino
del Duque del Infantado,
es el mas galan que ha visto
Castilla, y el mas valiente
caballero que ha tenido
Granada, y el mas amado
de las damas?

Lope.

En mil siglos
no ha visto el tiempo algun hombre
de mas partes; si Narciso,
como las fábulas dicen,
se enamoró de sí mismo,
y en el cristal de tus ojos
se viera don Diego, digo,
que fuera verdad y historia;
no porque don Diego es lindo,
mas porque del pie al cabello
naturaleza le hizo
hombre sin defecto alguno:
solo dicen que era tibio,
mugeres que despreciaba.
Esto no puedo decillo,
porque casos semejantes,
no son como otros delitos,
que aquí verán las puñadas.

Leonora.

No eres necio.

Lope.

Ha dias que sirvo
con hambre y necesidad.

Leonora.

¿Don Juan tu amo, no es rico,
conforme á su calidad,
y á las prendas de su oficio?

Lope.

No señora,

Leonora.

¿Pues por qué,
siendo tú ingenioso y vivo,
no le buscas?

Lope.

Ya se ofrecen
algunos mancebos ricos;
pero mas quiero á don Juan
pobre con tan buen juicio;
que sufrir un ignorante
Oye un cuento.. ¿Mas qué digo?
ya se acabaron los cuentos,
que como algunos divinos,
de oir estudios agenos,
estan cansados y ahitos,
no quieren cuentos; ya dicen
que les den concetos vivos,
y pásenseles por alto
tantos sutilmente escritos;
que he visto yo cierta pluma
borrar lo que está bien dicho,
temiendo que no ha de ser
de estos sabios entendido.
Verdad es que lo son muchos

que escuchan agradecidos,
que como sabios entienden,
perdonan como benignos,
defienden como hombres nobles,
favorecen como amigos,
disculpan como quien pueden
errar; que todos nacimos
hombres, y no siempre el hombre
es tan Fenix en su oficio
que no pueda errar en algo;
pues aun en el cielo empíreo
hubo yerros en criaturas,
que Dios tan hermosas hizo,
hasta que los confirmó
en gracia que no tuvimos,
confirmada, los que andamos
en el cielo peregrinos.
Volviendo, en fin, á don Diego
de Mendoza, de él te afirmo
que no ha nacido en Castilla
caballero tan bien quisto.
Don Diego no es de los hombres,
que hablando con artificio,
á quien los escuchan matan
con vocablos esquisitos.
Tiene un claro entendimiento,
fundado, libre, distinto
del vulgo, con que á quien habla
agrada en términos lisos.
Las galas se aprenden de él,
no impropias, porque vestido
con igualdad, deja al cuerpo
lugar al honor y al brio.
Tiene en la guerra y la paz,
[illegible] tal ejercicio,

que con las armas es Marte,
y con las galas Narciso.
Puesto á caballo, parece
de los que un tiempo los Indios
pensaron que eran un cuerpo;
asi van los dos unidos.
Dirás que el caballo tiene
brazos de hombre, y por lo mismo
que el hombre pies de caballo,
que no son cuerpos distintos.
Y asi entiende el animal
quien vá en él, que piensa altivo,
que ya es hombre y no caballo
y ser de un parto nacidos.
¿No has oido que en el cielo
hay una figura, ó signo,
que se llama Sagitario?
pues es su retrato al vivo.
¡Ay del toro que probar
su espada atrevida quiso!
la cervis con cuera de ante,
es como armarse de vidrio.
¿Pero para qué te canso
con rudo ingenio atrevido
á las partes de don Diego?
Forme tu ingenio divino
un hombre en su entendimiento
á prueba de los sentidos,
que ese es don Diego, y quien es
de tales pinceles digno.

Leonora.

Mas ciegos estais los dos
de la aficion de don Diego,
que quien yo dije. Amor ciego, *ap.*
¿cómo sois monstruo y sois Dios?

¿Que pueda tanto la fama
de un hombre, y la inclinacion
de las estrellas, que son
la mayor fuerza en quien ama?
¿Que quiera lo que no ví,
y que le pinte de modo,
que le mire el alma todo
y esté retratado en mí?
¿A quién habrá sucedido
cosa mas noble y estraña,
la imaginacion engaño,
al amor, y él al sentido.
Con esto tengo á ventura,
que sirva al Conde don Juan,
que él y Nuño me dirán
esto que el alma procura.
Con ellos descansaré
de este pensamiento loco.

Diego.

¿Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Yo sé poco,
ó aquí hay amor.

Lope.

Y yo sé
que la fama bachillera,
que es como los habladores
que hacen las cosas mayores;
te ha pintado de manera,
que aquesta muger te adora.

Diego.

¡Por cuán estraño camino
trae á un hombre su destino,

como á mí me trajo ahora!

Lope.

¿Qué piensas hacer en esto?

Diego.

Lo que quisieren los hados,
que no quieren ser osados
en lo que tienen dispuesto.
Ya que vivo en Aragon,
y con el Conde de Urgel,
haré sagrado con él
á tanta persecucion;
y con Leonora su hermana,
de doña Ana á la belleza.

Lope.

¿No hizo naturaleza
mas belleza que en doña Ana?
¿qué falta á doña Leonor?

Diego.

Tienes razon; mas si aquí
soy su criado, ¿de mí
como ha de entender mi amor?

Lope.

El tiempo te ha de enseñar
el modo que has de entender.

Diego.

Pues si el tiempo lo ha de hacer,
demos al tiempo lugar.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Si acaso
puede tu conocimiento,
buscando alguna ocasion,

escribir á este don Diego?
¿no veria yo siquiera
carta y letra suya?

Diego.

Tengo
con él tan grande amistad,
que voy á escribirle luego;
porque al despedirme de él
me dijo: «En llegando, os ruego
«que me escribais á Castilla
«vuestra salud y sucesos.»

Leonora.

Para mas seguridad,
haz que lleve Nuño el pliego,
que yo le daré en que vaya
con regalo y con dineros.

Lope.

¿Qué te dice? *ap.*

Diego.

¿Quieres tú
que vaya á escribir?

Leonora.

Deseo,
si te digo la verdad...
que los dos....

Diego.

Prosigue.

Leonora.

Temo...

Diego.

Caballero honrado soy.

Leonora.

Pues porque eres caballéro
te digo, que si por tí
comunicarnos podemos,

don Diego, y yo, serás tú
mi secretario, y mi pecho,
y el dueño de cuanto soy.

Diego.

Tú, señora, eres mi dueño.

Leonora.

Vé á escribir.

Diego.

Voy.

ESCENA XIV.

Leonora y Lope.

Leonora.

Nuño, escucha.
¿No irás, por servirme en esto,
con diligencia á Castilla?

Lope.

Señora, iré tan ligero,
que parezca que es pesado,
si corre á mi lado el viento.
Demas, de que ir á Castilla,
es de mi gusto; el provecho
de servirte estimo en tanto,
que á ser cometa me atrevo,
que encendida en Aragon
llegue á Castilla tan presto,
que apenas los que caminen
vean por el aire el fuego.

Leonora.

¡Ay qué olvido!

Lope.

¿Cómo olvido?

Leonora.

¿No fuera bien que primero

le preguntára á don Juan,
si está casado don Diego?

Lope.

¿Pues eso no lo sé yo?

Leonora.

¿Cómo?

Lope.

En cierto casamiento
ha tenido diferencias
con algunos caballeros,
y aun creo que á uno hirió.

Leonora.

¿Luego no se hizo?

Lope.

Pienso
que por zelos lo ha dejado.

Leonora.

¡Ay, Nuño amigo, si hay zelos
no puede ser sino amor!

Lope.

Yo pienso que eran conciertos,
porque nunca oí decir
que amase á nadie don Diego.

Leonora.

¿Por qué?

Lope.

Porque fue de todas
tan amado, que sospecho
que turba en la eleccion
confuso el entendimiento.

Leonora.

¿Engáñasme?

Lope.

No por Dios.

ESCENA XV.

Dichos y don Diego.

Diego.

Ya escribí.

Leonora.

Lee.

Diego.

Ya leo.

Hoy he llegado á Aragon,
y hoy, señor don Diego, escribo;
que para serviros vivo
en tanta persecucion.
La carta del Almirante,
ha sido tan efectiba,
que me holgaré que le escriba
otra al Conde semejante,
en justo agradecimiento,
porque ya en su basa estoy,
donde por estremo estoy
honrado, alegre y contento.
Hácemé merced su hermana,
la mas hermosa señora,
que vé el sol en cuanto dora,
y más divina que humana.
Por fama, os hace favor,
que tiene de vuestros hechos,
que vos, en remotos pechos
alcanzais prendas de amor.
Escribidla, que me importa
que me ayude y favorezca,
porque con ella merezca
favor mi ventura corta.
Que por dicha me darán

mas bien los reinos estraños.
Dios os guarde muchos años.
De Zaragoza, don Juan.

Leonora.

Ella está á mi gusto, y tanto,
que como discreto has hecho
un traslado de mi pecho.
Nuño, ya te he dicho cuanto
me importa la brevedad:
cierra tú, y él se aperciba.

Diego.

Yo haré que don Diego escriba.

Leonora.

Si es ciega la voluntad,
bien se ha probado en mi amor,
pues quiero lo que no veo.

ESCENA XVI.

Don Diego y Lope.

Diego.

¿Qué te parece?

Lope.

Que creo,
que es tu remédio, señor.

Diego.

Tú estarás en mi aposento,
solo de noche saldrás.

Lope.

¿En fin, tú responderás?

Diego.

Responder tambien intento,
hasta ver en lo que pára.

Lope.

¿Y si te obliga á escribir

que vengas aquí?

Diego.

Venir.

Lope.

En lo que dices repara.

Diego.

¿No hay noche?

Lope.

A su negro coche
nombre de capa le dan.

Diego.

Seré de dia don Juan,
seré don Diego, de noche.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LUCINDA.

El Príncipe y Lucinda.

Lucinda.
¿Cómo se entró Vuestra Alteza?
Príncipe.
Como no hay puerta al poder.
Lucinda.
¿Violencia se puede hacer
al honor y á la nobleza?
Príncipe.
Lucinda, menos airada,
no te olvides de quien soy.
Lucinda.
No haré, señor; pero estoy
mas á mí misma obligada.
Si yo supiera el criado
que esta noche se atrevió
á meterle aquí.....
Príncipe.
Y si yo
fuera de tu amor pagado,
no hicieras los desatinos
que ves: tú la culpa tienes
que yo intente á tus desdenes
mil maneras de caminos.
La noche me favorece,
y tú, que eres sol y dia,

me matas, Lucinda mia.

Lucinda.

Siempre, señor, que anochece
está temblando mi honor
de vuestro grande poder.

Principe.

¿Qué daño te puede hacer
mezclado con tanto amor?
Ocho dias hay y aun mas
que no he llegado á tus rejas;
¿pues dime, de qué te quejas,
si de mi poder lo estás?
Sabe Dios como he pasado
estos dias que te digo,
sino es amor buen testigo
de mi zeloso cuidado.
Por ti me quieren matar;
quien te sirve á amor te mueve,
que quien á su Rey se atreve,
mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
lo que me debes.

Lucinda.

Señor,
trata mejor de mi honor
si hacerme merced deseas,
que quien no te quiere á tí,
¿á quien tendrá voluntad?

Principe.

Si me dices la verdad,
cesará mi amor en mí,
por vida del Rey mi padre,
de casarte con él luego.

Lucinda.

Señor.....

Principe.

Haz lo que te ruego,
que no hay medio que me cuadre
cómo saber que á otro quieres:
de todo le doy perdon.

Lucinda.

¡Oh cuanto en crédito son
desdichadas las mugeres!
Por vida de Vuestra Alteza,
que no me he visto en mi vida
de otra persona querida.

Principe.

¿Pues por qué tanta aspereza?

Lucinda.

Ya he dicho que por temor;
que si vá á decir verdad,
le he tenido voluntad
desde que me tuvo amor.

Principe.

¿Qué escucho? ¿Eres tú, señora,
quién eso dice? ¿Soy yo
quien esto á tu boca oyó?

Fernando dentro.

¿Gente en mi casa á tal hora?
Criados, salir, matadle.

Lucinda.

Mi padre y su gente.

Criados.

Muera.

ESCENA II.

El Príncipe, don Fernando con una alabarda, y tres criados con las espadas desnudas; y por otra parte don Diego con Lope.

Diego.

No pienso esperar afuera
que no dan voces de valde.
Defendeos, señor, que aquí
está don Diego.

Lope.

Y su sombra.

Fernando.

Matadle si no se nombra.

Príncipe.

No hay nombre, desdicha sí. (1)

ESCENA III.

Don Fernando, Criados y Lope.

Criado.

¡Bravo valor!

Fernando.

Los que entraron
le han dado la vida.

Criado.

Tente.

Fernando.

¿Que esto en mi casa se intente?

Lope.

En buen puerto me dejaron.

(1) *Acuchillanle, y al entrarse cogen por detras á Lope.*

Criado 2.

Suelta la espada.

Lope.

Eso no.

¿Hay aquí algun caballero?
porque rendirla no quiero
á menos noble que yo.

Fernando.

Dámela á mí.

Lope.

¿Pues quién eres?

Fernando.

Don Fernando de Aragon.
¿Estos quién son?

Lope.

¿Los que son
saber de mi lengua quieres?
Haz cuenta que del tirano
de Sicilia los tormentos,
los Périlos y Agrigentos,
los de Tiberio romano,
los caballos diomedeos
y las penas infernales,
das á mis brazos leales;
que no podrán tus deseos
saber quien son, ni acabar
que á vuestra fuerza me rinda.

Fernando.

Yo lo sabré de Lucinda;
y mientras la voy á hablar,
atadle muy bien, que yo
sabré si podrá el castigo.

Lope.

Que será imposible os digo,
porque sabed que me dió

su dureza, la montaña
donde nací. *Atánle.*

ESCENA IV.

Dichos menos don Fernando.

Criado 2.

Tú dirás
mas que sabes. *Vase.*

Lope.

No sé mas
de que fué desdicha estraña
el caer en vuestras manos.

Criado 1.

El queda atado muy bien. *Vase.*

Lope.

Cuantos tormentos me den
han de ser remedios vanos.
Solo estoy, y en fin sujeto,
y atado, á cualquier traicion;
¿qué he de hacer? ¡Brava ocasion
para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
á la gente discretera:
¿pues qué haré de esta manera?

ESCENA V.

Lope y Flora.

Flora.

Atado dicen que está
uno de aquellos traidores.

Lope.

¡Ah señora! ¡Ah Reyna mia!
Oye.

Flora.

¿Quién es?

Lope.

Quien venia
por sombra de estos amores;
cogiéronme, y hanme atado.

Flora.

Pésame, que á mi señora
tambien la maltrata agora
sin razon su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
el Príncipe.

Lope.

¿Luego sabes
quien es?

Flora.

Y cosas mas graves.

Lope.

Pues ruégote que me dés
libertad.

Flora.

Será mi muerte.

Lope.

¿Pues cómo se ha de saber?

Flora.

¿Quién eres?

Lope.

¿Quién puede ser
quien viene de aquesta suerte
con un Príncipe?

Flora.

Es verdad,
que el Príncipe no trajera
á su lado quien no fuera
persona de calidad.

Lope.

Llega y huéleme.

Flora.

No hueles
muy bien.

Lope.

Es ventoso el miedo;
pero asegurarte puedo
muy bien, si de mí te dueles,
que me casaré contigo.

Flora.

¿Qué me dices?

Lope.

¿No es mejor
que morir?

Flora.

¿Habla el temor?

Lope.

Lo mismo que dices digo;
pero yo lo juro así,
y así lo prometo al cielo.

Flora.

Que me has de engañar rezelo,
sino hay calidad en mí;
aunque te juro que soy
hidalga, y sobre un hidalgo
todo viene bien.

Lope.

Si salgo
de este peligro en que estoy,
y aqueste rigor amaina,
seré tuyo.

Flora.

Ya te creo;
¿tu nombre?

Lope.

El Conde de Argeo.

Flora.

¿Adonde cae?

Lope.

Junto á Hanáina.

Flora.

Yo te desato.

Lope.

Harás bien. *Desdtale.*

Flora.

Ya lo estás.

Lope.

¿Podré salir?

Flora.

Conmigo puedes venir,
que yo te abriré tambien.

Lope.

De hoy mas quiero que te nombres
mi muger.

Flora.

Mi esposo eres.

Lope.

Siempre han sido las mugeres
el amparo de los hombres.
De ellas en efecto nacen,
¿pues quién las puede argüir,
pues por solo por parir
hacen todo lo que hacen.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

El Principe y don Diego.

Principe.

Si de Alejandro la alta Monarquía

heredase don Diego y te la diese,
alguna parte de la deuda mia
es imposible que pagar pudiese;
pues cuando el beneficio de este dia
en la balanza del amor pusiese,
con tus hechos de gloria y fama llenos
no dudo que pesase el mundo menos.
¿Adónde estabas tan á punto cuando
en un peligro tal pudiste verme?
Pues sin duda su gente y don Fernando
me pudieran matar sin conocerme.
¿Mas qué te está mi dicha preguntando,
ni para qué dilato el ofrecerme
mil veces por tu esclavo?

Diego.

Señor mio,
de quien mi vida y mi remedio fio,
Las noches que has faltado de esta puerta
yo he sido centinela en sus umbrales,
donde apenas he visto reja abierta,
ni de sospecha de otro amor señales.
Mi buena suerte aquesta noche acierta
á verte entrar, y con rezelos tales
púseme cerca, y á las voces llego.

Principe.

Dame esos brazos otra vez, don Diego,
Y hazme tan grande bien que no dilates
mas tu presencia al dia en que te vea,
pues ya no es tiempo que esconderte trates,
lo que mi justa obligacion desea.

Diego.

Aunque con tantas fuerzas me combates,
y ya mi amor en ti la suya emplea,
lo ha de ser que te niegue lo que pides,
porque mi bien y mi remedio impides.

Perdona, gran señor, y ten paciencia
hasta que de Castilla tenga aviso.

Príncipe.

Siente, don Diego, amor tu resistencia,
y estoy entre mil cosas indeciso.

Diego.

Yo voy haciendo cierta diligencia
en la desdicha que ponerme quiso
mi fortuna cruel; si presto viene,
verás con luz quien ya por sol te tiene.

Príncipe.

¿Pues dónde estás de día?

Diego.

En una casa
de posadas estoy, hasta que Febo
en nubes de oro al occidente pasa,
bordando las de allá resplandor nuevo.

Príncipe.

¿Tienes regalo?

Diego.

Y no de mano escasa,
que tanto al dueño de la casa debo.

Príncipe.

Envidio su ventura.

Diego.

Y yo envidiára
la mia, si este bien en otro hallára.

Príncipe.

Quiero darte una joya que traia
para Lucinda, aunque es pequeño el precio,
que veinte mil escudos este dia
pienso que son de tu valor desprecio.

Diego.

Fuera no la tomar descortesía,
y en opinion de un Rey quedar por necio.

*

Beso tus pies mil veces.

Principe.

Si quisieras
diverso premio de mi amor tuvieras.
¿Qué miras? ¿En qué estás tan divertido?

Diego.

Lope, Señor, es un leal criado,
en la montaña donde yo nacido,
y ver que no salió me dá cuidado.

Principe.

A desdicha tendré si le han herido,
y mayor si quien soy ha declarado.

Diego.

De eso estoy yo seguro, aunque le hicieran
pedazos á tormentos que le dieran;
Y asi, Señor, suplico á Vuestra Alteza
me dé licencia que á buscarle vaya,
que fuera ingratitud á mi nobleza,
aunque mil suertes de peligros haya.

Principe.

Es justa obligacion y gentileza,
mas ya que mi secreto está en la playa,
será volverle al golfo en que se anegue.

Diego.

Un hombre viene aquí.

Principe.

Si es solo llegue.

ESCENA VII.

Dichos y Lope.

Lope.

Famosamente escapé,
por manos de Flora hermosa,
de la prision rigurosa

donde ser muerto pensé.
Con el Príncipe se iria
don Diego. Gente hay aquí,
esta noche anda tras mí
suelta la desdicha mia.
Ellos son dos; si me muestro
cobarde, me han de matar,
ahora bien, quiero trazar
esta pendencia á lo diestro;
pero valga industria aquí,
que fue siempre lo mejor
Estos llegan con rigor
metiendo mano hácia mí.
El tirar la capa pruebo
con la izquierda: aquel que encapo,
como los ojos le tapo,
de una estocada le llavo.
¿Pues cuerpo á cuerpo el que queda,
quién me le puede quitar?
¡Ah digalgos! ¿podré pasar?
Olor hay y truje á seda.
Consolado estoy, no es gente
de rapis, rapis: ¿ qué digo?
¿pasaré?

Príncipe.

¿Quién es?

Lope.

Amigo,
y si quisiere pariente.

Diego.

Pase ó no pase.

Lope.

Mal año:
¿pase ó no pase? ¿Qué haré?
si me dejan, pasaré

sin hacerles mal ni daño;
y sino....

Principe.

¿Qué habeis de hacer?

Lope.

¿Qué tengo de hacer? volverme.

Diego.

¿Es Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Hacerme
no pudo mayor placer,
y lisonja la fortuna.
Mira que está aquí su Alteza.

Lope.

A los pies de tu grandeza,
que ya de esta noche es luna,
esta Lope de Vivar.

Principe.

¿Ay Lope, qué ha sucedido?

Lope.

A la cama de su olvido
se quiere entrar á acostar
la noche, porque el mongil
de bayeta dobla ya,
y coronando se vá
Moncayo de oro y marfil.
Por el camino diré
la ventura que he tenido,
que he estado preso.

Principe.

No ha sido
tu dicha; la mia fue.
Vamos, don Diego.

Diego.

Señor,
la vida es poco ofrecerte.

Lope.

Tragada tuve la muerte,
mas nunca tuve temor.

Principe.

Lope, en aqueste bolsillo
llevas doscientos doblones.

Lope.

Ríndante varias naciones
tanto metal amarillo,
que puedas, Señor, dorar
los muros á Zaragoza.

Diego.

Lope, quien tal dueño goza,
¿que tiene que desear?

Lope.

Verte en descanso no mas.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DEL CONDE

El Conde y Leonora.

Conde.

Declarado se ha conmigo,
don Bernardo, de este modo.

Leonora.

No es de discretos que todo
lo sepa el mayor amigo;
algo se ha de reservar.

Conde.

Fue forzoso descubrille
mi pecho, para pedille

que me quisiere ayudar.

Leonora.

Nunca con arte pretendas
del Príncipe la amistad,
ni la propia voluntad
con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
para merecer su amor;
que es adúltero el valor
cuando la amistad no es casta.

Conde.

Ya te he dicho que me fue
forzoso, y que ya está hecho.

Leonora.

Que te ha de dañar sospecho
si despreciado se vé.

Conde.

¿Luego no te casarás
con don Bernardo?

Leonora.

¿Eso dices?

Conde.

Pues cuenta por infelices
mis pretensiones de hoy mas.

Leonora.

Con mejores pensamientos
pensé que vueseñoría
habia nacido.

Conde.

Tenia
tus altos merecimientos,
Leonora, para un Señor
de Castilla, como sabes;
pero en negocios tan graves
está temblando el honor.

Sin esto, no se ha sabido
quien es el que defendió
al Príncipe, que llegó
acaso, ó él lo ha fingido,
pues no habrá, pues no hay ninguno
á quien haga mas merced.

Leonora.

Todos los hombres creed
esto, sin que falte alguno;
os perdeis por presuncion
pues piensa el mas ignorante,
que no tiene semejante
su ingenio y su discreccion.

Conde.

Si yo tomára consejo,
no hiciera tal disparate;
mas del remedio se trate.

Leonora.

Oye el que te aconsejo:
¿el Príncipe está celoso?

Conde.

Notablemente.

Leonora.

Pues dí
qué es don Bernardo el que allí
le desvela codicioso
de casarse con Lucinda.

Conde.

Yo lo habia imaginado;
pero púsome en cuidado
que á tal agravio me rinda.

Leonora.

¿El, en esa confianza,
no me pide por muger?
luego remedio ha de haber

á su perdida esperanza.

Conde.

¿Pues cómo el Príncipe puede
creer que la sirve?

Leonora.

Escucha,
que si la sospecha es mucha
á toda lealtad excede.
Dí á don Bernardo que importa
que de noche dé á entender
que viene á hablarla, y á ver
si el Príncipe se reporta
en este amor con los zelos;
y que finja que está hablando
por las rejas.

Conde.

Voy pensando
que no han formado los cielos
mas ingenioso animal
que la muger.

Leonora.

Eso es cierto.

Conde.

Hoy al Príncipe le advierto.

Leonora.

Zelos es pasion mortal,
daráte crédito luego.

Conde.

Este don Juan mi criado,
me parece hidalgo honrado
¿podrémos de este fiar?

Leonora.

Podráslo mejor de mí;
que de don Bernardo aquí
ya no te puedes fiar,

pues negado el casamiento
es amigo sospechoso.

Conde.

Voy contento, aunque dudoso,
pues no es justo lo que intento.

ESCENA IX.

Leonora y don Diego.

Diego.

Porque no me viese el Conde,
estuve esperando afuera.
Nuño llegó de Castilla
con cartas y buenas nuevas.

Leonora.

¿Está ahí?

Diego.

Señora, sí.

Leonora.

Pues entre, ¿qué aguardas?

Diego.

Entra,
Nuño, que ya mi señora
te dá licencia.

ESCENA X.

Dichos y Lope con botas y fieltro.

Lope.

Con ella,
la baraja de este pliego
se jugará con licencia.

Leonora.

¿Nuño?

Lope.

Gallarda señora,
la tierra en que pones, besa,
la suela del blanco pie,
y plugiera á Dios que fuera
de media vara.

Leonora.

¿A qué efecto?

Lope.

Porque mi boca pudiera
por mostrar mas humildad,
besar gran cerco de tierra.

Leonora.

¿Qué hay de Castilla?

Lope.

Qué están
buenos sus Reyes, y buena
su familia, que ya sabes

. . . .

tambien está con salud
y abundancia de Almatea

. . . .

su ejército, y sus banderas.
Hallé á don Diego en Toledo
porque vino con la Reyna,
que me dicen que traía
en el Sagrario novenas.
Oiguéme, porque en efecto
no pasé las altas peñas
del nevado Guadarrama.
Leyó tu carta y en ella
el capítulo mil veces
en que dices que celebra
mi señora sus hazañas,
su talle y su gentileza.

Preguntóme, como mozo,
algunas impertinencias
acerca de tu pasion,
que yo apostaré que piensa
que estás de él enamorada.

Leonora.

No se engaña, y yo quisiera
que aunque mintieras, de mí
le dieras mejores señas:
¿pero qué te preguntó?

Lope.

Si eras, señora, discreta:
esto lo primero fue.

Leonora.

¿Qué digiste?

Lope.

Que lo eras
como un ángel, y añadí
lo mismo de tu belleza.
Preguntóme si eras blanca,
ó picabas en morena:
qué pelo, y si rizo, ó llano,
si eras zarca ú ojinegra.
Qué boca, que proporcion
de nariz; si era aguileña,
ó si acaso á Roma iba
por dispensacion de necia.
Qué disposicion de cuerpo,
qué brio, qué gentileza;
yo pensé que te queria,
aunque por sutíl te tengas,
para fuelle ó abanico;
porque con notable fuerza
me preguntó si tenias
buen aire; y dige, ¿qué señas

te puedo dar de su arte,
si nunca fui detras de ella?
Finalmente, él te trató...

Diego.

El se burla. *ap.*

Lope.

Como á yegua;
pues preguntó por tus dientes,
que es amor tal vez albeitar.
Yo le dige, de la boca
son las señales mas ciertas
dos cortinas de coral
para dos hilos de perlas.
Ténle por necio, ó por sabio
lo que tú quisieres sea,
atienta aquese bolsillo:
todo es oremus: cincuenta
doblones de á cuatro tiene:
esto me dió por las nuevas.

Leonora.

¿Hay tan bizarro español?
Abre la carta.

Diego.

Oye atenta,
que no la he querido abrir
sin que primero la veas:
De vuestras persecuciones
por todo estremo me pesa,
don Juan, aunque con el mismo
de veros libre me alegra.
Que el Conde de Urgel os haga
tal merced, no es cosa nueva
al gran valor de su casa,
de ilustrisima ascendencia.
Fuera de que vos, por vos,

merceds que os favoresca;
pero, dejando aparte esto
me pareció cosa nueva,
que esa señora, su hermana,
quiera honrar con su grandeza
mis humildades: decidle
que sus pies mil veces besa
don Diego, y que desde hoy
quiere que su dueño sea;
y que en su nombre un torneo
aquí en Toledo sustenta
de hoy en un mes, y promete
que las joyas, si le premian,
ha de enviarle á Aragon,
si le permite licencia.
Querriaos hablar mas claro,
dadmela vos, que me atreva,
pues Nuño es hombre seguro,
aunque algunos no lo crean.
Ya sabeis mi calidad,
y que mejor me estuviera
esa dama en Aragon,
que en Castilla la Condesa.
Solicitad ese amor,
que el que por fama comienza,
suele acabar con las obras;
que si Leonor persevera,
yo iré á verla disfrazado,
pues de noche podré verla.
Por vida vuestra, don Juan,
que la estimo como nuestra,
que me envieis su retrato,
porque de Nuño las señas,
como conozco su humor,
nunca las tuve por ciertas.

Dios os guarde muchos años,
don Diego Mendoza.

Leonora.

Espera,
quiero ver la firma.

Diego.

Toma.

Lope.

Vive el cielo que la besa. *ap.*

Diego.

¡Que aquesto pueda la fama! *ap.*

Lope.

Mejor dirás las estrellas,
que bien se vé que este amor
de su influencia se engendra.

Diego.

¿Qué quieres que le responda?

Leonora.

Estoy por decir que venga;
mas parece libertad.

Diego.

No puede ser que lo sea
sino escribo lo que dices;
y pues á este punto llegas,
dame, señora, un retrato,
que puede ser que le tengas,
para que á don Diego envie.

Leonor.

Como don Diego no sepa
que yo le envio, sí haré;
pero con esta advertencia:
que él me ha de enviar el suyo,
mientras no viene.

Diego.

Que sea,

pues, en razon.

Leonora.

Voy por él.

Diego.

Pues son las cartas tan ciertas
por el correo, señora,
y don Diego está bien cerca,
no es menester enviar
á Nuño.

Leonora.

Como tú quieras;
que donde me pierdo tanto,
no importa que ellas se pierdan.

ESCENA XI.

Dichos, menos Leonora.

Lope.

¿Qué intentas con esas cosas?

Diego.

¿Qué quieres, Lope, que intente?

Lope.

Que la sangre es escelente
y las partes son hermosas,
nadie lo puede negar;
pero en aqueste contrato
hallo un engaño.

Diego.

No es trato
que á nadie pueda engañar.

Lope.

Si tu retrato le envias,
¿no ha de conocerte luego,
y saber que eres don Diego?

Diego.

Poco de mi ingenio fias:
poner otro.

Lope.

Es mas error;
que si es hermoso, y no es
como el que espera, despues
llamaráse á engaño amor:
pues si es feo, aquel deseo
conque te quiere por fama
ha de cesar, que quien ama
nunca le imagina feo.
Pues si no es feo, ni hermoso,
y ama en él lo que desea,
¿cómo, despues que te vea
su pensamiento amoroso,
hallará satisfaccion
en cosas que es diferente,
y que no le represente
la misma imaginacion?
Yo no soy de parecer
que ese retráto le envies,
ni que tantas cosas fies
de un ingenio de muger,
que por instantes se muda.

Diego.

¿Pues qué te parece á tí?

Lope.

Que digas que viene aquí,
conque saldrás de esta duda.

Diego.

¿Cómo la tengo de hablar?

Lope.

De noche, por estas rejas.

Diego.
Lo que importa me aconsejas.
Lope.
Eso no se puede errar;
el hablarla te asegura
del pretendido favor;
hablando se aumenta amor.
Diego.
Ya le ha puesto su hermosura
en mis imaginaciones,
y el de Castilla se pasa.
Lope.
Como eso la ausencia abrasa,
si en sus remedios te pones.
Diego.
El mio he puesto en su mano.
Lope.
Vencerá, por su interés,
un amor aragonés
á un agravio castellano.

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE LUCINDA.

Don Fernando, Lucinda y Carlos.
Lucinda.
No hay que atormentarme mas,
yo he dicho verdad en todo.
Fernando.
Hablándome de ese modo,
mayor sospecha me dás.
Carlos.
Dime á mí, como á tu hermano,
quién es ese caballero,
que yo quitarle no quiero

tu gusto.

Lucinda.

Cánsaste en vano.

Carlos

¿El Príncipe en nuestra casa?
No, Lucinda, tú has querido
disimular.

Lucinda.

Esto ha sido,
Carlos, todo lo que pasa,
y que él es el que pretende
vuestro deshonor, que yo
no le quiero.

Fernando.

¿Cómo no,
si entrar en mi casa emprende?

Lucinda.

Culpa tus malos criados,
que por interés le dieron
lugar.

Fernando.

¿Qué ellos le trageron?

Lucinda

Si, que los ruegos dorados
alcanzan todo imposible.

Fernando.

No me ha de quedar ninguno
en casa.

Carlos,

En tiempo oportuno,
que esta es ocasion terrible,
podrás despedirlos de ella;
que no es bien dar á entender
al Príncipe, que á saber
llegas lo que intenta en ella,

que si él está enamorado
le ocasionas, te prometo,
á que te pierda el respeto.

Lucinda.

Dios sabe que no le he dado
causa ni ocasion jamas;
si en haberme defendido
con desden y con olvido,
no ha sido ofenderte mas.

Carlos

Puesto, señor, que eres viejo,
y que es madre de la ciencia
la edad, y de la esperiencia
es hijo el cuerdo consejo,
yo quiero dártele á tí
en aquesta confusion.

Fernando.

Bien podrás, que mi razon
con el temor falta en mí;
pero ya sé que dirás
que case á Lucinda luego.

Carlos.

Eso te suplico y ruego;
pero hay otra cosa mas,
que si Lucinda se casa
en Aragon, será cosa
á tu honor mas peligrosa
si el mismo desden le abrasa;
porque luego ha de querer,
ó matar á su marido,
ó entrar en su casa.

Fernando.

Ha sido
justo temor del poder,
que mal podré resistilla

de su tirana aficion.

Carlos.

Saquémosla de Aragon
y casémosla en Castilla.

Fernando.

Bien dices; ¿ pero con quién ?

Carlos.

Habrá tantos, que el que mas
te agrade, escoger podrás.

Fernando.

Carlos, tú dices muy bien.

Carlos.

Aquí ha llegado la fama
de un don Diego de Mendoza,
que sin verle Zaragoza,
le estima, celebra y ama.
Si quieres que yo le escriba,
haráse, saldrás de pena,
y llevéla norabuena,
para que en castilla viva.
Que despues que con la ausencia
se olvide de esta aficion,
podrá volver á Aragon.

Fernando.

No pudiera mi esperiencia
hallar consejo mas sabio:
¿es grande la calidad
de don Diego, en igualdad
de nuestra sangre ?

Carlos.

Es agravio
tratar de un hombre, sobrino
del Duque del Infantado.

Fernando.

Escríbele, y concertado,

póngase luego en camino.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Fernando.

Lucinda.

¿Qué habeis hablado de mí?

Carlos.

Que ya te habemos casado.

Lucinda.

¿Casado?

Carlos.

¿No fue acertado?

Lucinda.

Estoy por decir que sí:
lo breve me maravilla.

Carlos.

Pues no ha sido en Aragon,
que por quitar la ocasion
te casamos en Castilla.

Lucinda.

¿En Castilla?

Carlos.

Vendrá luego
quien esta ventura goza.

Lucinda.

¿Quién?

Carlos.

Don Diego de Mendoza.

Lucinda.

Por fama estimo á don Diego;
¡ay si fuese tán dichosa!

Carlos.

No dudes que lo serás;
porque hallar don Diego mas,

parece imposible cosa.

Lucinda.

Las damas de Zaragoza,
solo tratan de don Diego.

Carlos.

Al poder de amor tan ciego,
la defensa de un Mendoza...

ESCENA XIV.

SALON DE PALACIO.

El Principe y el Conde.

Principe.

Yo os digo que no sé quien me ha librado,
Conde, si lo supiera lo dijera.

Conde.

Envidio, gran señor, quien os ha dado
la vida, pero ser quien fue quisiera.

Principe.

Yo tengo para mí que fue soldado.

Conde.

¿Y no supo quien érades?

Principe.

Pudiera
venirme daño.

Conde.

Cosa en vos estraña,
dejar sin premio tan heróica hazaña.

Principe.

No le dejé sin él, aunque fue poco;
una joya le dí, que la traia
para Lucinda.

Conde.

Cada vez que toco

en la dicha, el valor, la valentia
de ese soldado, estoy de zelos loco.

Principe

Mayores los padezco noche y dia
de este dichoso á quien Lucinda quiere,
que un grande amor de un gran desden infiere.

Conde.

Si me diese palabra Vuestra Alteza
de no matar al hombre ni avisalle,
yo le diría quien es, que en su grandeza
ni cabe el ofendelle ni matalle.

Principe.

¿Tú lo sabes?

Conde.

Mirando tu tristeza,
de aquestas noches en rondar su calle.

Principe.

¿Quién es?

Conde.

Jura primero.

Principe.

Por Dios juro.....

Conde.

Basta, Señor, con esto estoy seguro.
Lucinda quiere á don Bernardo.

Principe.

¡Ay cielos!
que quise conocelle en la persona
cuando me acuchilló.

Conde.

Si hay cuerdos zelos,
aqui, Señor, tu entendimiento abona.

Principe.

Por tí los callaré; pero tendrelos
con mas razon, en ver que se apasiona

de un hombre desigual.

Conde.

Igual ha sido
mas que el alto galan, el vil marido.
Tú no te has de casar: Lucinda estima
un noble caballero para dueño.

Principe.

Ríndese amor, y su desden me anima;
toda esta noche, Conde, pierdo el sueño.

Conde.

Mucho el ver tu tristeza me lastima.

Principe.

Ya menor parte del dolor enseño.

Conde.

Aquesta noche quiero acompañarte.

Principe

Ninguna cosa á mi remedio es parte.
Vete en buen hora, acuéstate y sosiega.

Conde.

Señor....

Principe.

No has de ir: y ya que sin enojos
muestra su oscuridad la noche ciega,
yo voy á ver la luz de mis enojos.

Conde.

No quiero replicarte.

Principe.

Si me niega
que mis suspiros vayan por despojos
á enternecer sus rejas, yo soy muerto.

Conde.

Perdido voy, ninguna cosa acierto. *ap.*

ESCENA XV.

Decoracion de Calle.

Don Diego y Lope.

Diego.
¿Serán las diez?
Lope.
Si serán.
Diego.
¿Entiendes de astrologia?
Lope.
Conozco que espira el dia
al salir el jubricán,
y que vuelve á amanecer
si veo al alba reir.
Diego.
Eso se puede decir,
eso se puede creer;
aunque en materia del cielo
es ciencia infalible, Lope.
Lope.
No sé mas de que al galope
va la luna envuelta en yelo,
y que el carro y las cabrillas
salen á tiempos del año
altas ó bajas.
Diego.
¡Qué engaño
reducir las maravillas
de aquel Soberano autor
á dos dedos de papel!
Lope.
¿Vendrá el Príncipe?

Diego.

Sin él
vive amor.

Lope.

Terrible amor. (1)

Diego.

El silencio se alborota.

Lope.

Mancebos son del lugar.

Diego.

Algun cómo quieren dar. (2)

Lope.

Que temeraria friota.

Diego.

Música suena.

Lope.

Ella, el cómo
de la noche efectos son.

Diego.

Solo temo en Aragon
estas píldoras de plomo

Lope.

¿Eso no está ya peor
en Castilla?

Diego.

En siendo tarde
todo cristiano se guarde.

Lope.

Tarda Alfonso.

Diego.

¡Gran rumor!

---

(1) *Grita dentro.*
(2) *Tocan una guitarra.*

Lope.

Es que dan grita á una vieja

. . . .

. . . .

Diego.

Pues dí, ¿que les aconseja?
que las puertas le derriban
y las ventanas tambien,

Lope.

Que á ninguno quieran bien,
y que de todos reciban.

ESCENA XVI.

Dichos y el Principe.

Principe.

Si no me ha engañado el talle,
aqui estan mis dos secretos
amigos.

Diego.

¿Quién es?

Principe.

Yo soy.

Diego.

¡O mi Señor!

Principe.

¡O don Diego!

Lope.

Aqui está, Príncipe invicto,
de aquesta noche el silencio,
de aqueste cuerpo la sombra,
de este Tobias el perro,
y la tierra de sus pies.

Principe.

¡O Lope! ¿pues qué hay de nuevo?

Lope.

Lo mismo que en el principio
del mundo, algo mas ó menos,
digo del diluvio acá,
en que los hombres hicieron
casas, defensas y ofensas,
naves, repúblicas, reinos;
hay muchas mugeres.

Príncipe.

¿Muchas?

Lope.

Son tantas, que te prometo
que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarlos
y que les dieran dineros.
Hay amigos y enemigos,
y todos son de provecho;
que el enemigo os reprime
para que seais mas bueno,
y el amigo os hace bien.

Príncipe.

¿Y qué hay mas?

Lope.

Hay muchos pleitos
que son sustento del mundo,
porque ya se funda en ellos.
No me mires ni me aguardes,
que no he de hablar, te prometo,
en mi vida una palabra,
que soy desdichado en esto.
Como estó es imitacion
de las costumbres del pueblo,
tal vez la lengua ó la pluma
dicen lo que no quisieron.

La lengua como está en agua
tiene el movimiento presto,
la pluma como está en tinta
deslízase por momentos.

Príncipe.

¿Don Diego?

Diego.

¿Señor?

Príncipe.

Yo estoy
muerto de zelos.

Diego.

Los zelos
son máscara del amor,
que se disfraza con ellos.

Príncipe.

Está bien dicho; he sabido
la causa.

Diego.

¿Y quién es el dueño?

Príncipe.

Don Bernardo, en Aragon
un principal caballero.

Diego.

¿Quiérele Lucinda?

Príncipe.

Y tanto,
que ha tenido atrevimiento
para matarme.

Diego.

Ya sé
lo demas de este suceso.

Príncipe.

Querria certificarme:
llega á las rejas diciendo

que eres don Bernardo.

Diego.

Voy.

Principe.

Llama con la espada y quedo.

Diego.

¡Ah de arriba!

ESCENA XVII.

Dichos y Lucinda á la ventana.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

Yo:
¿no me conoces?

Principe.

Guardemos
tú y yo la calle.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

¿Otra vez?

Lucinda.

Y aun otras ciento.

Diego.

Mira que soy don Bernardo.

Lucinda.

Pues don Bernardo ¿á qué efecto?
¿no sabe el Príncipe ya
que no lo son los terceros?

Principe.

Del Príncipe no lo soy;
porque fuera desconcierto
siendo yo de tí querido.

Lucinda.

¿Cómo es eso? ¿yo te quise?

Diego.

Solo estoy; mira, señora,
que tus disfavores siento.

Lucinda.

¿Qué disfavores, Bernardo?
¿cuando, cómo, y en qué tiempo
te he favorecido yo?

Diego.

¿Oyes esto?

Principe.

Estoy suspenso
de tan grande novedad.

Diego.

Yo, señora, te pretendo
para muger; aunque sé
que por amor te merezco.

Lucinda.

Bernardo, aunque yo debiera
mostrar agradecimientos
á tu amor, era imposible;
demas, que no te le tengo.

Diego.

¿No lo escuchas?

Principe.

Bien lo escucho.

Diego.

Agora creo mis celos,
y que quieres bien á Alfonso.

Lucinda.

Que es engaño te prometo,
y que como ya casada,
ninguna cosa deseo.

Diego.

¿Casada?

Lucinda.

Casada estoy;
que mi padre, conociendo
que el Príncipe estaba ya
á su deshonor resuelto,
en Castilla me ha casado.

Diego.

¿En Castilla?

Lucinda.

Ya el correo
lleva cartas á mi esposo,
á sus amigos y deudos.

Diego.

¿Puedo yo saber con quien?
pues bien sabes que te debo
el parabien.

Lucinda.

¿Porqué nó?

Diego.

¿Oyes esto?

Príncipe.

Estoy muriendo.

Lucinda.

Ha concertado mi padre
hacer este casamiento
con don Diego de Mendoza,
un notable caballero,
cuya fama es imposible
de sus valerosos hechos,
que no te haya dado aviso.

Diego.

¿Con don Diego?

Lucinda.

Con don Diego,
y perdona si me voy
porque ni puedo ni quiero,
siendo ya muger casada,
oir requiebros agenos.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos Lucinda.

Diego.

Cerró y fuese.

Principe.

Y yo cerrara
tambien la puerta al deseo,
si no supiera que estaba
en Zaragoza don Diego.
¿Cómo ha hecho don Fernando
este casamiento?

Diego.

Creo
que mi nombre le ha obligado.

Principe.

¿Hay mas estraño suceso?

Diego.

Menester es prevenir
el ir á la corte el pliego,
porque si llega á la corte
se sabrá todo el secreto.

Principe.

Yo enviaré con diligencia
tras él, y tú podrás luego
responder á don Fernando
que aceptas el casamiento,
y vendrás á Zaragoza

para tratar el concierto.
Mas que secreto ha de ser,
y asi podrás de secreto
hablar de noche á Fernando,
como que vienes á esto
desde Castilla.

Diego.

¿Y si llegan
á querer él y sus deudos
que dé la mano á Lucinda?

Príncipe

Descubrirasles que has muerto
á don Nuño, y que hasta tanto
que el Rey, airado en estremo,
te perdone, no es posible;
porque conforme al derecho
te ha secuestrado tus tierras.

Diego.

Es la traza de tu ingénio;
pero advierte que abre el dia
la hermosa llave del cielo
por el candado del alba.

Príncipe.

Pues vámonos.

Lope.

¿Qué es aquesto?

Diego

Fábricas de la fortuna,
edificios de los zelos,
desatinos del amor,
y de mi desdicha enredos.
Y que ahora mas que nunca
con razon llamarme puedo,
no don Diego de Mendoza,
como mis padres y abuelos,

sino don Diego de noche.

Lope.

Oye á propósito un cuento;
pero ya no me acordaba:
yo te le diré allá dentro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DEL CONDE.

Doña Leonora, Don Diego y Lope.

Leonora.

Vuelve á decirme, don Juan,
que vino anoche don Diego.

Diego.

Vino, y vino á verme luego.

Leonora.

No tiene el mundo galan
que sepa obligar asi.

Diego.

Débale notable amor; *ap.*
que nadie sabe mejor
que yo lo que pasa en mí.
De burlas quise querer,
y ya tan de veras quiero,
que si dejo de ver muero,
y vivo si llego á ver.

Leonora.

Si solo viene por mí,
bastaba esta obligacion
para ponerme aficion.

Diego.

¿Pues él á qué viene aquí?
Pregunta á Nuño qué dice.

Lope.

¿Qué me puedes preguntar,
si á cuanto puedes dudar

la verdad se contradice?
Mil cosas me ha preguntado,
todas señales de amor,
porque la fama es pintor,
y lisongero estremado.
No hay Apeles ni Timantes...:
¿Qué es Timantes? ¿Qué es Apeles?
que con mejores pinceles
pinte hermosuras de amantes.

Leonora.

Mas enamora la fama
muchas veces que la vista.

Lope.

Como no hay quien la resista,
hácese mayor la llama.
Una vez me enamoré
por fama de una fregona
que despues en su persona
todo al contrario lo hallé.
Cabellejos enzarzados,
moreno picante en rojo,
á lo socarron el ojo,
cabos negros y rasgados.
Los dientes de porcelana,
cosa que hasta aqueste dia
no la topó la poesía;
labios ribetes de grana.
Garganta, manos y pechos
de plato de Talavera,
cinta estrecha, ancha cadera,
pequeños pies y bien hechos.
Fuila á ver para creello
á un arroyo, que valdío,
pretende en corte ser rio,
y nunca sale con ello;

y halléla con cabellera
de furia, y llena de usagre,
la cara como de almagre,
la boca como ternera.
Luego cada injusto pie
era una lengua de vaca,
la voz como una carraca,
con que atronado quedé.

Leonora.

¿Qué hiciste?

Lope.

La Cruz, diciendo:
tentacion de san Anton,
¿qué me quieres?

Leonora.

La opinion
de don Diego, es grande.

Lope.

Entiendo
que la fama no le iguala.

Leonora.

¿Cómo será?

Lope.

Mira atenta
á don Juan, y luego haz cuenta
que ves su donaire y gala.

Leonora.

Buen talle tiene don Juan.

Lope.

¿No mas de bueno? Pues luego
que conozcas á don Diego
dirás que no es mal galan.
El está en una posada
desde anoche, y esta quiere
verte.

Leonora.

Quien por verle muere,
ya tiene el alma turbada.

Lope.

Dijo á don Juan, que venia
á traerte su retrato.

Leonora.

Dí que venga con recato,
que hay una zelosa espía.

Lope.

Bien hizo en traerte el vivo.

Leonora.

Bien, pues lisonja no habrá
de pincel y pluma.

Lope.

Está
lleno de gusto escesivo
de que esta noche ha de verte.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Ya estoy
bien informada.

Diego.

Y yo voy,
como debo, á obedecerte.

Leonora.

¡Que venga hasta Zaragoza
solo á verme!

Diego.

Ya sospecho
que es hora.

Leonora.

Como lo ha hecho
justamente el nombre goza
del mas galan castellano.

Diego.

A la puerta del vergel
vendré, señora, con él.

Leonora.

Fuera pensamiento vano
querer pagarte, don Juan,
tan grandes obligaciones
solamente con razones.

Diego.

Pagadas, señora, están.
Vete, y á la puerta espera,
pues que tanto os favorece
la oscura noche.

Leonora.

Parece
que de la celeste esfera
las estrellas ha borrado:
á ver á don Diego voy.

ESCENA II.

Dichos, menos Leonora.

Diego.

¡En qué laberinto estoy
de confusion y cuidado!
Querido soy, sin quererme,
buscado soy, sin buscarme,
á hablarme van sin hablarme,
porque me han de ver sin verme.
Ayúdeme la fortuna.

Lope.

El que nació sin memoria,
¿para qué nació?

Diego.

Si historia,
si ejemplo, si fama alguna
te ha dicho que puede haber
memoria y entendimiento;
será un milagro, un portento,
que singular quiso hacer
naturaleza estudiosa.

Lope.

Engáñaste.

Diego.

No querría.

Lope.

Pues á la sabiduría
llamaron hija famosa
de la memoria y del uso;
el que estudia sin memoria,
¿para qué estudia?

Diego.

Es victoria
de amor, el traer confuso
y ciego el entendimiento.
La memoria natural
me faltó; la artificial
se llevó mi pensamiento.

Lope.

¿Escribes á don Fernando
que esta noche llegarás
á Zaragoza, y estás
desatinos concertando?
Tiberio mandó matar
la emperatriz su muger,

matáronla, y á comer
la mandó luego llamar.
Si tú te olvidas así;
alaba los que no tienen
memoria.

Diego.

Si ejemplos vienen
en mi favor, oye.

Lope.

Di.

Diego.

¿Tiene la naturaleza
entendimiento?

Lope.

Divino.

Diego.

¿Pues por qué piensas que vino
á ser de tanta grandeza
aquel milagro de hacer
tantos rostros diferentes?

Lope.

Por mostrar las escelentes
obras de su gran poder.

Diego.

Porque no tiene memoria,
que si memoria tuviera,
hoy el mismo rostro hiciera
que hizo ayer.

Lope.

Niegas la gloria
que de aquella variedad,
con esta loca agudeza,
le resulta.

Diego.

Así es verdad,

confieso á naturaleza
por instrumento divino
del gran poder de su autor.

Lope.

¿Cómo no finges, señor,
que has llegado de camino?

Diego.

Si finjiré, mas primero
será por ver á Leonor
que me espera y tiene amor
y por engañarla muero
que te aseguro que ya
sin seso por ella estoy.

Lope.

Ya ni consejos te doy,
ni tu entendimiento está
para consejo ninguno:
mas si ella te conociese,
¿qué has de hacer?

Diego.

Cuando eso fuese,
¿faltará remedio alguno?
ó el último que ha de ser
declararme por quien soy;
á verla en efecto voy,
que tiempo habrá para ver
á Lucinda.

Lope.

¿De ese modo
con dos te querrás casar?

Diego.

No hay servir como callar
que el callar acierta en todo.

ESCENA III.

DECORACION DE CALLE.

Don Bernardo en hábito de noche.

Noche, á quien solo ha pagado
tributo amor en el suelo,
porque está tu negro velo
á su remedio obligado;
manto de estrellas bordado,
encubridor de secretos;
noche en quien tales efectos
para alabarte se hallan,
que en tí, porque todos callan,
todos parecen discretos;
en tí todos los mortales
hallan descanso y favor;
solo con zelos amor
no goza remedios tales.
De tus luces celestiales
huye la pena zelosa;
tu oscuridad temerosa
amor con zelos desea,
porque cuando estás mas fea,
le pareces mas hermosa.
Por la puerta de esta huerta
vengo á hablar una criada,
que á su señora olvidada,
á mi remedio despierta.
¡O tú, que de aquesta puerta
eres llave celestial,
ven á remediar mi mal!
Gente siento. ¿Gente aquí?
mas ya amor me advierte así,

que estoy de zelos mortal.

ESCENA IV.

Don Bernardo, don Diego, con plumas y capa de color y Lope disfrazado.

Lope.

Llega con tiento, y disfraza
la voz, señor, cuanto puedas.

Diego.

Ulises me rinda parias,
si salgo con esta empresa.

Lope.

Téngola por mas hazaña
que del astuto se cuenta,
que por los muros de Troya
metió las armas de Grecia.
Tú propio te has de finjir
á tí mismo.

Diego.

No pudiera
sin confianza de amor:
asi engaña, y asi ciega.
Espérame, Lope, aquí,
que ya han abierto la puerta.

Lope.

Vayan contigo, señor,
cuantos planetas y estrellas
son de amor primeras causas,
y de su efecto influencias.

ESCENA V.

Dichos y doña Leonora á la puerta.

Leonora.

¿Es don Diego?

Diego.

El mismo soy.

Leonora.

Vos seais en hora buena
venido á esta vuestra casa.

Diego.

Quien á tanta gloria llega
no os espanteis que turbado,
no sepa daros respuesta.

Leonora.

¿Venís con salud?

Diego.

Aquí,
cuando sin ella viniera,
hallára salud y vida;
dadme de la vuestra nuevas.

Leonora.

No sé que diga de mí,
si ya he dicho que soy vuestra,
fiada en vuestro valor;
que no es justo que os parezca
liviandad amor tan grande.

Diego.

Lo que los hados conciertan;
como á fuerza superior,
no resiste humana fuerza.

Leonora.

¡Ay, quien os pudiera ver!

Diego.

Dentro de dos dias llega

mi gente, y públicamente
saldré á que todos me vean,
y os vendré á besar las manos.
Agora, en primeras pruebas
de mi amor, aquesta joya
tomad, y ojalá que fuera
un reino cada diamante.

Leonora.

Será un mundo, siendo vuestra;
y perdonad, que la pago
con esta sortija.

Diego.

En ella
dais principio á mi deseo,
y á mi ventura firmeza;
pues la fe del matrimonio
se significa con ella.

Leonora.

En esa fé quiere amor
que á veros y hablaros venga.
¿Adonde queda don Juan?

Diego.

Allí aguardándome queda.

Leonora.

Llamadle.

Diego.

Voy.

Leonora.

¡Qué ventura!
¡qué lindo talle y presencia!
¡O, oscura noche, si acaso
fueras mas clara, y tuvieras
luna!

Diego.

¿Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Creo
que no hay fábula que tenga
tal engaño.

Lope.

¿Al fin, la hablaste?

Diego.

¿No te dije que amor ciega?
Por don Diego me ha tenido.

Lope.

Aun es la verdad mas cierta.

Diego.

La joya que me dió Alonso,
le dí.

Lope.

Bien creerá con ella
que eres tú, porque valia
veinte mil escudos. ¿Y ella,
qué te dió?

Diego.

Aquesta sortija.

Lope.

Dichosamente comienza.

Diego.

Hay un peligro.

Lope.

¿De qué?

Diego.

Quiere hablar á don Juan.

Lope.

Llega,
y díla que eres don Juan.

Diego.
No sé, por Dios, si me atreva.
Lope.
Disfraza un poco la voz,
y conmigo, señor, trueca
esas plumas y esa capa.
Diego.
Bien has dicho: toma.
Lope.
Muestra. (1)
Diego.
Voy.
Lope.
Favorézcate amor.
Diego.
Temeroso voy.
Lope.
No temas.
Diego.
¿Cómo no?
Lope.
Yo lo diré:
¿no hace el amor que parezca
una muger fea, hermosa,
y la que es necia discreta?
Diego.
Claro está.
Lope.
¿Pues porqué dudas
que don Diego y don Juan seas,
á los ojos de muger
que está de tu amor tan ciega?

(1) *Truecan capas y sombreros.*

*

Diego.

Yo llego.

Leonora.

¿Es don Juan?

Diego.

Yo soy.

¿Viste á don Diego?

Leonora.

Quisiera

que el alba le hallára aquí.

Diego.

¿No tiene buena presencia?

Leonora.

Linda en extremo. ¿Qué dice
de mí?

Diego.

Que cosa mas bella,
con lo poco que te ha visto,
no ha hecho naturaleza;
mas dice que está corrido.

Leonora.

¿Don Diego, de qué?

Diego.

No creas

que á no turbarse de verte,
tan corto te pareciera.

Leonora

¿Y yo no estuve perdida,
don Juan, atajadá y necia?

Diego.

Gente siento.

Leonora.

A Dios. *Vase.*

Diego.

A Dios.

¿Lope, qué es eso?

Lope.

Que entiendas,
que haces falta á don Fernando.

Diego.

Pues camina donde veas,
que no igualan las antiguas
á las historias modernas.

ESCENA VI.

Don Bernardo.

Amor, ¿no fue cobardía
no acometer estos hombres;
pues solo en saber sus nombres
todo mi bien consistia?
¿Hay sucesos mas estraños?
¡Ah zelos! cesasteis hoy.
En busca del Conde voy,
sepa su daño y mi daño.

ESCENA VII.

Don Bernardo y el Conde.

Conde.

¿Quién vá?

Bernardo.

¿Es el Conde?

Conde.

¿Pues quien
tuviera aqueste cuidado?

Bernardo.

Si antes hubieras llegado,
se te lográra mas bien.
A Leonor habla en secreto
un caballero.

Conde.

¿A Leonor?

Bernardo.

¿Piensas tú que es el honor
todas las veces discreto?

Conde.

¿Hombre tiene Zaragoza
que intente oculto servilla?

Bernardo.

Zaragoza no, Castilla.

Conde.

¿Quién?

Bernardo.

Don Diego de Mendoza.

Conde.

¿Don Diego aquí?

Bernardo.

Yo le ví;
y con él un caballero,
que él llamaba Lope.

Conde.

Hoy quiero
que mi honor se vengue en mí,
No quedará en Zaragoza
casa, jardin, plaza ó calle
donde no vaya á matalle.

Bernardo.

La fama de este Mendoza,
es como la de Amadís;
vendrá á Aragon á probar
aventuras, por ganar
fama.

Conde.

Honor, si esto sufrís
no digais que habeis nacido

en la casa generosa
del Conde de Urgel

Bernardo.

No hay cosa
que pueda haberte ofendido
como aqueste atrevimiento.

Conde.

Siendo don Juan mi criado
castellano, he sospechado
que sabrá su pensamiento.

Bernardo.

Bien dices: habla á don Juan.

Conde.

Vamos.

Bernardo.

El te dirá de él.

Conde.

¿Mendoza, al Conde de Urgel
aquí discreto y galan?
El parentesco os permito,
pero como no os caseis,
á Castilla volvereis;
pero será por escrito.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Don Fernando, Carlos y Lucinda.

Fernando.

Tarda don Diego, y ya la noche pasa.

Carlos.

Esta escribió, señor, que llegaria.

Lucinda.

Cómo es tan tarde no hallará la casa.

Carlos.

No le aguardar ha sido culpa mia.

Lucinda.

Si amor es fuego, y desde cerca abrasa,
¿porqué lo que formó la fantasía,
tan lejos hace en mí tales efectos?
Mas siendo Dios amor, tendrá secretos.
¡Que esto pueda la fama! ¡estraña cosa!
¿mas qué mucho, si engendra mas deseo?

ESCENA IX.

Dichos, Flora, y poco despues don Diego y Lope con las espadas desnudas.

Flora.

Aguardando, señora, cuidadosa,
dos mil espadas en la calle veo.

Carlos.

¿Espadas?

Fernando.

¿Donde vas?

Lucinda.

¡Qué rigorosa
fortuna!

Flora.

¿Cómo?

Lucinda.

Mis sospechas creo.

Carlos.

Un hombre viene aquí.

Lope.

Bien se ha fingido.

Fernando.

¿Quién es?

Diego.

Don Diego soy.

Fernando.

Bien seais venido.

Diego.

No sé si he venido bien,
pues apenas á la puerta
de vuestra casa llegué
preguntando si lo era,
cuando cuatro hombres me dicen,
todos de buenas presencias. =
¿es don Diego de Mendoza?
Yo, presumiendo que fuesen
criados vuestros: respondo =
don Diego soy, = pero apenas
esta palabra pronuncio,
cuando los cuatro me cercan,
con las desnudas espadas,
y una voz diciendo = *muera.*
Yo, que venia de paz,
y no imaginando guerra,
puse con armas doradas
el valor á la defensa.
Ayudóme este criado:
sospecho que heridos quedan,
que tal vez contra la injuria
prevalece la inocencia.
Solamente oi decir =
retirese Vuestra Alteza, =
en quien conocí quien es
á quien de mi bien le pesa.
Y si es así, mal hicistes
en mandarme que viniera
á tratar mi muerte aquí;
aunque pienso que es pequeña

una herida, que en un brazo
me dió el que de todos era
mas alto. Esto ha sido así,
para que el caso se entienda,
y me perdoneis, señores,
si por las causas propuestas,
no llego como era justo.

Fernando.

Bien conocereis la pena,
señor don Diego, que todos
recibimos de la vuestra,
pues aun no ha dado lugar
que nuestros brazos nos dieran
los indicios de las almas
con que os reciben en ellas.
Carlos de Aragon, mi hijo,
no entendió, que haber pudiera
tal atrevimiento en hombre
de escura, ó clara nobleza.
No salió, para que fuese
vuestra venida secreta,
á recibiros.

Carlos.

Dios sabe,
don Diego, lo que me pesa:
y á no habernos dicho vos
que entre los de esta pendencia
oisteis que dijo el uno
retirese Vuestra Alteza,
no quedára sin castigo;
mas ya sabeis cuanto deba
en la dignidad real
respetarse la grandeza.
Yo no os niego que he tenido
ocasiones de sospecha;

pero no para entender
que á vuestra vida se atrevan.
Conoced á vuestra esposa,
que con tal nombre os espera.
si lo estorba el mundo.

Diego.

Agora
que á veros mis ojos llegan,
si fueran dos mil heridas
dichoso nombre les diera.
Dadme, señora, perdon
que por tan rara belleza,
justo fue que hubiese envidia,
que no hay bien sin competencia.

Lucinda.

Cuando ya no fuera gusto
de mis padres, que tuviera
dueño en vos, este peligro
que toma el alma á su cuenta
justamente me obligára
á tanto amor y firmeza,
que las altezas del mundo
menos poderosas fueran,
que con las rocas del mar
los vientos que en vano suenan.
No es tiempo de deteneros,
aunque decis que es pequeña
la herida; Carlos, haced......

Diego.

Señora, ninguno venga,
que mas importa el secreto,
que mi vida, y pues tan cerca
me dice aqueste criado
que es práctico en esta tierra,
que está la casa del Conde

de Urgel, volviéme en ella;
porque don Juan de Guzman,
que está allí por encomienda
del Almirante, entretanto
que en Castilla se conciertan
ciertas desgracias que tuvo,
tan grande amistad profesa
conmigo, que nuestros pechos
una alma sola gobierna.
Y asi os suplico que todos
me deis perdon, y licencia,
que me vá faltando sangre.

Fernando.

Esa licencia se os niega:
esta casa es vuestra ya.

Carlos.

Don Diego, aunque no lo fuera,
¿cuál hombre os dejára ir?

Lucinda.

Señor, no hagais tal afrenta
á mi padre, y á mi hermano.

Diego.

Mis señores, esto es fuerza;
y yo sé que os está bien.

Fernando.

Pues siendo fuerza que sea,
ola, traed en que vaya.

Diego.

Eso no, mirad que os queda
tiempo en que hacerme merced;
y que es bien que no se entienda
que estoy herido, y que estoy
en Zaragoza.

Carlos.

vuestra crueldad á lo menos
que os acompañe; que es mengua
de un caballero, que vais
solo.

Diego.

En llegando á la puerta,
os habeis de volver.

Carlos.

Digo
que me volveré.

Lope.

No creas
que has de salir bien de tantos
desatinos y quimeras.

Diego.

Si el Príncipe me lo manda,
¿no quieres que le obedezca?

Lope.

Parecen estos sucesos
de Penelópe la tela,
que cuanto trazas de dia
de noche lo desconciertas.

ESCENA X.

Lucinda, don Fernando y Flora.

Lucinda.

¡Qué gallardo caballero!

Fernando.

Basta, que el Príncipe intenta
que no te cases.

Lucinda.

No hará,
si das á su padre cuenta.

Fernando.

Solo don Diego tan bien.

de esta pendencia saliera. *Vase.*

Lucinda.

¿Flora?

Flora.

¿Señora?

Lucinda.

Mi amor
al de Angélica la bella
se parece.

Flora.

¿Cómo así?

Lucinda.

Su herida el alma me lleva.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DEL CONDE.

El Conde y Doña Leonora.

Leonora.

Injustamente me ofendes;
reporta, Conde, el furor,
si estimar tu honor pretendes.

Conde.

No cumples bien con mi honor,
si con tu amor te defiendes.
Tú con intento liviano
tienes, Leonor, aunque en vano,
de secreto en Zaragoza
á don Diego de Mendoza,
el soberbio castellano.
Tú denoche por la huerta
estás hablando con él,
y él sus amores concierta.

Puerta del Conde de Urgel,
es de este reino la puerta.
Si te ha ganado, Aragon
es de Castilla.

Leonora.

No son
dignas palabras de tí:
advierte, Conde, que en mí
vive mas clára opinion;
que esté en la ciudad don Diego,
ó el soberbio ó el galán,
hoy lo supe, no lo niego;
porque don Juan de Guzman
vino á decírmelo luego.
Y si denoche le vió
don Bernardo, no fui yo
con quien don Diego hablaria,
porque con don Juan seria,
á quien por dicha buscó.
Porque segun entendí
fueron en Castilla amigos....
pero don Juan viene aquí.

ESCENA XII.

Dichos y Don Diego.

Diego.

Cercado estoy de enemigos.

Conde.

Sospechoso estoy de tí.....:

Diego.

¿De mí, señor, á qué efecto?

Conde.

¿Tú sabes que en Zaragoza
don Diego está de secreto?

Diego.

¿Qué don Diego?

Conde.

El de Mendoza,
galan, valiente y discreto:
¿y me lo encubres á mí?

Diego.

Señor, nunca yo entendí
que eso te importara.

Conde

¿No,
si ayer con mi hermana habló?

Leonora

El Conde lo entiende así,
porque dice don Bernardo
que nos vió juntos.

Diego.

Señor,
si satisfacerte aguardo
verás que á tu claro honor
debido respeto guardo.
Don Diego viene á Aragon
á casarse de secreto
con Lucinda, y la ocasion
es el Príncipe.

Conde.

En efecto,
zelos de Bernardo son.

Diego.

Bien claro se echa de ver.

Conde.

¿Cómo, que intenta Fernando
casar á Lucinda?

Diego.

Ayer

lo estaban los dos tratando,
y hoy ha de ser su muger.

Conde.

No será, porque la adora
el Príncipe, y voy agora
á que lo remedie luego.

ESCENA XIII.

Leonora y Don Diego.

Leonora.

¿Eso dices de don Diego?

Diego.

Esto es engaño, señora,
que si esto no le dijera,
por ventura le buscara
y mayor mal sucediera.

Leonora.

He reparado en tu cara
y en tu voz....

Diego.

¿Pues qué te altera?

Leonora.

No he visto cosa en mi vida
como los dos parecida.

Diego.

Somoslo en rostro y acciones,
de suerte que de opiniones
era la nuestra ofendida;
porque su padre, y el mio,
no ganaba en esto honor.

Leonora.

No era mucho desvario
igualarte á su valor.

Diego.

El tiene mas gracia y brio
y mejor entendimiento:
hoy nos verás juntos.

Leonora.

Ya
puse en él mi pensamiento.

Diego.

Muy bien empleado está.

Leonora.

Sí, don Juan, no me arrepiento.
¿Adónde agora quedo?

Diego.

Al campo salir quèria.

Leonora.

¿Dice que le agrado yo?

Diego.

Todo y en todo.

Leonora.

Seria
por cumplimiento.

Diego.

Eso no,
que fuera tener por necio
un hombre de aquel valor.

Leonora.

Si el me aprecia en lo que precio
su amor, el me tendrá amor.

Diego.

Don Diego hiciera desprecio
del sol y de las estrellas,
del alba, de las mas bellas
flores que la vista admiran;
de los diamantes que tiran
de nuestros ojos centellas,

de la sangre que colora
la púrpura emperadora,
del oro que el fuego acendra,
y de las perlas que engendra
en nacar la blanca aurora;
del cristal y del marfil,
si de ese talle gentil
no admirara la belleza
de quien la naturaleza
rompió la estampa sutil.

Leonora.

Parece que te ha prestado
su ingénio.

Diego.

Y su amor tambien:
de él lo que digo traslado,
si no lo traslado bien
queda su autor escusado.

ESCENA XIV.

Dichos y Lucrecio.

Lucrecio.

Lucinda ha venido á verte.

Leonora.

¿Quién?

Lucrecio.

Lucinda de Aragon.

Leonora.

Pésame, que me divierte
de aquesta conversacion.

Diego.

Yo me voy.

Leonora.

Don Juan, advierte

que hoy quiero ver á don Diego.

Diego.

Tu intento le aviso luego.

ESCENA XV.

Doña Leonora Lucinda y Flora.

Lucinda.

¿Señora mia?

Leonora.

¿Lucinda?

Lucinda.

Fortuna la rueda os rinda,
amor el arco y el fuego.

Leonora.

Eso á vos será mejor,
que sois fortuna compuesta
del arco y flechas de amor.
¿Qué buena venida es ésta?
¡Tanta gala! ¡Tal favor!

Lucinda.

Vengo á veros, y tambien
á que me deis parabien,
Leonor, de que estoy casada.

Leonora.

¿Casada?

Lucinda.

Y bien empleada.

Leonora.

Vos lo mereceis. ¿Con quién?

Lucinda.

No es persona de Aragon,
aunque para esta ocasion
llegó anoche á Zaragoza.

Leonora.

¿Quién?

Lucinda.

Don Diego de Mendoza.

Leonora.

¿Cómo? ¡Estraña confusion!

Lucinda.

¿No habeis oido decir
á don Diego el Castellano?

Leonora.

Mil cosas oígo fingir,
y asi de que todo es vano,
Lucinda, os quiero advertir,
porque pienso que es casado,
y casado en Aragon.

Lucinda.

Yo *sé* que os han engañado;
cosas del Príncipe son,
zeloso y desesperado.

Leonora.

¿Pues habeislo visto vos?

Lucinda.

Anoche hablamos los dos
y fé y palabra nos dimos.

Leonora.

¿Anoche?

Lucinda.

Anoche estuvimos
juntos en mi casa.

Leonora.

¡Ay Dios! *ap.*

Lucinda.

Parece que os pesa de esto.

Leonora.

¿No me ha de pesar que os dé

su fé y palabra tan presto,
quien dió su palabra y fé
en otra parte?

Lucinda.

¿Qué es esto?
¿Su fé y su palabra ha dado
en otra parte?

Leonora.

Yo soy
testigo que os ha engañado.

Lucinda.

Yo sé que casada estoy;
y está el concierto firmado;
que mal lo pueden fingir
mi padre y Carlos mi hermano.

Leonora.

No me puedo persuadir
que es don Diego el Castellano.

Lucinda.

Todo lo quiero hoy decir
para que os desengañeis:
en vuestra casa está herido,
yo sé que no lo sabeis.

Leonora.

¿Herido?

Lucinda.

Aquí le ha escondido
un criado que teneis,
que es castellano tambien.

Leonora.

¿Quién es?

Lucinda.

Don Juan de Guzman

Leonora.

Vos dais las señas muy bien;

mis esperanzas me dan,
como es justo, el parabien;
aunque dijera mejor
mis desdichas. ¡O traidor!
Si á casarte habias venido
con Lucinda ¿qué ha servido
burlar mi amor y mi honor?
Mi amor porque dió en quererte
sin verte, y mi honor por verte
en tanta opinion de España;
mas era tan vil hazaña,
poderosa á aborrecerte.
¿Mas porqué mis quejas van
á tí, cruel, dirijidas?
sino al infame don Juan:
que aunque tuviera mil vidas
no le valiera el Guzman.

Lucinda.

Dado me has sospecha justa,
mirando tu sentimiento.

Leonora.

Lucinda, ya es cosa injusta
encubrir mi pensamiento;
perdona si te disgusta.
Anoche me dió don Diego,
ese cruel castellano,
fe de esposo.

Lucinda.

¿Cómo?

Leonora.

A ruego
de don Juan, le dí la mano,
asegurándome luego
con una joya que tiene
una ele de diamantes,

en que mas engaño viene
por las letras semejantes
que nuestro nombre contiene;
que en fin, Lucinda y Leonor
comienzan de una manera.

Lucinda.

¿Don Diego á tí?

Leonora.

Si el honor
de por medio no estuviera,
poco importára el amor,
yo le supiera vencer;
pero ya no puede ser,
en mi justicia confio;
ó don Diego será mio,
ó Aragon se ha de perder.

Lucinda.

¿Serán menos principales
mis parientes, que lo son
los tuyos?

Leonora.

En casos tales
no será igual la razon
si son los deudos iguales.

Lucinda.

Siempre fuiste mas altiva
que pide tu calidad.

Leonora.

Si en sangre Real estriva,
no tengas por novedad
que como he nacido viva.

Lucinda.

Yo soy Aragon.

Leonora.

Yo soy

Navarra.

Lucinda.

Ya estás muy necia.

Leonora.

Contigo, Lucinda, estoy,
que á quien á mí me desprecia,
esta respuesta le doy.

ESCENA XVI.

Dichos, el Príncipe, el Conde y don Bernardo.

Príncipe.

¿Qué es esto?

Leonora.

Sino viniera
Vuestra Alteza, y yo supiera
que amor Lucinda le debe,
á lo que agora se atreve,
yo sé que no se atreviera.

Príncipe.

¿Pues donde hay tanta amistad,
de enojos hubo ocasion?

Conde.

¿Leonora, que novedad
es esta?

Leonora.

Desdichas son
que ofenden tu calidad.

Conde.

¿Eso como puede ser?

Príncipe.

Conde, si es pleito, estas damas
su juez me pueden hacer.

Leonora.

¿Como has de juzgar si amas

y mas con tanto poder?
Pero ya aborrecer debes
pues Lucinda está casada.

Principe.

A eso vengo, que me han dicho
que está tu esposo en tu casa.

Lucinda.

Señor, mis padres y hermano
casarme en Castilla tratan
con don Diego de Mendoza,
que vos conoceis por fama.
Vino á Aragon de secreto,
lo demas que en esto pasa
bien lo sabeis; si á mi puerta
os lo ha contado su espada.
Aquí está don Diego herido.

Principe.

Lucinda, en eso te engañas,
que no solo te he servido
con la cortesía y gala
digna de tu calidad,
y á tus defensas honradas
he dado la estimacion
que piden prendas tan altas.
Si tus padres te han casado
con don Diego, y tú le amas,
hoy conocerás quien soy
y él será tuyo.

Leonora.

Las armas
profesas mas que las letras.
¿Ves como el amor te engaña,
y que no puede ninguno
juzgar en su misma causa?
¿Sin oir las partes juzgas?

Principe.

¿Si Lucinda está casada,
que tienes tú que alegar?

Leonora.

Que cuanto Lucinda trata
es decir, por engañarte,
que con don Diego se casa,
que don Diego es mí marido.

Principe.

¿Qué dices?

Conde.

¿Qué es esto hermana?

Bernardo.

No me engañaron los zelos,
aunque zelos siempre engañan.

Leonora.

Que por órden de don Juan,
por sus conciertos y cartas,
me he casado con don Diego.

Bernardo.

Yo ví que los dos hablaban
anoche por el jardin.

Lucinda.

Toda la probanza es falsa,
que anoche el mismo don Diego
me dió la mano en mi casa.

Leonora.

No puede ser, porque á mí
me dió anoche la palabra,
y esta joya en prendas.

Principe.

Muestra.

¿Hay confusion mas estraña?
Esta ele de diamantes,
se labró para una ingrata

por mí orden.

Leonora.

¿Luego es vuestra?

Principe.

La noche que la llevaba,
á un castellano la dí.

Leonora.

¿Vos, porqué?

Principe.

Porque su espada
dos veces me dió la vida.

Conde.

¿Luego el dueño de esta hazaña,
fue don Diego de Mendoza?

Principe.

Sí, pues él la dió á tu hermana.

ESCENA XVII.

Dichos y Carlos.

Carlos.

¿Está aquí su Alteza?

Principe.

Carlos,
¿qué quieres?

Carlos.

Darte esta carta
del Príncipe de Castilla.

Principe.

Muestra.

Carlos.

Lucinda, ¿aquí estabas?

Principe.

Lee. *Mientras solicito con el Rey mi señor perdone á don Diego de Mendoza la muerte de don Nuño,*

suplico á Vuestra Alteza le favorezca y ampare en Aragon, que el amor que le tengo......

No hay para que proseguir,
si aquí don Diego se halla
y yo le debo la vida,
las cartas son escusadas.
Siempre le he visto de noche
á la traza de estas damas,
y tan á oscuras, que apénas
daré señas de su cara.
¿Quién es aqueste don Juan
que sabe de él?

Conde.

En mi casa
le entretengo, porque asi
el Almirante lo manda.

Principe.

Id por él que él sabrá de él.

Conde.

Yo voy.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos el Conde.

Principe.

Pero si se casa
con Lucinda y con Leonor,
mal cumplirá su palabra.

Lucinda.

La que me ha dado, yo sé
que la cumplirá.

Leonora.

Tú engañas
tu esperanza con tu amor.

Lucinda.

Mas que amor, tengo esperanza.

ESCENA XIX.

Dichos, el Conde, don Diego y Lope.

Conde.

Llega, don Juan, que su Alteza
te quere ver.

Diego.

Hoy levantas
á tu sol la humildad mia.

Lope.

Hoy temo alguna desgracia. *ap.*

Principe.

¿Eres don Juan de Guzman?

Diego.

Sí Señor.

Principe.

¡Presencia honrada! *ap.*
¿Donde está don Diego?

Lope.

Agora *ap.*
dá por el suelo la traza.

Diego.

En mi aposento le tengo
mientras estas cosas andan
tan confusas.

Principe.

Hame escrito
en su favor una carta
el Príncipe de Castilla,
mientras con su padre trata
el perdon de cierta muerte;
que le entretenga me manda.

No sé que entretenimiento
conforme á su sangre clara,
y á deberle yo la vida,
pueda darle, sino basta
Almirante de Aragon.

Diego.

Señor, por mercedes tantas
vuestros pies beso en su nombre.

Príncipe.

Don Juan, á don Diego llama
que quiero casarle yo.

Diego.

Tan cerca, Señor, se halla,
que quiero darle el recado.
Don Diego, por una carta
del Príncipe de Castilla,
y porque con vuestra espada
librasteis al de Aragon,
que en tanto peligro estaba,
sabed que os hace Almirante;
id presto á darle las gracias,
y dadme albricias á mí,
albricias de buena gana;
porque sé que de tu bien
la misma parte me alcanza.

Príncipe.

¿Con quién hablas,

Diego.

Yo, señor,
vuestro recado le daba
á don Diego.

Príncipe.

¿Pues aquí
lo que has de decirle ensayas?

Diego.

No Señor, que á mí me digo
las venturas que me aguardan;
porque soy don Diego yo,
y el que por mercedes tantas,
besa vuestros pies mil veces.

Principe.

Igualmente tus hazañas
con tus industrias compiten;
á mis brazos te levanta
del suelo, que á mi cabeza
por laurel que le adornára
hubiera dicho mejor.

Diego.

Tu hechura, Señor, ensalzas.

Lope.

¿Y yo podré ya dejar
de ser Nuño ó calabaza,
y volverme á Lope?

Principe.

Lope,
yo te confirmo en mi gracia.
Lucinda, para que veas
que tiene Alejandro España,
y que mi amor no pretende
de tus desdenes venganza,
don Diego será tu esposo.

Diego.

Señor, perdona y repara
que no he de tener muger,
aunque con tantas ventajas,
donde tú has puesto los ojos.
De tu amor fue aquella traza,
con que fingí que venia,
y por no darle palabra,

fingí la herida tambien.
Dásela al Conde, y iguala
tal valor y tal grandeza;
porque yo he dado á su hermana
fé y palabra de ser suyo.

Principe.

Quien asi te desengaña
y te aconseja, Lucinda,
tu honor estima y alaba.

Lucinda.

Ya que no soy su muger,
de don Diego soy cuñada,
y le doy la mano al Conde.

Leonora.

Yo á don Diego con el alma.

Lope.

Quedo, que le falta á Flora
cierta cosa.

Flora.

¿Qué me falta?

Lope.

¿Conoces al Conde?

Flora.

¿A quién?

Lope.

Al Conde de Argeo y Humaina

Flora.

¿Eres tú?

Lope.

Toca esos huesos.

Diego.

Don Diego de noche acaba;
si es buena, tendrálas buenas;
si es mala, tendrálas malas.

Don Diego de noche.

Aunque esta comedia no es de las mas interesantes de don Francisco de Rojas, hemos creido que el público la recibirá sin desagrado; porque ademas de ser bastante rara, el pensamiento es bueno, la accion está bien conducida y tiene el mérito siempre muy apreciable del lenguage y de la versificacion, que carece de los vicios que se advierten algunas veces en otras comedias del mismo autor. Parece que se propuso pintar en esta el imperio que egerce en la imaginacion del bello sexo la fama de un hombre ilustre, celebrado por su valor, por su cortesanía y por sus gracías personales. Esta idea es muy dramática; pero no sacó de ella nuestro poeta todo el partido que debia, porque la combinacion de la fábula es débil y no presenta situaciones interesantes. El amor de doña Leonor á don Diego de Mendoza, no esperimenta otro obstáculo que el de don Bernardo, y las solicitudes de este amante se desvanecen sin ningun esfuerzo. Seria mucho mas teatral si este competidor fuese el Príncipe de Aragon, que solo sirve en la comedia para manifestar el valor y nobleza de don Diego y la generosidad y grandeza de aquel ilustre personage. Sus amores con Lucinda no ofrecen resultado alguno, y únicamente producen la resolucion que adopta don Fernando de casarla en Castilla con el mismo don Diego. Si el poeta hubiese pintado al Príncipe enamorado de Leonor, como hemos insinuado, hubiera tenido la fábula un interés mucho mayor, hubiera presentado situaciones mas dramáticas, y con menor número de personages hubiera desenvuelto la accion, y dado mas unidad á su obra.

Los defectos que hemos indicado, no impiden que se lea esta comedia con gusto y atencion; porque ademas de la novedad del pensamiento y del interés que produce la pasion de doña Leonor por un hombre á quien no conoce, las escenas están generalmente bien enlazadas, y los diálogos tienen viveza y movimiento. Una de las mejores escenas es la XV. del último acto, en que Lucinda da parte á Leonor de su matrimonio con don Diego, y á nuestro parecer puede competir con las mejores que se han escrito en su género. Los caractéres son nobles, y estan bien pintados, y el desenlace es natural, y gracioso el modo conque se descubre don Diego.

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

[illegible]

265

267 [illegible]

273

2[illegible]

257

26[illegible]



